

Roberto Querejazú Calvo



LLALLAGUA



PRESENTACIÓN

La historia de esta montaña, es también la historia de un hombre y finalmente la historia de un país. Llallagua, Simón I. Patiño y Bolivia aparecen entremezclados en la trama dolorosa y fascinante que Roberto Querejazu Calvo ha compuesto pacientemente, consultando numerosos testimonios en una labor de rescate parecida a la que realizara el siglo pasado Don Gabriel René Moreno. Querejazu Calvo comparte con el ilustre historiador cruceño la misma pasión por preservar el legado histórico del país y restablecer la verdad de lo acontecido. Desde hace años, realiza su labor investigadora, lejos de Bolivia con ocasionales visitas al país. Pero pareciera —otra vez, como René Moreno— que Querejazu Calvo no tiene otro desvelo ni preocupación que no sean las cosas de su tierra natal. Su primera obra consagratoria fue Masamaclay, Historia de la guerra del Chaco, relación no superada en Bolivia y el Paraguay y cuyo texto ha sido revisado y enriquecido por el autor, en una tercera edición. Difícilmente se escribirá una obra más completa que ésta, sobre el conflicto bélico del sudeste.

El lector podrá diferir en la valoración que hace Querejazu Calvo del personaje central de LLALLAGUA que no es tan solo la fatigada montaña con sus 600 kilómetros de galerías, horadadas por topes humanos, sino el joven empleado, de una oficina rescatadora de minerales, a fines del siglo pasado que a fuerza de habilidad, tesón y talento, se convirtió en apenas dos décadas, en uno de los hombres más ricos del mundo, con intereses en Inglaterra, Alemania, Estados Unidos, Malaya y Nigeria; árbitro universal de las negociaciones estanníferas y por tanto "rey" de ese metal.

Hay en verdad, una leyenda negra y otra dorada, sobre Simón I. Patiño. Querejazu Calvo, anota en su introducción que se ocupará del célebre minero tan solo en relación con la montaña de Llallagua, origen y pivote central de su inmensa fortuna. No ha estado pues en el plan del autor, referirse a la personalidad, las motivaciones, ideas y sentimientos del Rey del estaño. ¡Pero cuánto revelan las páginas de este libro sobre la formación y deformación que sufrió Bolivia por el surgimiento en la economía mundial de este metal cuyo precio internacional sostuvo

sí, la economía del país, pero de una manera muy parecida a la cuerda enredada en el cuello del náufrago que en medio del río trata de llegar a la orilla! Se trata de una tragedia en la que figuran obreros silicosos y rebeldes, gerentes de extraordinaria capacidad, funcionarios sumisos que ocultan al lejano propietario las verdaderas condiciones de vida de sus empleados, dirigentes sindicales incorruptibles unos, y otros venales, políticos y militares de toda condición. Y como trasfondo, el pueblo mismo de Bolivia y los avatares que ha debido sufrir en los últimos setenta años, signados por la violencia, la intolerancia y el odio. LLALLAGUA —tal es la amenidad del relato y la novedad de los hechos que pone a luz su autor— se lee como una novela. Lo sorprendente en esta historia desmesurada y fantástica es precisamente, que no hay en ella nada de ficción. La montaña, el hombre y el país, son los tres protagonistas del drama que, con maestría y probidad intelectual, relata en estas páginas Roberto Querejazu Calvo. Su lectura, huelga decirlo, resultará obligatoria para quien quiera conocer en profundidad, la biografía del estaño y de Patiño o el acaecer reciente del país en el que se encuentra Llallagua, un yacimiento como no hubo otro en el mundo.

Biografía

ROBERTO QUEREJAZU CALVO

Nació en Sucre.

Escuela y colegio en la misma ciudad.

Estudios de leyes en la Universidad de San Francisco Xavier hasta obtener el título de abogado.

Siguió la carrera diplomática ingresando mediante examen de competencia al Ministerio de Relaciones Exteriores. Recorrió todo el escalafón del mismo desde el cargo de auxiliar hasta el de Subsecretario. Desempeñó responsabilidades de importancia en las misiones de Bolivia en el Brasil y las Naciones Unidas. Fue Embajador en la Gran Bretaña y Holanda. Representó al país en varias conferencias internacionales.

Los períodos en los que la situación política lo tuvo al margen del Servicio Exterior, se ganó la vida como secretario de un ferrocarril, abogado en una empresa minera, agricultor, profesor de un colegio secundario y jefe de relaciones públicas de una empresa petrolera.

Se retiró de la carrera diplomática para consagrarse a la investigación histórica.

Fue combatiente de la guerra del Chaco. Sus experiencias y observaciones en ella inspiraron su libro "MASAMACLAY", consagrado ya como una obra clásica de la literatura y la historiografía boliviana.

Es autor de "BOLIVIA Y LOS INGLESES", que ha merecido elogiosos comentarios.

La primera edición de su tercer libro, "LLALLAGUA", se agotó en tres meses.

PROLOGO

"Llallagua" (en su forma más usual) o "Llallawa (como se escribe en los diccionarios del idioma Quechua) es el nombre que dan los indígenas de los Andes a un espíritu benigno que trae abundancia en las cosechas de la papa o patata, el producto más importante para su subsistencia.

Se presenta en los cultivos en la forma de un tubérculo un poco más grande de lo normal y de forma un tanto irregular, como de dos papas unidas entre sí.

En los tiempos del Imperio Incaico los nativos de la región llamaron "Llallagua" a la montaña de esta historia por su configuración parecida a la del tubérculo de la buena suerte.

La "Llallagua" orográfica fue fiel a la tradición folklórica de su pequeña homónima vegetal. Trajo abundancia de un valioso metal a una nación minera que iba hundiéndose en el pauperismo por vivir aferrada, demasiado tiempo, a la explotación de filones de plata día a día más escasos y de ley cada vez más pobre. El milagro de la "Llallagua" cordillerana se inició, justamente, en circunstancias en que las cotizaciones de la plata acentuaban su descenso y Bolivia se veía ante un sombrío porvenir de miseria, con el agravante de haber sufrido, en una guerra reciente, la mutilación de la parte más importante de su geografía, del litoral oceánico por donde se comunicaba con el mundo exterior.

El precio de la plata, que durante la primera mitad del siglo XIX se mantuvo estable, con ligeras oscilaciones entre 59 y 62 peniques la onza, bajó a partir de 1865 por el descubrimiento de riquísimos yacimientos argentíferos en California, adopción en Alemania del marco único de oro (con lanzamiento al mercado de sus marcos de plata como simple metal), disminución de la demanda en los países del Oriente, uso creciente del papel moneda y otros factores menores. A pesar de ello, la explotación de las minas de plata continuó todavía en Bolivia gracias a recuperaciones temporales del precio y, sobre todo, al esfuerzo de algunos mineros como Aniceto Arce, Gregorio Pacheco, Avelino Aramayo, Manuel Argandoña, Manuel I. Ramírez y algunos más, que no se resignaban a que la industria madre del país pasase a segundo plano o desapareciese.

El destino de Bolivia fue seguir siendo nación minera, mas no ya con la plata como producto principal. El estaño, con demanda en aumento y su porvenir asegurado por la industrialización de Europa y los Estados Unidos, se convirtió en el pilar fundamental de la economía boliviana. Aunque el precio de la plata se ha mantenido siempre más alto que el del estaño, su industria decayó en Bolivia por la competencia de los países que podían producir a menor costo y se encontraban más próximos a los mercados.

Los precursores del estaño adaptaron la mecanización y la técnica que para la plata había introducido en Huanchaca el visionario Aniceto Arce. No les habría sido suficiente la buena suerte. La explotación del estaño, para ser económica, requiere técnica avanzada, tenacidad para no claudicar ante las dificultades de cada día, coraje para arriesgar capital en una aventura de futuro muy incierto, visión para planear a largo plazo y vocación para un esfuerzo continuado y total.

Con la explotación de la plata, Bolivia prolongó un sistema de vida económico y social heredado del coloniaje español. En la era del estaño comenzó y sigue en la búsqueda de su verdadera identidad republicana, de su propia personalidad, de su destino nacional.

* * * *

La montaña de Llallagua (9.675 metros sobre el nivel del mar), una entre las miles y miles de gibosidades andinas, ubicada en el centro de Bolivia, ha sido desde fines del siglo pasado un centro neurálgico en la vida de la república. Lo ocurrido en ella ha repercutido y tenido influencia en el destino político, económico y social de toda la nación. Secada la urbe argentífera de Huanchaca, ella fue la urbe estannífera reemplazante que alimentó las finanzas fiscales durante medio siglo.

* * * *

En la montaña de Llallagua se organizó la primera industria moderna de Bolivia y la mina de estaño más grande del mundo. En ella nació el sindicalismo minero. En ella se ganó la reducción de la jornada de trabajo a 8 horas. En sus faldeos se vertió sangre de obreros y empleados. En ella hicieron gran fortuna pioneros como Pastor

Sainz, John B. Minchin y Simón I. Patiño. En ella instalaron su plaza fuerte corrientes políticas de izquierda que abrieron surco para una revolución económica y social. En ella se echaron a rodar los dados de la suerte económica del país al estatizarse la minería mayor.

* * * *

Los geólogos Francisco Blicek y Mark C. Bandy coinciden en afirmar que la montaña de Llallagua debió ser un volcán en remotas épocas del convulsionado período Devoniano. Al cesar la presión interior la gran masa eruptiva que iba vomitándose por la cumbre quedó paralizada en el centro y con el correr de los siglos se enfrió y solidificó hasta convertirse en roca rhyolítica. El proceso de enfriamiento contrajo la masa y dio origen a grietas por las que subieron emanaciones metalíferas que las inundaron, penetrando también en las rocas porosas. Esas emanaciones, al oxidarse, se convirtieron en casiterita de estaño.

El volcán geológico fue un volcán social miles de siglos después, cuando, como un imán, el estaño atrajo a los hombres a la montaña.

* * * *

El drama que relata este libro tiene varios protagonistas. La montaña misma, violada y explotada hasta lo más recóndito de sus entrañas a golpes de barreno y disparos de dinamita. El trabajador minero, de vida sacrificada y dura en cualquier parte del mundo, y particularmente sufrida y trágica en Bolivia. Pastor Sainz, figura romántica y generosa. Simón I. Patiño, producto, extraordinario de un pueblo humilde y paupérrimo, convirtiéndose por su propio esfuerzo en un rey mundial del estaño, con la montaña de Llallagua sirviéndole de trono.

Simón I. Patiño está ubicándose en la historia de Bolivia con caracteres de leyenda. Existe ya la leyenda negra de sus detractores y la leyenda dorada de sus admiradores. Aquellos, como el partido político "Movimiento Nacionalista Revolucionario", lo han acusado de haber succionado una gran riqueza boliviana para disfrutarla con su familia en el exterior. Estos, como el ingeniero

norteamericano De Witt Deringer, lo han considerado un personaje genial del calibre de Carnegie, Ford y Rockefeller. La historia tiene el deber de buscar su verdadera dimensión. Este libro lo toma en cuenta sólo en sus actividades que tuvieron relación con la montaña de Llallagua. Dos biógrafos, Manuel Carrasco y Charles Geddes, han contado ya su vida entera.

* * * *

El distrito minero Llallagua - Uncía tuvo existencia independiente todo el período en que la doctrina liberal imperó en Bolivia dejando en completa libertad la actuación del capital. Desde 1920, en que subió al poder el republicanismo, la industria minera de todo el país se fue enredando con la actividad gubernamental. Con el surgimiento del nacionalismo y el socialismo en el periodo de la Guerra del Chaco y de la postguerra la minería, y por ende Llallagua, se convirtieron en constante preocupación de los partidos políticos y del gobierno. El ciclo culminó con el Estado tomando posesión de las principales minas. El libro sigue este proceso, aludiendo ocasionalmente al trasfondo político en un principio y con creciente frecuencia desde la mitad hasta el final. La obra cubre un periodo de setenta años, computables desde que el estaño comenzó a tener importancia en la economía boliviana, hasta 1952 en que se estatizaron los tres grupos grandes de la minería. Es, pues, un relato del primer acto de un drama que todavía sigue desarrollándose en el escenario nacional.

* * * *

El autor cumple el grato deber de dejar pública constancia de su agradecimiento a las entidades y personas que le facilitaron informaciones, documentos y bibliografía, sin los cuales su trabajo habría sido imposible:

- A la Biblioteca y Archivo Nacional de Sucre y a su director don Gunnar Mendoza, por poner a su disposición colecciones de diarios, folletos e importante bibliografía.

- A la Sociedad Geográfica e Histórica de Sucre y a su secretaria doña Graciela Urioste de Bonel, por facilitarle documentos inéditos relacionados con la guerra civil de 1898-1899.

- A la Casa de la Cultura de Cochabamba y al Centro Pedagógico y Cultural Portales de la misma ciudad, por folletos y bibliografía.

- Al Departamento de Relaciones Públicas de la Corporación Minera de Bolivia, por datos y fotografías.

- Al señor Raúl Ybarregaray Téllez, por el uso de su selecta biblioteca de libros y folletos.

- A los nietos de don Pastor Sainz, señora Emma Llobet de Téllez y señores Cayetano Llobet Sainz y Pastor Sainz Fuenteseca, por prestarle los copiadore de correspondencia de su abuelo y relatarle anécdotas de su vida.

- Al nieto, señor Pastor Llobet Sainz, por una importante aclaración documentada sobre el nacimiento y bautizo del mismo personaje.

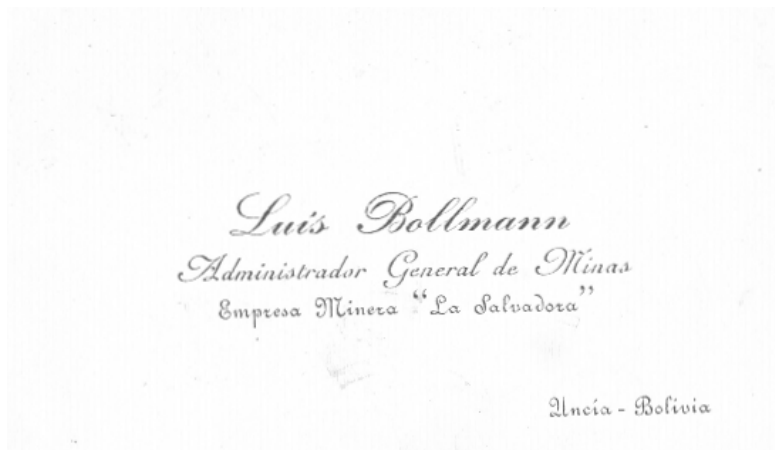
- Al señor Antenor Patiño. Cuando el autor supo, casualmente, que se iban a incinerar todos los archivos de la "Compañía Minera La Salvadora" y la "Patiño Mines" acumulados en sótanos de un edificio en París, logró obtener de él autorización para hacer una revisión total de ellos y salvar del fuego todos los que tuviesen algún valor histórico. De esta manera, el autor consultó documentos que no fueron conocidos ni por los biógrafos del señor Simón I Patiño.

- Al señor Juan Peñaranda Minchin, por su interés en buscar datos sobre su abuelo don John B. Minchin.

- A los ex-empleados y ex-obreros de la "Patiño Mines", por proporcionarle informaciones en entrevistas y correspondencia.

- A su hermano Jorge Querejazu Calvo, por sus consejos y correcciones.
- A su esposa, su hijo y su hija, por su constante aliento.

Londres, diciembre de 1974.



CAPÍTULO 1

UN HIJO DE NARCISA COSSIO

Narcisa Cossío tenía atractivos físicos y espirituales. Cuerpo esbelto y cimbreante: Ojos vivaces y coquetos. Carácter independiente. Actitud desafiante contra los convencionalismos sociales. Era parlanchina y alegre. Tocaba el arpa, hablaba un poco de francés y recitaba versos selectos. José Mariano Sainz cayó rendido ante sus encantos. Se casó con ella en Cochabamba en 1840. La pareja se instaló en Sucre. Procreó cuatro criaturas. La última nació el 22 de diciembre de 1845. El padre la llevó a la Capilla de la Virgen de Guadalupe y la bautizó con el nombre de Juan Pastor Demetrio Amadeo.

Era el período en que la estrella del general José Ballivián, héroe nacional por su victoria de Ingavi contra el invasor peruano, presidente de la república con singular habilidad administrativa y apuesto ídolo de salones y plazas públicas, estaba en su cénit.

Conocidos son por la historia los amores clandestinos de Ballivián con la esposa de Isidoro Belzu y los furiosos celos del jefe militar de ascendencia árabe. Ha contado un historiador que Belzu, un día, queriendo sorprender a los amantes en delito in fraganti, penetró de sopetón en la alcoba presidencial blandiendo una espada y en vez de su Manuela, encontró a doña Narcisa Cossío de Sainz en los brazos del donjuanesco líder de la nación. Belzu, más por hacer daño a su odiado rival que por echar mancha sobre otro hogar, contó de su descubrimiento a toda persona que le quiso escuchar.

José Mariano Sainz repudió a su esposa. Negó que un quinto retoño que se anunciaba en el vientre de ella fuese de su paternidad. Se fue a vivir a La Paz llevando a sus pequeños hijos, excepto el menor, Pastorcito, que por sus pocos meses de edad tuvo que dejar al lado de la madre.

Con típico gesto de desafío a la maledicencia pública, Narcisa Cossío, al dar a luz a su nuevo vástago, lo hizo bautizar con el nombre de Néstor Ballivián. Más tarde, una última hija natural, atribuida al escritor Nataniel Aguirre, se llamó Cornelia Aguirre.

La infancia de Pastor Sainz, Néstor Ballivián y Cornelia Aguirre estuvo preñada de dificultades. Su pobreza era extrema. Pastorcito, que adoraba a su madre y a sus hermanos, asumió desde muy tierna edad las responsabilidades de ser el varón mayor del hogar. Mezcló sus estudios de colegial con el trabajo de ayudante de un artesano zapatero para contribuir con algo al puchero cotidiano.

Ingresó a la Universidad de Chuquisaca. En las aulas de la ilustre casa se contagió del virus de la política. El país estaba siendo conducido a tropezones por un déspota atrabiliario. El joven Sainz se alistó entre los opositores al presidente Mariano Melgarejo. Tomó el fusil y combatió en las barricadas levantadas en Potosí para derrocar al tirano. Años después recordó en una carta:

"En el legendario combate de las Barricadas, en el que el pueblo de Potosí sucumbió como héroe, caí prisionero en mi puesto, junto con otros seis compañeros. El mayor Vidal y el comandante Aramayo fueron fusilados a nuestra vista sin formalidad ni juicio alguno y por simple orden verbal de Melgarejo, que observó la victimización haciendo alarde de ferocidad, desde una de las tribunas del palacio. Cuando regresaba el batallón Colorados a su cuartel de Las Cajas, Melgarejo gritó: "Alto ese batallón, saquen a los otros cinco prisioneros y tírenlos". Éramos el coronel Michel, el doctor Enrique Mendivil, don Leandro Guzmán, un señor Hurtado y yo. Los generales Sebastián Agreda y Quintín Quevedo se interpusieron entre las víctimas y el verdugo. Tres días y tres noches pasamos los prisioneros "en capilla" con dos sacerdotes, esperando subir al patíbulo. Cinco veces se acordó Melgarejo de nosotros y cinco veces repitió la orden de fusilamiento. Pero Agreda y Quevedo lograron barajar las órdenes y nos salvaron finalmente".

Pastor Sainz obtuvo el título de abogado en 1867. Se enamoró de Josefa Guzmán, descendiente de una familia que poseía minas en el distrito de Chayanta desde la época colonial. Como hubiese cerrada oposición al idilio por parte de los padres de la muchacha, los enamorados recurrieron a un recurso extremo para unir sus destinos. Un domingo, al finalizar una de las misas más concurridas de Sucre, en el momento en que el sacerdote iba a dar por terminado el servicio religioso bendiciendo a los feligreses, Pastor y Josefa, que se encontraban en lugares

separados del templo, corrieron al centro y tomándose de las manos exclamaron en alta voz: "Nos casamos ante Dios y los hombres ahora y para siempre". El sacerdote no pudo evitar el dar la bendición. El matrimonio era válido. La Iglesia Católica reconocía estos enlaces con el nombre de "matrimonios de sorpresa". Los padres de la novia y la sociedad chuquisaqueña lo reconocieron también.

Sainz inició su actividad parlamentaria al ser elegido diputado por Sucre en 1872. Su actuación de combatiente revolucionario contra Melgarejo y su sucesor Agustín Morales le valieron grados militares. Estos fueron confirmados oficialmente por los gobiernos posteriores, con adición de galones hasta el grado de general. Su hermano Néstor Ballivián concurre a la guerra del Pacífico como jefe del batallón Amarillos. Fue herido en la batalla del Alto de la Alianza por una bala que le atravesó una pierna. A Pastor Sainz una enfermedad no le permitió participar en la contienda bélica, mas tuvo actuación destacada en la convención reunida en La Paz en 1880. Su oratoria franca, llana y de un sólido sentido común lo convirtió en una figura importante y popular. Se alistó en las filas del recién nacido Partido Liberal y por el resto de su vida fue uno de sus miembros más activos y leales.

En 1888 ocurrió en Sucre un acontecimiento político que cambió el curso de la existencia de Sainz. Desde agosto de ese año, cuando don Aniceto Arce fue elegido Presidente de la República frustrando las expectativas que para el mismo cargo tenía el jefe del Partido Liberal, general Eliodoro Camacho, se decía que "el cañón de la subversión liberal estaba cargado hasta la boca y que el general Camacho era el único que contenía la explosión". El 8 de septiembre se celebraba en Sucre la fiesta religiosa de la Virgen de Guadalupe, patrona de la ciudad. El golpe de estado, preparado por dirigentes liberales, sin anuencia del general Camacho, estaba basado en el asesinato de Arce en el momento que estuviese entrando a la Catedral para la celebración de un tedeum. Los revolucionarios lograron comprar la complicidad de sargentos y tropa del regimiento Loa, encargado de hacer la guardia de honor en esa ocasión. Cuando el presidente Arce, acompañado de ministros, jefes militares y edecanes, se acercaba al atrio de la Catedral, la banda de música, que estaba ejecutando un aire marcial, calló súbitamente. Era la señal. Los sargentos del Loa, Ramírez y Rojas, tenían que disparar sobre él, pero se acobardaron al ver que el Arzobispo de la Plata (que debía estar ya en el templo y

que se atrasó por una casual circunstancia) daba la vuelta la esquina de Rummy Cruz, acompañado de canónigos y acólitos, y con paso presuroso llegaba al atrio al mismo tiempo que el señor Arce.

Elementos revolucionarios se dieron modos para incitar a los del Loa a cumplir su compromiso. A las 10.45 de la mañana sonó el primer disparo en la plaza, seguido de otros. El coronel Sarabia, jefe del regimiento, quiso imponer disciplina en su tropa, pero fue muerto con cuatro disparos a quemarropa. Lo mismo le ocurrió al segundo jefe, Delfín Alvarado. Los sediciosos atacaron el Palacio de Gobierno. En la puerta fue acribillado a balazos el capitán Candiotti, ayudante del Ministro de Relaciones Exteriores. El populacho, que se asoció a la revuelta, ingresó al edificio junto con la tropa y saqueó las oficinas, quemando los archivos del Ministerio de Relaciones Exteriores, el Tesoro y otras reparticiones públicas. Se atacó luego al cuartel del Regimiento de Artillería, que se rindió después de una breve resistencia. Los cañones Krupp fueron arrastrados a la plaza y enfilados contra la Catedral.

En el interior del templo, cuyas grandes puertas habían sido cerradas desde adentro al escucharse los primeros tiros, reinaba el pánico entre las mujeres y los niños y gran confusión entre los magistrados, diplomáticos, sacerdotes y demás concurrentes al oficio religioso. El Arzobispo, los ministros de Chile y el Perú y varios notables dirigieron un mensaje al jefe de la revolución, senador Belisario Salinas, pidiendo una tregua para la evacuación de la iglesia. Los canónigos, portadores de la nota, volvieron con los personajes liberales Rodolfo Soria Galvarro y Lucio Pérez Velasco. Estos permitieron la salida de todos menos la del presidente Arce y de sus ministros Mariano Baptista y Serapio Reyes Ortiz, por temor a que fuesen masacrados por la turba y los soldados. A las tres de la tarde el prominente liberal Atanasio Urioste entró en la Catedral y logró sacar al señor Arce disfrazado de sacerdote franciscano, llevándolo a su casa. Declaró que lo hacía, pese a su enemistad política, para cancelar una deuda moral por un favor que su padre recibió años antes del progenitor de Arce.

El presidente abandonó ese mismo día la casa de Urioste, recogió a dos de sus leales mozos negros de La Florida, su propiedad rústica próxima a Sucre, y cabalgó durante tres días hasta Cochabamba, para reunir tropas allí y en Oruro y sofocar la rebelión.

En Sucre reinó el terror durante varias jornadas. La chusma atacó a pedradas y tiros la casa de Arce, la Legación de Chile, La Florida y asaltó casas comerciales. Los muertos pasaron de cien.

En una carta a su correligionario político y amigo Lucio Pérez Velasco, Sainz le pidió que certificara cómo "se vio envuelto involuntariamente" en ese acontecimiento.

"Usted sabe que llegué a Sucre - le recordo— veinte días después del alzamiento del 8 de septiembre. Renuncié a todo puesto oficial que me ofrecieron los nuevos dueños de la capital y sólo por abnegación a la causa liberal, pese a la estrechez de mi situación, consentí en acompañar, sin sueldo ni retribución alguna, a mi amigo Belisario Salinas, Jefe Superior de la revolución, en su marcha sobre Potosí. Debe acordarse que usted me tuvo que prestar 100 bolivianos para dejarlos a mi familia y que estuvimos juntos en los campamentos de Yotala, Pampa tambo y Bartolo. En este último lugar fui sorprendido con el nombramiento de comandante de las tropas revolucionarias. Combatimos contra Arce cerca de Kari Kari y derrotamos al Batallón Primero y al escuadrón Bolívar. Al día siguiente tuve que obedecer la orden de retirada acordada en un Consejo de Guerra en el que no participé".

Lucio Pérez Velasco le contestó:

"En la madrugada del 8 de octubre de 1888 y con conocimiento de estar Arce en Potosí, por acuerdo unánime de los jefes superiores, usted fue designado conductor de las tropas y marchó hasta la altura de Kari Kari donde fue sorprendido por el enemigo a las 6 p. m. Trabajó usted combate que en pocos momentos se hizo general, resultando vencedor. La oscuridad de la noche y lo fragoso del trayecto impidieron nuestro avance hasta Potosí. Sus tropas permanecieron toda la noche en Kari Kari. El frío, el hambre y la sed dispersaron a un gran número, obligándonos a una retirada que fue resuelta por los jefes Peñarrieta (comandante en jefe), Rivadeneira, Pacheco, Valle, Alcérreca y Palacios y sin la concurrencia ni de usted ni del coronel Eloy Martínez, jefe del Estado Mayor. La decisión se comunicó al Jefe Superior a las 12 del mismo día 9".

La reconquista del gobierno por Aniceto Arce y la persecución a los enemigos de su régimen obligaron a Sainz a viajar a la región de Chayanta y vivir semiculto en

Colquechaca. Este pueblo atravesaba por un período de relativa prosperidad gracias a la explotación de algunas minas de plata. Tenía a la sazón unos 8.000 habitantes de la más variada procedencia nacional y extranjera y de los más abigarrados caracteres. Sainz no encontró otro medio de ganarse la vida que empleándose como "sereno" o guardián nocturno de una casa comercial minorista. Por lo demás, le era peligroso trabajar a la luz del día.

* * * *

Al morir Antonio Llano, viejo y malaventurado minero de Chayanta, dejó las concesiones "Blanca", "Mercedes", "Guadalupe" y "Manto del Carmen" y el pequeño ingenio de Cancañiri, que poseía en la montaña de Llallagua, a su concubina Rufina Martínez. Ramón Salinas, activo minero con propiedades aledañas, quiso hacer valer mejores derechos sobre las mismas pertenencias. Rufina Martínez pidió auxilio a Pastor Sainz. Sabía que detrás del modesto "sereno" de Colquechaca se ocultaba un importante político y, sobre todo, un abogado.

Sainz vio luz en el oscuro túnel donde lo habían metido la política y la pobreza. Propuso a la señora hacer una sociedad. Ella pondría las minas y el ingenio. El aportaría su trabajo y el dinero que se pudiera prestar. El abogado que resultara militar y se convirtiera en político decidió hacerse minero. La sociedad "Sainz - Martínez" se dividió en tres acciones: dos para Rufina Martínez y una para Pastor Sainz. Con el primer dinero obtenido a crédito se pidieron cuatro hectáreas más, con el nombre de "Realenga", siguiendo la veta Blanca, hacia arriba, al lado de una pequeña mina que un tal Honorato Blacut tenía en la cumbre Juan del Valle de la misma montaña. Poco más tarde se compró a Ramón Salinas su concesión "San José" de cuatro hectáreas y se hizo una petición de otras veinte hectáreas con el nombre de "La Providencia".

Su posición política y la continuación del estado de sitio coartaban a Sainz la libertad de movimiento que requería para atender los asuntos de la sociedad ante las autoridades, bancos y casas comerciales de Oruro y Potosí. Invitó a su amigo Rubén Diez de Medina de Oruro a que se incorporase a la empresa como socio y abogado, con un sueldo de 130 bolivianos mensuales, con la obligación de atender los asuntos legales y alternarse con él en la gerencia general del negocio. Esto

permitió a Sainz poder ir a Sucre a ver a su madre y dedicar más tiempo a trajines políticos.

La falta de recursos pecuniarios obligaba a una explotación rudimentaria. Se consiguió un motor a vapor de 12 caballos de fuerza y dos molinos de hierro. El mineral se extraía por el "Socavón Viejo" en la mina "Mercedes" y por el "Socavón Nuevo" en la mina "Blanca".

Rufina Martínez vivía en Oruro dedicada a un variado comercio minorista, pero no dejaba de importunar a Sainz con sus pedidos de dinero o enviándole mercaderías para su venta en Llallagua. Sainz dijo a Diez de Medina: "La vieja Martínez es nuestra cruz, pero debemos soportarla como buenos cristianos".

En uno de los períodos en que Rubén Diez de Medina gerenciaba la sociedad hizo un pedido de ocho hectáreas con la denominación de "Buen Augurio". Quiso explotarla en su solo provecho alegando que era de su exclusiva propiedad. Sainz y la Martínez se opusieron. La nueva concesión tenía que pertenecer a los tres, pues era contigua a las demás y había sido solicitada por Diez de Medina en su condición de abogado y socio de la empresa. En carta de 24 de septiembre de 1892, Pastor Sainz y Rufina Martínez expresaron a Diez de Medina: "Declaramos que no debemos, no podemos y, sobre todo, no queremos más sociedad con usted. Al obrar así lo hacemos con toda justicia, pues a cambio de unos pocos pesos, 200 ó 300, que dice usted haber gastado cuando se "introdujo" en la sociedad, han entrado a sus bolsillos 15.854, fuera de infinidad de partidas de cargo cuya liquidación se hará oportunamente". Diez de Medina inició acción judicial contra Sainz. El juicio duró varios años y motivó insultantes artículos de prensa de uno y otro lado en periódicos de Oruro, La Paz, Potosí, Sucre y Cochabamba.

A las complicaciones ocasionadas por el pleito se sumaron sobre Sainz otros pesares y preocupaciones. Narcisa Cossío, la adorada madre, murió en Sucre, en febrero de 1895, causándole un gran dolor. Su segundo hijo, Néstor, queriendo ayudar a su progenitor, acusó a Diez de Medina de ser un abogado prevaricador. El artículo 114 del Código Penal rezaba: "Cualquier abogado que perjudique a su defendido para sacar alguna utilidad personal será infame y sufrirá una reclusión de 2 a 4 años, con inhabilitación perpetua de volver a ejercer su oficio". Diez de Medina entabló juicio contra Néstor Sainz Guzmán por haber cometido el delito de calumnia y logró

obtener del juez una sentencia de prisión. Pastor Sainz hizo valer todas sus influencias y alegando un delicado estado de salud en su hijo logró que se le permitiese cumplir la sentencia encerrado en su casa, durante dos años, en Sucre.

El hijo mayor, Juan Manuel, entró en otro conflicto en Cochabamba. Su padre le había llamado la atención sobre el lenguaje que utilizaba en sus artículos de prensa. "No me gusta el estilo agresivo y chocante que has tomado", le aconsejó unas semanas antes. "Con ello vas perdiendo el gusto y la delicadeza del escritor público. Para hacer literatura de plazuela mejor sería dejar la prensa a las verduleras. La oposición debe ser digna para ser respetada. Jamás debes olvidar aquella regla: *suaviter in modo, fortiter in re*. Se debe llamar la atención y provocar interés por el mérito literario y no por la provocación audaz". Uno de los artículos del joven ocasionó una violenta reacción de Mariano Velarde. Abofeteó a Juan Manuel Sainz públicamente en el Club Social de Cochabamba. Este desafió a duelo a su agresor. Los padrinos lograron evitar el lance. Pastor Sainz escribió a su primogénito: (10 de febrero de 1897) "Hijo de mi corazón: Gracias a Dios que ha terminado este incidente que tanto me ha hecho sufrir. Debes ser prudente en la vida. Nadie te ha nombrado "desfacedor de agravios". ¿Qué pretendes con esa vida de ociosidad, hoteles y clubs, sin aspiración alguna? Poco falta para que la gente te dé el nombre de "badulaque". En una segunda carta: "Mi idolatrado hijo, mi Juan: Este correo tampoco ha traído carta tuya. ¿Por qué no me contestas, hijo mío? Compadécete del pobre anciano que ha sufrido más, mucho más que tú, con el desgraciado suceso. ¡Qué días y sobre todo qué noches que paso desde que supe del maldito hecho! En fin, hijo mío, mi Juan, como siempre te entrego en manos de Dios y que él te salve y te traiga pronto a los brazos de tu amoroso y afligido padre". Una tercera misiva: "Idolatrado hijo de mi corazón: Tu carta me ha conmovido. Sé religioso, hijo mío, y serás feliz. La renuncia que has hecho a las satisfacciones ofrecidas por tu agresor te honra. Ven pronto a Llallagua. Serás diputado por Chayanta. Muy luego, rico. Ven cuanto antes. Estoy muy enfermo. Ahora mismo tengo que ir a Poopó a producir pruebas contra el bribón Diez de Medina y apenas puedo tenerme en la mula".

En la misma época Sainz escribió a Honorato Llano; hijo de Rufina Martínez: "Yo vine a Llallagua hace 8 años y fui buscado y solicitado por tu mamá, en

circunstancias difíciles para ella, cuando ya estaba despojada de su herencia por Salinas. Yo la defendí y desde el primer momento comencé a pasarle una mensualidad de 50 bolivianos de la que gozó durante tres años, pese a que recogí la mina aguada y daba pérdida, al extremo de que me adeudé en 42.000 bolivianos con el señor Sol Levy. Después, cuando mejoró un poco la mina, subí la mensualidad a 400 bolivianos, que le pasé hasta cuando los trabajos estuvieron paralizados y después he seguido con 300, con 200 y hoy recibe cada mes 125, a pesar que la mina debe 62.000 bolivianos. La mina nunca ha estado en la decantada "boya" de que hicimos alarde para obtener préstamos. Ahora mismo sólo produce 300 quintales mensuales que se venden en 3.000 bolivianos. Se gastan 800 a 900 en jornales. A esto hay que añadir los 125 para tu madre y los honorarios de los abogados en Oruro, Potosí y San Pedro, o sea, que hay un déficit cada mes que suplo con mi crédito". A su amigo Venancio Jiménez de Cochabamba le contó: "Estoy abrumado de trabajo y por la falta de salud. Varios pleitos que activar y sostener en Oruro, Potosí, Sucre y San Pedro. La mina y el ingenio que atender personalmente. Correspondencia crecida, deuda devoradora, enfermedad que avanza sin cesar e imposibilidad de conseguir personas de confianza para ayudarme, ni siquiera un buen secretario. Y todo el mundo creyéndome rico y mis hijos, que podrían colaborar, ocasionándome sinsabores y acibarando todos mis momentos. Sólo la fuerza de carácter me hace resistir. Me siento decaer. Hasta la naturaleza es adversa aquí, porque no puede haber cerros más escarpados y fragosos, ni clima más rígido, frío y cruel".

La mala racha tenía una sorpresa más. Su hermano Néstor Ballivián, acosado por acreedores y estando agotada la fortuna de su esposa Victoria Pacheco, anunció su intención de poner fin a su vida en la hacienda Tirquibuco, cercana a Potosí. Pastor Sainz le escribió: "Idolatrado hermano de mi corazón: En medio de los diarios sinsabores que están minando mi existencia tu carta ha venido a sumirme en la desesperación. Hacía tiempo que me agitaba el temor de que tu espíritu había degenerado, pero nunca creí que llegaría al estado de atonía de pretender librarse de pasajeros y remediabiles males por el cobarde e infame camino del suicidio. Está bien, tú descansarías, pero yo moriría de pena. ¿Has olvidado todos nuestros padecimientos de hambre, sed y desnudez en nuestra triste infancia? ¿Quiénes han

sufrido más que nosotros y luchado más virilmente contra la adversidad? Por nuestra santa madre que está en el cielo aparta de tu mente tan nefasto propósito". Continuó la carta llamando a Néstor Ballivián a trabajar a su lado en Llallagua. Terminó diciéndole: "En dos o tres años de constante trabajo podemos ser ricos y reírnos de los sinsabores y de esta sociedad corrompida. Tu hermano padre, Pastor".

Valga una nota risueña para terminar este capítulo. Una esquela que Pastor Sainz dirigió al comenzar el año 1897 a su amigo Juan de Dios Torrico, cura de Aimaya: "Se ha propuesto usted abrumarme con sus obsequios, mi querido tata y amigo. Mil gracias. Me voy a regalar con las ricas papas de las que estábamos escasos. El día 1º de enero lo esperamos mucho. Nos sentamos a la mesa recién a las 7 de la tarde. Teníamos dispuesto un cajón de buena cerveza para servirnos con usted y como no vino, bebimos sólo la mitad. Hoy le mando las 6 botellas sobrantes para que las tome usted con otros amigos. Va también una botellita de crema para la señora y los niños".

CAPÍTULO 2

"LA SALVADORA"

Juan del Valle, uno de los conquistadores españoles de la hueste que acompañó a Ñuflo de Chávez en su épica marcha del Paraguay al Alto Perú, fue el primero que llegó a la montaña de Llallagua y presintió que sus coloraciones exteriores eran señal de que estaba grávida de metal. Horadó cerca de la cima buscando la plata que daba fortuna a otros de sus compatriotas en Potosí, Porco y en otras moles de los Andes. Quiso atraer la ayuda divina cambiando el nombre indígena Intijaljata de la cumbre más alta por el muy cristiano de Espíritu Santo. No tuvo suerte ni con el truco del bautizo. Abandonó el lugar desilusionado y se perdió para siempre en la oscuridad del tiempo y la distancia. Nadie habría sabido de su existencia y de su paso por Llallagua si los habitantes de la región, en sus sucesivas generaciones, no hubiesen mantenido el nombre de Juan del Valle para la segunda cumbre, aledaña a la Espíritu Santo, en la que estaba la mina abandonada.

El socavón quedó abierto como un bostezo centenario. En 1872 Honorato Blacut, que tenía otras minas en el distrito, pidió cuatro hectáreas alrededor del agujero empezado por el conquistador ibero tres siglos antes. Había fracasado en sus otros empeños, pero siempre optimista, como todo minero, creyó que esta vez encontraría la tabla que lo salvaría del naufragio económico. Puso el nombre de "La Salvadora" a su pequeña concesión. La trabajó en forma intermitente durante 20 años, abandonándola y volviendo a ella, según sus posibilidades. Cansado de no hallar algo importante la vendió a David Olivares. Este la hizo trabajar con el empírico Sergio Oporto, pero sus recursos se le agotaron en pocos meses. Oporto, que vio algunos indicios halagüeños, compró la mina a su empleador por 80 bolivianos (más o menos 30 dólares).

* * * *

En septiembre de 1894 el avance lerdo de una mula vieja trasladó a Sergio Oporto, en tres días, por el abrupto sube y baja de laderas, lomas y quebradas que separan Uncía de Oruro. Iba a la ciudad en busca de su última esperanza. "La Salvadora" se había tragado su minúsculo capital. Su crédito estaba agotado en el pequeño pueblo

de Uncía. Su hermano Rigoberto, que se asoció a él tomando una pequeña porción del negocio, no quería arriesgar más. La firma "Germán Fricke y Compañía", de Oruro, le había dado algunos avíos. Tenía que extenderle la mano una vez más. Necesitaba víveres, dinamita y algún dinero para pagar los salarios que adeudaba a sus cinco peones. ¿A qué se metió en "La Salvadora"? En el año que trabajó como empleado de Olivares debió ser más realista y no engañarse con que la mina tenía futuro. El creyó haber conseguido una ganga y el astuto había sido Olivares sacándole 80 bolivianos.

Germán Fricke, fundador y dueño de la casa compradora y exportadora de minerales y proveedora de materiales para la mina, estaba ausente en Alemania, su tierra natal. Su hijo Arturo negó a Oporto más préstamos. No había hecho abono alguno sobre lo recibido antes. Los mineros creían siempre que la fortuna estaba detrás del siguiente dinamitazo. Una casa comercial no podía depender de las mismas ilusiones.

—"¿Cómo le fue, amigo Oporto?" —preguntó Simón I. Patiño al ver salir al minero de la oficina de su jefe.

Patiño trabajaba como empleado de los Fricke desde hacía algunos años. De estatura mediana, cuerpo erguido y robusto, dando la impresión de estar firmemente asentado en el suelo. Espaldas anchas y cargadas. Rostro cuadrangular, con frente amplia, ojos pequeños de mirar inquisitivo y desafiante, nariz recta, bigote grueso, boca regular, mentón redondeado pero sólido, cabello corto. Carácter ambicioso, ejecutivo y tenaz. Inteligencia natural e intuitiva. Actitud mental y física en permanente apresto, como de luchador. Temperamento vivaz y burlón del cual emergen, con igual facilidad, manifestaciones de impaciencia y cólera o una sonora carcajada.

A fines del siglo pasado Oruro era una población de inspiración cosmopolita en la que no se cultivaban los regionalismos que dividían otras partes del país y donde extranjeros y bolivianos de cualquier latitud eran acogidos con la misma cordialidad. Según cálculos que hizo el periódico "El Decálogo" vivían entonces en Oruro 8.939 orureños, 6.253 bolivianos de otros puntos del país, 462 latinoamericanos de diferentes naciones del continente, 226 europeos y 13 asiáticos. Del total de 15.893 eran mineros 1.963, comerciantes 1.735, estudiantes 977, panaderos 200,

abogados 96, religiosos 38, ingenieros 32, médicos 16 y el resto mujeres, ancianos y niños. Oruro era de aspecto urbano modesto y chato, mas con mucho orgullo de ser la primera ciudad boliviana unida a la costa con un ferrocarril. Era la etapa obligada en las comunicaciones de La Paz con el sur, punto de conexión con los valles de Cochabamba, núcleo económico con numerosas casas comerciales y agencias de bancos nacionales y extranjeros, centro de negocios y de aprovisionamiento de las minas de sus alrededores y de leguas a la redonda.

La famosa Convención de 1880 que inició una nueva era política para la república, con la emergencia de una élite de mineros enriquecidos con la plata, que ganó ascendiente sobre la tradicional oligarquía latifundista y el caudillismo militar, estableció el sistema de partidos civiles y dio preeminencia a la mentalidad positivista y mercantil de que la nación debía manejarse por un gobierno representativo con criterio empresarial, dando preferencia a la atención de los problemas económicos y haciendo del trabajo y el enriquecimiento privado y nacional el objetivo principal de la actividad ciudadana. Oruro y La Paz iban adquiriendo en la era del estaño que se iniciaba la posición que Potosí y Sucre tuvieron en el pasado argentífero. Sucre, aislada entre colinas, había simbolizado el respeto a la herencia colonial. El ferrocarril trajo desde el exterior, primero a Huanchaca y desde 1892 hasta Oruro, las ideas y la maquinaria para el trabajo técnico y progresista.

En La Paz vivían quienes dependían de la política. En Cochabamba los afectos a la molición y el ambiente rural. En Potosí y Sucre los aferrados al pasado. En Tarija, Santa Cruz y Trinidad los olvidados. Oruro era la ciudad del trabajo, de los cateadores de fortuna, de los ansiosos de éxito material. Por eso Patiño estaba allí. Tenía una gran ambición: conquistar independencia económica, ser dueño de su propio destino, encontrar un mejor porvenir para sí mismo, su esposa y sus hijos. Empero, tenía 34 años, quien sabe la mitad de su existencia si se los computaba dentro del promedio normal de vida para los habitantes de esas alturas. La juventud quedaba detrás. Se aproximaba la madurez y las circunstancias seguían amarrándole a un puesto subalterno detrás de un mostrador.

—“Yo lo puedo ayudar” —declaró Patiño a Oporto, con firmeza. “Venga a buscarme a las cinco, cuando cierre la tienda, e iremos a mi casa a discutir el asunto”.

En su casa, al lado de su esposa, Patiño hizo una proposición formal a Oporto: "Desde que dejé el colegio para trabajar y siempre que he podido he ahorrado algo, aunque sea unos centavos, con la esperanza de reunir un capital que me permitiese tener un negocio propio, de preferencia minero. A costa de muchos sacrificios he reunido 5.000 bolivianos. Estoy dispuesto a arriesgarlos en su mina. Hagamos una sociedad con el nombre de "Patiño - Oporto". Yo daré el dinero que vayamos precisando para jornales, víveres y materiales. Usted dirigirá los trabajos personalmente. Tendría la obligación de mandarme un mínimo de 40 quintales mensuales de barrilla de estaño. La ley del mineral no tendría que bajar de 65 por ciento. Yo los vendería a los señores Fricke. Seguiría trabajando como empleado de ellos para no perder mi sueldo y para mantener el contacto. Del producto de las ventas descontaríamos los gastos, separaríamos algo para reinversión y ampliación y de la utilidad que quede nos dividiríamos por mitad. Desde la primera vez que he ido por allá la montaña de Llallagua me ha dicho algo. Tengo fe en ella. Todo depende de que trabajemos con entusiasmo y seriedad. Estoy seguro de que alguna de las vetas que el señor Sainz y el ingeniero Minchin han encontrado en los costados debe llegar hasta la cumbre Juan del Valle. Yo me encargaría de hacer la escritura de la sociedad ante un Notario. Usted tendría que volver a la mina de inmediato".

Oporto aceptó. Al día siguiente retornó a Uncía llevando los primeros 300 bolivianos adelantados por Patiño para activar la explotación de "La Salvadora". ¿Salvadora? El "salvador" era su flamante socio. Oporto agradeció a Dios el milagro de haber puesto a Patiño a su lado, con sus ahorros y su optimismo, cuando todos los demás lo habían abandonado.

Los siguientes párrafos de las cartas de Patiño a Oporto narran las angustiosas alternativas por las que atravesó la sociedad en los tres años de su precaria existencia:

(13 de octubre de 1894) "Querido amigo: Supongo, como me anuncia usted en su carta, que hasta fines de mes recibiré la barrilla. No importa que tarde algo su despacho, si la cantidad ha de ser doble para compensar el tiempo... "

(25 de octubre de 1894) "Hasta la fecha no he tenido conocimiento de algún despacho y pasa más de un mes y medio de nuestro compromiso. En último caso

tendré que tomar medidas... Me obligará usted a que haga un viaje a Uncía en Todos Santos y todo gasto que me ocasione me pagará. Con el simple pretexto de que no hay fleteros se quiere usted evadir... Sea usted hombre de palabra...".

(23 de noviembre de 1894) "En **mi** poder su descortés comunicación de 10 del presente, de la que he retirado el conocimiento por 30 sacos de barrilla con el peso de 15 quintales. La ley de esta partida no se sabe todavía... No cumple usted con el contrato. Usted debía haberme enviado el quintal de barrilla a razón de 10 bolivianos, con más la guía y el flete corriendo por su cuenta. Además, ha fallado usted a una de las cláusulas de la escritura que dice que usted se compromete a remitirme la barrilla con la ley de 65 a 70 por ciento. Si baja del mínimo... me abonará usted la multa de 20 bolivianos por grado. Como le avisé en mis anteriores, su barrilla no dio sino la ley de 62 por ciento, según certificado que conservo... Usted me dice que con esta partida queda cancelada la cuenta del adelanto de los 300 bolivianos... y que en adelante no quiere usted recibir más cartas de mí, ni tener más contrato. Parece que usted fuera un niño y que no supiera que tiene un contrato con escritura pública... No se burlará usted conmigo, lo llamaré al cumplimiento de su escritura, manifestando que con los 60 sacos de barrilla no ha pagado usted ni el adelanto. Usted cree fácilmente en su supina pretensión que es muy fácil destruir un contrato público hecho ante un notario... Yo como hombre sin malicia y de buena fe le aconsejo que siga siendo fiel a su contrato, porque si no se mete usted en un berenjenal conmigo... fuera de que le obligo a la remisión de 40 a 50 quintales mensuales de barrilla, que hasta la fecha no ha cumplido. Además de todos los gastos, me debe usted la mitad del valor de la escritura que son 7 bolivianos, porque el total asciende a 14 bolivianos y como usted se fue sin más verse conmigo, no tuvo cómo arreglar. Sírvase escribirme con frecuencia e indicarme cómo le hago las remesas de dinero, se entiende mandándome usted primero los recibos de lo que pida...".

(18 de enero de 1895) "A consecuencia de una grave enfermedad de pulmonía que me ha tenido en cama desde el 25 de diciembre hasta estos días, no he podido siquiera acusar recibo de sus gratas comunicaciones. Sólo le supliqué a don Arturo para que le contestara y le remitiera los 100 bolivianos que me ha pedido. Recibí las dos partidas de barrilla... De éstas, la primera no ha dado muy buen resultado, pues

ha arrojado la ley de 63 por ciento, regular calidad. La segunda ha dado mejor resultado con 66 por ciento, también de regular calidad... Usted comprende, amigo, que siendo de baja ley el estaño que me remite no hago negocio, más bien, al contrario, pierdo. En este sentido, vuelvo a suplicarle, mi buen amigo, procure usted siempre que la barrilla sea de buena clase y bien lavada...".

(30 de enero de 1895) "Con sentimiento le comunico que la barrilla ha bajado de precio en Europa últimamente, en proporción considerable. Se ha puesto la tonelada a 60 libras esterlinas. Y las casas rescatadoras han bajado en proporción la tarifa de los precios de rescate. En atención, según nuestro contrato, vea la rebaja que debe hacer o suba la ley de la barrilla...".

(14 de marzo de 1895) "Este momento acabo de hacer la recepción de la barrilla traída por el fletero Pedro Condori, al mismo tiempo le devuelvo los saquillos con él mismo. Esta partida me parece que no dará muy buena ley, no es de muy buena clase, si no da siquiera 65 por ciento, el negocio sería sólo para usted y yo resultaría un empleado sin salario. Tome usted todo empeño en mandarme barrilla de buena ley...".

(14 de agosto de 1895) "La barrilla de los 24 quintales ha dado la ley de 62 por ciento, de buena calidad, que le abono en la forma siguiente: valor de 24 quintales a 8.80 bolivianos, igual 211.20. Menos saldo de pago al fletero, 14.50. Total 196.70. Este valor lo he abonado a su cuenta de adelantos. Espero, querido amigo, que me haga remesas de "barillas" de más magnitud y espero que el progreso de la mina siga adelante...".

(25 de octubre de 1895) "Con fecha 20 del presente, he recibido la carta que me ha traído Julián Oporto, con quien he remitido lo siguiente: 100 libras de pólvora del país, 16 martillos de acero para mina, papel rayado, lápices surtidos, un frasco de tinta, 13 cuadernillos de papel timbrado con el nombre de nuestra sociedad. Los 300 bolivianos no he mandado con don Julián para llevarte yo en persona... Saldré de Oruro el día de Todos Santos, llevando en mi compañía al ingeniero y al joven que va a ver si puede quedarse de empleado de nuestros trabajos para que pueda ayudarte en lo que creas conveniente ... Desde ahora debes estar buscando un fletero para después de Todos Santos, para que pueda llevar la carga que tengo dispuesta para 15 burros".

(16 de noviembre de 1895) "A Ramón Salinas, este tipo del mal agüero, debes anunciarle que lo has acusado criminalmente, comprobando que es un gran pillo que quiere apoderarse de una cosa que no es suya... De ninguna manera le das gusto en ninguna de sus pretensiones... Mucho placer me ha causado el párrafo de tu carta en la que me anuncias que ya la mina se está presentando muy bien y que muy pronto podremos contar con una buena explotación. Adelante, compañero, quiera Dios que corresponda a nuestros sacrificios...".

(7 de diciembre de 1895) "Supongo que el plano que te remití te está sirviendo bastante y que en vista de él haces el laboreo y con el buen éxito que me comunicas, aplicando tu saber y tu bastante práctica. ¿Yo qué puedo hacer sino ayudarte hasta más allá de mis alcances, puesto que ambos tenemos que ser uno y correr la misma suerte...? Con el mismo fletero te remitiré una bonita mula, de buenos movimientos, que he comprado en 126 bolivianos y que creo que será de tu agrado y es una alhaja, de una marcha como de caballo, porque mi deseo es que todo lo que te mando sea de tu agrado... Estoy en condición de conseguir un fuelle muy bueno... Todo lo que pueda llevar el Harnero te remitiré, un poco de ají y otras cosas que imperiosamente necesitas para este tiempo de aguas, para que no padezcas por falta de comestibles...".

(22 de enero de 1896) "En cuanto a fondos me dices que no te alcanza lo que te dejé. Es pues necesario cobrar también a Barriga los 100 bolivianos que debe, porque ahora mismo estoy preparando toda la carga para que el arriero salga el lunes... y esto importará más de 600 bolivianos. Es pues necesario que la mina empiece a dar todo lo que tiene de metal, para que siquiera costee el trabajo, porque de otra manera no es posible sostener...".

(24 de enero de 1896) "Quiera Dios que se encuentren otras vetas... para que no nos falte dinero y podamos seguir los trabajos. Procura, pues, compañero, explotar lo más que puedas, porque tú sabes que de esto depende nuestra buena suerte o la completa ruina de nuestro porvenir; mientras tenga fuerza y me alcancen los recursos, seguiré siempre fomentando nuestro común trabajo; ahora mismo yo vivo en una constante agitación y con una angustia que me mata al ver que en tanto tiempo sólo son pérdidas y que la producción no puede siquiera costear el trabajo; y ya estoy entreviendo por en medio de las tristes realidades demasiado difícil

recobrar la plata que hemos botado y seguimos botando, quitando el pan que ya teníamos asegurado para nuestros hijos. Pero, sin embargo, en medio de estas angustias que me devoran, me nace una débil luz que me reanima. Dios que todo lo puede no nos dejará completamente abandonados después de tantos trabajos y fatigas y nuestra juventud gastada; espero y confío que nos protegerá. Sigue, compañero, sin desaliento, con más valor y entereza, arriesgando el todo por el todo, sin vacilar ni desconfiar de tus labores. No he comprendido el recibo de los 150 bolivianos. En esa fecha yo te entregué 200 bolivianos en dos partidas. En el almacén te di 150 y la noche que viniste con tu sobrino a despedirte a casa, en la sala te entregué otros 50. Tampoco he podido comprender que los peones no estén pagados de 4 semanas... El trabajo no puede parar en ningún caso... después de que ya se ha botado tanta plata. El lunes saldrá un arriero conduciendo 12 o más burros, con toda clase de mercaderías... todo importa cerca de 1.000 bolivianos. Además te mando una rica mula de 5 años, de movimientos generales, que cuesta nada menos que la puntualidad de 250 bolivianos. Supongo que en toda esa comarca no habrá otra que se le ponga al frente en hermosura y movimientos. En ella puedes venir de un tirón hasta Oruro, pero es necesario cuidarla mucho... Para subir a la mina habrá que comprar otro animal de bajo precio y que sirva también para carga...".

(21 de febrero de 1896) "Me alegra bastante que los trabajadores nos hubieran obsequiado las achuras¹ de un buen metal... Creo que las lluvias ya se han de suspender. Después de este mes será necesario emprender trabajo para que tengamos doble explotación...".

(28 de febrero de 1896) "Comunícame cuántas son las pertenencias que tiene don Ramón Salinas en el cerro. Según me han dicho en lo de Buchard, tiene 40 pertenencias y todas ellas están hipotecadas a esa casa. Muy luego piensan ir a ésa a hacerse cargo de todas las pertenencias de Salinas, en especial de las que nosotros tenemos y saben por las comunicaciones que Salinas te ha hecho pleito a la posesión judicial. Todo esto me ha comunicado el gerente, que es mi compadre, y tiene mucha confianza conmigo. Sería muy necesario que de una vez fueras a Potosí a terminar el asunto y se te dé la posesión de La Salvadora...".

¹ Mineral de alta ley que los trabajadores obsequian a sus patrones y éstos retribuyen con una "challa" o fiesta durante el Carnaval.

(1^o de mayo de 1896) "Lo único que quiero es que -no desmayes en tus trabajos que es lo que nos conviene y lo poco que mandes de barrilla inmediatamente que se venda te remitiré el dinero con toda religiosidad, para que sigas empujando poco a poco... No creas que los dichos de ese tipo Solar influyen en mi ánimo... Yo no me llevo de chismes... y lo que me dicen respecto de ti me entra por un oído y me sale por el otro... Ojalá, querido compañero, que tus esperanzas sean coronadas y logremos siquiera recuperar los pequeños recursos que teníamos para la vida. Dios es grande y velará sobre las buenas intenciones de sus buenos hijos... Política: aquí los dos partidos están fuertes para la lucha electoral... Se supone que el Partido Liberal, por el club del domingo, forma mayoría. Ya lo veremos en las elecciones. Como dicen "el corrido lo dirá...".

(29 de mayo de 1896) "Espero que llegue la partida de 30 quintales de barrilla que me anuncias, además debes procurar que para el 20 vengan los otros 30 quintales o más, cosa que podamos sacar siempre un saldo para compras que necesitamos para la mina, como por ejemplo un torno y un par que carretillas para el socavón, para facilitar la extracción de los metales hasta la cancha mina². Ojalá Dios quiera que de una vez nos venga una pequeña boya³. Avísame cuál de los siete frontones⁴ da mejor metal y en más abundancia y a cada frontón debes ponerle un nombre y avisarme estos nombres, cosa que en tus cartas sepa qué frontón está en buen estado para orientarme".

(12 de junio de 1896) "Ya llegaron los 30 quintales que entregó el Harnero. Sin embargo, algunos sacos reventaron. Es preciso que en adelante mandes en los nuevos sacos que tenemos con el nombre de nuestra firma. Barrios de Huanuni quiere ir a ésa como contratista para trabajar a pirquín⁵. En adelante deben ser tus miras que todos los trabajadores sean contratistas a pirquín como hace el Socavón San José y otras empresas y no estar sosteniendo jornaleros, que es una broma, y no explotan como un contratista. La muestra del metal de plata que me dejaste ha dado la ínfima ley de 4 marcos por cajón... Bajo ningún punto de vista hay que abandonar la idea de dedicarnos sólo al estaño que es lo más positivo. En la otra mina donde tenemos el pedido con don Arturo no conviene todavía, de ninguna

² Terraplén delante de la mina.

³ Hallazgo de vetas y prosperidad de la mina.

⁴ Masa rocosa donde termina un socavón o galería.

⁵ Trabajo a contrato

manera, que trabajemos hasta que nos venga la posesión judicial. Ramón Salinas: este pobre diablo no ha podido conseguir de la casa Buchard ni un penique en efectivo como tampoco en mercadería. Con "respecto de la dinamita y el azúcar para remitirte procuraré mañana mismo buscarla a la señora Rufina y suplicarle que consienta que saque lo que me pides, a ver si puedo entonces también mandar la jerga de Toledo para los trabajadores...".

(19 de junio de 1896) "Me cabe la satisfacción de felicitarte por lo bien que lo has hecho en cumplir nuestro compromiso debidamente. En virtud de nuestra exactitud el señor Fricke me ofrece aumentarnos los adelantos hasta mil bolivianos mensuales, con la condición de que entreguemos de 80 a 100 quintales, además darnos un crédito de 200 a 300 bolivianos, también mensual...".

(26 de junio de 1896) "Si las principales labores están bien no conviene poner pirquiñeros⁶ sino en los lugares donde tú creas difícil la explotación; donde está bien conviene solamente a jornal, porque de otra manera el pirquiñero nos ganaría demasiado. Esto lo dejo a tu penetración, porque en este ramo sabes mucho más que yo. Es necesario que la comunicación del callejón en la mina se active cosa que podamos ampliar nuestro contrato con la casa Fricke más adelante. Mucho me alegro, compañero, que la mina siga bien... Te aplaudo por lo bien que lo has hecho en techar ya los rajos⁷ y también el ingenio. Celebro que te subas a vivir donde está nuestro trabajo. "La vista del amo engorda el caballo", que bien le viene al caso este refrancito. Poco a poco hay que empujar, compañero".

(31 de julio de 1896) "Supongo que con tus empeños y el nuevo barretero que has aumentado se active la comunicación del callejón, para que pueda ser nuestra explotación más fácil y que de una vez podamos introducir un par de carretillas para ayudar a los apiris⁸. Es posible que el martes salga antes de que comiencen las fiestas hasta Huanuni y el miércoles en la tarde me tengas en ésa...

(11 de septiembre de 1896) "Quiera Dios que de una vez te den la posesión, para que podamos salvarnos de toda esa furia de pillos que nos han perjudicado lo increíble, hasta la pretensión de querer quitarnos nuestro trabajo y dinero". (En este párrafo Patiño se refiere al vecino Pedro Artigue y a su apoderado Juan C.

⁶ Contratistas

⁷ Cavidad producida al extraerse el mineral de una veta.

⁸ Porteadores.

España, que al igual que Ramón Salinas, han entablado juicio alegando mejor derecho sobre las pertenencias que trabaja Oporto).

(2 de octubre de 1896) "Te tengo la recomendación que en la mensura y el alinderamiento de nuestras pertenencias, se amojone bien y que los mojones se hagan bastante claros y se blanqueen. Si tú estabas desesperado en Potosí, yo estaba mucho peor, sin saber en tanto tiempo de nuestros asuntos. Dios quiera que con la posesión termine todo incidente que nos ha perjudicado completamente en nuestros trabajos... Desde que has estado ausente de la mina he vivido en una angustia tremenda, sin un día de tranquilidad, acosado por todas partes con los compromisos que hemos abierto con nuestros asuntos..."

Entre octubre y diciembre de 1896, debió ocurrir algo que distanció a los dos socios. No existen cartas de este período. A partir del 20 de diciembre, la correspondencia cambia su estilo cordial y amistoso y se torna formal.

(20 de diciembre de 1896) "Tengo el placer de comunicarle que nuestro empleado don David Rivas sale mañana conduciendo la remesa de 600 bolivianos para el pago de los trabajadores y para que sigan los trabajos sin interrupción. Suplico a usted se dé un salto hasta Oruro para concluir los pequeños inconvenientes que han nacido entre socios y quiero que hagamos la liquidación a este fin de año de todo el movimiento de la mina, de sus ingresos y egresos y cada uno sepamos a qué atenernos en nuestras determinaciones, porque veo que usted ha querido entorpecer demasiado nuestras relaciones. No quiero que en lo mínimo se haga pesar lo que se ha asociado conmigo. Gente racional y de buena fe se entiende hablando y explicándose. En este sentido espero su venida dispuesto para todo arreglo...".

(12 de febrero de 1897) "El abogado Cortadellas dice que si el juicio administrativo no da buen resultado se consulte con un buen abogado en Potosí e indica al doctor Wenceslao Alba con el señor Modesto Omiste, que compute usted el tiempo en que España tomó posesión de "La Salvadora" e inmediatamente inicie el juicio ante los tribunales ordinarios para echar por tierra las pretensiones de los Artigue... porque teme el doctor Cortadellas que pudieran hacernos alguna jugarreta de mala ley... Sólo espero y pido a Dios que de una vez convenga en que se extiendan las escrituras... Con este requisito le aseguro compañero que conseguiré más dinero y

se lo remitiré... Doña Raquel me escribe que persona fidedigna le ha avisado que los Artigue preparan algo... Les daremos una buena paliza para que se acuerden toda su vida. La cuestión es que usted esté prevenido y listo a rechazar cualquier ataque...".

Pedro Artigue, de nacionalidad francesa, había formado una sociedad con su hijo Armando, que trabajaba con él en el pequeño Hotel. Europa de Colquechaca, con -el cura Camilo Ferrufino, que combinaba sus deberes religiosos con un minúsculo negocio farmacéutico en la misma localidad, con el abogado Andrés Avelino Iriarte y con Natalio Achá como secretario. La sociedad "Artigue y Compañía" funcionó inicialmente en la botica del cura y luego en el Hotel Europa. Entablaron juicio contra "Patiño - Oporto" reclamando que su concesión minera "La Negra" tenía mejor derecho a las cuatro hectáreas donde estaba "La Salvadora". Aprovechando de una ausencia de Sergio Oporto hicieron ocupar la mina con su gente.

Simón I. Patiño viajó a Uncía a colaborar a su socio en el rescate de su propiedad. Subieron sigilosamente a la cumbre de la montaña y tomaron presos, por sorpresa, a los hombres de "Artigue y Compañía" conduciéndolos luego hasta Chayanta, donde los entregaron a las autoridades.

Patiño volvió a Oruro y reanudó su correspondencia con Oporto: (8 de abril de 1897) "A nuestra llegada a ésta tropezamos con cien mil inconvenientes. So nos acusó de haber violado la Constitución... He iniciado acción criminal por el asalto de la mina, robo de metales y aysay⁹ del socavón... He tomado otro abogado más fuera de Cortadellas, el señor Ismael Vásquez, que tiene prestigio considerable...".

(12 de abril de 1897) "El asunto criminal que les he entablado a Artigue y Achá se ha complicado bastante, pero los voy a fundir y para esto he tomado al doctor Vásquez...".

(30 de abril de 1897) "La casa Fricke me atinge que de una vez paguemos lo que debemos... La barrilla que ha remitido usted últimamente ha dado una ley muy baja... y la casa Fricke no quiere pagar más de 9 bolivianos el quintal...".

(13 de mayo de 1897) "Don Arturo Fricke está yendo a ver nuestros trabajos en compañía del señor Rómulo Olmedo, persona muy entendida en minas. Creo que ha desconfiado algo de nosotros sobre la producción y el buen estado de la mina... ".

⁹ Derrumbe

(28 de mayo de 1897) "El señor Olmedo me decía que es indispensable que hagamos unas tres o cuatro habitaciones en la mina para que vivan los trabajadores y el mayordomo; que como trabajan ahora nos engañan, porque no alcanzan a hacer el trabajo completo; subiendo desde el rancho llegan muy tarde a la mina y cansados. La partida de los 30 quintales dio una ley baja de 56 por ciento de estaño y la casa Fricke nos abonó 9.10 bolivianos el quintal, y por la partida de 35 quintales, con ley 57 y medio nos ha abonado a razón de 9.40. En virtud de estas leyes es preciso que haga usted lavar bien, cosa que se le saque todo el bronce que le hace bajar mucha ley. Es preciso, compañero, que en el mes de junio me remita usted cuanto pueda, para hacer frente a todos los gastos y la habilitación... Mientras tanto los intereses nos están comiendo el alma. Es idea del señor Olmedo que cuanto barretero que se consiga se lo ponga dentro de la mina donde hay metal para procurar sacar bastante y atender mejor los gastos..."

(11 de junio de 1897) "Como la producción de la mina ha aumentado bastante y tenemos bastante metal, es preciso que ahora se hagan remisiones seguidas de barrilla y sólo de esta manera podemos hacer frente a todas las exigencias; porque conseguir dinero sobre lo que ya tenemos es sumamente difícil, porque no tenemos títulos de propiedad hasta ahora para poder acreditar que nosotros somos los verdaderos dueños de la mina. Como dicen los abogados, más bien hago demasiado en conseguir dinero sin que tenga los títulos saneados para poder hipotecar con perfecto derecho como dueños..."

(16 de junio de 1897) "Por la copia de la carta del abogado de Potosí, verá usted que en el asunto de "La Negra" se ha dictado un decreto completamente adverso para nosotros... Tampoco hasta ahora se ha podido conseguir que se extiendan las escrituras de "La Salvadora"... He escrito ayer una carta larguísima al abogado en la que le alego que inicie inmediatamente, sin pérdida de tiempo, el juicio ordinario para que podamos probar la nulidad de las escrituras de Artigue y Compañía... "

(22 de junio de 1897) "Conviene mandar bastante barrilla para pagar lo que se debe en ésta como en ésa. Usted debe comprender que con las deudas estoy que me rebalsa la paciencia... Espero que sus remisiones mensuales sean por lo menos de 150 quintales. Si esto se cumple no dudo que en dos por tres paguemos lo que debemos y quizás podamos economizar algo para trabajar al paso y ejecutar los

planes... para hacer de importancia la mina y que merezca llamarse verdaderamente mina. Es de todo punto de vista indispensable que me mande la lista de todo lo que existe en la pulpería y de las herramientas, para que sepa si se pierde o gana. Al mismo tiempo es preciso que usted cargue desde un principio en las planillas los gastos de su administración, porque basta la fecha no veo cargado nada, ni de pulpería ni de nada ... Además, nunca hace usted figurar las remesas de dinero en las planillas, ni arrastra usted los saldos de semana en semana para saber la existencia de fondos. Artigue y Achá: Me han dicho que estos pichones piensan volver a tomar la mina. Es preciso que usted esté siempre prevenido, llevándose de aquel refrancito vulgar "El hombre prevenido nunca es vencido" y como acto de previsión le remito 60 balas para los dos rifles. En ningún caso abandone los trabajos, porque eso daría margen a que nos hagan pillerías en compañía de Sainz. Parándonos fuertemente, con toda resolución, no son ellos, pobres hombres, quienes nos han de atropellar...".

(25 de junio de 1897) "Con harto dolor de mi corazón sólo le remito la pequeñísima suma de 60 bolivianos, que he podido conseguir a duras penas, taloneando día y noche, sufriendo mil contrariedades en mis apuros. No puede usted imaginar cuán sufrido quedo a la idea de que le remito esa pequeñez.... Sólo espero y pido a Dios que de una vez convenga en que se extiendan las escrituras para que con este requisito, le aseguro compañero, conseguir con buen éxito fondos... Haré en estos días toda diligencia para conseguir más dinero...

(26 de julio da 1897) "Le he hecho escribir a Sucre al ministro Gutiérrez, al fiscal y al abogado, recomendando eficazmente los asuntos de "La Negra" y "La Salvadora". El 28 del presente marcha a Sucre nuestro abogado Vásquez, como presidente de la Cámara de Senadores. Una vez allí dirigirá los dos asuntos... El señor Vásquez me ha dicho que mientras él vaya a Sucre remita al actual abogado, señor Valdez, lo menos 50 bolivianos y no sé cómo proporcionar esos fondos... Mi situación está mal y no sé lo que me pasa, me acribillan de todas partes. Le comunico con toda sinceridad de mi corazón, de cristiano creyente, que me ejecutan del banco y la casa Fricke me exige que se cancele la habilitación. Todo el mundo me ha puesto entre la cruz y la espada y no puede usted imaginarse el estado de desesperación en que me han puesto los pleitos y los trabajos de la mina...Hoy llegó el flamero

Quevedo conduciendo metal. Le hablé si podía bajar minerales de la mina para nosotros y se negó rotundamente delante del señor Fricke, que es lo que siento, manifestando que usted no pagaba a los trabajadores y que por esta razón no conseguía fleteros... Estoy imposibilitado de mandar fondos sin que venga barrilla. Estoy en una situación en que pueden meterme a la cárcel de un momento a otro, el rato menos pensado. Querido soco, ruego a usted encarecidamente que para salvar la situación tan crítica por la que atravesamos, por haber tenido la debilidad de haber hipotecado la mina a una habilitación sin que tengamos títulos de propiedad, me ha comprometido ante la casa Fricke como un fraudulento y me ha hecho perder mi crédito y para salvar todo esto, que me pone en la situación más desesperante; necesito que se encamine usted a ésta, lo más pronto que usted pueda para que entre ambos socios veamos la manera de salir del conflicto... Solo nada puedo hacer y como le digo necesito en todo caso su presencia. Al joven Rivas le he dicho que ya no vaya porque no podemos sostener un badulaque como él. Esperando su pronto arribo a Oruro, cuidando de guardar el secreto de todo lo que nos pasa con todos los amigos de ésta. En todo caso póngase en camino así que reciba ésta. ¡Es urgente!".

CAPÍTULO 3

¡QUE NO SEA PLATA, DIOS MÍO, QUE SEA ESTAÑO!

Los dos socios estaban frente a una quiebra. Al cabo de tres años de angustias y sacrificios la sociedad "Patiño - Oporto" no tenía más crédito y estaba acosada por deudas y pleitos.

La montaña había sido avara en su rendimiento. En cambio se tragó todos los ahorros que Simón I. Patiño había acumulado pacientemente en más de 15 años de humilde empleo en la firma comercial de don Cincinato Virreira, en la empresa minera Huanchaca y en la casa "Germán Fricke y Compañía".

El inventario de las existencias en el rancho que servía de pulpería de "La Salvadora" no podía ser más pobre: "Una caja de conservas de salmón, un saco de harina de trigo, un cajón de té, tres libras de velas, dos paquetes de fósforos, cuatro libras de fideos, tres paquetes de cigarrillos, tres paquetes de dinamita, un quintal de pólvora, dos paquetes de guías, dos quintales de carbón, un tambor de coca, cuatro martillos, algo de tela de alambre, dos carretillas, cuatro lampas, diez capachos¹⁰ ... y dos mulas en el corral".

—"¿Qué podemos hacer, compañero?" —preguntó Sergio Oporto lleno de desaliento.

—"Es que no hemos trabajado bien" —repuso Patiño. "No hemos llevado las cuentas con buen orden. Nunca hemos sabido si estábamos teniendo utilidades o no. Esa no es la manera de trabajar: Yo quería que hagamos una verdadera empresa, pero usted se encaprichó en manejar las cosas rudimentariamente, explotando sólo para comer, de la mano a la boca, día a día, sin planear para el porvenir".

—"Yo creo que la culpa es más bien de usted, que me empujó a contratar más barreteros y hacer otros gastos innecesarios como las mulas y las carretillas, soñando con grandes cosas".

—"Quien no arriesga no gana. Yo quise correr riesgos pero viendo por dónde íbamos. No trabajando a oscuras, sin contabilidad y sin plan. Yo no puse mis ahorros para eso. Si invertí mi capital era para que creciera, no para que desapareciera en el socavón de un cerro. Los mineros que trabajan como usted acaban por ser vencidos por las dificultades. Hay tantos ejemplos. En cambio yo he

¹⁰ Cueros de buey usados para portear mineral.

visto en Huanchaca cómo se trabaja con buena técnica, con inversiones, con riesgo y ambición, pero calculando las posibilidades de cada esfuerzo. Es lo que hacen aquí en San José y en el socavón de la Virgen, como también Sainz, Minchin y los Bertin, en Llallagua. Por eso se están haciendo ricos. Todavía me acuerdo lo que don Aniceto Arce tenía en su empresa de Huanchaca cuando yo estuve allí: 12 baterías de molienda, 18 hornos de calcinación, 10 hornos para quemar piñas de plata, un motor inglés Coopound, 4 calderos Root, una sección de amalgamación, una maestranza, 62 carretas, cientos de mulas, caballos y burros... ¡y hasta un ferrocarril!".

—"Yo prefiero mi sistema, yendo poco a poco, sin correr tantos peligros ni hacerme tantas ilusiones".

Patiño hizo el planteamiento que había convenido con su esposa la noche anterior:

—"Si usted quiere, le compro su parte y yo sigo solo a mi manera".

— ¿"Y las deudas"? —inquirió Oporto, nerviosamente.

—"Si yo me quedo como único dueño de "La Salvadora" también me haré cargo de todas las deudas" — contestó Patiño, firmemente.

Oporto no esperaba esta proposición providencial. Aceptó sin titubear. Si él, que tenía experiencia en minería y había estado sobre el trabajo, no había podido hacer más, Patiño, hombre de ciudad y de escritorio, no sabía a lo que se metía. ¡Que se friegue si ese es su deseo!

La escritura de disolución de la sociedad, fechada el 16 de agosto de 1897, decía así: "De común acuerdo y amigablemente hemos convenido ambos socios en proceder a la disolución de nuestra sociedad. El señor Oporto declara que hace transferencia real y definitiva de todos sus derechos y acciones sobre la mina "La Salvadora" a favor del señor Simón I. Patiño, a quien reconoce desde hoy como único y legítimo dueño. A su vez el señor Patiño declara que el señor Oporto queda libre de toda responsabilidad sobre los negocios de la propiedad. Ambos socios renuncian a cualesquier reclamos ulteriores".

Patiño dejó su empleo en la casa Fricke. Había dicho tiempo atrás a su socio: "La vista del amo engorda al caballo". Le tocaba ahora a él poner en práctica tal consejo. Era y sería por el resto de su vida una característica en él inspirar sus actos en refranes populares. Su educación en Cochabamba había sido rudimentaria

y tuvo que dejar las aulas antes de terminar la secundaria para ganarse el pan de cada día, siendo todavía un adolescente. Su instinto le enseñó que la mejor forma de suplir su falta de instrucción era buscar como guía la sabiduría que la humanidad había adquirido a través de siglos de experiencia y que estaba consagrada en los dichos del pueblo. Así, también, cortó su vinculación con Oporto, porque esa sabiduría le aseguraba que "más valía ir solo que mal acompañado".

Convenció a Arturo Fricke de que la única manera de cobrar lo que le adeudaba "La Salvadora" era darle nuevos medios para seguir trabajando la mina. Necesitaba más avíos y dinero. La firma conocía su seriedad y honradez. El dirigiría las labores en forma más racional que Oporto, con un criterio más empresarial; y estaba seguro de los buenos resultados. Todos sus esfuerzos se encaminarían a una producción constante de barrilla de estaño de buena ley, cuyo valor destinaría primeramente a cancelar los adelantos de dinero y mercaderías.

El entusiasmo y la convicción de Patiño acabaron por ganar el apoyo de Fricke.

Patiño se instaló en la rústica habitación construida como depósito de herramientas, dinamita, pólvora y víveres, ubicada dentro del perímetro de su concesión, en una ondulación del terreno que unía las cumbres Juan del Valle y Espíritu Santo, a corta distancia del socavón de su mina. De inmediato entró en una intensa actividad. En el interior del socavón escrutando los misterios de las rocas a la luz de un mechero de luz mortecina. Fuera, en la cancha, controlando la molienda, el lavado, el ensacado y el despacho de su exigua producción con el arriero. Cabalgando días enteros hasta Oruro a visitar a la esposa y los hijos o a recoger más dinero y avíos, o hasta Uncía o Colquechaca en busca de víveres o para atender los problemas judiciales. En las noches con la contabilidad y las cartas a los abogados de Sucre y Potosí.

Durante el día su actividad estaba acicateada por una embriagadora sensación de independencia. Tenía cerca de 40 años y por primera vez en su vida era dueño de su tiempo, de su energía y de su voluntad.

Al atardecer los trabajadores volvían a sus ranchos y él quedaba solo en su pequeña vivienda, protegido a medias contra las inclemencias del tiempo por el techo de paja y las paredes de piedra. Algunas noches su gran soledad era visitada por dudas y temores. Su imaginación jugaba con su espíritu, incitándole a incertidumbres y

desalientos, como el viento helado que se colaba por las rendijas y sacudía la raquítica llama de la vela provocando una danza de sombras.

¿Qué hacía él allí, sin experiencia, donde habían fracasado mineros expertos como Blacut, Olivares y Oporto? ¿Qué hacía sin dinero y con sólo cuatro hectáreas en la vecindad de hombres poderosos como Sainz y Minchin, que contaban con capital y decenas de hectáreas? ¿Cómo había podido cometer el crimen de abandonar a su esposa y sus hijos para perseguir un sueño que le costaba ya todos sus ahorros y tantos sinsabores? Acaso el horadar la tierra en busca de tesoros era un pecado. ¿Por qué eran tan pocos los mineros con suerte y la gran mayoría sufría pobreza y miserias? La Pachamama¹¹ era generosa con quien buscaba alimentos en su superficie con el arado o el azadón. Pero penetrar en sus entrañas con barreno y dinamita ¿acaso no era un incesto? ¿No sería por eso, que la vida de casi todos los mineros, aun de los que encontraban riqueza, era castigada con desgracias, como si estuviese maldecida?

Al amanecer el sol y el aire diáfano disipaban todas las sombras de su espíritu. Se sentía un digno sucesor de los conquistadores españoles lanzándose sin titubeos en una aventura portentosa. Un conquistador sin espada, coraza ni cruz, sino armado de ambición, tenacidad y coraje. Un conquistador moderno que quemó sus ahorros, como Cortés sus naves, para no retroceder. Un conquistador en busca de El Dorado, no en un mundo de civilizaciones desconocidas o tribus salvajes, sino en un mundo lleno de mezquindad, envidia y otras rivalidades humanas. Presentía que su vida estaba ligada para siempre a esa montaña. El socavón no era la inmensa boca negra de sus pesadillas nocturnas que lo tragaba y vomitaba caprichosamente.

¹¹ Madre Tierra.



Figura 1. Los primeros esfuerzos

Era un túnel que lo atraía con fascinación irresistible, como llamándole para mostrarle un gran secreto, para entregarle la clave de su destino.

* * * *

En diciembre de 1898, seis meses antes de que Conservadores y Liberales, disputasen supremacía política en una contienda electoral para elegir al Presidente de la República, Bolivia se conmovió con la tragedia de una guerra civil. No era una revolución como tantas otras decidida con la sustitución en la silla presidencial de un militar ambicioso o un abogado astuto, por otro. Era el enfrentamiento del Norte contra el Sur, disputándose el liderazgo de la nación. La bandera de la rebelión, enarbolada por los liberales de La Paz con los colores de un supuesto federalismo, era un desafío directo a los conservadores de Sucre. El verdadero trofeo en disputa no era esta vez la primera magistratura sino la capitalía del país. Era la crisis del problema que estuvo latente desde la emergencia de la república a la vida independiente, de si la sede del gobierno debía continuar en Sucre, la pequeña ciudad, aislada, aferrada orgullosamente a los recuerdos de su hegemonía colonial y arrastrada a la pobreza por la decadencia de Potosí, o La Paz, ciudad más accesible desde la costa, populosa, progresista, próxima a fuentes de riqueza nuevas.

El conflicto lo provocaron los representantes chuquisaqueños en el Parlamento presentando un proyecto de ley para que el Poder Ejecutivo, es decir, el Presidente de la República, tomase residencia fija y permanente en la capital Sucre y dejase de vagar en su mula por diferentes puntos del país, como lo venía haciendo desde la fundación de la república obligado por las circunstancias y los vaivenes de la política. Reaccionando contra la Ley de Radicatoria los líderes liberales en La Paz, apoyados por el pueblo, declararon la revolución, eligieron una Junta de Gobierno, proclamaron el sistema federal como el más conveniente para Bolivia. En el futuro las riquezas del departamento de La Paz sólo se destinarían a su propio desarrollo y no a atender las necesidades de otras regiones.

El pusilánime presidente Severo Fernández Alonso, ladino para la abogacía y con un temperamento más indicado para el sacerdocio, para el que hizo estudios en su pubertad, era el menos capacitado en situación tan delicada para las graves responsabilidades de imponer paz y orden en una nación dividida por una profunda rivalidad regional, política y hasta racial. Instaló su cuartel general en Oruro, donde había vivido varios años y acumuló una gran fortuna al hacerse dueño de la mina San José. Sus enemigos decían que para esto se valió de medios ilícitos aprovechando de su condición de albacea de la testamentaria de la señora María Galindo de Penny. El complejo asunto podría resumirse así: Andrés Penny, español, trabajó la famosa mina de San José, en Oruro, en sociedad con el Conde de La Ribette, francés. El presidente Melgarejo persiguió a La Ribette que huyó a Tacna donde murió con la fiebre amarilla que asoló la costa peruana inmediatamente después del terremoto de 1868. Los herederos del francés reclamaron su parte en la mina. Se entró en dificultades legales. Penny llamó de Potosí a su amigo Severo Fernández Alonso que desempeñaba el puesto de Licitador de Pastas de Plata. Alonso consiguió que los La Ribette aceptaran una transacción en dinero. Andrés Penny falleció poco después. Su viuda, María Galindo, se casó con un pariente de su primer esposo, Guillermo Penny Craik, mucho más joven que ella. El matrimonio marchó mal. La Galindo tuvo sospechas de que Guillermo Penny Craik intentó envenenarla en el barco en que volvían de Europa para quedarse con su gran fortuna. Llegada a Oruro lo desheredó en un testamento. El caso se complicó porque en Londres, donde se realizó la boda, se suscribió un pacto antenupcial por

el que María Galindo transfirió todos sus bienes a su flamante galán. La señora llamó a Alonso a sacarla de ésta nueva complicación. El abogado logró otra transacción en 1892. Al fallecer la Galindo dejó como su heredero a un hijo adoptivo, Mariano M. Penny, y designó albacea a Alonso para que repartiera donaciones de la finca de Chivisivi, casas, joyas y otros bienes a los conventos de La Recoleta y San Francisco de La Paz y a otras instituciones religiosas y personas particulares. Alonso pidió prestados £ 60.000 de Juan B. Minchin y £ 20.000 de otras personas, y con el total adquirió 1.000 acciones de la mina San José, asociándose a Mariano M. Penny. Logró pagar sus deudas en poco tiempo y cuando fue elegido Presidente de la República en 1896 era ya hombre rico.

Desde su cuartel general de Oruro Alonso llamó a las fuerzas militares reclutadas en Sucre, Cochabamba y otros puntos del país que permanecían subordinadas a su autoridad. A mediados de enero de 1899 avanzó con su ejército sobre La Paz, de manera lenta y temerosa, y se detuvo en el pueblo de Viacha, a 30 kilómetros de aquella ciudad.

El coronel José Manuel Pando, que tenía que ser candidato a la Presidencia de la República en las elecciones de ese año, asumió el mando de las tropas revolucionarias. Hizo abrir barricadas en las calles, mandó emisarios en busca de armas al Perú y pidió ayuda a los caciques aymaras para que le colaboraran en su campaña contra las fuerzas constitucionales.

Los indios, aparte de su breve alzamiento en 1869 para colaborar a las fuerzas que trataban de derrocar al tirano Mariano Melgarejo (que los despojó de sus tierras comunitarias), no habían empuñado sus armas rudimentarias desde los grandes levantamientos de 1780 a 1783 (Tupac Amaru y los Katari) y los combates, al lado de los criollos, en las campañas guerrilleras por la independencia alto peruana (1809 - 1825). El pututu¹², soplado a pulmón llenó en la cumbre de los cerros, despertó su adormilada conciencia racial.

Las fuerzas del presidente Alonso sintieron muy pronto la hostilidad aymara. Las circunstancias convirtieron a los integrantes del Escuadrón Sucre en sus mayores víctimas. El Escuadrón Sucre estaba formado por lo más selecto de la juventud chuquisaqueña. Pese a que casi todos sus reclutas comulgaban con las ideas

¹² Cuerno de buey, usado como instrumento de viento, de sonido lúgubre.

liberales se alistaron en las fuerzas conservadoras del gobierno para defender los fueros y privilegios capitalinos de su tierra natal. Eran, según uno de ellos mismos (Alfredo Jáuregui Rosquellas), "hijos engreídos de casas ricachonas, predilectos del mimo social, botarates de la burguesía, estudiantes universitarios y colegiales púberes". Salieron de Sucre como héroes, entre pétalos de rosas y lágrimas que desde los balcones derramaban a su paso madres, hermanas y novias.

El 21 de enero (1899) el presidente Alonso los envió de Viacha a Corocoro en busca de víveres. Días antes un destacamento de Húsares había ido a Corocoro con el mismo objeto y volvió requisando en el camino 125 cabezas de ganado vacuno y 15 caballos. Los indios, alentados por los agentes que Pando tenía entre ellos y provocados por esta requisita, hostilizaron a los "sucres" en todo el trayecto, los rodearon en Corocoro, atacándolos con piedras lanzadas con hondas, así como con tiros de revólver y dinamita de algunos mineros asociados a ellos. Después de algunas horas de combate, como la situación de los chuquisaqueños se tornase precaria por agotamiento de su munición, el escuadrón, que se defendía en la plaza, resolvió abandonar el lugar. Salió al galope desesperado de sus cabalgaduras por las angostas callejuelas, atacado por indios y mineros parapetados sobre techos y en las esquinas. Murieron dos soldados (Eulogio Silva y Gregorio Toro), hubo varios heridos y un gran número sufrió contusiones.



Mapa parcial de Bolivia; la flecha señala el poblado de Llallagua

Por temor a las concentraciones indígenas en la ruta a Viacha se prefirió ir hacia Ayoayo, más al sur. En este pequeño pueblo se encontró a una compañía del Escuadrón Monteagudo (formado también por chuquisaqueños) y un piquete de orureños y cochabambinos. Las tres unidades avanzaron hacia Viacha, escoltando seis carretas cargadas con armas y munición. El coronel Pando, conocedor de este movimiento por aviso de los indios, destacó una fuerza de caballería, que dando un rodeo a Viacha, salió a su encuentro en las proximidades de Cosmini. El combate tuvo lugar el 24 de enero, en el cruce del camino de Ayoayo con el de Luribay (Crucero de Chacoma). Las tropas constitucionales, sorprendidas de frente por las federales y acosadas en los costados por los indios, se defendieron desordenadamente, sufrieron numerosas bajas y se replegaron con dirección a Oruro. Cuatro de las carretas se incendiaron durante el cambio de fuegos y su

contenido explotó. Las otras dos cayeron en poder de los federales, junto con 36 prisioneros.

Las tropas constitucionales en retirada dejaron sus heridos en Ayoayo (16 del Sucre y 8 del Monteagudo), al cuidado del capellán del Escuadrón Sucre, sacerdote Juan María Fernández de Córdoba, el cura de Viacha, Manuel Gómez, y el cura de Ayoayo, Benjamín Rodríguez. Los indios rodearon Ayoayo, invadieron el pueblo, atacaron viviendas particulares, forzaron las puertas del templo (donde se habían refugiado los heridos y sus custodios) y masacraron bárbaramente a los tres curas, los dos jefes y los veinticuatro soldados. El ilustre hombre público, Mariano Baptista, relató en un opúsculo: Al coronel Melitón Sanjinés, tercer jefe del escuadrón, lo trituraron con un mazo. Al coronel José R. Ávila, "hombre sencillo, de carácter tranquilo y dulces costumbres", que se ocultó en el ataúd que guardaba una imagen de Cristo, lo arrancaron de su escondite, le saltaron los ojos y acabaron con su vida. Al cura de Viacha le rasgaron la piel con alambre y le dieron de puñaladas. Al cura de Ayoayo, "reumático y valetudinario", lo desnudaron y lo arrastraron por las calles hasta matarlo. Andrés Loza, que estaba moribundo por las heridas que recibió en el Crucero de Chacoma, "no dio tiempo al tormento". A su adolescente hermano, Belisario Loza, que se había quedado en Ayoayo para cuidarle, no le dejaron sino los huesos. Y Baptista exclama: "¿Y la carne?... ¡Horror!". Al presbítero Fernández de Córdoba le partieron la frente de un hachazo cuando levantaba una custodia sagrada para aplacar la ferocidad de los asesinos. Y como ellos fueron también victimados Félix Morales, Raimundo Vargas, Germán H. Vega, Gerardo Calvo, Víctor E. Betancourt, Ismael Roncal, Eladio Fiengo, Eulogio Selvas, Ricardo Alba, Desiderio E. Lora, Martín Ipiña, Miguel A. Gonzáles, Calixto Risco, Abel Benavides, Pastor Castro, Jorge P. Campero, Mariano Matienzo, Zacarías Urizar, Claudio Sucre y Adrián Pacheco. La tragedia ocurrió el mismo día del combate del Crucero de Chacoma.

Los indios, ampliando su ayuda a Pando con guerra a muerte contra la raza blanca, no sólo atacaron a las tropas constitucionales. Una unidad federal fue también su víctima. Un escuadrón de caballería, organizado en la provincia Inquisivi, fue enviado por Pando rumbo a Cochabamba, para apoyar las tentativas de sublevación liberal que se iniciaban allí. El escuadrón, de 130 plazas, hizo una de sus primeras

escalas en el villorrio de Mohoza. El jefe, Arturo Eguino, impuso a la población una contribución de 250 bolivianos. Los indios resistieron la extorsión. Exigieron que el escuadrón rindiese sus armas, munición y equipo en prueba de que no era hostil a la raza indígena. Eguino se sometió. Lorenzo Ramírez, cacique de la región, ordenó el encierro de todos los oficiales y soldados en la iglesia de Mohoza mientras deliberaba con los suyos sobre cuál sería su suerte. La sentencia fue de degüello. La matanza comenzó a las 8 de la noche del 28 de febrero de 1899 y terminó al día siguiente a las 10 de la mañana. La inició Ramírez arrastrando a un oficial por los cabellos y entregándolo a la furia de su séquito. Los demás imploraron perdón de rodillas. Uno a uno fueron arrancados de los altares, rincones y otros escondrijos. La muerte se sembró a golpes de macanas, palos, piedras, hachas y cuchillos. De los 130 se salvó uno solo. José Santos Lazcano había logrado subir al tejado de la iglesia. Un indio, que manejaba un fusil por primera vez, le disparó una y otra y cinco veces sin dar en el blanco. Se contagió en la indiada la supersticiosa creencia de que Lazcano estaba protegido por alguna divinidad. Lo dejaron escapar sano y salvo, sin más daño que la pavorosa impresión del festín de sangre en el que perecieron todos sus compañeros.

Las multitudes aymaras encabezadas por Zárate Willka, amigo del general Pando, nada entendían ni nada les importaba del conflicto entre liberales y conservadores, entre federalistas y unitarios, entre La Paz y Sucre. Empuñaban sus instrumentos de exterminio a los gritos de "Wiwa Pando" o "Wiwa Willka" impulsados por un anhelo milenarista de recuperar el dominio de su hábitat ancestral sometido por siglos a manos extranjeras: los Incas quechuas, los conquistadores españoles y ahora los descendientes de éstos.

La consigna de arrasar con la raza blanca se extendió por todos los ámbitos de la meseta andina. Se han encontrado las siguientes referencias en los archivos del Ministerio de Relaciones Exteriores de Francia y del Foreign Office de la Gran Bretaña: El norteamericano Adams y su ayudante Durendeau (boliviano de ascendencia francesa) se dedicaron al tráfico de armas para las fuerzas del general Pando. Al retorno de un segundo viaje al Perú fueron rodeados, apedreados y apaleados por un grupo de indios. Lograron escapar muy apenas galopando mal heridos hasta La Paz. Edwin Raleigh Shaw, inglés, administrador de la hacienda

agrícola de Tolopalca, próxima a Oruro, y el hijo del dueño, Juan T. Marcó, de 14 años, fueron victimados por otro grupo nativo. Semanas después, cuando las autoridades descubrieron sus cadáveres, constataron que Shaw tenía la cabeza perforada profundamente con un instrumento de punta tosca, los ojos arrancados y la piel de las manos, que aparentemente fue quemada y en seguida sumergida en agua helada, desprendida como un guante. El adolescente Marcó tenía la cabeza casi partida en dos y también las manos y los pies desprovistos de epidermis. El italiano Barbieri, gerente de una explotación de goma, fue cortado a pedazos por la indiada de Challana, en la provincia Larecaja. En Corocoro, Ole Standstad, noruego, gerente de una compañía minera, su esposa y el ingeniero Torghensen, también escandinavo, estuvieron ocultos tres días en el interior de la mina hasta lograr escapar rumbo al Perú. Al llegar al río Desaguadero buscaron refugio en un rancho para descansar antes de cruzar la frontera. Decenas de indios rodearon el recinto con siniestra algarabía. Standstad empuñó el revólver y rápidamente disparó sobre su esposa, sobre su amigo y sobre sí mismo, prefiriendo el suicidio a una horrible muerte en las garras de la bestia de cien cabezas.

La agitación indígena, contagiada por los aymaras a los quechuas, se extendió por provincias de La Paz, Oruro, Potosí y Cochabamba. En la región de Uncía y Chayanta el indio Feliciano Willka se auto tituló "presidente". Los propietarios y administradores de minas y casas comerciales buscaron asilo en Oruro. Simón I. Patiño se mantuvo impertérrito en la cumbre de Llallagua. Tenía el presentimiento de que la montaña estaba a punto de hacerle una gran revelación. Uno de los caciques, que trabajaba con él como arriero, le aconsejó que abandonara "La Salvadora" y se fuera a la ciudad.

—"Ándate, patrón, aquí corres mucho peligro. Yo he de cuidar de tu mina".

En el rancherío de Bombo, donde Patiño pasaba la primera noche en sus viajes a Oruro, los indios bailaron y bebieron muy cerca de su hospedaje, pero nadie lo molestó. Tampoco tuvo contratiempos en el resto del camino.

Pando envió proposiciones de paz a Alonso: "Caracollo, 4 de marzo de 1899. Señor: Le dirijo la presente con el objeto de poner término honroso a la guerra civil que destroza el país. — Al hacerlo obro por mí solo, con independencia de la Junta de Gobierno Federal, pero sí con el propósito de consultarle y obtener su asentimiento

... No tengo el propósito de atacar por el momento Oruro. Tampoco creo que usted pueda hacer campaña feliz sobre el norte, dados los armamentos que tenemos adquiridos para el caso de una defensa extrema. Para nadie son desconocidos los males que está produciendo la actual guerra. Pueden agregarse los de la guerra de razas, que ya sobrevino por impulso propio de la raza indígena... No he tomado las armas para imponer el predominio del norte sobre otros pueblos de la república... Proclame usted con el ejército de su mando la presidencia del señor Belisario Boeto (presidente de la Corte Suprema de Justicia), para que él convoque a una Asamblea Constituyente. Entonces su ejército y el de mis órdenes, bajo un solo mando, establecerán la tranquilidad en todo el territorio... Me extrañaría que usted tomara esta iniciativa como un síntoma de debilidad; el tiempo no tardaría en desengañarlo...

Puede usted señalar día y hora para que nos reunamos o enviemos representantes para acordar los detalles...".

La Junta de Gobierno de La Paz telegrafió a Pando: "Habiendo dirigido usted la comunicación al señor Alonso, de la que acabamos de tener conocimiento... aprobamos su iniciativa y le enviamos los poderes respectivos".

Alonso respondió a Pando: "Oruro, 5 de marzo de 1899. Señor: Lamento más que nadie el daño causado y que seguirá causando a la Patria la presente guerra intestina no provocada por mí. Concurriré con buena voluntad a toda solución que esté dentro del régimen legal... como sería un Congreso Extraordinario ... Respecto al pensamiento de una Asamblea Constituyente hago constar, terminantemente, que es de todo punto inaceptable. . Ninguna persona tiene el derecho de declarar por sí y ante sí caduca la Constitución Política que nos rige hace 20 años y caducos los poderes de senadores y diputados que están en pleno ejercicio. Tampoco puedo nombrar a nadie, ni al más conspicuo ciudadano, como reemplazante mío. Soy Presidente Constitucional y no puedo obrar sino constitucionalmente".

Replicó Pando: "Vista respuesta negativa, emprendo marcha de Caracollo... Se hundirá Bolivia: sea. La guerra que la indiada hace muto propio a la raza blanca se hará poderosa. Nuestras fuerzas unidas ahora apenas podrían dominarla. Parece imposible que no lo aperciba usted... Adiós".

El combate decisivo entre las fuerzas de Fernández Alonso y Pando tuvo lugar el 10 de abril de 1899, en una gran planicie sembrada de cebada, donde el camino de Oruro a Lequepalca hacía cruz con el de Paria a Caracollo (Crucero de Paria). La pelea duró desde las 3 de la tarde hasta el anochecer. Los batallones de Pando, ayudados por sus auxiliares indígenas, inflingieron una aplastante derrota a las fuerzas constitucionales. Severo Fernández Alonso pasó esa noche en Oruro y al amanecer del día siguiente tomó la ruta del exilio a Chile.

Como resultado de su victoria el Partido Liberal inició un predominio político que iba a durar 20 años. Una convención reunida en Oruro, presidida primero por Lucio Pérez Velasco y luego por Pastor Sainz, eligió al general José Manuel Pando como jefe del gobierno. Este aceptó tal responsabilidad a condición de que se aplacasen los odios regionales, se olvidasen los planteamientos a favor de un sistema federal y se mantuviese el régimen unitario.

La Junta de Gobierno, por decreto de 14 de abril, estableció: "La ciudad de La Paz es la capital de la república". Al día siguiente, a las 2 de la tarde, en el Palacio de Gobierno, se hizo una solemne proclamación pública en tal sentido, con asistencia de las autoridades civiles y militares y numeroso público.

José Manuel Pando, al recibir la investidura presidencial en Oruro, no quiso secundar la decisión de sus ex-colegas de la junta. Dentro de su política de apaciguamiento nacional incluyó una actitud de consideración respecto a Sucre. A la derrotada y adolorida ciudad se le dejó el título honorífico de Capital de la República, pero sin los atributos de tal. De los tres poderes del Estado el Ejecutivo y el Legislativo tomaron domicilio en La Paz. La Corte Suprema de Justicia mantuvo su sede en Sucre.

El alzamiento indígena continuó por algunos meses más, particularmente en la región de Peñas donde algunas tropas chuquisaqueñas, que volvían a sus hogares después de la derrota del Crucero de Paria, fueron bárbaramente inmoladas. El gobierno de Pando tuvo que ordenar el apresamiento de Zárate Willka, Lorenzo Ramírez, Saturnino Willka, Juan Lero y otros cabecillas y su juzgamiento por todas las atrocidades que habían cometido.

Pese a todos los peligros Simón I. Patiño estuvo de vuelta en su mina aun antes del combate del Crucero de Paria. La inactividad lo consumía de impaciencia en Oruro y

tenía el temor de que los Artigue aprovecharan de su ausencia para ocupar nuevamente "La Salvadora". El 25 de marzo de 1899 escribió a su amigo Arturo Fricke: "Ayer he tenido que escapar del ingenio, porque no tenía dinero para hacer el pago de jornales. El sábado el señor Pereira sólo me dio 200 bolivianos, con oferta de que el domingo, bien temprano, me mandaría el resto de los 300. Pero no lo hizo así, sin embargo de que mandé a reclamarle hasta el aburrimiento. Mi gente en la mina ha recibido adelanto, pero la del ingenio nada. Esto es atroz, don Arturo. Así se desprestigia mi trabajo que está en camino de organizarse bien".

Un día el arriero que llevó los sacos de barrilla a Oruro volvió trayendo en sus mulas a una joven y sus tiernos hijos. Era Albina Rodríguez Ocampo, la muchacha que Patiño eligió como esposa y con quien se casó en 1889, cuando ella tenía 16 años y él 29. La joven había comprendido cuán dura era la tarea y la soledad de su marido en la montaña y venía a ayudarlo y acompañarlo. Aún más, había vendido las pocas alhajas que poseía y traía consigo unos miles de bolivianos para que se pagasen los jornales atrasados y se emprendiesen nuevos trabajos.

Patiño se conmovió hasta las lágrimas con el heroico gesto de su esposa.

—"No debías haber venido" —le dijo sollozante—. "Yo me habría bastado solo... ¡Y tus joyas...! Has hecho como la reina de España... ¡Algún día te construiré un palacio!".

Albina Rodríguez de Patiño se acomodó sin titubeos al nuevo régimen de su existencia. Además de sus labores maternas y domésticas dentro de la pequeña casa que su esposo había mandado construir cerca de la mina, ayudó a la palliri¹³ Saturnina Sarco en la selección de los trozos de roca que tenían metal y colaboró en su molienda con el rústico guimbalete de piedra. Cuando su esposo viajaba a Oruro, Colquechaca y otros puntos ella quedaba a cargo de la mina con el laborero Menéndez. Pero no podía entrar al socavón. Era mejor respetar el tabú de que el ingreso de una mujer en los interiores de la montaña hacía desaparecer las vetas. Las vetas de "La Salvadora" eran de por sí mezquinas y veleidosas.

Cierto día en que los esposos Patiño estaban ocupados en su merienda oyeron que el capataz Menéndez venía corriendo hacia ellos dando grandes voces. A poco ingresó a su aposento lleno de excitación.

¹³ Mujer encargada de seleccionar el mineral.

—“Don Simón venga a ver lo que hemos encontrado... Debe ser plata pura. ¡Es una veta ancha!”.

Al escuchar la palabra plata el corazón de Patiño se estrujó de angustia. ¡Quién sabe si era la veta que Juan del Valle buscó tres siglos antes! Un hallazgo así habría sido providencial en la era de la plata, pero no en 1900. Hasta 20 años atrás habría sido una herejía para un minero boliviano maldecir la aparición de plata. El la maldecía si estaba metida en su "Salvadora". La montaña de Llallagua no podía burlarse de quien la trabajaba con tanta dedicación. ¿Por qué iba a dar estaño a Sainz, Minchin, los Bebin y otros y no a él? ¡La Pachamama no podía ser tan cruel!

Patiño ingresó al socavón, seguido de Menéndez, llevando con mano temblorosa la pequeña lámpara que alumbraba su camino. Le parecía que los latidos de su corazón retumbaban en la montaña. Llegó exhausto de emoción al paraje donde sus peones Mariano Muruchi, Daniel González, Ceciliano Miranda y Julián Frías estaban sentados de cuclillas, masticando coca, al lado de los pedazos de roca desprendidos con los disparos de dinamita.

"Hijos —les dijo, recogiendo unos trozos— si esto es estaño tendrán una prima y haremos una challa¹⁴ a mi vuelta. Ahora iré a Huanuni para hacer examinar qué clase de metal hemos encontrado".

—“Tatay —exclamó uno de los barreteros— vamos a encender unas velas al Ckollo Auqui¹⁵ para que todo resulte bien”.

Patiño partió en su mula rumbo a Huanuni, llevando las muestras en sus alforjas y en el alma una gran ansiedad.

Albina de Patiño se arrodilló frente a un crucifijo y rezó:

—“¡Que no sea plata, Dios mío, que sea estaño!”.

¹⁴ Fiesta o celebración.

¹⁵ Dios de las montañas.

CAPÍTULO 4

"ESTOY DISPUESTO A MORIR ASIDO A MIS INTERESES"

El ensayista del laboratorio de análisis de la empresa "Penny, Duncan, Harrison y Compañía", de Huanuni, dio el resultado a Patiño:

—"Le felicito. No es plata. Es estaño de muy alta ley. Una muestra ha dado 47 por ciento, otra 56% y la tercera 58%. Nunca he visto una cosa semejante. Usted podrá ensacar y vender ese mineral sin necesidad de hacerlo pasar por un ingenio".

La noticia del prodigioso descubrimiento circuló de boca en boca y fue tema de animada conversación en Oruro, Uncía y otros distritos mineros. El dueño de "La Salvadora" enfrentó la situación con filosófica serenidad. Su cambio de suerte no era el fruto de la casualidad, sino el resultado de seis años de trabajo y sacrificios, de su fe y tenacidad, de la concentración de sus esfuerzos, de meter en la mina todo lo que tenía, de la ayuda de su esposa. La montaña les había quitado todo lo que poseían y ahora se los devolvía.

Sergio Oporto maldijo su mala suerte. Pastor Sainz pensó que la famosa veta podía prolongarse en su concesión "La Realenga", contigua a "La Salvadora" y ordenó que se activasen las labores en ella.

Armando Artigue preparó un nuevo asalto. Su padre acababa de morir. El mismo Patiño relató así lo ocurrido a la prensa de Oruro: "Supe de la salida de Armando Artigue con 50 forajidos de Colquechaca por carta de mi amigo Rómulo Lazo de la Vega, fechada el 14 de mayo (1901). La víspera del 24 del mismo mes otros amigos me dieron aviso que la cuadrilla había acampado en el pueblo de Llallagua. Se me dijo que venían a fusilarme a mí, mi señora y mis hijos en un banquillo "para extirpar a toda la familia". El juez instructor y el corregidor de Chayanta, cuya protección invoqué, se encontraban conmigo. Fueron a entrevistar a Artigue. Este les respondió con amenazas y palabras soeces. Los dos funcionarios escaparon. Entonces, sin el menor auxilio extraño, llena el alma de angustia ante el inminente peligro que se cernía sobre mi esposa y mis tiernos niños, sin poder trasladarlos fuera porque los caminos estaban ocupados por el enemigo, resolví defenderme, defender mi familia y mi propiedad. Armé a mis peones con unos pocos rifles, escopetas y palos y los coloqué convenientemente en el cerro Juan del Valle. Desde

una posición estratégica, con un anteojo de larga vista, observé los movimientos de la cuadrilla. A las 9 de la mañana del 24 de mayo los hombres de Artigue comenzaron a desfilarse en guerrilla desde Llallagua. Cuando divisaron a mi gente en las alturas dispararon cargas cerradas. Mi gente no contestó por orden mía para ahorrar munición. Los de Artigue avanzaron más resueltamente. De más cerca volvieron a disparar con intervalos cortos. Siguieron avanzando en vista de nuestro silencio. Cuando estaban a tiro de Remington ordené a los míos a hacer fuego. Se trabó un combate que duró 4 horas. Resultaron un muerto (Ezequiel Mercado) y dos heridos (Armando Artigue y Manuel Zapata) entre los enemigos y 6 heridos en "La Salvadora" incluyéndome a mí con un raspetón en el pabellón de la oreja derecha".

Pocos meses más tarde Patiño escribió a Arturo Fricke: "Muy estimado amigo: ¡Salud! Me he impuesto de su apreciable del 6, así como de los importantes pasos, telegramas y comunicaciones que ha expedido a favor mío. Se lo agradezco infinitamente. No se podía esperar otra cosa de usted, cuya protectora colaboración he recibido siempre. Muy a tiempo han partido sus telegramas. Tanto que tengo la convicción de que hemos varado a Artigue en Potosí. De un modo casual supe del viaje de éste a aquella ciudad por un individuo que alojado en Macha, en un mismo aposento con él, oyó que unos señores le decían que debía desistir, que dejase de gastar, porque ya no tenía remedio su asunto. A lo que él contestó que iba a intentar el último golpe. Cuando los Artigue quisieron ganarme embolinando insistentemente a las autoridades de San Pedro, de quienes obtuvieron situar el juicio en Colquechaca, destruí por completo sus tendencias haciendo revocar la comisión y llevando el pleito a Sacaba, donde no se han presentado, abandonando sus pretensiones. Querían hacerme ir a Colquechaca para ejercitar una alcaldada, que en otro lugar no les era fácil. Ellos tienen el recurso de acudir a los tribunales ordinarios si están convencidos de que tienen algún derecho. No lo hacen, ¿por qué? Porque saben y tienen conciencia de que van perdidos y no ven otro recurso que las acciones de hecho, poniendo por pantalla alguna diligencia obtenida engañosamente de las autoridades. Pongámonos en el caso de que alguno de sus ardidés les surta y para precautelar los intereses de ustedes, por los préstamos que me han hecho, que es todo mi anhelo, ¿cuál sería la mejor forma de transar? Yo a fin de salvar mi deuda con su casa me avendría a todo por ello desearía que usted conferenciara con

un buen abogado, a fin de no ahogarnos por falta de un buen consejo. Artigue en Potosí ha tomado el nombre del gobierno, primero, después del Ministro de Justicia y, últimamente, del de Industria, que es el señor Calvimontes, a quien convendría que se dirija usted por cualquier medio, pues es todavía tiempo... Sírvase no cesar en estar al habla con los señores del gobierno, a quienes hay que prevenirles que están en el deber de evitar otro conflicto, tal vez más sangriento que el del 24 de mayo... En fin, amigo mío, fuera de la justicia que me asiste, cuento con su valiosa influencia y eficaz ayuda. Yo estoy dispuesto a morir asido a mis intereses... ".

La más premiosa necesidad de las minas de Llallagua era un camino. Hasta entonces las únicas rutas de aproximación eran los accidentados senderos utilizados por animales de carga y de silla desde Machacamarca, la estación de ferrocarril anterior a Oruro, o desde Challapata, otra estación más al sur. La aparición de la veta rica en "La Salvadora" avivó la codicia de todos los dueños de la montaña impulsándoles a profundizar las galerías en busca de hallazgos similares. Empero, esto no era posible de una manera rápida sin la ayuda de artefactos mecánicos: perforadoras, compresores de aire, fuerza eléctrica, rieles, carros, etc. También se necesitaba la mecanización de los ingenios. La maquinaria no podía venir a lomo de bestia, sino en carretas y éstas sólo podían avanzar por un camino.

Los tres principales dueños, Sainz, Minchin y Patiño, se pusieron de acuerdo para construir un camino desde Challapata a Uncía. Cada uno contribuiría al costo en proporción al número de hectáreas que poseía. De los 74 kilómetros entre un punto y otro, casi una mitad eran lomas. La dificultad estaba en el resto formado por la quebrada de peñas y laderas. Gracias al esfuerzo tripartito el trabajo se terminó en pocos meses.

Pastor Sainz, siempre rumboso, invitó a Patiño y Minchin a estrenar el camino viajando en uno de sus coches, tirados por hermosos caballos chilenos. En otros carruajes siguieron las autoridades y otros invitados. A pocos kilómetros de Challapata el cortejo sobrepasó varias carretas que avanzaban en el mismo sentido, lentamente, tiradas por mulas.

- "Parece que alguien ha querido estrenar el camino antes que nosotros" -exclamó Sainz, visiblemente molesto-. "¿De quién será esa carga?"

Simón I. Patiño sabía que antes del hallazgo de la gran veta, Sainz se había burlado de su pobreza y de sus dificultades llamándole el "iluso de la cumbre".

- "Esa carga es mía, señor -repuso sin disimular su orgullo-. "¿No ve usted las iniciales en cada cajón? S. I. P. Es un ingenio que he encargado a Alemania y que tiene los últimos avances de la ciencia. Muy pronto lo invitaré a su estreno".

* * *

Patiño estableció su cuartel general en Oruro. Dejó a Alberto Nanetty como administrador de "La Salvadora" y encomendó a su hermano Ernesto G. Quiroga, a quien lo unía un entrañable afecto, que sirviese de enlace entre la mina y la ciudad, encargándose, al mismo tiempo, de atender asuntos en Llallagua, Uncía y otros puntos donde se requería una persona de su más absoluta confianza.

Era urgente tener más terreno en la montaña. Con cuatro hectáreas su empresa estaba condenada a consumirse a sí misma en poco tiempo. No había espacio para maniobrar. Las pequeñas áreas alrededor de "La Salvadora" fueron obtenidas con el nombre de "Demasías Juan del Valle". Al lado se pidieron cuatro hectáreas con la denominación "Tres Socias", no como concesión "socavonera" sino para tener campo para los trabajos exteriores. En mayo de 1903 se solicitaron 20 hectáreas llamadas "Inca" entre "La Salvadora" y la concesión "San José" de la "Compañía Minera de Uncía". El dueño de ésta, Juan B. Minchin, formuló oposición afirmando que no había terreno franco. Se entró en un pleito que terminó mediante una transacción cuatro años más tarde.

No existía ningún plano minero de la región y esto era semillero de discordias. Minchin, por su propia cuenta, en su condición de ingeniero, hizo un levantamiento de todas las concesiones existentes en la montaña de Llallagua en 1903. Encontró que había terreno franco en medio de los intereses de Pastor Sainz, que había pasado desapercibido para éste. Pidió la "Intermedia" entre "Realenga", "Quimsachata" y "San José Chico". Sainz resistió la intromisión. En 1905 ambos llegaron a una transacción general y la "Intermedia" pasó a ser propiedad de Sainz. En 1907 Patiño obtuvo orden judicial para tomar posesión de las 20 hectáreas de su pedimento "Inca". Ahora era la "Compañía Estañífera de Llallagua", que un año antes había comprado los intereses de Pastor Sainz, la que negaba que hubiese terreno disponible. Patiño ordenó a Nanetty que concurriese al acto acompañado de

todo el personal de empleados y obreros de "La Salvadora". "Tenían la obligación de apoyar a la organización en la que se ganaban la vida". Por su parte, el directorio de la empresa chilena había cableografiado a su administrador desde Santiago: "Está usted autorizado para resistir e impedir la operación a toda costa". El empleado de la compañía Llallagua, Ubaldo Parada, llegó a agredir al abogado de Patiño, Valerio Delgado, e insultó al intendente de Uncía. Pese a la resistencia, Patiño tomó posesión de "Inca". A poco, trabajadores de uno y otro lado estuvieron a punto de atacarse con puños y barrenos cuando una galería abrió inesperada comunicación sobre la propiedad ajena. Patiño pidió amparo al Presidente de la República, Eliodoro Villazón, contándole lo ocurrido: "La gente de la compañía Llallagua desvió una galería y saliendo del perímetro de sus concesiones atravesó una distancia de más de 200 metros llegando hasta la veta de "La Salvadora" dentro de mi propiedad. El señor Julio Foster Recabarren, gerente y administrador de la compañía Llallagua, ha declarado que se tomó esa acción siguiendo el consejo de su abogado boliviano, señor Benigno Guzmán, lo que me parece escandaloso...".

En 1912, el técnico Jorge Bastide, que dirigía los trabajos en una de las galerías de la empresa Patiño, persiguió la ramificación de una veta sin hacer mensuras apropiadas de su avance. En un momento dado los disparos de dinamita abrieron comunicación con una galería de la organización chilena. Otra vez los obreros de ambos costados se amenazaron con sus herramientas y explosivos. Máximo Nava, a la sazón gerente de Patiño, y Emilio Díaz, administrador de la "Llallagua", detuvieron la beligerancia de sus hombres, suspendieron labores en la zona llamada Quimsachata, y acordaron definir el problema en los estrados judiciales. La compañía chilena pidió el apoyo de su gobierno y éste movilizó a su misión diplomática en La Paz. El presidente Villazón escribió a Patiño recomendándole buscar un arreglo amigable. El minero respondió: "Comprendo perfectamente las preocupaciones que le está causando la compañía Llallagua con sus quejas y reclamos y tengo mucho interés en la comisión que usted está enviando para que averigüe todo lo ocurrido. De acuerdo con sus deseos trataré de llegar a un acuerdo amistoso". El asunto siguió discutiéndose los años posteriores. Intervino también el presidente Ismael Montes. El abogado Arturo Loaiza defendió los puntos de vista de Patiño frente a las argumentaciones del diplomático chileno Alberto Yoacham

Vargas. Finalmente, árbitros dirimidores determinaron que la empresa Patiño había avanzado en terreno ajeno extrayendo 10.000 quintales de barrilla de estaño. Simón I. Patiño aceptó el fallo. La empresa chilena cobró una indemnización de 400.000 libras esterlinas. Ante los reclamos contrarios la rebajó a 200.000. Durante los años siguientes se discutió la forma de pago: ¿Sería en barrilla, en dinero o permitiendo a los acreedores extraer mineral de la propiedad de su deudor? Se optó por este tercer sistema. Entre 1919 y 1921 la "Compañía Estañífera de Llallagua" cobró el total de su indemnización sacando mineral de la rica veta "Regis" de Patiño.

* * *

El montaje del ingenio pedido a Alemania en 1901 se lo hizo bajo la dirección de los ingenieros germanos Gustavo Hinke y N. Bunch, contratados en Chile. Se lo ubicó en las afueras del pueblo de Uncía, al lado del ingenio "Victoria" de Minchin.

Se planteó entonces el problema del acarreo del mineral desde la cumbre Juan del Valle hasta el ingenio, una distancia de varios kilómetros en pendiente. El servicio de llamas era lento e inseguro. Lo había experimentado ya Patiño cuando tuvo arrendado el pequeño ingenio Catavi, de Sainz. Propuso al indio que le servía como arriero que ampliase su negocio comprando burros para sustituir a las llamas. Él adelantaría el capital necesario y firmaría un contrato asegurando abundante carga. -"Los burros son caprichosos, patrón" -respondió el indio-. "Algunas veces no quieren trabajar y se quedan empacados. En la época de lluvias los senderos son resbaladizos y los burros pueden caerse en los barrancos con su carga. No se los puede apurar. Avanzan al paso que ellos quieren... Tu proposición es interesante, señor, pero con burros es diferente".

Simón I. Patiño nunca olvidó la tozudez de su amigo. En el correr del tiempo, cuando alguna vez tuvo que rechazar proposiciones de negocios que no le convenían, contestó con maliciosa sonrisa y dejando desconcertado a su interlocutor: "Su proposición es interesante, señor, pero con burros es diferente".

El sustituto de los burros fue un andarivel que conectó el socavón en la cumbre Juan del Valle con el ingenio Miraflores en el pueblo de Uncía. Se lo adquirió en Alemania a un costo de miles de libras esterlinas.

Durante algún tiempo Patiño vendió sus minerales en Europa por medio de la firma de Félix Avelino Aramayo, que le hizo importantes adelantos de dinero para

ayudarlo en sus necesidades, cada día mayores. Aramayo le propuso comprarle la mitad de su negocio y tomar la dirección técnica y administrativa. Patiño rechazó la oferta y poco después canceló sus contratos y deudas con Aramayo. Decidió una venta más directa de sus barrillas por medio del "Banco de Tarapacá y Argentina Limitado" (que en 1907 se convirtió en el "Banco Anglo - Sudamericano" y desde 1936 en el "Banco de Londres y Sud América").

Patiño tenía menos tiempo para visitar la mina con la frecuencia de antes. Pidió a Nanetty en junio de 1905: "Le agradeceré mucho que me escriba con frecuencia y con más detalle. Quiero estar siempre bien informado de todo lo que está pasando allí... Quiero que los inventarios se hagan con mucha exactitud. Estos y los libros de contabilidad deben estar listos a principios del próximo mes, con los comprobantes de caja clasificados, de manera que el contador de esta oficina encuentre todo en orden cuando vaya a hacer la inspección".

En 1907 la salud de Nanetty decayó. Patiño lo dejó como administrador de "La Salvadora" pero puso sobre él a Máximo Nava, con el cargo de gerente. Nava era ingeniero y hombre de gran vitalidad y coraje.

Jorge Zalles, que visitó la región de Llallagua en este período, comentó en su libro "Quinientas Leguas a Través de Bolivia": "De Huanuni a Uncía se hace el trayecto siguiendo el río hasta la cordillera de Bombo... De la cumbre de Bombo descendimos a una profunda quebrada. La senda para las mulas sigue el lecho de esta quebrada, luego cambia de dirección y asciende otra vez a la serranía, aproximándose a la célebre mina de Pastor Sainz, que ha dado una fortuna a su propietario. Esta mina, por los informes que tomamos, tiene los metales más ricos de la zona. El sistema de trabajo en la empresa es muy anticuado y casi todo se hace a mano y siguiendo sistemas primitivos. La mina está situada en la parte media de la montaña cerca del pueblo de Llallagua. Dejamos esta población y continuamos nuestro avance faldeando la montaña. Al oscurecer nos aproximamos al ingenio Victoria de la empresa de Juan B. Minchin. El gerente de la mina, señor Montieth, nos proporcionó alojamiento por esa noche en la casa de administración que ofrece bastante comodidad. No tuvieron igual suerte nuestro animales, pues nos fue muy difícil conseguir forraje. Sin embargo, a indicación del mismo gerente, conseguimos algo de la empresa del señor Patiño, que se halla un poco más arriba.

Al día siguiente subimos a la mina de Minchin, que está cerca de la cumbre del cerro y distante una legua del ingenio. Los metales se bajan por medio de un andarivel. La mina tiene varias galerías principales, pero no se halla completamente preparada... Penetramos con alguna dificultad hasta los frontones de donde se extraen los minerales, que son de buena calidad. Dentro de la mina nos era difícil andar y teníamos que ir de cuclillas... Afuera tuvimos una espléndida vista. A nuestros pies se hallaba la empresa de Sainz, hacia el costado derecho el pueblo de Uncía con dos ingenios y viviendas para 4.000 habitantes. Más allá un valle en forma de enorme cuenca con algunos caseríos y a nuestro frente la cordillera de Chayanta. Todavía más lejos y solo entre nubes pudimos descubrir los altos cerros de Colquechaca. En la tarde del mismo día visitamos el ingenio Miraflores del señor Patiño, cuyas instalaciones estaban por terminarse. Allí vimos un motor de gas de antracita, del último modelo descubierto en Alemania, que tiene la ventaja de que con muy poco carbón se obtiene el máximo de fuerza... Aparatos muy bien montados para la lixiviación de los minerales y el andarivel en construcción que debe bajar los minerales desde la mina. Esta empresa por su equipo será la primera de su clase. No tiene ni capital ni elemento extranjero en ella".

CAPÍTULO 5

CHILE EN LLALLAGUA

La presencia de su hermano Néstor Ballivián a su lado desde 1896 fue un gran aliciente para la salud y el estado de ánimo de Pastor Sainz. Por otra parte, sus dos hijos varones dejaron de ser motivo de preocupación y se convirtieron en hábiles colaboradores suyos: Juan Manuel, en política y Néstor, en los trabajos mineros.

Sabedor Sainz de que Félix Avelino Aramayo, el rico minero del sur, político y representante diplomático en Inglaterra, había llegado a Bolivia, fue a su encuentro en la estación de Poopó. Le explicó que la montaña de Llallagua daba señales de encerrar mucha riqueza, pero que para explotarla había que mecanizar los sistemas de laboreo y que para ello se necesitaba mucho dinero. Los adelantos que le hacía su firma "Aramayo Franke", a cambio de entrega de barrilla, no eran suficientes por mucho que la deuda pasaba ya de los 60.000 bolivianos.

Félix Avelino Aramayo aceptó dar más crédito, pero a condición de que la mina estuviese administrada por un hombre de su confianza. Se eligió a José Juleff. Se le fijó un sueldo de 300 bolivianos mensuales con un bono adicional de 25 centavos por cada quintal de barrilla producido. Sainz mantuvo la gerencia general a medias con su hermano Néstor Ballivián.

Juleff fracasó y fue substituido por Silverio Chávez, con una remuneración de 100 bolivianos al mes y "cebada para su mula todos los domingos". El horario de trabajo era similar al de las demás minas en el país. Los obreros ingresaban a las galerías a las 6 y 30 de la mañana en verano y a las 7 en invierno y salían 12 horas después. Su actividad era de 10 horas efectivas. Tenían un descanso de media hora en la mañana para el "acullico" o masticación de coca, otro igual a media tarde con el mismo objeto, y de una hora a medio día para una merienda. En la empresa "Sainz - Martínez" se trabajaba de día y de noche. La "punta nocturna" entraba a la mina a las 6 y 30 de la tarde por otras 12 horas.

Las instrucciones al capataz o laborero Demetrio Bellot decían: "Usted dirigirá los trabajos del interior de la mina, teniendo a sus órdenes las dos puntas. Debe ingresar al interior por lo menos dos veces cada día y más si hay necesidad y permanecer dentro de la mina por lo menos dos horas cada vez. Dará parte de

cualquier ocurrencia al Jefe de Cancha. El resto de su tiempo lo ocupará dirigiendo las labores del ingenio. Su sueldo será de 20 bolivianos semanales". El "canchero" Manuel Sarrio tenía la obligación de vigilar la cancha durante todo el día, así como la pulpería, la reja (no dejando entrar a ningún extraño), pasar lista a las dos puntas y hacer planillas semanales. Su sueldo era de 16 bolivianos por semana. Los jefes de punta Juan Manuel López y Rigoberto Pérez percibían 12 bolivianos semanales.

En el periódico "El Comercio" de Cochabamba, con la firma de Filipo, se comentó en los siguientes términos lo que era el trabajo del más importante de los obreros mineros en diferentes minas de estaño: "El barretero, que es el que más gana, recibe 2 bolivianos en este año de 1897. Trabaja 10 horas a cientos de metros de profundidad, haciendo orificios en rocas de granito para colocar 4 6 5 explosivos de dinamita. Aspira polvos metalíferos que le destrozan los pulmones con la silicosis. Trabaja semi desnudo con agua que se gotea al cuerpo. Desciende centenares de metros por peligrosas escaleras verticales. Avanza a gatas por piques que amenazan derrumbarse a cada momento. Está expuesto a las alzas o a que un tiro de dinamita equivocado lo haga volar en pedazos. No ve la luz del día y se mueve alumbrado por una opaca y amarillenta lámpara de sebo. Su ropa se convierte en andrajos por la acción ácida de la copajira¹⁶. Carece de aire y de espacio. De los dos bolivianos de su jornal, emplea 60 centavos en comprar tres tiros de dinamita, 10 centavos en guía, 25 centavos en cebo para su lámpara, 10 en coca, 10 en pan, 5 en cigarrillos y 20 en vino o aguardiente. Total 1.40. Le quedan 60 centavos para alimentar y vestir a su familia".

El joven médico Jaime Mendoza, que trabajó en Uncía a principios de este siglo, describió varios aspectos del trabajo minero en su primera obra literaria, "En las tierras del Potosí". Refiriéndose al aspecto exterior de la montaña de Llallagua expresó: "El gran cerro mostraba sus profundas arrugas, que denunciaban su vejez. Enormes farellones hacían contraste con aquellas arrugas, empinándose como gigantescas verrugas. Y en las rugosidades y en los farellones, en los flancos y en las pendientes agujeros junto a los cuales había montones de tierra y rocas: las bocaminas "La Blanca" y "La Azul"... Las palliris... mujeres sentadas sobre el suelo

¹⁶ Agua ácida de las minas

helado, formando grupos pintorescos, vestidas de trajes policromos, inclinaban la espalda y movían con monótona regularidad uno de los brazos armando de un martillo que hacían caer sobre los trozos de piedras metalíferas que sostenían con el otro brazo. Su oficio consistía en reducir a diminutos pedazos los grandes trozos que los mineros extraían del interior de la mina. Había entre ellas viejecitas cuyas manos temblorosas esgrimían el martillo con torpeza... Había mozas de arrogante aspecto, pero siempre sucias, trabajando por lo general con aire de mala gana. Había aun chiquillas de diez a doce años... Las más llevaban los dedos vendados y mostrando al aire feas llagas... Unas estaban con la espalda cubierta, a manera de abrigo, de rebozos rojos, verdes, amarillos o de otros colores. Otras no llevaban más que una manteleta inmunda o algunos andrajos sobre el cuello. Todas tenían el rostro pintarrajeado por el polvo ... Formaban grupos de figuras grotescas ... Junto a ellas había niños de pocos años o meses, también con la cara empolvada y las cabecitas envueltas en pañuelos ennegrecidos... con los miembros ateridos por el castigo del viento y el frío".

En agosto de 1897 Sainz escribió a Félix Avelino Aramayo que había retornado a Londres: "Los trabajos siguen bien. He estado entregando 800 quintales de barrilla a su casa de Challapata. Desde octubre quiero normalizar una entrega mensual de 1.000 quintales. Cuando estuvo usted en Uyuni, mi socia doña Rufina Martínez estaba desesperada por vender su parte en nuestra sociedad. Después ha continuado en el mismo empeño y hay un chileno Ossa, que creo representa a un sindicato, que está interesado. Usted me ofreció ayuda para esa adquisición. Como tengo prioridad en caso de enajenación, doña Rufina me estrecha exigiéndome que le compre de una vez. Sus últimas condiciones son: 15.000 bolivianos al contado y 20.000 por armadas en dos años. He aceptado contando con la promesa de su firma. Le suplico ordenar a su casa de Uyuni que me entregue los 15.000 iniciales. Pagaré un interés del uno por ciento mensual que cancelaré con entregas extras de 50 quintales de barrilla por mes". Aramayo impartió las instrucciones pertinentes. Sainz compró la parte de Rufina Martínez y se convirtió en único dueño de la "Compañía Minera Llallagua". En carta a su cuñada Victoria Pacheco de Ballivián le expresó: "Estamos trabajando como machos de carga, de día y de noche, sin descanso. Está a punto de concluirse el ingenio. Si las cosas salen bien se pagarán

las deudas a todo el mundo y con cuanta usura se quiera, pero si fracasamos quedaremos hundidos en la miseria. Ahora estoy sumamente pobre".

En 1899, el ingeniero Julio Knautt, que visitó la empresa Llallagua, la describió así: "Las cinco pertenencias de Sainz se llaman "Quimsachata", "Realenga", "San José Grande", "San José Chico" y "Esperanza". Son 57 hectáreas con más de 15 vetas buenas de estaño. La mejor veta es la "Blanca", con varios ramos. Su ancho es de 50 centímetros a un metro y su ley de 33 por ciento. El socavón principal tiene 370 metros de largo, de los cuales 270 tienen rieles para carros metaleros. En este sector trabajan 40 a 50 obreros que sacan 200 quintales diarios de mineral, que producen 50 quintales de barrilla de 62 a 70 por ciento de ley. También se está trabajando "Quimsachata" con un socavón de 110 metros. Se tiene una lumbrera o chimenea abierta hasta la superficie del cerro para ventilación. "San Bartolomé" es otra veta poderosa. No se puede trabajar más por falta de maquinaria. A media legua de la mina "Blanca" está el ingenio de Cancañiri donde se concentran los minerales de modo rudimentario. Tiene poca agua. Todo se hace a mano. La molienda es por medio de guimbaletes. Por toda máquina hay dos "shygers", dos mesas giratorias y un caldero de vapor en buen estado. Hay otro ingenio abajo, Catavi, más chico y menos importante. El traslado del mineral de los socavones al ingenio se hace en llamas, pagándose 10 centavos por cada 110 libras. Si se llegan a mecanizar la mina y el ingenio se podrá aumentar y aún triplicar la producción. Los edificios de la mina y el ingenio son incapaces. En el pueblo de Llallagua están los almacenes y hay casas regulares donde está la administración y las habitaciones de los dueños y los empleados superiores. La barrilla se la traslada en llamas hasta la estación de Challapata en 3 ó 4 días. Se paga 80 centavos por cada 110 libras. En ciertas épocas del año no hay suficientes llameros y la barrilla se acumula en los almacenes por miles de quintales. El valor de la empresa se calcula en 250.000 libras esterlinas. Los gastos de explotación son de 15.000 bolivianos mensuales y los de transporte 10.000. La utilidad líquida que produce hoy es de 50.000 bolivianos al mes".

Con 50.000 bolivianos mensuales de utilidad líquida Pastor Sainz era hombre rico. La pobreza de más de medio siglo quedaba vencida al fin. Pagó sus deudas, incluyendo las de Félix Avelino Aramayo y Rufina Martínez. Su bonanza económica

coincidió con el triunfo del Partido Liberal en la guerra civil de 1899. La contienda lo sorprendió en Sucre. Se le encomendó que negociase la rendición e ingreso a la ciudad de las tropas chuquisaqueñas que volvían derrotadas de los dos Cruceros. Tomó parte en la convención celebrada en Oruro ese mismo año, en la que se eligió Presidente de la República a su amigo José Manuel Pando. Dirigió los debates de la segunda parte del cónclave.

No eran todavía 60 años de existencia, mas el cansancio parecía de siglos. Su salud estaba desgastada. Había llegado la hora de descansar de tanto movimiento, agitación y zozobra. Alentó y ayudó a su hermano Néstor Ballivián, que lo había ayudado a manejar la empresa durante los últimos cuatro años, a que diera satisfacción a su antojo de hacer un viaje a Europa en 1900. Le encomendó que buscara capitalistas en París y los interesara en la compra de la mina.

Dejó a su hijo Néstor Sainz a cargo de la mina y él se radicó en Sucre. Hizo un vergel de la finca "Peraspampa", ubicada a pocos kilómetros de la ciudad. Compró otras propiedades urbanas y rústicas. Encargó maquinaria para instalar una fábrica de azúcar, alcohol de caña y licores de guayaba, chirimoya, naranja, plátano y otras frutas, en su hacienda del río Chico, llamada "El Chaco". Hizo donaciones con generosidad ilimitada. Costeó los estudios de 70 huérfanos en el Colegio Don Bosco. Hizo venir a un artista de Italia para que dorara los interiores de la catedral. Compró uniformes para los guardias de la policía. Contribuyó con mil libras esterlinas para la estatua al Mariscal de Ayacucho levantada en el centro de la Plaza 25 de Mayo. Atendió pedidos de limosna de gentes e instituciones de beneficencia de Sucre, Cochabamba, La Paz y Oruro. A un pedido de un señor Martín Caballero le contestó: "Apreciado amigo: Deploro su situación y más aún que hubiera llegado a inspirarle ideas de suicidio. Omitiendo reflexiones morales que las dejó a su propia conciencia, acudo en su auxilio con un pequeño socorro de 20 bolivianos y la oferta que va a continuación. Como usted sabe, el Senado ha otorgado un premio pecuniario a todo el que enseñe a leer y escribir a los indios, a razón de 20 bolivianos por cada persona que haga tal aprendizaje. Deseo contribuir a un fin tan laudable y humanitario, a la vez que facilitar a usted una situación de desahogo. Le ofrezco el empleo de maestro de primeras letras de los indios de mi finca de Tipoyo, a fin de que pueda usted obtener el premio nacional mencionado en escala de

alguna consideración. Le pagaré 20 bolivianos mensuales y le daré el usufructo de una huerta de la que pueda sacar fruta y legumbres para su despensa, con la condición de un buen comportamiento que moralice a la desgraciada raza indígena. A la primera queja de los indios o al menor abuso tendré el sentimiento de llamar a otra persona para reemplazarlo".

Cuando Antonio Quijarro, plenipotenciario boliviano en Buenos Aires, le hizo conocer su preocupación por el abandono del Chaco Boreal y el peligro de la penetración paraguaya, le ofreció "su voluntad, su tiempo y la mitad de su fortuna" para salvar ese jirón de la patria con un camino de Sucre al río Paraguay. A uno de sus amigos predilectos, Federico Bueno, que le preguntó qué se sentía al ser hombre tan rico, le obsequió un cheque por una gruesa suma, diciéndole: "Experimentalo por ti mismo". Bueno sacó el dinero del banco y al día siguiente volvió a depositarlo en la cuenta de Sainz, avisando a éste: "¡Qué cosa horrible! Al sentirme poseedor de una fortuna no he podido dormir ni respirar tranquilo. ¡Prefiero la pobreza!". Dio su apellido y acogió en su casa a una hija y dos hijos naturales, tratándolos con los mismos mimos que a su hija y a sus dos hijos legítimos. Para festejar el bautizo de su primer nieto invitó a sus amigos a un suntuoso almuerzo, recibéndolos con la pila del patio de su casa llena de champagne.

En 1901 la empresa Sainz tenía 22 empleados y 450 obreros, la de Minchin 13 empleados y 213 obreros y la de Patiño 9 empleados y 176 obreros.

Néstor Ballivián volvió a Bolivia en 1901. Exigió en Llallagua tener las mismas prerrogativas de antes. Entró en conflicto con Néstor Sainz. Criticó la forma cómo se estaban conduciendo los negocios. Hizo llegar a Pastor Sainz en Sucre documentos de venta que cabía acordado con capitalistas franceses.

Pastor Sainz se negó a firmar los papeles porque en ellos figuraba Néstor Ballivián como dueño de la mitad de la empresa. Este entabló juicio contra su hermano reclamando su parte para venderla independientemente. Hicieron su aparición las habituales publicaciones de prensa de estos casos en periódicos de Oruro, La Paz, Cochabamba y Sucre: En esta última ciudad Pastor Sainz era dueño del periódico "La Industria".

En enero de 1902 "La Evolución" de Oruro publicó el siguiente "remitido". "A don Pastor Sainz. Usted me ataca villanamente puesto que se sirve del anonimato. Yo le

voy a contestar siempre con mi firma. Espere unos días hasta que me pase una fluxión que me imposibilita por el momento. Néstor Ballivián". A los pocos días el mismo periódico sacó a luz este artículo: "El señor Pastor Sainz y yo éramos dos hermanos muy unidos. Criados en la pobreza, casi en la miseria, sólo por los sacrificios sobrehumanos de nuestra santa y mártir madre, llegamos a ser hombres. Don Pastor Sainz ha sido un buen hermano para mí, en ocasiones hasta tierno, ¿a qué negarlo? Yo también he sido un buen hermano para él. En marzo de 1901 llegué de Europa trayendo una negociación sobre los intereses de Llallagua que importaban para don Pastor Sainz 10 millones de francos y una importante posición en París. El objeto de mi venida era sólo llevar los títulos de propiedad, poderes y demás documentos necesarios... Dos Néstor Sainz, hijo de don Pastor, resolvió hacerme la guerra. Está arruinando la mina. El mismo don Pastor Sainz podrá ser bueno para militar, para abogado, para orador, para político o para cualquier otra cosa, pero no sirve para minero...".

Néstor Ballivián hizo ocupar el ingenio Catavi con gente adicta asegurando que era suyo. Hizo saber que él lo había descubierto abandonado, cuando pertenecía a Eudoro Calvimontes, dueño de la mina San Fermín. Eran unas pocas habitaciones en ruinas cuyo contenido había sido robado de todo lo que tenía algún valor por los indios del lugar o gente transeúnte. Él le propuso a Sainz hacer allí una destilería de alcoholes y licores. Sainz aceptó. Se hizo la adquisición del lugar y por medio de "Aramayo Franke" se pidieron 10 tinajas de madera para fermentación. Las tinajas llegaron cuando los trabajos mineros se habían incrementado y se utilizaron para lixiviación de minerales de plata de la mina "Dolores" hasta 1899. Simón I. Patiño, que no tenía entonces un ingenio propio, arrendó Catavi para beneficiar los minerales de "La Salvadora" trayéndolos en llamas desde la cumbre de la montaña. Cuando Patiño lo devolvió se continuó usando como ingenio de estaño de la "Compañía Llallagua" cuando faltaba capacidad en el ingenio Cancañiri.

Los hijos de Pastor Sainz, Juan Manuel y Néstor, con 10 hombres, atacaron el ingenio Catavi rompiendo puertas y ventanas y recuperaron su posesión, desalojando a José Quiroz y otros guardianes colocados allí por Néstor Ballivián.

Ballivián se asoció con Rufina Martínez para entablar otro juicio acusando a Sainz de haber cometido dolo en la compra de la mina. En un momento dado hizo proponer

una transacción amenazando a su hermano en caso de negativa. Pastor Sainz escribió al intermediario, José Urquidí: "Si uno tuviera que partir su fortuna con todo el que lo amenaza de muerte, lucida quedaría la sociedad. La acción de Ballivián se reduce a la de cualquier malhechor que pide la bolsa o la vida. Yo contesto ¡la vida!... si él puede tomarla. Si sólo por tener una fortuna ha de tener que comprar su vida al primer matón que le salga al paso, vale más defenderla hasta perderla o salvarla. No puedo, pues, ceder ante las amenazas de un fratricidio. Si yo hiciese una transacción con Ballivián daría lugar a que se dudase de mi derecho y de mi honorabilidad. Todo el mundo creería que Ballivián tenía razón y decía la verdad en sus atroces calumnias y que yo le estaba tapando la boca con plata. Si alguna vez tuviese la debilidad de darle algún dinero sería precisamente a condición de que siguiese los pleitos y de que se patentice de un modo incontestable su sin razón y mi derecho. Que me gane él su pleito y el de la Martínez y yo quedaré tranquilo y volveré a la modesta vida de trabajo, sin asesinar a nadie, sin amenazas siquiera como matón de opereta ... No hace mucho tiempo que rechacé ya otra proposición de transacción de Ballivián basada en 10.000 o 12.000 libras esterlinas".

Sainz acabó venciendo en las batallas legales, pero quedó muy amargado de haber roto relaciones con un hermano al que había querido tanto y con quien estuvo unido a través de vicisitudes personales y familiares de toda índole. Al aproximarse el fin del período de gobierno de José Manuel Pando amigos de Pastor Sainz le pidieron que aceptara la proclamación de su nombre como candidato a la Presidencia de la República en las elecciones de 1904. Poco antes había dicho a un amigo: "La mayor desgracia que le puede suceder a un hombre es ser presidente de Bolivia". Esta vez declaró: "A pesar de que mis amigos me han hecho la alta distinción de indicar mi nombre para la presidencia de la nación me he visto obligado a declinarla. Primero, porque no me creo merecedor de tan elevadísimo como delicado puesto. Segundo, por mi irrevocable resolución de abandonar en absoluto el candente palenque político en el que he luchado durante tantos años, sufriendo como el que más los desengaños que le son consiguientes".

Chile, como una cornisa angosta y alargada, precariamente situada entre la enorme elevación de los Andes y las profundidades del Pacífico, con un suelo pobre al lado

de vecinos con territorios llenos de riqueza, y con una raza autóctona indómita y levantisca, no atrajo a colonizadores españoles y de otras nacionalidades buscadores de la vida fácil o la fortuna rápida. Quienes se radicaron en Chile tuvieron que sobrevivir por el tesón y la disciplina, mediante un esfuerzo continuo y razonado. Por eso su clase dirigente, en la que adquirieron predominio familias vascas e inglesas, no derrochó energías, ni perdió tiempo, en luchas políticas intestinas, como ocurrió en los otros países latinoamericanos. Esa clase dirigente en lo interno estableció una tradición de continuidad constitucional de los gobiernos, en lo internacional ganó preeminencia naval y comercial sobre sus vecinos del Pacífico, y en lo económico y militar se valió de su fuerza para adueñarse de todo el litoral boliviano y de la provincia Tarapacá del Perú, para explotar para sí la enorme riqueza que estos territorios tenían en guano, salitre y cobre.

Los dos primeros productos dieron inmediata prosperidad a la que fuera la colonia más pobre de España. Los puertos de los territorios ganados por conquista progresaron como flores exóticas en la costa desértica. Iquique hizo llegar hasta su teatro una compañía de ópera, a Sarah Bernhardt, la actriz más famosa de su tiempo, y se distinguió por ser el lugar de mayor consumo de champagne por habitante en todo el mundo. Antofagasta adornó su plaza con pavorrales. Entre 1880 y 1918 las arcas fiscales chilenas recibieron más de 120 millones de libras esterlinas como impuesto por la exportación de salitre. Los territorios perdidos por Bolivia y el Perú, con sólo un 7 por ciento de la población de Chile, dieron a este país un 71 por ciento de sus ingresos en moneda extranjera. Si las sumas percibidas por el Estado eran tan grandes, puede imaginarse cuán mayores resultaron las utilidades de los propietarios de las empresas instaladas en Atacama y Tarapacá. Fue posible una gran acumulación de capital. Santiago y Valparaíso se convirtieron en centros financieros con bolsa de valores.

El capital chileno se introdujo en varios distritos mineros de Bolivia y echó los ojos a la zona más rica de estaño. Se sabía que Pastor Sainz, desde su residencia en Sucre, venía ofreciendo su empresa al mejor postor. Viajó de Santiago a Llallagua Eleazar Lazaeta, gestor de negocios, representante de importantes personajes. Iba acompañado de Daniel Felieú, uno de los abogados más notables de Valparaíso. Entraron en contacto con Néstor Sainz e hicieron proposiciones de compra del

negocio de su padre. Pastor Sainz autorizó a su hijo el continuar las conversaciones hasta llegar a un acuerdo. Lazaeta hizo dos viajes más del Altiplano a la costa llevando y trayendo condiciones. Vinieron con él dos ingenieros para estudiar la mina.

El 14 de marzo de 1906) Lazaeta y Felieú, actuando por un grupo de capitalistas chilenos, y Néstor Sainz y su abogado Benigno Guzmán, finiquitaron la operación. El precio de venta de la "Compañía Llallagua" fue estipulado en 350.000 libras esterlinas (equivalentes a 1.700.000 dólares de 1973) pagaderas 270.000 en moneda inglesa y 80.000 en acciones de la nueva compañía a formarse.

El periódico "La Tarde" de Oruro comentó: "Es plausible para el país todo y en especial para el Departamento de Oruro que haya llegado a realizarse un negocio de tanta magnitud, que abre nuevas vías de progreso a la industria minera y que indudablemente ha de servir para encauzar capitales extranjeros hacia la riqueza estannífera de Bolivia". Néstor Sainz repartió libras esterlinas oro entre el personal de la Notaria donde se firmaron los papeles. Esa noche invitó a un banquete en el Club Social a los agentes chilenos y a 30 personajes de Oruro. "La Tarde" volvió a comentar: "Pocas veces se ha visto en la localidad una fiesta de mayor esplendor y buen tono".

A los seis días de haber vendido su empresa Pastor Sainz escribió a su amigo Venancio Jiménez, de Cochabamba: "La venta la he realizado por £ 350.000 (150.000 libras más que El Litoral)... La primera armada del precio ya me ha sido entregada y la última será el 25 de agosto venidero. Con este capital fundaré un banco. Tengo, pues, querido amigo, el gran gusto de poner a su disposición y de la familia toda de ésa, por su autorizado intermedio, mi nueva situación económica". Al mismo tiempo escribió a su hermano Luis Sainz, residente en La Paz: "Con este capital he decidido fundar un banco que asegure el porvenir de tus hijos, que yo siempre he querido como si fueran míos, y consiguientemente, la tranquilidad de tus últimos años". A su amigo Joaquín Lemoine, a la sazón cumpliendo una función diplomática en Bruselas, le manifestó: "Espero que este negocio me pondrá en condiciones de viajar cómodamente por esos mundos encantados. Ahora me tienes abrumado con las solicitudes políticas. Necesito de toda la fuerza de mi voluntad y de toda la fuerza de mis convicciones en este orden para no dejarme arrastrar por

las turbias aguas de la política electoral. Del sur y del centro me insisten en que acepte la candidatura presidencial ofreciéndome unanimidad de acción con la deplorable situación del país, abrumado por el "paceñismo", que es el cáncer de la administración nacional, esa unanimidad del sur y del centro no sería imposible, pero con toda seguridad sobrevendría otra vez, con todos sus horrores, la guerra civil, el gran fratricidio, y esta idea me aterroriza. Deseo escapar de esta situación como de una cárcel y si no fuera por el negocio que estoy concluyendo ya me habría ido con la música a otra parte".

La fiel esposa Josefa Guzmán de Sainz murió ese año. Esta nueva pena acabó con la ya minada resistencia de Pastor Sainz. Falleció al año siguiente sin haber podido fundar el banco ni viajar a los "mundos encantados" donde estaba su amigo Joaquín Lemoine. Todo el fruto de sus esfuerzos quedó en manos de sus hijos Juan Manuel y Néstor y de su hija Narcisa Sainz de Llobet.

Juan Manuel Sainz viajó a Chile con intenciones de multiplicar las acciones que había heredado. Joaquín Edwards Bello, personaje chileno, recordó muchos años después en su artículo de "La Nación" de Buenos Aires: "Los santiaguinos ven panizos explotables en todos los visitantes extranjeros. Por todas partes se tienden los lacitos sutiles que emplea el santiaguinismo para pescar algo... Don Juan Manuel Sainz era hombre bien educado, artista y de sentimientos nobles. Llegó a Chile en 1910. Se alojó en el Hotel Oddo, que entonces pasaba por el más elegante de la capital. Lo conocí entonces. De elevada estatura, barba y bigotes negros, muy castellano viejo, jaspeado con notas de indiano rico, como ser las perlas negras, muy valiosas, en la pechera. Vestía con elegancia y era galante y romántico. El señor Sainz no sabía lo que era la Bolsa. No había jugado jamás en ella. Se contagió de la fiebre de especulación y se puso a transar fuertes cantidades sin firmar las órdenes a su corredor. En 1914 sus bolsillos estaban vacíos. Le habían montado "una maquinita" para despojarle". Se cuenta que Juan Manuel Sainz salió de Santiago de vuelta a Bolivia sin más que la ropa que llevaba, un abrigo al brazo y un bastón... y 65 bultos de equipaje. En el desembarco en Antofagasta los 65 bultos se fueron al fondo del mar con el lanchón que los transportaba del barco al muelle. Sainz llegó a Sucre con sólo su vestimenta y su bastón.

CAPÍTULO 6

EL HOMBRE MÁS RICO DE BOLIVIA

La empresa Sainz se convirtió en la "Compañía Estañífera de Llallagua", con un capital de 425.000 acciones, con precio de una libra esterlina cada una. Las acciones fueron suscritas por eminentes personajes de la banca, la industria, el comercio y la política de Chile: los Balmaceda, Alessandri, Borgoño, Subercaseaux, Errázuriz, Recabarren, Huneeus, Larraín, Lyon, Luco, Barros Silva, Rivas, Toro, Vergara, Valdivieso, Vial, Ossandón, Salas y otros.

La nueva empresa recibió de inmediato el impulso del dinero y del espíritu emprendedor de los chilenos. Estableció una administración inteligente. Las utilidades devolvieron el capital invertido, dieron pingües dividendos a los accionistas y aún permitieron reinversiones para mejorar la mina y el ingenio. Las "Llallaguas" se convirtieron en los valores más manipulados en las bolsas de Santiago y Valparaíso y en activos instrumentos de especulación que hicieron y deshicieron fortunas.

El dueño de "La Salvadora" recibió la presencia chilena en la montaña de Llallagua como un desafío. Rechazó tentadoras proposiciones de ser absorbido por la empresa extranjera. Su reacción fue, más bien, de agrandar la suya para no quedar disminuido al lado de la poderosa vecina. Compró las concesiones que la compañía "Bebin Hermanos" tenía cerca. Trató de adquirir la mina y el ingenio del ingeniero inglés John B. Minchin, pero éste no quiso deshacerse de sus propiedades.

Minchin nació en Irlanda alrededor de 1848. Se graduó de ingeniero de minas y geólogo en la Universidad de Londres. Al poco tiempo viajó a Bolivia con intenciones de buscar fortuna en la minería. Fue contratado por el gobierno para integrar una comisión demarcadora de límites con el Brasil y buscar las nacientes del río Verde. A su retorno a La Paz, en 1878, se casó con una dama boliviana, Lastenia del Pozo. Cumplió otras comisiones oficiales como geólogo en el Altiplano, Santa Cruz y el Chaco. El surgimiento de la minería del estaño, después de la Guerra del Pacífico, lo atrajo a su propósito inicial. Compró algunas concesiones a Ramón Salinas en la montaña de Llallagua, organizó la "Compañía Minera de Uncía" e instaló el ingenio Victoria. Hizo sociedad con amigos mineros en Huanuni y otros lugares. Años más

tarde, sin descuidar sus minas, abrió en Oruro una oficina para la "compra y ensaye de metales y minerales". Un amago de congestión cerebral le hizo temer que su salud, a los 60 años, corría peligro a miles de metros de altura sobre el nivel del mar. Volvió a Inglaterra en 1910, dejando el manejo de sus negocios en Bolivia a cargo de un sobrino. Este desconocía la idiosincrasia del trabajador boliviano. Entró en conflicto con sus subordinados en la "Compañía Minera de Uncía". Uno de los empleados llegó a agredirle, dejándole mal parado, física y moralmente. Minchin, al conocer los hechos, sufrió un gran desaliento sobre el futuro de sus intereses.

Patiño, informado de la situación, no perdió un minuto de tiempo. Destacó a su amigo Gustavo Hinke a Antofagasta, desde donde las comunicaciones telegráficas con Inglaterra eran más expeditas, para que hiciese una nueva proposición de compra a Minchin. Este contestó que sólo vendería su empresa si alguien le pagase 150.000 libras esterlinas al contado. El dinero líquido del que disponía Patiño en ese momento no alcanzaba a esa cantidad. No titubeó. Recurrió al Banco Anglo Sud Americano de Londres, con el que tenía negocios desde años atrás. El banco aceptó hacerle un préstamo. La "Compañía Estañífera de Llallagua" terció. Ofreció a Minchin 20.000 libras más que Patiño. El ingeniero inglés consideró que sería incorrecto alterar su palabra empeñada. La empresa chilena desvió su oferta a Patiño. Lo tentó con una utilidad neta de esa suma por el simple hecho de su desistimiento. Patiño la rechazó y finiquitó la operación con Minchin. "La Salvadora" y la "Compañía Minera de Uncía" quedaron unificadas. La maquinaria de los ingenios se concentró en una sola planta. Los trabajos de la mina fueron puestos bajo la misma administración.

Patiño hizo otra importante inversión adquiriendo las minas de "Penny, Duncan y Harrison" y otras existentes en el cerro Pozoconi de Huanuni, por un valor total de 450.000 libras esterlinas. Con este motivo escribió a su amigo Néstor Cueto Vidaurre, declarando que era de opinión que "los intereses mineros del país deben estar en manos de bolivianos" y explicándole que una de las razones por las que adquirió Huanuni fue el conocimiento de que un sindicato chileno de capitalistas estaba interesado en el mismo negocio.

En 1906 Patiño organizó el Banco Mercantil, con la oficina central en Oruro y agencias que se fueron abriendo los años siguientes en La Paz, Cochabamba, Potosí,

Sucre, Tarija y Antofagasta. El capital de 1.000.000 de libras esterlinas en oro físico fue trasladado de Londres a Oruro. Entonces existían el Banco Francisco Argandoña, el Banco Nacional, el Banco de Bolivia y Londres, el Banco Industrial y el Banco Agrícola. El capital de estas cinco instituciones en conjunto, cinco millones de bolivianos, equivalía a una mitad del millón de libras del Banco Mercantil.

En 1909 Patiño viajó solo a Hamburgo, para instalar una oficina que se encargase de escoger y embarcar la maquinaria que seguía necesitando para sus minas y, al mismo tiempo, le sirviese de agencia de venta de sus minerales en Europa. A poco de estar en Alemania recibió un cable de su esposa llamándole con urgencia a Oruro. La firma "Artigue y Compañía" había conseguido un fallo favorable de un juez de Colquechaca, que ordenaba que Patiño debía entregar su propiedad "La Salvadora" a los dueños de "La Negra" y pagar una indemnización por las utilidades percibidas hasta entonces. Los 30 días del viaje de Hamburgo hasta Oruro fueron una eternidad para Patiño. Por suerte, su esposa, adelantándose a su arribo, había consultado con los abogados y tomado las providencias del caso. La Corte Superior de Justicia de Potosí dejó sin validez el fallo del juez de Colquechaca.

En 1912 el ex-socio de Sergio Oporto tenía avanzado mucho desde la humilde posición que ocupó, menos de 20 años antes, detrás del mostrador de la casa Fricke. El camino estaba marcado por actos de gran audacia que se inspiraron en una extraordinaria intuición natural para los negocios. Sus intereses mineros, el banco y las propiedades urbanas compradas en Oruro y Cochabamba, le daban la credencial de ser el hombre más rico de Bolivia. Sin embargo, sus ambiciones estaban muy lejos de quedar satisfechas. Antes de seguir el camino hizo un alto para ofrecer a su esposa la cancelación de la gran deuda moral que tenía con ella. Había varios interesados en sus negocios. Podía venderlo todo y retirarse a Cochabamba, para hacer realidad el sueño de ella, de vivir en el idílico valle, gozando de solaz y sin más preocupación que la educación de los cinco hijos.

- "No, Simón" -contestó Albina de Patiño-. "El tedio te mataría. No tienes el carácter de una persona que puede vivir en la ociosidad. Sé que quieres y puedes hacer muchas cosas más. Las minas y el trabajo son tu vida misma. Vamos a Europa como estabas proyectando. Nos instalaremos en Cochabamba cuando te canses de trabajar. Sé que nunca querrás deshacerte de tus minas, sobre todo la de Llallagua.

Algún día nuestros hijos podrán manejarlas en tu nombre. Entonces descansaremos...".

-"Gracias, Albina... Pero haré construir un palacio en Portales, en la ciudad de Cochabamba, y una hermosa villa en Pairumani. En una y otra propiedad las habitaciones y los muebles, los jardines y los sirvientes, estarán constantemente listos para recibirnos en el momento que tú decidas". La familia Patino viajó a Europa ese año. La fortuna había consolidado la confianza que su jefe tenía en sí mismo, sin restarle la afición a desafiar riesgos. Simón I. Patiño iba al Viejo Mundo en busca de nuevas aventuras mercantiles e industriales, a tomar contacto directo con los compradores de sus minerales en Alemania e Inglaterra, a consolidar el funcionamiento de la oficina en Hamburgo. Iba también a buscar financiación y dirección técnica para cuatro nuevos proyectos: instalación de una fundición de estaño en Bolivia, canalización y navegación del río Desaguadero, un ferrocarril de Cochabamba al río Mamoré (que uniese el centro del país con las riquezas del Beni) y otro ferrocarril de Machacamarca a Uncía (para conectar sus minas de Llallagua y Huanuni con el ferrocarril internacional de Antofagasta a La Paz).

En una carta al presidente Eliodoro Villazón expresó: "Creo que el ferrocarril de Cochabamba al Chimoré no tropezará con ninguna objeción seria. Está motivado por un sincero deseo de servir al país, aparte del hecho de que lo considero un negocio industrial con un futuro promisorio. Lo mismo pienso de la navegación del Desaguadero. Espero que el primitivo concesionario señor Hellman, no hará oposición. Tampoco anticipo que se presenten obstáculos legales para un ferrocarril de Machacamarca a Uncía, ya que la concesión a don Felipe Franck no le otorga monopolio en las vías de comunicación. Tal vez no hubiera pensado en este proyecto del ferrocarril de Machacamarca a Uncía si no estuviera convencido de que la propuesta Franck no tiene otro objetivo que especular a expensas de los industriales establecidos en esas regiones mineras". En otra carta comentó que su interés en el ferrocarril Cochabamba - Chimoré "no sólo era porque consideraba el Oriente la Mesopotamia de Bolivia, sino también porque por esa vía se obtendría una aproximación a Europa". "Mi corazón tiembla de ansiedad cuando pienso en la hegemonía y el imperialismo de Chile, que tal vez cubre peligros siniestros para nuestro futuro. Debemos neutralizar el ferrocarril de Arica a La Paz con otra vía

férrea". A un reportero del periódico "El Ferrocarril" de Cochabamba le manifestó: "En vez de amontonar en Europa las utilidades de mis minas y mi banco, sería mucho más ventajoso para el país y para mí mismo, dejarlas en Bolivia como con la construcción de la línea al Chimoré". A Aníbal Capriles le escribió: "Mi mayor deseo es que el ferrocarril Cochabamba - Chimoré esté concluido al mismo tiempo que el ferrocarril de Oruro a Cochabamba". Patiño encomendó a la firma alemana Orenstein und Koppel el estudio del proyecto. El ingeniero P. Hekmeyer, acompañado de otros cuatro técnicos alemanes, y guiado por Víctor Veltzé de Bolivia, recorrió toda la zona por donde podría tenderse la línea. Se visitó Colomi, Corani, Santa Rosa, Santo Domingo, Puerto Patiño y las márgenes de los ríos Chipiriri, Isiboro, Grande, Ichilo, Securé, Chimoré, Mamoré y Mamorecillo. Se calculó que el costo de la obra sería de 2.000.000 de libras esterlinas.

Eventualmente, el Congreso negó el permiso a Patiño para su plan del ferrocarril Cochabamba - Chimoré. Su ex-abogado, Ismael Vásquez, convertido en su enemigo, encabezó la oposición. El argumento más esgrimido en su contra fue el de que sería peligroso darle posibilidades de aumentar su ya crecida importancia económica. Esto mató también el plan de navegación del río Desaguadero y otro de excavar las ruinas de Tiahuanacu.

Respecto a la instalación de una fundición de estaño en Bolivia, Casto Rojas, en su libro "El doctor Montes y la política liberal" dice: "Don Ismael Montes, ex-presidente de la república, a la sazón ministro plenipotenciario en París, trató de organizar una fundición en Bolivia en sociedad con Simón I. Patiño y su amigo Pedro Suárez. Se reunió un capital de 100.000 francos para los estudios iniciales, con el aporte de 33.000 francos por industriales franceses, 33.000 por Patiño y 33.000 por Montes y Suárez. Una comisión de ingenieros franceses viajó a Bolivia en junio de 1913. Visitó los centros mineros de La Paz, Oruro y Potosí y buscó caídas de agua para subsanar la falta de carbón. Después de cuatro meses de trabajo presentó su informe. Era favorable. En julio de 1914 se organizó una empresa con 25.000.000 de francos. La Primera Guerra Mundial que estalló al mes siguiente echó por tierra todo el asunto.

* * *

El escritor argentino Jaime Molins hizo un recorrido de los principales puntos del país, en 1915. En su libro "Bolivia", editado al año siguiente, anotó los siguientes datos sobre la zona minera de Llallagua: "En Machacamarca, media hora al sur de Oruro, tomamos el tren Machacamarca - Uncía, propiedad del señor Patiño, que en la actualidad llega hasta el kilómetro 40. Al llegar a la estación en este punto, montamos una pequeña carretela que hace el servicio entre el Kilómetro 40 y Uncía. A la mitad del camino, una pequeña posta nos ofreció una ligera tregua. El camino, por donde pronto continuará la línea férrea, está llena de repechos y erizada de cantos rodados. A la mañana siguiente realizamos una incursión subterránea por el cerro Espíritu Santo en compañía del gerente Máximo Nava. En un cuarto de hora salvamos los 150 metros de elevación del ingenio de Uncía al Socavón Patiño. Antes de entrar a la mina, hicimos una breve gira por las maestranzas, departamento eléctrico, terminal del pequeño ferrocarril metalero y los depósitos de materiales. En aquel momento, el convoy eléctrico, movido por una locomotora Imperator, de fabricación alemana y arrastrando veinte vagones, asomó por la bocamina, ondulando como una serpiente. Descargó su mineral en la estación del andarivel y tomó la ruta de regreso a la mina. Nosotras tomamos el furgón que iba a la cola y nos internamos en el laberinto de las galerías".

"La primera impresión fue de angustia, al irnos alejando poco a poco de la luz. El aire puro y diáfano que dejamos fuera, se fue enrareciendo poco a poco hasta fatigar los pulmones. El socavón nos pareció un sarcófago. De trecho en trecho encontramos obreros picando la veta caprichosa. Por fin llegamos al fondo de la galería matriz. Estábamos a dos kilómetros y medio de la bocamina. Al otro lado de la pared granítica estaban los socavones de la "Compañía Estañífera de Llallagua".

"La posesión de Patiño en la montaña tiene más de 10 kilómetros lineales de socavones, galerías y recortes, en diez niveles, cada uno con un promedio de mil metros de excavación."

"La cumbre del cerro Espíritu Santo tiene una altura de 4.500 metros sobre el nivel del mar. El Socavón Patiño está a 450 metros debajo la cumbre. En la fecha de nuestra visita, el ingenio y la mina empleaban alrededor de 1.500 trabajadores. En algunas épocas esta cifra sube a 2.000. El transporte de minerales sacados de la

mina al ingenio se hace por dos andariveles: uno que sale del Socavón Juan del Valle, casi en la cumbre, y el otro del Socavón Patiño".

"Las vetas principales se llaman Victoria, Animas, Bismark, San Miguel, Salvadora, Demasías, Uno A e Inca. La Inca es la que hoy día tiene minerales más ricos".

"El mundo obrero está distribuido como las abejas en un panal en el laberinto de las galerías. Nos llegaba el ruido de las perforadoras de aire comprimido, el chirriar de los tornos eléctricos, el ruido isócrono y pesado de las compresoras de aire y el retumbar tenebroso de los disparos de dinamita".

"Dentro de la mina visitamos un taller de herrería. Allí se repara y da nueva vida a las herramientas deterioradas, a las barretas amotosadas por la piedra indomable, a los carros averiados. Ardían los fogones como ascuas sangrientas y los yunques despedían una lluvia de estrellas al golpe de los martillos".

"Bajamos al nivel 411, por un agujero vertical, afianzados en dos anillas de hierro estribadas en los muslos, movidos por un huinche eléctrico. Más tarde, un ascensor eléctrico nos sacó hasta la superficie de la montaña, salvando 383 metros en brevísimo tiempo".

"El ingenio de Uncía es el más moderno y de mayor rendimiento del país. Allí vimos seis trituradores, tres máquinas chancadoras, hemos giratorios Kauffman, enfriadores eléctricos, mesas clasificadoras, separador magnético, aparatos de concentración seca y húmeda. En el departamento de máquinas encontramos cinco motores Diesel, a petróleo, que generan corriente para el ingenio, la mina y dan luz a la población de Uncía. Visitamos talleres, maestranzas, el campo de juegos deportivos y el palitroque. También la farmacia y el hospital".

"Uncía tiene unos 10.000 habitantes. Su conformación topográfica es irregular. Las casas se apeñuscan unas al lado de las otras sin ningún plan. Está lleno de pequeños negocios comerciales atendidos por sirios, austriacos, italianos, españoles y alguno que otro francés. La empresa Patiño tiene una pulpería para el abastecimiento de sus trabajadores. Hay una subprefectura, municipalidad, teatro, mercado público, escuelas, hotel y hasta un periódico semanal con imprenta propia".

"El presidente municipal es don Máximo Nava, hombre sereno y ordenado, árbitro de Uncía hasta en los asuntos de menor importancia. No ríe casi nunca. Su

fisonomía muestra la tristeza ingénita del hombre de montaña. Su aspecto es bondadoso y patriarcal".

* * *

Simón I. Patiño volvió a Bolivia, por seis meses, a fines de 1913. Convencido siempre de que el buen éxito en la minería era resultado de mecanización y eficiente manejo técnico, trajo consigo al ingeniero francés Melquíades Armas para que lo asesorase en algunas decisiones de importancia.

El problema principal siguió siendo la escasez de energía eléctrica o motriz. Los trabajos tenían que supeditarse a la fuerza disponible. La "Compañía Estañífera de Llallagua" dio un gran paso construyendo un dique en un angosto del riachuelo de Chayanta y formando una laguna artificial en Lupi-Lupi, a pocos kilómetros de Llallagua que, junto con el embalse de Chaquiri, ubicado un poco más allá, le proporcionaron suficientes caballos de energía eléctrica. Gracias a este recurso la compañía chilena se puso en posición de ventaja sobre su vecino y rival.

Los motores Diesel de la empresa Patiño sufrieron desperfectos serios. Esto coincidió con averías en motores de Huanuni y de la "Compañía Estañífera de Llallagua". Se atribuyó ello a sabotaje de los técnicos alemanes que querían perjudicar el abastecimiento de estaño a los aliados contra su país en la 1ª Primera Guerra Mundial. No se llegó a comprobar la sindicación, mas todo empleado alemán fue retirado de su puesto en las tres compañías.

En 1918, Simón I. Patiño adquirió en Suiza un gran motor Sulzer, de 600 caballos de fuerza. Hubo dificultades en Antofagasta para su desembarco. Se lo dividió en 5 piezas para conducirlo por ferrocarril hasta Machacamarca y de allí al Kilómetro 40. Para la continuación del transporte hasta Uncía, el contratista de tracción animal, Alfredo Suárez, tuvo que hacer construir una carreta especial para el acarreo del enorme eje (casi nueve metros de largo y ocho toneladas de peso) y otras piezas pesadas. Las heroicas mulas nunca arrastraron una carga semejante. El enorme motor significó un importante aporte de energía para el funcionamiento del ingenio de Uncía y las compresoras de aire de las minas, pero, aun sumado a los cinco motores Diesel instalados antes, no llegó a satisfacer todas las necesidades.

El problema de la falta de energía era mayor en Huanuni, donde los viejos ingenios estaban siendo substituidos por uno solo, a un costo de 250.000 libras esterlinas, con una capacidad de beneficio de 600 toneladas diarias.

En marzo de 1918 se comenzó la continuación del ferrocarril de Machacamarca a Uncía, a partir del Kilómetro 40, por la compañía inglesa "Railway and Works", bajo la dirección del ingeniero Gibson y con el esfuerzo de 800 trabajadores

Al ausentarse Patiño de Bolivia dejó sus negocios bajo el control del abogado Arturo Loaiza. Lo nombró su apoderado general, pero con autoridad limitada. Patiño retuvo el timón en sus propias manos. La principal responsabilidad de Loaiza era tener permanentemente informado a Patiño, con el mayor detalle posible, de todo lo que ocurría. Patiño recibía, además, copia de toda la correspondencia y documentos que se intercambiaban entre la oficina central de Oruro, las empresas mineras de Llallagua y Huanuni, la gerencia del Banco Mercantil y sus representantes en Cochabamba. Sobre la base de esta información hacía llegar a Loaiza las órdenes del caso.

Patiño eligió a Loaiza porque, años antes, en el período más difícil del pleito con los Artigue, consultó varios abogados y descubrió en él cualidades especiales. Tenía una visión clara de los problemas. Era trabajador y ejecutivo. Cuando ocupó el puesto de Ministro de Industrias demostró habilidad administrativa y honradez. Estaba conectado por lazos profesionales o de amistad personal con los principales hombres públicos del momento. Era adicto al Partido Liberal, mas no estaba demasiado comprometido en política. Loaiza comprendió que lo que Patiño esperaba de él era lealtad, honestidad, dedicación y subordinación. Se dio cuenta de que la ausencia de Patiño sería sólo física. Mentalmente continuaría en Bolivia, siguiendo paso a paso, día a día, la marcha de cada uno de sus negocios.

La principal tarea de Loaiza en todos los años en que estuvo de apoderado general de Patiño fue escribir a éste una extensa carta semanal. Utilizaba el cable sólo para casos de excepcional importancia. En los archivos de Patiño la correspondencia de Loaiza llena muchos volúmenes. Cada carta semanal tiene, por lo menos, unas veinte páginas a renglón seguido. Hay muchas de cincuenta o más hojas. Los asuntos de que tratan son de la más variada naturaleza.

He aquí algunos ejemplos de la correspondencia entre 1917 y 1920. Dificultades en el aprovisionamiento de petróleo para los motores Diesel: "Hemos terminado de discutir el contrato con Duncan Fox, al precio de 115 chelines la tonelada... Actualmente tenemos almacenadas en Uncía, Machacamarca y Huanuni la cantidad necesaria para seis meses. Esperamos la llegada de mil quinientas toneladas más". Destrozos en la línea del ferrocarril: "Las fuertes lluvias han causado desperfectos. El agua del río ha socavado los estribos de los puentes del Kilómetro 16 y el agua se ha llevado doce metros de terraplén". Organización de un departamento de asesoramiento técnico: "Veo con satisfacción que ha dado usted su venia para la creación de la Oficina Técnica de la casa central, con un personal que corresponda a nuestras necesidades y nos permita un control más efectivo de las minas. Huanuni y Kami, hasta cierto punto, están controladas por el señor Nava, a quien acudimos con cualquier consulta, pero es evidente que por mucha buena voluntad que tenga don Máximo, las ocupaciones mismas de la empresa que está gerentando no le permiten estudiar con calma las diferentes consultas que le enviamos... ". " El mismo señor Nava debe ser controlado, pues pese a la gran confianza que tenemos en su actuación, algunos errores que pudiera cometer no son apercibidos por nosotros, por falta de personal técnico en Oruro... El señor Vaudry naufragó en el vapor Limarí salvando felizmente su persona, pero perdiendo todo su equipaje. Hoy lo tenemos en pleno ejercicio de asesor técnico de la Oficina Central".

Averías en la maquinaria: "En la maestranza del ferrocarril hemos tenido que lamentar un nuevo fracaso con el pequeño motor Diesel, que reventó la camisa y torció una de las bielas". Acopio de materiales: "Tenemos más o menos 5.000 cajones de dinamita, que servirán para una larga temporada. Aceites hemos comprado en suficiente cantidad. Contamos con gruesas partidas de madera. Calamina compré hace unos meses una buena cantidad a precio inferior al de hoy".

Cuestiones personales: "He creído necesario ir a Huanuni para conferenciar con el gerente Legros y el señor Daza. Llamé a don Máximo Nava para que esté presente. Se han tomado acuerdos tendientes al mejor funcionamiento de la empresa. Con el señor Daza he hablado amistosamente para hacerle comprender que no puede prescindir del gerente. Don Federico ha abundado en promesas y creo haber conseguido que ambos anden de acuerdo". "A nombre de los empleados tengo que

dar a usted las gracias por el aumento que ha decretado de diez por ciento en sus sueldos." "Tengo que darle la sensible noticia del fallecimiento del joven García, inspector de contabilidad en Uncía y casado, según usted recordará, con la hija de don Andrés Guzmán López. La gerencia de Uncía ha determinado un sueldo extra a favor de la viuda y ahora nos escribe el señor Nava para que impetremos la generosidad de usted a favor de la madre. Si sus sentimientos generosos se muestran esta vez como en otras ocasiones, le agradeceré decirme en qué forma y hasta qué cantidad podríamos auxiliar a la señora". "A raíz de la renuncia del cajero Natalio Hernández y siguiendo el sistema recomendado por usted, de estimular a los empleados con ascensos, se ha dispuesto que el más antiguo de los de contabilidad, señor Fidel Téllez, ocupe ese puesto. Arnal subirá al puesto de Téllez y el joven Laredo sucederá a Arnal".

Noticias sobre las vetas: "El día de ayer le hice un cable comunicándole que la "Compañía Estañífera de Llallagua" ha cortado la veta San Fermín en el Socavón Siglo XX, en varios ramos, de diferentes anchos y con una ley que varía entre 10 a 30 por ciento. Usted sabe que esa misma veta en nuestros niveles tiene apenas un 2 por ciento, pero ahora creemos que encontraremos ramificaciones interesantes... ". " En el nivel 516 se ha encontrado la veta Regis un poco angosta, pero con buen mineral. A los siete metros se ha tomado la veta Uno A. Seguimos con el recorte para encontrar la Inca y las Demasías... ". " Se ha terminado de enmaderar el foco central de comunicación".

Comentarios sobre problemas judiciales: "El juicio que hemos entablado al señor Arturo Fricke con el asunto Malmisa sigue su curso. Este señor no se ha dejado ver en Oruro sino el día de las elecciones en el que, según la ley, no se puede hacer ninguna diligencia judicial. Hubo que valerse de mil modos para hacerle la notificación". "El doctor Antezana le habrá informado que la Corte Suprema ha fallado a nuestro favor en el recurso de nulidad de los Artigue en el asunto de fianza de costas...". " Han seguido las conversaciones para la liquidación amigable de la empresa Japo. Fricke se muestra huraño y difícil. No se sabe lo que quiere". "Esté usted tranquilo respecto a cualquier juicio que con otros fines de chantaje pudiera intentar Sergio Oporto. La documentación que está en nuestros archivos es abundante para probar que no tiene ya ningún derecho sobre "La Salvadora".

Cuestiones de transporte: "Con su autorización he arreglado con el señor Alfredo Suárez para que siga transportando barrilla en carretas, con absoluta exclusión de llamas. Hemos convenido que hasta el paso de Bombo, donde está ahora el ferrocarril, recibirá el mismo flete que percibía hasta el Kilómetro 40. Esto para compensarlo por el no uso de llamas, que le daban la mayor utilidad. Actualmente, tiene 35 carretas a nuestro servicio".

La correspondencia de Loaiza de estos años no contiene casi ningún comentario sobre problemas de orden social. ¿Falta de sensibilidad para captarlos? ¿Creencia que eran malestares pasajeros, que se solucionarían automáticamente por el transcurso del tiempo y, por lo tanto, deseo de evitar al patrón preocupaciones innecesarias?

En materia política sólo se encuentran dos referencias entre 1917 y 1920. Una dice: "Las elecciones de 1918 han pasado tranquilamente, correspondiendo a la oposición unos diez diputados y el resto de senadores y diputados al Partido Liberal. En Uncia ha salido elegido el señor Luis Ballivián, que es persona circunspecta y reposada. En Poopó, un joven Luis Abelli. En Carangas, un tal José Delgado, republicano. Los demás pormenores los encontrará usted en los diarios que le seguimos remitiendo puntualmente". La otra: "En el Senado la elección de presidente ha dado lugar a varios comentarios en los cuales se ha mezclado a la firma por el diario "La Razón". Se ha atacado duramente a don José Antezana, que ha sido el elegido, diciéndose que el Senado es una sucursal de la casa Patiño. Por lo demás puede decirse que hay completa tranquilidad en el país y que todos estos acaloramientos en el parlamento no tienen sino trascendencia muy secundaria en la vida nacional".

CAPÍTULO 7

EL DESPERTAR OBRERO

Los hechos que hemos descrito en los capítulos precedentes sucedieron en un período que resultó excepcional dentro de la agitada vida política de Bolivia. Entre 1899 y 1920 la nación vivió subordinada a las leyes, cambiando cinco gobiernos mediante elecciones y manteniéndose inmune a las endémicas revoluciones o golpes de Estado que retardaron su progreso en los 75 años anteriores de su existencia republicana.

Los factores que coincidieron y coadyuvaron en crear la estabilidad institucional fueron: la bonanza económica provocada por el desarrollo de la industria minera del estaño, los dos millones de libras esterlinas pagados por el Brasil a cambio del territorio del Acre, las trescientas mil libras esterlinas entregadas por Chile en cumplimiento del Tratado de Paz de 1904, los fondos obtenidos en los Estados Unidos mediante el empréstito Speyer y la dominante personalidad de Ismael Montes, que condujo al país con mano firme en dos períodos presidenciales discontinuos y dejó sentir su influencia en el intermedio de Eliodoro Villazón.

¿Habría podido subsistir la paz política sin la prosperidad económica?

La historia de Bolivia muestra que si bien la mayoría de los golpes de Estado del siglo pasado no fueron sino el resultado de un acto de audacia y de ambición personalista, hubo otros secundados por la población empobrecida de las ciudades, que tuvo la ingenua y repetida esperanza de que un cambio de personas en la silla presidencial redundaría en su beneficio material.

El auge económico ocurrió por causales ajenas a la política. La demanda y el precio del estaño obedecían a factores externos. Las inversiones y reinversiones de capital para la expansión y mecanización de las minas eran resultado de la visión empresarial de sus propietarios. Por lo demás, en obediencia a la doctrina económica liberal, que todavía imperaba en Bolivia, se creía de mutua conveniencia para el gobierno y la industria privada convivir en un ambiente de no interferencia y respeto.

Empero, en Europa, el positivismo liberal, desafiado y combatido desde la segunda mitad del siglo XIX, era una doctrina decadente que cedió terreno a los avances del

socialismo. Los principios liberales, proclamados como leyes naturales, justas e inmutables, a cuya sombra se produjo la Revolución Industrial, eran condenados por los líderes de las corrientes nuevas del pensamiento económico. En el entierro de Karl Marx, en 1883, su amigo y colaborador Friedrich Engels declaró que "así como Darwin descubrió la ley de la evolución en la materia orgánica, Marx descubrió la ley de la evolución en la historia humana".

Lado a lado con la propagación de las doctrinas sociales creció y se hizo fuerte el sindicalismo, la lucha obrera por mayores salarios, menos horas de trabajo y mejores condiciones de vida. La organización de los sindicatos, que estaba prohibida en todas partes a principios del siglo XIX, obtuvo derecho de existencia legal en todos los países de Europa, con excepción de Rusia, hasta fines de la misma centuria.

El eco de las voces del socialismo y el sindicalismo repercutió en las Américas y llegó esporádica y débilmente hasta Bolivia, a través del Perú, Chile y la Argentina. Guillermo Lora, en su "Historia del Movimiento Obrero Boliviano" comenta: "El rasgo más notable lo constituye el afán obrero por superar su condición de clase en sí y convertirse en clase para sí. No se trata de un desenvolvimiento progresivo, gradual y constante. Su norma son los saltos, los avances bruscos y los francos retrocesos... El rasgo más constante es la inestabilidad y hasta la incoherencia de las organizaciones obreras... La clase obrera boliviana es una de las más autóctonas por su origen. La penetración capitalista ha sido canalizada únicamente hacia la minería y los pocos ferrocarriles, de aquí que las necesidades de mano de obra pudieran ser cubiertas holgadamente dentro del país... El proletariado boliviano, cien por ciento autóctono, partió de un punto muy bajo en su formación ideológica: tuvo que arrastrar como peso muerto la incultura y el analfabetismo imperantes en el país. Esto explica el proceso doloroso y retorcido de la formación de la conciencia clasista".

La primera entidad obrera fue la "Unión Gráfica Nacional" fundada en La Paz en 1904 por los trabajadores de los talleres de imprenta. Por largo tiempo sus miembros fueron los virtuales dirigentes del incipiente movimiento obrero boliviano. Sucre y Cochabamba contaron con organizaciones similares. Poco antes de la agrupación de los obreros gráficos hizo su aparición la "Sociedad Agustín Aspiazú",

cuyos componentes se llamaron a sí mismos "radicales - socialistas" y publicaron una "hoja de propaganda" para "lectura del pueblo". Era la primera sociedad intelectual afiliada al socialismo. Ella hizo conocer en Bolivia el significado del Primero de Mayo como día del proletariado internacional y de protesta por las injusticias del capitalismo. En 1906 se fundó en La Paz el "Centro Social de Obreros" para procurar, entre otros fines, "la unión de la clase trabajadora". El primero de mayo comenzó a conmemorarse en 1906. Un periódico comentó: "Esta fecha memorable ha sido festejada por primera vez en la ciudad de La Paz, a iniciativa de la "Sociedad Obreros del Porvenir". Se la celebró con una velada en el Teatro Municipal, a pesar de que el fanatismo religioso pretendió hacerla fracasar". Los artesanos de La Paz crearon una organización ínter gremial en 1908 con la denominación de "Federación Obrera de La Paz". Frente a ésta se organizó en 1912 la "Federación Obrera Internacional" de inspiración izquierdista. Las dos federaciones fueron absorbidas en 1918 por la "Federación Obrera del Trabajo" (FOT) de La Paz. Entidades afines se establecieron en otras ciudades del país. Todas ellas lucharon por obtener del gobierno una legislación social en la que se redujese la jornada de trabajo y se estableciesen mejores condiciones salariales.

La revolución bolchevique en Rusia activó en Bolivia, al igual que en otros países, la efervescencia social. El hasta entonces débil movimiento obrero se hizo más decidido. En 1921 varias organizaciones laborales se reunieron en una conferencia nacional en La Paz, pero no lograron ponerse de acuerdo para unificarse en una sola entidad.

En 1922 el gobierno de Bautista Saavedra para coartar de algún modo las actividades clandestinas de sus adversarios políticos, prohibió el tráfico nocturno de taxis. No se creyó que tal medida afectaría sensiblemente la economía de los choferes. Sin embargo, éstos reaccionaron de inmediato. Consiguieron el apoyo de los ferroviarios y los gráficos. Los tres sectores se declararon en huelga. Saavedra se vio obligado a anular su decreto de pocos días antes. La crisis quedó salvada, mas dejó en las agrupaciones obreras la provechosa experiencia de que uniendo fuerzas podían influir en las decisiones del gobierno.

Entre 1919 y 1922 existió en Oruro una "Federación Minera" que extendió su influencia hasta Uncía y Llallagua. Los obreros de las minas iniciaron su actividad

social con el "Ahorro Minero", consistente en cuotas mensuales de cada trabajador para un fondo común, guardado en la caja de las empresas, con fines de ayuda en casos de emergencia. En la empresa Patiño, a mediados de 1918, se fundaron dos sociedades de socorros mutuos. Los trabajadores de la mina organizaron la "Sociedad Protectora Simón I. Patiño" y los del ingenio la "Sociedad de Mutua Protección Albina de Patiño". Los esposos Patiño - Rodríguez fueron designados padrinos. Las cuotas se establecieron en un boliviano quincenal para los contratistas y cincuenta centavos para los jornaleros. Los recursos acumulados en la caja de la empresa estaban destinados a socorrer a los asociados o sus familiares en casos de enfermedad, accidente o muerte.

La formación de los sindicatos propiamente tales vino después de varios años de conflictos laborales. El movimiento obrero en las minas, como un presagio de lo que iba a ser su trágica historia, nació con convulsiones.

La primera huelga ocurrió en la empresa Patiño el 29 de abril de 1918. Los trabajadores de la mina abandonaron sus labores antes de la hora reglamentaria, encabezados por el obrero Fortunato Rivas, reclamando la jornada de 8 horas. Los jefes de punta José Soruco y Rosendo Rojas trataron de obligarles a continuar en sus puestos hasta las 4 de la tarde. La masa los atropelló y salió de las galerías y socavones en son de huelga. En la mañana del día siguiente, los mismos trabajadores, en vez de regresar a sus tareas, se concentraron en un pequeño cerro de Uncía, próximo al ingenio, y desde allí incitaron a gritos a sus compañeros a plegarse a su paro. El gerente Máximo Nava pidió que los obreros designasen representantes, 10 por la mina y 10 por el ingenio, para discutir sus reclamos con él. Así se hizo. Los delegados presentaron un memorial escrito reclamando cinco puntos: substitución de los contratistas de las pulperías Agustín Fernández y Rafael Urquidi por la firma Portillo, retiro de los jefes de punta Soruco y Rojas, mejoras en la atención del hospital, aumento de jornales a un mínimo de 5 bolivianos por día y reducción de la jornada de trabajo de 10 a 8 horas.

Nava tenía repetidas instrucciones de Simón I. Patiño respecto a la importancia de evitar conflictos sociales, atendiendo las necesidades de los obreros en todo lo que fuera justo. Nava reconoció "que los jornales no eran suficientes para la vida del trabajador" y aceptó un aumento a 4.50 bolivianos por día. Negó el retiro de los dos

empleados de vigilancia y el cambio de los contratistas de las pulperías. En su informe a la Oficina Central explicó: "Después que el trabajo quedó completamente restablecido, conferencié largamente con los delegados obreros y visité todos los parajes de la mina. He reglamentado nuevamente el horario de labores y de descansos, basándome en la costumbre y que resulta en 8 horas de trabajo efectivo, sin tomar en cuenta el tiempo que se pierde en llegar a cada paraje".

Al recibir la noticia del conflicto Simón I. Patiño escribió a Loaiza llamándole la atención sobre el hecho de que no se hubiese prevenido los hechos tomándose medidas apropiadas como lo había ordenado muchas veces. El aumento de jornales pudo hacerse meses antes gracias al mejoramiento de los precios del estaño. Dijo en su carta: "Si se hubieran cumplido a tiempo mis instrucciones no habríamos tenido que actuar por imposición de los trabajadores, sacrificando la disciplina y la armonía dentro de la empresa. Deben celebrarse conferencias con ellos para llevar a su ánimo la confianza de que la empresa se preocupa de sus necesidades y las atiende como su asociada". Loaiza explicó: "En el momento del conflicto estábamos ejecutando sus recomendaciones, si bien con cierta prudencia. El señor Nava no dio todos los pasos por las continuas observaciones que le hacíamos desde la Oficina Central respecto a que nuestros costos de producción son superiores a los de la "Compañía Estañífera de Llallagua". Desde el viaje de usted se han ido elevando paulatinamente los salarios en las minas y en los ingenios y a raíz de su última orden se hizo una nueva alza general. Como el señor Nava en uno de sus recientes informes expresó que los jornales no eran suficientes para la subsistencia de la gente, se le autorizó que haga otro incremento tomando en cuenta los intereses de los trabajadores al lado de los intereses de la empresa... Usted sabe que tenemos la vecindad de la empresa Llallagua, donde siempre hay elementos perniciosos en mayor abundancia que en la nuestra. Últimamente, en la compañía chilena se presentó un carpintero que parecía persona de cierta preparación y que empezó a hacer propaganda subversiva. Había ciertas sospechas de que se trataba de un peruano que actuaba como agente del gobierno de Lima contra los intereses chilenos en Llallagua (a raíz del litigio peruano - chileno sobre Tacna y Arica). Tales sospechas se han acentuado más porque en Corocoro, donde también existe otra

empresa chilena, se produjeron serios desórdenes, al punto que el gobierno tuvo que intervenir en forma decisiva".

En octubre del mismo año (1918) el prefecto de Oruro reunió a representantes de todas las empresas mineras del distrito para estudiar la manera de aplacar la tensión social que se presentaba en muchas de ellas. El prefecto exigió que se diese estricto cumplimiento al decreto que se dictó en el período del presidente Eliodoro Villazón, que prohibió el descuento del dos por ciento en los salarios para "beneficencia" (médico y farmacia), y que se mantenía abusivamente por los patronos. Se determinó el pago quincenal de jornales, en vez de hacerse cada mes, y un control estricto en los pesos y medidas de las ventas de productos alimenticios hechas por los contratistas de las pulperías.

En septiembre de 1919 en la empresa que Patiño tenía en Huanuni los trabajadores amenazaron con ingresar en huelga si no se reducía la jornada de labores a 8 horas y no se corregían los abusos de la pulpería. Máximo Nava viajó desde Uncía y arregló la situación adoptando medidas similares a las puestas en vigencia en la empresa "La Salvadora" poco más de un año antes. "No se habló en el conflicto de aumento de jornales -relató en su informe-, porque el personal de obreros está convencido de la situación exacta de la empresa y sabe que está en peligro de clausurarse por las pérdidas que arroja de año en año."

Al mes siguiente, 22 de octubre de 1919, en forma inesperada, estalló un nuevo conflicto en la empresa "La Salvadora", que adquirió características sangrientas y tuvo repercusiones sociales y políticas en toda la república. Arturo Loaiza escribió a Simón I. Patiño: "Me encontraba en La Paz, cuando la noche' del miércoles fui llamado a una conferencia telegráfica, cerca de las 10 de la noche, por el prefecto de Oruro y nuestro subgerente Pacheco. Me comunicaron que en Uncía se había producido un violento ataque contra el ingenio, con el propósito de destruir todas las instalaciones que tenemos en Miraflores. Que la situación se presentaba gravísima y que era indispensable que yo consiguiese autorización del gobierno para el inmediato envío de tropas de línea a fin de debelar la subversión. Me dijeron también que el señor Nava estaba herido por unas pedradas de la gente amotinada".

"Me puse en movimiento en el acto para conseguir algunos ministros. Infelizmente, hasta cerca de las dos de la madrugada no pude encontrar a ninguno de ellos. El ministro de Gobierno, Ernesto Careaga Lanza, se había recogido muy temprano a su casa y a pesar de que con el doctor José Antezana llamamos a su puerta repetidamente, no fuimos oídos. El ministro de Guerra, general Prudencio, se encontraba en momentos imposibles para atender nuestra solicitud. Su hija estaba en agonía, como en efecto murió a las 12 de la noche. En la tercera visita que hice a su casa fue imposible hablarle del problema porque estaba abrazado al cadáver de su niña".

"Avisé todo esto a Oruro y el prefecto decidió mandar fuerza bajo la promesa formal de que yo conseguiría que el gobierno aprobaría tal medida. Al día siguiente, jueves, salieron 85 hombres con dirección a Uncía. Ese mismo día, muy temprano, conseguí entrevistar al ministro Careaga Lanza, que accedió a la insinuación que le hice de enviar más fuerza, porque comprendió que si la sublevación se extendía a la compañía Llallagua, la situación de los 85 hombres sería muy precaria y peligrosa, puesto que entre una y otra persona los amotinados podían llegar a 3.000".

"Como usted sabe, hace poco habíamos elevado los jornales de un modo general. Desde principios de año también impusimos en las pulperías precios de venta para los artículos de primera necesidad por debajo de los del comercio de Uncía".

La huelga del 8 de octubre de 1919, ocasionó el primer derramamiento de sangre obrera y la primera movilización de fuerza armada al distrito Llallagua - Uncía.

Se continúa la narración tomando la versión contenida en el informe oficial de la comisión destacada por el gobierno al lugar de los Hechos. Dicha comisión estuvo integrada por Jorge Tardío Q., Oficial Mayor del Ministerio de Industrias, J. Guillermo Pérez, Oficial Mayor del Ministerio de Fomento, José L. Calderón, Presidente de la Federación Obrera de La Paz y Macario Murillo, dirigente de uno de los gremios artesanales de la misma ciudad.

El domingo, 5 de octubre, un grupo de obreros buscó en su casa al gerente Máximo Nava y le pidió reducción de la jornada de trabajo a 8 horas diarias y aumento de jornales.

Nava repuso que en consideración a la forma razonable en que se hacía la gestión, estaba dispuesto a hacer una revisión de las planillas de pago con representantes

de los obreros, para hacer algunos aumentos. Los obreros aclamaron a Nava y le pidieron que los acompañase encabezando una manifestación de júbilo por las calles de Uncía. Así se hizo y, luego de una vuelta por la plaza, Nava y los demás concurrentes al desfile retornaron a sus hogares.

El miércoles 8, Nava subió a la mina, llamó a los delegados de los obreros y aceptando sugerencias de éstos autorizó un aumento de 20 centavos en la remuneración de los trabajadores que ganaban menos de 4 bolivianos al día, y de 10 centavos para los menores de edad o chivatos. No se hizo ningún aumento a los contratistas, en razón de que su ganancia estaba relacionada al rendimiento de su trabajo, sobre la base de un mínimo garantizado de 3,50 bolivianos diarios. La exclusión de los contratistas provocó en ellos una actitud hostil. Igual cosa ocurrió con algunos directores de la "Sociedad Mutual Protectora de Mineros Simón I. Patiño", a quienes Nava negó su exigencia de recibir 10 bolivianos diarios de los fondos mutuales, alegando que ello dañaría los intereses de los demás asociados.

Los descontentos se dedicaron a soliviantar a sus compañeros dentro de la mina en el curso de ese día. A las 5 de la tarde, los 956 obreros salieron de la mina y se dirigieron hacia el ingenio, en actitud desafiante, dando gritos de "a los motores, a los motores". La consigna era paralizar todas las actividades de la empresa interrumpiendo el suministro de energía eléctrica.

El gerente Máximo Nava salió al encuentro de la masa, acompañado de diez empleados. Los obreros manifestaron que no estaban satisfechos con los aumentos de jornal acordados esa mañana. Nava pidió que se acreditasen nuevos representantes para dilucidar el problema al día siguiente y que no permitiría que se acercasen más al ingenio. Se escucharon gritos de amenaza. Volaron varias piedras. Una de ellas golpeó la cabeza de Nava derribándolo. Se levantó y trató de seguir parlamentando. Otra pedrada le hirió el rostro. Sacó su revólver y disparó al aire, al mismo tiempo que él y sus compañeros retrocedían y buscaban refugio dentro del ingenio.

En el pueblo de Uncía circuló el rumor de que Máximo Nava había matado con su disparo a un menor de edad, el chivato Suaznábar. La comisión del gobierno comprobó que no hubo ningún menor muerto, ni que existía un chivato de ese apellido. Los obreros del ingenio se asociaron a los de la mina. Se asaltaron los

pequeños negocios comerciales de Jaime Nakachi, Alejandro Amado, Carlos Boden, Jorge Kubita, Domingo Sainz, Jacobo Riadi, Restituto Escobar, Crisóstomo Ayala, Felipa Herbas, Crisóstomo Mamani, Juan Chanes, Antonio Yelencic, Basilio Nostas y Versalovic, de los que se extrajeron cuatro revólveres, una pistola, varios cuchillos, un cortaplumas, algunas hoces, catorce cartuchos de dinamita, mercadería en general y dinero. También se asaltó la policía (cuyos gendarmes habían ido a reforzar la defensa del ingenio) y se encontraron seis fusiles, alguna munición y una corneta.

Durante la noche los obreros hicieron varios ataques al ingenio, al son de la corneta, con disparos de fusil y dinamita. Dos cartuchos de dinamita, arrojados en la proximidad del depósito de diesel, fueron apagados por Máximo Nava que les cortó la mecha encendida.

Un grupo de obreros subió a la mina para asaltar la pulpería y robar los 300 cajones de dinamita que se almacenaban allí. El superintendente Bollmann¹⁷ había aprovechado de toda la tarde para trasladar los explosivos a lugar seguro y los obreros no encontraron nada.

A partir de las dos de la mañana los ataques al ingenio cesaron por agotamiento de balas y dinamita.

Al día siguiente, en la tarde, hizo su aparición en Uncía la unidad militar enviada por el prefecto de Oruro. Los trabajadores se ocultaron en sus viviendas. Un grupo de ellos, compuesto de Octavio Adrián, Gregorio Fernández, Juan Romero, Ezequiel Medina, Enrique Peña, Enrique Quiroz y Donato Alegre, visitó al subprefecto de la provincia y al fiscal del distrito, y les pidió que interviniesen a su favor, ante Máximo Nava, para obtener la reducción de la jornada de trabajo a 8 horas, un aumento de 20 por ciento en los jornales de los trabajadores del ingenio, de 30 por ciento en los de la mina, reducción del 10 por ciento en los precios de los artículos vendidos en la pulpería y 5.000 bolivianos de indemnización a las viudas de los fallecidos el día anterior y esa noche. Los dos funcionarios públicos entrevistaron al gerente en la proximidad del ingenio, observados de cerca por los dirigentes obreros. Nava protestó por las violencias y prometió atender las demandas que fuesen justificadas.

¹⁷ Abuelo paterno de quien gentilmente nos proporcionó el original del libro (P. Barros)

Declaró que consultaría a la Oficina Central de la empresa para un aumento general de jornales y reducción de las horas de trabajo.

El balance del conflicto arrojó tres obreros muertos: Macedonio Avendaño, Luis Coronado y Guillermo Ayala. Trece heridos: Armando Villarroel, Tiburcio Quispe, Gregorio Veisaga, Mauricio Ugalde, Cornelio Cossío, Silvestre Rivas, Fructuoso Gómez, Simón Fernández, Pascual Arispe, Pedro Yelenchic, Francisco Escobar, Alejandro Mamani y Demetrio Quiroz, que fueron atendidos en el hospital de la empresa. Entre los empleados un solo herido: Máximo Nava, con contusiones de piedra en la cabeza y el rostro.

La comisión del gobierno constató que en el momento del conflicto la empresa tenía 42 empleados, 554 obreros en el ingenio y 956 obreros en la mina. Que los trabajadores entraban a sus tareas a las 7 de la mañana y salían 10 horas más tarde. Que su trabajo efectivo era de sólo 8 horas, debido a un descanso de media hora a las 10 de la mañana para el *aculli* o masticación de coca, una hora para merienda a las 12 y otra media de descanso a las 3 de la tarde para un segundo *aculli*. Que el jornal mínimo era de 3,50 bolivianos para los hombres, 2,50 para los chivatos y 1,50 para las mujeres que hacían algunas labores fuera de la mina. Que en Uncía existían 140 chicherías para el expendio de bebidas alcohólicas en las que los trabajadores derrochaban la mayor parte de su remuneración. Que entre enero y octubre de ese año se habían consumido 200.000 litros de chicha, aparte de otras bebidas.

Con la llegada de una segunda partida de soldados y otra unidad pedida por la "Compañía Estañífera de Llallagua", como medida preventiva, el orden quedó restablecido.

El Partido Republicano, opositor al gobierno liberal, aprovechó de los sucesos de Uncía para acusar a éste y ganar más adeptos en las clases trabajadoras. El periódico "La Patria", de Oruro, de Demetrio Canelas, que estaba montando su plataforma política para ganar una banca de diputado en las elecciones parlamentarias del año siguiente, se mostró como el más decidido defensor de los obreros.

Se produjo una manifestación popular en Oruro en la que se pronunciaron violentos discursos contra la empresa de Patiño, Arturo Loaiza y Máximo Nava.

En el Senado hubo acalorado debate. El senador Ismael Vásquez, enemigo de la firma Patiño, encabezó la campaña acusatoria. Estuvo a punto de producirse un incidente en los pasillos de la cámara entre Vásquez y su colega Aramayo. La oportuna intervención del senador Arturo Molina Campero evitó las puñadas. Tanto en la Cámara de Senadores como en la de Diputados se presentaron varios proyectos de legislación social, especialmente sobre el derecho de huelga y la duración de la jornada de trabajo. El diputado Bautista Saavedra fue el más activo y el más consistente en esta labor.

En Huanuni no ocurrieron disturbios, pero se realizó una concentración de trabajadores y sus familiares, bajo la atenta vigilancia de 50 soldados llegados al lugar el día anterior. Uno de los oradores obreros expresó que si en Huanuni no cabían pedidos de aumento de jornales, ni disminución de horas de trabajo, debido a la situación deficitaria de la empresa, debían obtenerse, por lo menos, escuelas y bibliotecas.

En una de sus cartas a Patiño, Arturo Loaiza expresó: "No debo ocultarle que en cuanto llegué a Uncía, en los primeros momentos pensé sentar un precedente suspendiendo temporalmente los trabajos. Los obreros no habrían aguantado diez días. No dudo que la medida habría sido extrema y también perjudicial para nosotros mismos pero bien dice el refrán: "a grandes males, grandes remedios". Conversé al respecto con don Máximo Nava y él se mostró en completa oposición con mis ideas, por lo cual acordamos que el trabajo continúe normalmente... Hice conocer a don Máximo las recomendaciones que me hizo usted en París, referentes a que nosotros debernos tomar todas las medidas precautorias que eviten estos movimientos, adelantándonos a satisfacer las necesidades verdaderas de la gente trabajadora... Tengo que hacerle saber que en el país los movimientos obreros están siempre latentes e inspirando cada momento temores de perturbación del orden público".

En 1920, el descontento de los trabajadores tanto de las reparticiones gubernamentales como de las empresas privadas adquirió mayor vigor. El Partido Republicano explotó la situación activando sus trajines revolucionarios.

El más activo de los republicanos en el trajín subversivo fue Bautista Saavedra, colaborado por sus hermanos Abdón y Zenón, sus correligionarios políticos Daniel

Salamanca, José María Escalier, Florián Zambrana, José Manuel Ramírez, Abel Iturralde, Hernando Siles, Demetrio Canelas y Domingo L. Ramírez, los militares Juan J. Fernández y Andrés Valle y los artesanos Benigno Escobar, Fermín Plata y Manuel Flores.

CAPÍTULO 8

LA MASACRE DE UNCÍA

La revolución se produjo el 12 de julio de 1920 poniendo término a dos décadas de prepotencia del Partido Liberal. Fue el fin de una era política y el comienzo de otra. Cayó el régimen liberal como consecuencia de la labor de zapa del Partido Republicano, las repercusiones en Bolivia de una recesión económica mundial provocada por la guerra de 1914 a 1918, la vigencia de nuevas ideas políticas y sociales, la intranquilidad laboral y la débil personalidad del presidente José Gutiérrez Guerra.

Las cartas de Arturo Loaiza a Simón I. Patiño, desde Antofagasta, dieron los siguientes detalles del acontecimiento: (24 de julio de 1920) "Dicen que el alma del golpe en La Paz fue un teniente coronel Fernández. Fue quien comprometió a algunos jefes y muchos oficiales y quien en compañía de un mayor Peña y otros tomó los cuarteles, algunos de ellos engañosamente, asegurando que el presidente había muerto y era necesario resguardar el orden".

"Tomados los cuarteles y muerto el intendente de policía Cusicanqui, de quien se asegura fue asesinado en su casa la madrugada del lunes 12, la resistencia fue mínima y la ciudad quedó en poder de los revolucionarios rápidamente. De Guaqui llegó el escuadrón Abaroa y de Viacha la artillería, que se plegaron a la revolución".

"Ha favorecido mucho para el golpe el abandono del presidente y sus ministros. Puede decirse que no había administración en los últimos tiempos. Todo andaba al impulso de los años anteriores. El país estaba cansado de un gobierno inepto. La salud del presidente, por un lado, y por otro la vida que hacía, entregado al juego y la bebida, disgustaban al país".

"En Oruro, un cuarto de hora antes de las seis de la madrugada, sentimos en casa pasar el cuerpo de línea, al son de su banda de música, dando vivas al Partido Republicano. El cuartel fue tomado por unos 40 individuos al mando del capitán Defilipis y dos tenientes. De allí fueron a tomar la prefectura. El prefecto Ascarrunz logró fugar momentos antes y asilarse en el Consulado de Chile. Doce soldados y un comisionado vinieron a casa a apresarme. Fui conducido a la prefectura donde estuve dos días. Otros presos en Oruro fueron el doctor Antezana, los ministros

Ochávez y Añez. Los primeros días fueron de mucha ansiedad por el temor de que la chusma republicana se entregara a todo género de abusos. Por suerte el señor Hernando Siles, que asumió las funciones de prefecto, dictó medidas enérgicas que contuvieron la euforia de los vencedores y tranquilizaron a la población".

"Fui desterrado a insistencia del señor Canelas, que con Siles y Defilipis, formaban la junta local de gobierno. Gracias a la influencia de nuestro cajero en Uncía, René Urdininea; que estaba mezclado en la revolución, se logró que se revoque la orden de prisión de Máximo Nava".

"Gutiérrez Guerra dimitió. Los revolucionarios apenas si dieron importancia al hecho. Lo dejaron a Gutiérrez Guerra en su propiedad de Obrajes, donde se encontraba desde días antes. El ministro americano fue a ofrecerle asilo en su legación. Allí es que le enviaron una comisión ridícula, compuesta de un jovencuelo Max Bustillos, cuñado de don

Bautista Saavedra, y cuatro tenientes, para pedirle la dimisión que el señor Gutiérrez Guerra se apresuró a firmar". En el folleto de la época "La verdadera crónica de la revolución" se encuentran los siguientes detalles: A las tres de la tarde el día de la revuelta el señor Max Bustillos, el capitán Máximo Ovando y otros nueve oficiales, buscaron al presidente Gutiérrez Guerra, primero en su casa de Obrajes y luego en la Legación de los Estados Unidos. Encontraron al mandatario en el despacho del ministro norteamericano, recostado en un sofá, cubierto con una colcha de vicuña, en actitud triste y con el espíritu agobiado. Al ver entrar a los comisionados se levantó y les tendió la mano. Bustillos le dijo en tono muy cortés: "Habiendo estallado hoy al mediodía un movimiento revolucionario a favor del Partido Republicano, se hace necesario que usted renuncie a la Presidencia de la República, acatando la soberanía del pueblo y del ejército, en homenaje a la paz pública... Yo vengo en nombre del señor Bautista Saavedra a requerirle que firme este pliego renunciando a su puesto". El capitán Ovando, que tenía el documento, avanzó unos pasos con aire marcial y se lo entregó a Gutiérrez Guerra. Este se colocó trabajosamente los anteojos y luego de leerlo declaró: "No puedo firmarlo porque no estoy de acuerdo con su texto literal". ¿"Por qué no está usted conforme"? -preguntó Bustillos-. "Mis objeciones sólo son de forma" -repuso Gutiérrez Guerra-. "Nada más sencillo" -replicó aquél- "sírvese especificar en qué

términos quiere dimitir". El presidente se encaminó con lentitud al escritorio del diplomático norteamericano y escribió en hoja de papel que éste le alcanzó: "En vista del movimiento político producido, que ha alterado el orden constitucional, formulo dimisión del cargo de presidente de la nación que me fue confiado por el pueblo. La Paz. Legación de los Estados Unidos, julio 12 de 1920". El capitán Ovando le dio la mano y le dijo: "Lo felicito cordialmente, señor, y aplaudo su conducta, pues salva usted a la Patria y evita que se derrame sangre. En nombre del ejército le doy mis parabienes, haciendo votos por su tranquilidad personal".

En la carta de Loaiza a Patiño se dan estas otras noticias: "En nuestra empresa no ocurrió nada que pudiera lamentarse. Los trabajos continuaron normalmente. A mi llegada a Antofagasta me encontré con la noticia del asesinato del señor Nava. La noticia era brutalmente lacónica: lo han asesinado, nada más. Pasé días de gran angustia. Por suerte el cónsul inglés en Oruro, señor Gray, consiguió hacerme llegar por medio del ferrocarril Antofagasta - Bolivia un desmentido categórico y la seguridad de que en las empresas reinaba el más perfecto orden".

"Se asegura que la revolución fue financiada con el concurso de don Avelino Aramayo, con 65.000 bolivianos, de don José María Escalier, con 25.000 y de la señora Soux que habría acuotado 100.000 bolivianos. Todas estas sumas las habría llevado de Potosí a La Paz el vicario señor Garret. Algunos militares que se mezclaron en el golpe han sido pagados con largueza. Fernández que fue el alma de la revolución habría recibido 100.000 bolivianos, y sumas menores los demás".

(11 de agosto de 1920) "Sigue el orden inalterado en nuestras empresas. Los obreros de Uncía, en forma pacífica, han hecho un pedido de aumento general de jornales. El señor Nava, apreciando las circunstancias por las que atraviesa el país y que la carestía de la vida viene acentuándose de día en día, ha accedido a un aumento de 30 centavos, dando satisfacción a tal pedido. Este aumento significa un fuerte gasto para la empresa, pero no era posible mantener las cosas como antes. He oído a usted en varias ocasiones que debemos prever antes que reprimir. Es con este criterio que ha procedido el señor Nava, que está en autos del pensamiento de usted".

"En Huanuni la gente hizo un pedido similar. Hemos autorizado el aumento de 20 centavos, instruyendo que se explique a los trabajadores los sacrificios que

continuamos haciendo para mantener la empresa en trabajo, pese a las pérdidas que arroja".

El directorio de la "Compañía Estañífera de Llallagua", desde Santiago, al saber la intranquilidad que desde tiempo atrás existía entre sus obreros, autorizó un aumento del 20 por ciento en los jornales de la mina y el ingenio. El administrador Emilio Díaz creyó conveniente demorar la aplicación de tal medida. El 13 de agosto los trabajadores de la compañía chilena se declararon en huelga, reclamando, entre otras cosas, contra la forma despótica en que eran tratados por sus superiores. Marcharon en actitud agresiva sobre el ingenio de Catavi. La fuerza militar que se encontraba en la zona desde la revolución de un mes antes, logró rechazarlos. La masa obrera se dirigió a Siglo XX y asaltó la pulpería. Se produjeron choques entre soldados y trabajadores. Hubo varios muertos y heridos.

El conflicto de Llallagua coincidió con otros movimientos obreros en San José, Socavón de la Virgen y La Tetilla, de Oruro, y otras minas de Corocoro y Oploca, en su mayoría chilenas. Todos ellos fueron sofocados con intervención de la fuerza pública. El Partido Republicano, ahora en el gobierno, se veía en la contradictoria posición de tener que reprimir por la fuerza la agitación obrera que los años anteriores había fomentado en su política de oposición al régimen liberal.

En junio de 1921 Uncía celebró el acontecimiento más importante de su historia: la inauguración del ferrocarril Machacamarca - Uncía, cuya construcción iniciara Simón I. Patiño en 1914. Hubo regocijo público, que culminó con un gran baile ofrecido por el subprefecto de la provincia, a un costo de 4.500 bolivianos que eventualmente tuvieron que ser pagados por la empresa Patiño. La única nota discordante la dieron miembros de la familia de Sergio Oporto, que lanzaron denuestos contra Simón I. Patiño en una de las ceremonias.

Patiño había vuelto a Bolivia para participar en los festejos de estreno de su ferrocarril. Al recorrer el trayecto de 96 kilómetros desde Machacamarca hasta Uncía, sobre rieles, en pocas horas, dentro de un lujoso vagón especial, rodeado de amigos y autoridades, aplaudido como el héroe del día, recordó las muchas veces que hizo el mismo recorrido, en mula, en dos o tres días, solitario, castigado por un sol inclemente o por la nieve, el viento, la lluvia y el frío, hambriento, con el alma cargada de ansiedad y esperanzas.

Simón I. Patiño aprovechó de su presencia de varios meses en Bolivia y de su paso por Chile para dar impulso a un plan secreto y de suma importancia, cuya ejecución había iniciado en 1914 y que todavía requería de mucho dinero, paciencia y tiempo: absorber a su poderosa vecina y rival, la empresa chilena "Compañía Estañífera de Llallagua".

Era un plan en el que buscaba dar satisfacción a su patriotismo, desplazando la presencia chilena de la zona minera más rica de Bolivia. Un plan que podía redundar en grandes beneficios técnicos y económicos al poner la montaña de Llallagua bajo el control de un solo dueño. Un plan que significaría la consagración de sus ambiciones de minero al convertir al "iluso de la cumbre" en propietario de la mina de estaño más grande del mundo.

Desde 1914 Patiño comenzó a hacer comprar secretamente, por intermedio de la firma inglesa Duncan Fox y del Banco Anglo Sudamericano, de Santiago, acciones de la empresa Llallagua. En diciembre de 1915 Duncan Fox tenía ya 137.000 títulos, que costaron 400.000 libras esterlinas. Con ello Duncan Fox adquirió el derecho de tener un representante en el seno del directorio. Asumió esta responsabilidad el propio gerente de Duncan Fox, Guillermo Arthur, que fue haciendo conocer a su mandante todo lo que ocurría dentro de la compañía chilena. De este modo Patiño conoció el texto de los informes de los ingenieros Koeberling, Carrol y otros, que se enviaron a Llallagua para investigar el futuro de las vetas o resolver problemas como el surgido en 1920, cuando al querer almacenarse más agua en el lago artificial de Lupi Lupi, se colocaron sacos de arena sobre el muro de contención, la presión del agua arrasó con ellos y causó destrozos en las ruedas Pelton recientemente instaladas.

Igual cosa ocurría respecto de la "Compañía Minera y Agrícola de Oploca", de la que Patiño fue también haciendo comprar acciones por intermedio de Duncan Fox, Guillermo Arthur fue presidente del directorio de esta empresa chilena durante varios años.

Para llegar al control absoluto de la compañía Llallagua Patiño necesitaba adquirir más de dos tercios de las 425.000 acciones en las que estaba dividido su capital. Hasta 1920 Duncan Fox tenía para Patiño 168.000 acciones y el Banco Anglo Sudamericano 60.000. Ninguna de estas dos firmas inglesas sabía que la otra

estaba actuando para el mismo mandante. De esta manera Patiño era el único que conocía el monto total de sus títulos. En el público chileno las compras de Duncan Fox y el banco se atribuían a un "grupo de capitalistas ingleses" y ello ayudaba al prestigio de la empresa y la confianza de los inversores. Sin embargo, en 1922, algunos diarios de Santiago y Antofagasta lanzaron la alarma, comentando que Simón I. Patiño estaba acumulando acciones de Llallagua y que su intención era ganar el control y trasladar el directorio a Oruro. Como nadie contestase para negar y corroborar tales comentarios, el asunto fue olvidado con el pasar del tiempo.

Durante su estancia en Bolivia en 1921 Patiño puso punto final y definitivo al pleito de más de 20 años con Artigue y sus socios. Estos comprendieron la inutilidad de seguir gastando tiempo y dinero en una causa prácticamente perdida y aceptaron desistir de su acción a cambio de un pago de Patiño de 150.000 bolivianos, que éste entregó de inmediato. La judicatura boliviana había conocido pleitos entre mineros que en su tiempo fueron famosos y constituyeron tema de crudas polémicas de prensa y sabrosos comentarios en plazas, cantinas y hogares. Tales fueron, por ejemplo, el de José Avelino Aramayo con Mariano Ipiña por acciones de Huanchaca, el de los primos hermanos Gregorio Pacheco y Narciso Campero por la mina Guadalupe, el de Pastor Sainz con Rubén Diez de Medina y el de Pastor Sainz con su hermano Néstor Ballivián sobre derechos en la compañía Llallagua. Mas, ninguno fue tan largo como el Patiño - Artigue cuyo papeleo de dos décadas llegó a hinchar 12 volúmenes.

* * *

Otra decisión que adoptó Simón I. Patiño en 1921 fue la de sustituir a su gerente Máximo Nava.

Nava era el gran empírico, pero carecía de conocimientos completos para seguir manejando con buen éxito una mina que cada vez penetraba más profundamente en la montaña con la consiguiente agravación de los problemas de geología e ingeniería. Además, si llegaba a materializarse el plan de unificar los socavones, ingenios, plantas eléctricas y demás reparticiones de la "Compañía Minera La Salvadora" y de la "Compañía Estañífera de Llallagua" y se los ponía bajo la dirección de un solo cerebro éste tendría que poseer cualidades técnicas y administrativas excepcionales.

Patiño no se sintió con el coraje suficiente para dar la noticia a su amigo en su mismo puesto. Lo invitó a viajar con él a Europa por una temporada de vacaciones. El último día de permanencia de Nava en París, Patiño le avisó que no volvería a la gerencia de Uncía. Le ofreció continuar a su servicio como asesor de la Oficina Central en Oruro o como gerente de la "Empresa de Luz y Fuerza" de Cochabamba. Nava le contestó con inquebrantable lealtad: "-Acato su resolución con el mayor agrado, como siempre".

Para reemplazarlo Patiño instruyó a Arturo Loaiza que contratase los servicios del ingeniero holandés Francisco Blieck, que durante varios años había gerentado la empresa chilena "Compañía Minera de Oruro". Blieck firmó su contrato en diciembre de 1921 por una remuneración de 44.000 bolivianos anuales. Era el equivalente de lo que Nava percibía en sueldos y comisión sobre producción. En el contrato de Blieck se prefirió el sistema de sueldo fijo, suprimiéndose la bonificación relacionada con el número de quintales de barrilla producidos. Los sueldos de todos los empleados eran exclusivamente en moneda boliviana.

Blieck acometió su tarea con gran energía. Introdujo rápidas mejoras, particularmente en el funcionamiento del ingenio. Por entonces la empresa Patiño tenía 24 concesiones con un total de 335 hectáreas en la montaña de Llallagua y 200 hectáreas adicionales con veneros y relaves en los ríos de las faldas: Katiti y Miraflores. Hasta 1914 la extracción de los minerales se había hecho por el Socavón Juan del Valle. Ese año se comenzó la construcción del Socavón Patiño, 383 metros debajo del anterior. Mediante un convenio con la "Compañía Estañífera de Llallagua" Patiño contribuyó a la apertura del Socavón Siglo XX, en la propiedad de esta empresa, en la parte más baja de la zona mineralizada de la montaña, a 250 metros del Socavón Patiño. Por allí se pudieron desaguar las galerías de las dos empresas. Se construyó un pozo artificial o chimenea central en 1921 desde la cumbre hasta el Socavón Siglo XX y con él se conectaron los túneles horizontales, a manera de las ramas de un árbol con el tronco principal.

En 1922 la riqueza de la famosa veta Salvadora estaba ubicada entre la cumbre y el nivel 411, pero había generado la base del capital necesario para la expansión y mecanización alcanzada por toda la mina. Su mayor riqueza había sido entre los niveles 250 y 285. La veta estaba inexplorada más abajo de los 411 metros

contados desde la cumbre. A esta altura su ley era todavía de 38 por ciento, pero su ancho de sólo 9 centímetros. En comparación la veta Victoria tenía una anchura de 80 centímetros y una ley de 12 por ciento.

El Socavón Juan del Valle estaba conectado con el ingenio Miraflores por un andarivel de 3.000 metros y el Socavón Patiño por otro de 1.500 metros.

Dentro de la mina trabajaban 1.100 personas. El jornal promedio era de 4.50 bolivianos. El ingenio tenía secciones de concentración, calcinación, separación magnética, fuerza motriz, secadores, maestranza, carpintería, laboratorio y almacenes. Beneficiaba 250 toneladas de mineral por día. En el pueblo de Uncía estaban las oficinas, casas de empleados, la pulpería, un hotel pequeño para huéspedes y el hospital con 50 camas, 3 médicos, un boticario y varios enfermeros y ayudantes. La empresa sostenía 3 escuelas primarias para los hijos de sus obreros.

Desde 1909 hasta 1922 la empresa Patiño produjo 126.270 toneladas de barrilla, con una ley promedio de 65 por ciento, que dieron 82.000 toneladas de estaño fino refinado.

* * *

El período de gobierno de Bautista Saavedra (1920 - 1925) fue de intensa agitación política. Los liberales no se resignaron a la pérdida del poder que habían detentado desde comienzos del siglo. En sus maniobras para quedarse con la presidencia después de la revolución de 1920 Saavedra provocó un cisma en su partido y una buena porción de sus amigos de ayer también se alineó en su contra.

Saavedra buscó apoyo en la clase obrera, pero su acción resultó contradictoria. Mientras con una mano otorgaba beneficios con la otra reprimió duramente nuevas demandas sociales.

Desde principios de 1923 los gremios de trabajadores de la "Compañía Estañífera de Llallagua" y de la "Compañía Minera La Salvadora" trataron de unirse en una sola entidad. El acta de fundación se firmó el 14 de mayo de ese mismo año en los siguientes términos: "En Uncía, capital de la Provincia Bustillo, del Departamento de Potosí, a horas 15:30, reunidos en gran comicio popular todos los elementos obreros de Uncía y Llallagua, en sus distintas agrupaciones gremiales, con objeto de

solemnizar la gloriosa Fiesta del Trabajo, que marca la fecha de la emancipación social del proletariado, realizaron un desfile de honor que recorrió las principales calles de la población, concentrándose luego en la Plaza 6 de Agosto, donde por acuerdo unánime se resolvió fundar la Federación Obrera Central Uncía, con fines de patriotismo, lucha y solidaridad obrera. . . ". Guillermo Gamarra, de orientación marxista, de "La Salvadora", fue elegido presidente y Ernesto Fernández, sindicado de ser agitador comunista peruano, de la compañía Llallagua, recibió la designación de secretario general.

El primer acuerdo de la federación, esa misma fecha, fue dirigir una "nota de protesta ante el Supremo Gobierno de la República contra el ciudadano chileno Emilio Díaz, gerente de la "Compañía Estañífera de Llallagua", por los incalificables abusos y atropellos cometidos frecuentemente contra obreros bolivianos". El 19 de mayo tres delegados de la federación viajaron a La Paz y presentaron un pliego al gobierno solicitando la aplicación de la Ley de Residencia contra Emilio Díaz para que abandonase el territorio boliviano, destitución de algunos serenos (considerados soplones y traidores), restitución a su puesto de siete trabajadores retirados del ingenio de la empresa extranjera y garantías para el funcionamiento de la organización.

El gobierno de Bautista Saavedra no accedió al petitorio, pero envió a Uncía al fiscal del Distrito de Oruro, Nicanor Fernández, y luego al Ministro de Fomento y Comunicaciones, Alfredo Flores, para que buscasen un arreglo. La federación, acogándose al primer decreto de Saavedra de inspiración social, que reconoció el derecho de huelga, decidió suspender labores en el distrito y envió comisionados a varias ciudades para pedir el apoyo de otras entidades obreras. El 19 de junio el gobierno decretó estado de sitio explicando que "en ciertos centros de la república se habían presentado síntomas evidentes de una honda conmoción política que venía envolviendo a elementos obreros". Se concentraron en Uncía tropas de los regimientos Sucre, Ballivián, Camacho y del Batallón Técnico.

El 4 de junio en la mañana se apresó en Uncía a los políticos Gregorio Vincenti y Melitón Leyton, al juez de partido Silverio Saravia y a los dirigentes laborales Guillermo Gamarra y Gumercindo Rivera. Se los cerró en una habitación de la subprefectura. El edificio fue guarnecido por el Batallón Técnico. Grupos de obreros

y sus familiares se concentraron en la Plaza Alonso de Ibáñez, delante del local de la prefectura, y reclamaron la libertad de sus líderes. En la tarde llegaron al lugar Emilio Díaz y Francisco Blicck, acompañados de sus abogados, para conferenciar con el subprefecto interino teniente coronel José Villegas, los mayores José V. Ayoroa y Arturo Guillén y el intendente de policía Nicolás Sánchez.

A las 17 salió la "punta" de trabajo que había entrado a las minas e ingenios en la mañana y aumentó la poblada concentrada en la plaza.

Las autoridades pidieron a los dos dirigentes obreros presos que aconsejasen a sus compañeros a retirarse para evitar situaciones de hecho. Gamarra y Rivera salieron a la puerta de la subprefectura y arengaron a la gente agradeciendo su solidaridad, avisando que iban a ser llevados al Panóptico de La Paz y que era mejor que retornasen en paz a sus hogares. Lo que venía diciendo Rivera no fue del agrado del mayor Ayoroa, comandante del Batallón Técnico. Interrumpió su discurso ordenándole volver a su encierro. Sonó un disparo de revólver en la plaza. Ayoroa ordenó a sus soldados que disparasen al aire para ahuyentar a la multitud. Nadie se movió. Había cerrado la noche. La actitud de la muchedumbre se hizo más altiva. El mayor José V. Ayoroa se exasperó. En un informe posterior que él mismo envió a sus superiores (citado en el libro "La Masacre de Uncía" del dirigente Gumercindo Rivera) confesó: "Antes de vernos íntegramente perdidos vime obligado a hacer uso de mi ametralladora, muy a pesar mío, con el siguiente resultado: 4 muertos y 11 heridos. De estos últimos murieron 2 más poco después y, según los médicos, morirán 3 más. Los otros sanarán completamente, menos uno inutilizado porque se le amputó una pierna".

Al ver que esta vez los disparos eran contra ellos y que caían varios, los demás obreros, mujeres y niños escaparon despavoridos.

Los muertos en la plaza fueron Manuel L. Tapia, Daniel Palomino, Víctor Mendoza y Pablo Montaña. La esposa de Tapia recibió cuatro heridas que la dejaron inutilizada por el resto de su vida "sin que autoridades ni organizaciones obreras se preocupasen mayormente de su triste situación".

En el curso de la noche un obrero que logró ingresar subrepticamente a la plaza arrojó un cartucho de dinamita con la mecha encendida por una de las ventanas de

la Subprefectura. La explosión causó gran susto entre autoridades, gerentes, abogados y presos, pero no ocasionó ningún daño personal.

Al día siguiente los obreros desenterraron a sus compañeros muertos en la plaza, que habían sido colocados en una fosa común, y los depositaron en una capilla ardiente en el local de la "Sociedad Albina Patiño". El nuevo entierro se llevó a cabo el día 6 con acompañamiento de todo el pueblo de Uncía y los trabajadores de las dos empresas.

En su informe al Congreso Bautista Saavedra declaró que los muertos en Uncía habían sido 4 y los heridos igual número. Dijo: "Las fuerzas del ejército fueron atacadas con dinamita y armas de fuego. En vano los jefes trataron de disuadir a los obreros de usar procedimientos violentos. El ataque arreció, no quedando más remedio que apelar a las armas en uso de legítima defensa". Pocos meses después hizo aprobar una ley estableciendo el derecho de los trabajadores de cobrar indemnización a las empresas por accidentes de trabajo y enfermedades profesionales.

He aquí diagnósticos médicos, escogidos al azar, de expedientes de cobro de indemnizaciones en un juzgado de Uncía de los años siguientes: Dionisio Fernández, bronquitis catarral y tuberculosis. Delfín Mejía, falleció con neumoconiosis con 10 años de trabajo. Sabino Menes, se le amputó la pierna derecha a causa de un accidente; continúa hospitalizado hasta que llegue el miembro artificial que se ha pedido. Agustín Mamani, padece de esclerosis del pulmón derecho y enfisema del izquierdo. Marcelina Amusquívar, palliri, enferma de reumatismo después de 28 años de trabajo continuo. Venancio Soto, se le trituraron los testículos al caer sobre una polea trasmisora, sufrió infección y falleció. Fernando Herrera, tuberculosis pulmonar incipiente. Marcelino Quispe, bronquitis crónica y neumoconiosis. Juan de la Cruz Zelada, murió de tuberculosis pulmonar y estrechez mitral. Crisóstomo López, empleado durante 30 años, en los últimos 20 de la compañía Llallagua, perdió el ojo derecho en un accidente. Manuel Mamani, con neumoconiosis después de 20 años en la mina de Siglo XX. Lucio Valdivia, con antigüedad de 17 años, ha perdido cuatro dedos del pie en un accidente. Víctor Arrieta, con tuberculosis y miocarditis crónica. Fanelón Gallo, barretero y luego mayordomo en Siglo XX, padece de mal de mina. Manuel Uribe, tiene fractura del cúbito y radio por un

accidente. Nicolás Vázquez, con orquitis después de 4 años de trabajo. Juan Poma, cayó en el cuadro central del Socavón Patiño, muriendo instantáneamente. Gabino Claire, ha quedado ciego de los dos ojos por un accidente. Samuel Flores, cayó en una jaula de la mina y murió. Juan Bernabé, de más de 60 años, con 23 años de trabajos mineros, tiene conjuntivitis crónica, estando el ojo derecho totalmente perdido y tiene también bronquitis catarral. Severino Campero, ha perdido los dedos índice y medio de la mano izquierda. Mariano Álvarez, con catarro pulmonar crónico que puede degenerar en tuberculosis. Florencio Lizarazu, fue herido en un accidente y cuando estaba medicándose en el hospital se contagió de fiebre tifoidea y falleció. Leoncio Córdova, ha sufrido una lesión interior por empujar un carro muy pesado. Eliseo Rojas, fue arrastrado por una correa de transmisión y murió al ser conducido al hospital. Bonifacio Tangara, murió por asfixia al derrumbarse una sección del ingenio antiguo. César Faltón, murió electrocutado. Gregorio Rivera, tuvo una caída de 6 metros y se rompió varias costillas. Al limpiarse el túnel de deslame del dique de Lupi Lupi, se produjo un violento desagüe que arrastró y mató a los obreros Eugenio Fernández, Justiniano Cejas, Antonio Molina y Gregorio Otárola... ".

Como ejemplo de un caso personal, he aquí el texto de una carta que el obrero Francisco Baldivieso dirigió a Simón I. Patiño (se transcribe con la ortografía original):

"Mi noble Patrón, me permito arrogarle que se me acuerde de su antiguo trabajador. - Durante veinte años que ej servido como barretero de su empresa La Salvadora sindar mala nota de mi persona. - Fui nombrado presidente de la Sociedad Mutual Protectora de Mineros Simón I. Patiño. - En mi periodo la sociedad asido muy bien administrada y sea echo muchos beneficios: mansuleo, carro fúnebre, un salón de funerales y últimamente la finca Orcocallpa que usted nos ha obsequiado tan humanitariamente como padre que siente de sus trabajadores invalidos. - Me ha resultado la enfermedad mal de mina o tuberculosis. - El gerente de la empresa La Salvadora me dio setecientos bolivianos para cambiar de clima y aser mi curación. Como tengo mi señora y cuatro hijos menores de edad, ese dinero escasamente me a abastecido un año en el que felizmente mejoré un poco. - Me

permiso dirigirme ante usted pidiendo se me de algún puesto liviano sea aqui en Uncía u en otra parte para sostener mi pobre familia que actualmente está sin el pan del día porque me beo sin ocupación e invalido para trabajos materiale y en ultima necesidad con tanta familia. - Le ruego que me conteste y seré fiel asta la ora de mi muerte".

CAPÍTULO 9

"¡VIVA BOLIVIA!" EN CHILE

El registro de la "Riqueza Mobiliaria de Chile", editado en 1923, señaló como propiedades mineras de plata y estaño ubicadas en Bolivia a las siguientes empresas:

"Compañía Huanchaca", organizada en 1900, con un capital de 1.600.000 libras esterlinas, dividido en 320.000 acciones.

"Empresa Minera Monte Blanco", organizada en 1906, con un capital de 3.370.000 bolivianos, dividido en 280.000 acciones.

"Compañía Estañífera de Llallagua", organizada en 1907, con un capital de 425.000 libras esterlinas, dividido en 425.000 acciones.

"Compañía Minera de Oruro", organizada en 1911, con un capital de 6.000.000 de bolivianos, dividido en 300.000 acciones.

"Compañía de Minas de Colquiri", organizada en 1915, con un capital de 2.000.000 de pesos chilenos, dividido en 400.000 acciones.

"Sociedad Minera Fortuna de Colquiri", organizada en 1916, con un capital de 1.250.000 pesos chilenos, dividido en 125.000 acciones.

"Sociedad Empresa de Estaño de Araca", organizada en 1917, con un capital de 200.000 libras esterlinas, dividido en 200.000 acciones.

"Compañía Minera el Porvenir de Huanuni", organizada en 1918, con un capital de 200.000 libras esterlinas, dividido en 200,004 acciones.

"Compañía Minera María Francisca de Huanuni", organizada en 1920, con un capital de 100.000 libras esterlinas, dividido en 200.000 acciones.

Estas empresas tenían bajo su control más de dos tercios de la explotación del estaño en Bolivia y una gran proporción de la de plata. Este hecho habría tenido menos significación si no hubiera existido el grave antecedente de la Guerra del Pacífico, que Chile inició con el pretexto de proteger los derechos de una compañía chilena de salitre instalada en territorio boliviano. Guerra por medio de la cual se adueñó de todo el litoral de Bolivia, sus cuatro puertos y su riqueza guanera y salitrera, alegando que eran el justo fruto de su victoria.

De todas las empresas chilenas en Bolivia la más importante era la "Compañía Estañífera de Llallagua", la mayor productora de estaño en el país. Hemos visto anteriormente que entre sus accionistas figuraban personajes de la política, la banca, el comercio y la industria de Chile. No resultaba extraño, pues, que al producirse cualquier conflicto en Llallagua, el gobierno de Santiago hiciera valer su influencia diplomática por medio de su ministro plenipotenciario en La Paz, para protestar contra cambios en la legislación sobre impuestos a la minería o para que se movilizasen tropas contra movimientos de agitación obrera.

Hemos visto también, el plan secreto de Simón I. Patiño para desplazar a los chilenos de Llallagua y bolivianizar la más grande y rica mina de estaño de la república. Sus móviles eran sentimentales y prácticos y, en el fondo de su alma, hasta de revancha familiar. La Guerra del Pacífico había ocurrido cuando él llegaba al final de su adolescencia y sentía el ardor patriótico con todo el romanticismo de la juventud. Un hermano de su madre, Juan Patiño, fue herido y tomado prisionero al comienzo de la contienda, en el puente Topáter de Calama donde murió el héroe nacional Eduardo Abaroa. La pérdida de la costa oceánica marcó en él, como en toda su generación, un doloroso sentimiento de derrota y el anhelo de una reivindicación moral y material. Admiró a los chilenos como personas, tuvo amigos entre ellos y empleó a algunos en sus negocios, pero los consideró un peligro como nación al verlos poseedores de un absoluto predominio en la industria que era el soporte principal de la economía boliviana. En 1912, cuando compró las minas de Huanuni, escribió a Néstor Cueto Vidaurre diciéndole que tenía motivos para creer que no era conveniente para el país atraer capital chileno y que había hecho aquella operación "para que los intereses mineros de Huanuni permanezcan en manos de bolivianos".

Con motivo del pleito sobre el "propase de Quinsachata" Patiño experimentó en forma personal cómo sus vecinos chilenos en la montaña de Llallagua concurrían a los estrados judiciales en Bolivia con el refuerzo de la influencia diplomática de su gobierno.

Desde el punto de vista práctico, era elemental que la explotación de la montaña por una sola empresa y bajo una sola administración redundaría en menores costos y mayores beneficios. Era obedecer las leyes económicas en boga sobre la absorción

de competidores. Sólo que en este caso el pez mediano estaba tratando de tragarse al pez mayor.

La compra de acciones de la "Compañía Estañífera de Llallagua" que Patiño venía haciendo secretamente desde 1914, no era fácil, pues los dueños obtenían muy buenas utilidades con su posesión. En los últimos diez años se distribuyeron más de 35.000.000 de dólares oro entre los accionistas, o sea, 17 veces el valor del capital invertido. Las acciones que en 1907, al organizarse la empresa, tuvieron un valor de una libra esterlina, fueron aumentando de precio hasta quintuplicar su cotización. En 1922 costaban más de cinco libras. Los dividendos distribuidos a los accionistas en la última década fueron de 6 chelines en 1913, 3 chelines en 1914, 6 chelines en 1915, 16 chelines en 1916, 30 chelines en 1917, 55 chelines en 1918, 50 chelines en 1919, 40 chelines en 1920 y 15 chelines en 1922. En 1921 no se distribuyeron dividendos, porque la empresa suspendió la extracción de estaño, debido a la brusca caída de la cotización del metal en el mercado internacional. Durante ese año, la acción se concentró en labores de reconocimiento, prospección y preparación.

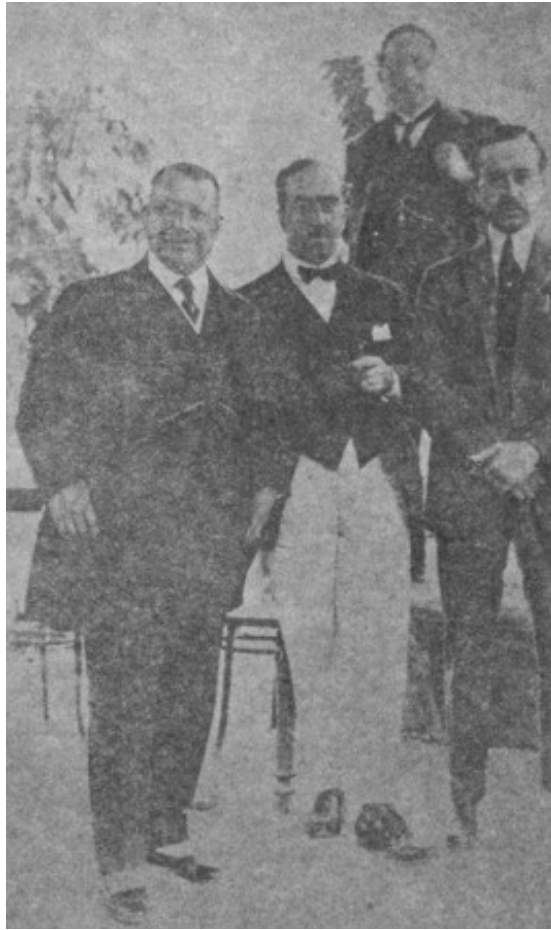
El plan Patiño tenía proyecciones que no sólo abarcaban la absorción de su poderosa vecina, sino otros aspectos de la industria del estaño, con características internacionales. El plan contemplaba la conveniencia de asociar a la inversión de su capital personal el apoyo de capital extranjero vinculado con la fundición y el consumo del estaño. Ello era indispensable si se quería que al colocarse la montaña de Llallagua bajo el control de un solo dueño contase con suficiente respaldo financiero para sus operaciones y que su enorme producción tuviese un mercado asegurado. De otro modo, el riesgo en la inversión de un capital tan grande sería demasiado aleatorio y pondría en peligro todo el esfuerzo personal realizado hasta entonces y la economía misma de Bolivia. No se podía olvidar en ningún momento que en el negocio del estaño se competía con firmas inglesas en Malasia y firmas holandesas en las Indias Orientales, que tenían la enorme ventaja de extraer el mineral no horadando las profundidades de una montaña aislada en el centro de un continente, sino lavando arenas en lechos de ríos próximos a los puertos, con mucho menores costos, mayores recursos técnicos y el apoyo de sus gobiernos, poderosos e influyentes en el comercio, la banca y la política internacional.

El hombre que siendo por educación, temperamento y nacionalidad un extraño en el mundo de las altas finanzas mundiales, ajeno a sus sutilezas, artimañas, simulaciones y cruda competencia y aun desconocedor de los idiomas en que se discutían los grandes negocios, tuvo la increíble audacia de incursionar en él, sin más armas que su llaneza, su buena fe y su instinto.

A diferencia de otros de sus compatriotas, Simón I. Patiño nunca había buscado capital en el mercado chileno. Mucho menos podía hacerlo ahora en que trataba de desplazar la presencia chilena del corazón de Bolivia. Hasta entonces los países de su predilección para los negocios habían sido Alemania e Inglaterra. Mas la Primera Guerra Mundial había costado a ambos países el holocausto de su juventud, la pérdida de su riqueza nacional y el decaimiento de su influencia económica y política. Los Estados Unidos eran los líderes de la nueva época, los banqueros del mundo, los poseedores de la técnica industrial más avanzada, los mayores compradores y consumidores de materias primas. Con relación al estaño, la empresa más poderosa de los Estados Unidos era la National Lead Company. Si los Estados Unidos consumían poco más del cincuenta por ciento de todo el estaño producido en el mundo, la National Lead Company, dentro de ese país, era la mayor compradora del metal.

La National Lead, además de compradora, consumidora y vendedora de estaño, tenía intereses adquiridos en la fundidora inglesa Williams Harvey, con hornos en Bootle, Liverpool.

Simón I. Patiño era accionista de Williams Harvey desde años atrás y proveía a sus hornos con todo el producto de su empresa "La Salvadora". Esta vinculación lo puso en contacto con personeros de la National Lead, especialmente con su presidente, Edward J. Cornish. Con singular habilidad, Patiño logró convencer a Williams Harvey y a la National Lead que secundaran su acción de absorber a la "Compañía Estañífera de Llallagua" invirtiendo una pequeña porción del capital requerido para la operación. El interés era mutuo. Mientras él obtenía la asociación a sus intereses de la mayor fundición y de los mayores consumidores de estaño del mundo, garantizando el mercado para su producción, aquellas empresas se vinculaban con una gran mina estañífera asegurándose así de un aprovisionamiento básico importante de la materia prima esencial para sus negocios.



Simón I. Patiño en Chile, 1924, con sus compatriotas F. Fernández de Córdoba y A. Costa du Reis.

El 28 de diciembre de 1921 Simón I. Patiño escribió a Arturo Loaiza, desde París: "Durante mi permanencia en Nueva York, de regreso de Bolivia, he tenido muchas conferencias y conversaciones respecto a varios asuntos que me llevaron allí. He notado de un modo general que los capitalistas norteamericanos no están dispuestos a hacer erogaciones de un resultado inseguro o a largo plazo. Prefieren colocar su dinero en su propio país. Sin embargo, he llegado a obtener que los de la National Lead se interesen en la compra de acciones de la compañía de Llallagua y de la de Oploca, juntamente con los de la Williams Harvey. Los otros asuntos que traté en los Estados Unidos son el de la Luz y Fuerza de Cochabamba, que aún no es fácil solucionarlo, y el de la canalización del río Desaguadero, que es también insoluble por hoy". Meses más tarde (12 de mayo de 1922) volvió a escribir a

Loaiza: "Con la ayuda de nuestros amigos de Nueva York, hemos conseguido ya obtener una mayoría de las acciones de la compañía Llallagua, reuniendo 214.000 de las 425.000 acciones. Yo tengo 181.000 y los de la National Lead y la Williams Harvey tienen 32.000. En la junta de la compañía chilena, en la cual nos representaron los señores Duncan Fox, se nombraron directores allegados a nosotros. Guillermo Arthur ha tomado la presidencia. Nuestra acción se deja sentir ya. Hemos conseguido que la compañía decida vender toda su producción de estaño a la fundición Williams Harvey de Liverpool. Desearía conocer quiénes son poseedores de acciones de Llallagua en Bolivia, pues en caso necesario nos podrían dar representación para obtener los dos tercios necesarios a fin de cambiar la organización y sede de la empresa".

No existían suficientes accionistas bolivianos. Patiño continuó haciendo comprar acciones según se lo permitían sus recursos y las oportunidades que surgían en las bolsas de valores de Santiago y Valparaíso. El público chileno seguía creyendo que las operaciones de Duncan Fox y el Banco Anglo Sudamericano eran a favor de capitalistas ingleses.

El día de la verdad se presentó en abril de 1924. La aparición de Simón I. Patiño, acompañado de su hijo Antenor, en la Junta General de Accionistas de la "Compañía Estañífera de Llallagua", en Santiago, provocó curiosidad. La curiosidad se trocó muy pronto en asombro cuando al iniciarse la reunión y contabilizarse las acciones representadas se comprobó que el industrial boliviano era propietario de más de dos tercios. Patiño resultaba el árbitro de la situación. No tardó en hacer conocer su voluntad: fusión de las dos empresas que explotaban la montaña de Llallagua bajo un nuevo nombre y con emisión de otras acciones. Era un golpe maestro, un jaque mate al capital chileno.

Los circunstantes comprendieron que el boliviano desterraba a Chile de la zona económica más importante de su país. Un compatriota entusiasmado gritó: "¡Viva Patiño!". Patiño replicó con voz emocionada: "¡Viva Bolivia!".

Aprobada la resolución por la junta de Santiago, se dio aviso cablegráfico a Nueva York donde Edward J. Cornish puso en marcha la maquinaria preparada allí. El 5 de julio de 1924 se constituyó una entidad denominada "Patiño Mines Enterprises Consolidated Incorporated", registrada en el Estado de Delaware, localidad de

Wilmington, con un capital nominal de 50.000.000 de dólares (£ 6.250.000). El directorio constituido por Patiño como presidente, Cornish como vicepresidente y otros personajes, aprobó la adquisición de todos los bienes de la "Compañía Estañífera de Llallagua", la "Compañía Minera La Salvadora" y el ferrocarril Machacamarca - Uncía.

Patiño permaneció varios meses en Chile ultimando los detalles de la operación.

Una comisión viajó a Llallagua y Uncía para evaluar los bienes a comprarse. El precio de la "Compañía Estañífera de Llallagua" se estableció en 3.463.882 libras esterlinas. Los accionistas recibieron poco más de 8 libras esterlinas por cada título o el derecho de canjear 180 "llallaguas" por 100 "patiños". El valor de las empresas de Simón I. Patiño se fijó en 2.388.072 libras la "Compañía Minera La Salvadora" y 991.667 libras el ferrocarril Machacamarca - Uncía. En consecuencia, el total de la transacción alcanzó a 6.843.621 libras esterlinas.

El inventario de los bienes adquiridos era impresionante: 4.700 acres de concesiones mineras y placeres, dos plantas de selección de minerales, tres andariveles, equipos eléctricos, 5 compresoras de aire, 200 perforadoras, 120 kilómetros de rieles en la mina, carros metaleros, polvorines, miles de toneladas de mineral en vetas y desmontes, dos ingenios, motores Diesel, motores a gas, dos lagos artificiales, tres plantas hidroeléctricas, un ferrocarril de 96 kilómetros (con 4 locomotoras, 48 vagones, 30 carros planos, 12 coches de pasajeros, un coche comedor, un coche privado), estaciones, talleres, maestranzas, pulperías, artículos de primera necesidad, dos escuelas, dos hospitales con farmacia y sala de operaciones, edificios de oficinas en Uncía, Llallagua y Machacamarca, viviendas para 5.000 empleados, obreros y sus familias, 1.550 acres de terreno con campamentos, etc., etc., etc.

¡Qué diferencia con lo que el mismo dueño poseía sólo 30 años antes: cuatro hectáreas, un socavón, un rancho de vivienda, dos carretillas, dos mulas, unos pocos víveres, algunas herramientas, ningún capital y varias deudas!

CAPÍTULO 10

EN BUSCA DE UN GERENTE

El capital nominal de 50 millones de dólares de la Patiño Mines se dividió en 1.380.316 acciones, con un valor de 20 dólares cada una (US\$ 27.606.320). De estas acciones la National Lead tomó 68.000 y la Williams Harvey una porción mucho menor. Más tarde, para cumplir con la exigencia de la legislación norteamericana, se vendieron 250.000 al público. La gran mayoría quedó en poder de Simón I. Patiño y su familia. De este modo fue ejecutado su plan de convertirse en dueño de toda la montaña de Llallagua.

El paupérrimo aprendiz de minero de 30 años antes era ahora una figura dominante entre los grandes hombres de negocios del mundo. A quien Pastor Sainz apodara despectivamente de "iluso de la cumbre" era designado por la prensa internacional como "el rey del estaño". El diario "The New York Times" (febrero 1927) mencionó su nombre entre los diez hombres más ricos del mundo entero, al lado de los de Henry Ford, John Rockefeller, Basil Zaharof, Vincent Astor y F. W. Vanderbilt y encima de los Roschild y los Guggenheim.

Patiño mantuvo control sobre la gigantesca nueva organización con el mismo paternalismo, dedicación personal y genio intuitivo que había puesto en todos sus negocios desde que sólo poseyera las cuatro hectáreas de "La Salvadora". No confiaba sino en sí mismo, convencido de que nadie podía dominar mejor que él a la montaña. Desde sus años de soledad en la cumbre, en que incursionó tantas veces en su entraña para descubrir sus secretos y hallar su tesoro, había desarrollado una comunión instintiva con esa "Pachamama" y sabía que, como a toda hembra, se le podía exigir más cuanto más se le daba.

El directorio de la empresa en Nueva York, con sus cinco personajes, no podía sino refrendar y dar legalidad a las decisiones que él tomaba al otro lado del océano.

Empero, desde 1924 le faltó a Patiño el brazo derecho con el que manejaba sus negocios en Bolivia. Arturo Loaiza, después de ayudarlo en Santiago en la creación de la Patiño Mines, renunció a su puesto de apoderado o gerente general, por razones de salud propia y de su esposa, y se quedó en Chile. Hicieron mucha falta a Patiño en París las extensas y detalladas cartas semanales de su colaborador y

amigo, que lo ponían en contacto casi real e inmediato con lo que ocurría en Llallagua, Uncía, el Banco Mercantil, Huanuni, Colquechaca, Kami, Japo, el Ferrocarril Machacamarca - Uncía, la empresa de Luz y Fuerza de Cochabamba y sus propiedades rústicas y urbanas. Loaiza había sido el colaborador perfecto, identificado con la idiosincrasia de su empleador, activo, minucioso e inteligente.

En reemplazo de Loaiza se designó a Alejandro Dibbs, de nacionalidad norteamericana, que había colaborado en la organización de la Patiño Mines, tanto en Santiago como en Nueva York. Dibbs estaba muy lejos de poseer las cualidades de Loaiza. Creyó que estando el patrón lejos él podría hacer lo que le pareciese mejor en el manejo de la empresa. Muy pronto despertó de su error. Júpiter lo llamó a la realidad, descargando rayos y truenos desde su Olimpo parisino. Una carta de Patiño, fechada en París el 25 de septiembre de 1925, le dijo: "Me ha producido profundo disgusto la desorganización en que se encontraban los trabajos de Llallagua y Uncía, así como los del ingenio de Catavi. Precisamente me disponía a remitir al directorio de Nueva York un nuevo contrato para el señor Blieck, cuando recibí su telegrama informativo haciéndome conocer la mala administración de las minas... Espero que Joseph Inslee (contratado desde seis meses antes y a quien Dibbs encargó la administración interina de las minas) desempeñará debidamente sus obligaciones. He autorizado a usted por cable a aumentar la altura del dique de Lupi Lupi, dentro de un presupuesto máximo de 100.000 libras. Es de la mayor importancia que el ingeniero que haga los estudios sea de la mayor capacidad y responsabilidad, con buena experiencia en la ejecución de obras hidráulicas. Usted sabe que esta clase de trabajo es sumamente delicado. Considero tan importante este asunto que reitero a usted la necesidad de prestarle toda su atención y asegurarse que la obra sea hecha bajo las mejores condiciones técnicas". Y en otra carta de 5 de noviembre de 1925: "Por cable he manifestado a usted reiteradamente que no autorizaba indemnización alguna para el señor Blieck, por razón de que este empleado, según informes de usted mismo, resultaba con grandes cargos por los cuales aun se le podía responsabilizar judicialmente. En lugar de esto se le acuerdan primas y una indemnización por su retiro y además de esto se le paga un exceso de 250 libras esterlinas por su sueldo de septiembre. Le he dicho en mi cable que ordene usted que dichas 250 libras sean cargadas a la

cuenta personal de usted, lo cual se servirá disponer de inmediato. - Veo con disgusto que usted se aparta de mis instrucciones en casos concretos. Le ruego tenerlo bien en cuenta, mis instrucciones no se discuten, cualquiera que sea su resultado y menos pueden ser cambiadas, siendo usted el encargado de cumplirlas estrictamente. Lo más que procedería es que usted se sirva transmitirme cualquier observación de carácter legal o técnico para mi consideración y decisión final. Pero de eso a proceder por sí, en forma contraria a mis instrucciones, hay una absoluta diferencia, que en ningún caso puedo yo aceptar. No es ciertamente con agrado que dirijo a usted esta carta, pero encuentro que ella es necesaria para el bien de usted mismo. Yo aprecio debidamente su labor, actividad e interés en el manejo de la Patiño Mines y es por ello mismo que yo he depositado mi confianza en usted al encargarle la gerencia general, y por lo mismo quiero ser franco y claro con usted para señalarle cuáles son sus fallas. Ya tuve oportunidad de hacerle ciertas prevenciones en Nueva York y debo ahora reiterarlas. Es preciso que usted tenga en cuenta que como administrador y gerente de intereses ajenos, no está usted facultado para efectuar gastos sin la autorización expresa de quien corresponde. Por el contrario, está usted obligado a resguardar y defender por todos los medios los intereses que se le han confiado. Cuando se trata de pagos extraordinarios, como en el caso de los abogados, es preciso que usted discuta las condiciones hasta llegar a términos justos y hacerme conocer el resultado a que se ha llegado para mi aprobación final. En lugar de hacer esto, veo que cuando se presenta una dificultad, se limita usted a consultarme y cuando mi respuesta es negativa, resulta que soy yo personalmente el que se niega a éste o aquel arreglo, dejando a salvo la situación del gerente frente a los interesados. Esto no es correcto. Es preciso también que al transmitirme sus informaciones y sugerencias, tenga usted el mayor cuidado para no proceder con precipitación. En más de una ocasión, usted mismo ha tenido que rectificar sus datos y esto puede llevarnos a cometer errores. Sus sugerencias deben ser también el resultado de un maduro examen de la situación y tener por fundamento hechos efectivos. Noto que cuando se le presenta alguna dificultad, que no puede faltar en empresas como la que usted gerenta, recurre al fácil expediente de salvarla gastando dinero. Esto es impropio. Para hacer transacciones y arreglos con dinero se bastan por sí mismos los dueños de la

empresa. Deseo, en conclusión, prevenir a usted, para evitar futuras dificultades que podrían sobrevenir en perjuicio de usted mismo, que es preciso manejar la empresa cuidando de las inversiones grandes y pequeñas como si fueran hechas con fondos propios de usted. Debo también prevenirle que no puede usted apartarse, por ningún concepto, de mis instrucciones y cualquier pago que haga usted, contrariándolas, será de su cuenta personal".

El 29 de abril de 1926 Patiño envió otra filípica a Dibbs: "Debo reiterarle la necesidad de normalizar la producción alcanzando al menos unas mil toneladas quincenales de barrilla de buena ley. Estamos empeñados en esto desde noviembre con resultados mediocres hasta hoy. Yo he tenido mucha paciencia hasta el momento, esperando de una quincena a otra que la producción mejore. Esto no puede continuar así. Más que con explicaciones y promesas es necesario que usted responda con hechos. No es justo que usted descargue la responsabilidad sobre el personal técnico. Este personal fue designado absolutamente a iniciativa suya, quitando el personal anterior. Usted como gerente general está obligado a responder por el trabajo de todo el personal que se halla bajo sus órdenes y mucho más si usted mismo aconsejó designarlo. Los costos son muy altos. Yo no estoy dispuesto a que se mantenga esta situación. Usted debe estudiar el modo de reducirlos, pero la reducción de costos debe ser bien estudiada y no efectuada, como en ocasión anterior, reduciendo cierta clase de personal de la mina, que es el que verdaderamente trabaja. Esto en realidad no produce economías y sólo sirve para intranquilizar al elemento obrero. La economía debe buscarse en los gastos generales, que son siempre muy subidos, en los gastos de administración y con economía en el empleo de materiales".

Existían otras complicaciones relacionadas con Dibbs, como se revela en esta carta de Patiño a su asesor Ricardo Martínez Vargas, que se encontraba en Nueva York: "He tomado nota de los telegramas de Dibbs sobre los inconvenientes puestos por la fundición de Williams Harvey, respecto a las nuevas barrillas obtenidas por el sistema de flotación. Por lo que veo, mister Thomas (presidente de Williams Harvey), desea meter toda clase de dificultades y busca pretextos inadmisibles. Lo que creo vislumbrar y lo que explicaría el antagonismo entre Thomas y Dibbs es la acción oculta de los Duncan Fox, quienes habrán intervenido cerca de Thomas para

hacerle la guerra a Dibbs. Todo, por supuesto, en perjuicio mío y en perjuicio de la Patiño Mines. Le ruego poner en conocimiento de mister Thomas que no estoy dispuesto a consentir estas maniobras, que entorpecen la marcha de los negocios y que probablemente se basan en cuestiones personales. Si Thomas sigue con sus intransigencias, estoy decidido a traspasar mis acciones de la Williams Harvey a otra corporación y buscar otra compradora de minerales. Le agradeceré que a su regreso a París me prepare usted una carta más categórica para Thomas, en la que se le notifique de una manera más enérgica mi manera de pensar respecto a su actitud no conciliadora".

Dibbs intrigó también contra Inslee. En un cablegrama a París expresó: "Como ingeniero consultor dejó de condenar la notoria deficiencia de Blieck. La reconstrucción del ingenio, en la cual fueron responsables Blieck e Inslee, fracasó gravemente al no dar la producción calculada, con la consecuencia de que la recuperación de mineral durante varios meses fue desastrosa. No quiso adoptar el sistema de flotación que dio tan buen resultado en Caracoles y persistió en el sistema de calcinación, ahora abandonado, causando un desembolso inútil. Finalmente los negocios de la firma Easley - Inslee (compra venta de acciones de empresas mineras), distraen toda su atención".

Simón I. Patiño decidió deshacerse tanto de Inslee como de Dibbs. Sus contratos no fueron renovados en 1926. Dibbs entabló juicio contra la empresa. El pleito se discutió en Nueva York. Los abogados de una y otra parte llegaron a una transacción, Dibbs quedó satisfecho con el pago de 24.000 dólares.

Patiño se dio cuenta de que la salida del holandés Blieck había sido injusta, ocasionada por falsos informes de Dibbs. Lo compensó dándole el puesto de su asesor técnico en París durante varios años.

Patiño pidió a su amigo Arturo Loaiza que volviese a tomar el timón de sus negocios. Loaiza acabó por acceder. Patiño le escribió: "No me resta sino reiterarle mi complacencia porque vuelve usted a Oruro a reasumir su cargo de apoderado y gerente general y agradecerle, al mismo tiempo, la buena voluntad con que ha procedido para llegar a este resultado. En mi cable de 9 de marzo le pedí que permaneciera en Santiago hasta que se resuelva la incorporación de la Empresa

Araca en la Patiño Mines. Acaso su permanencia en Santiago no sea necesaria hasta entonces si logra usted asegurar el voto de dos tercios de los accionistas.

Loaiza llegó a La Paz en septiembre de 1926. La altura afectó nuevamente su salud y temió ir a Oruro. Decidió quedarse en La Paz. Patiño le cablegrafió: "Es indispensable su intervención en mis empresas asumiendo mi personería con los poderes generales que usted tiene y así investigar y supervigilar su manejo y administración hasta cuando su salud permita que asuma la dirección efectiva y oficial. Todo esto mientras se pueda resolver mi viaje a Bolivia para ponerme de acuerdo con usted. Mi salud continúa resentida con muchas alternativas. Iré a Alemania a consultar con los médicos". Loaiza le contestó: "Estoy dispuesto a cumplir sus órdenes y colaborar en cuanto me sea posible. Si usted cree que yo desde La Paz puedo ayudarle en sus negocios únicamente en vía de consejo o para consultas, no hay inconveniente, pero quiero decirle honradamente que considero que ello no es bastante, sobre todo tratándose de medidas enérgicas que solo usted puede dictar después de informarse de la marcha de los asuntos. Mi intervención sería sólo relativa y tropezaría con el actual personal, que a lo menos hará resistencia pasiva. Sólo usted puede modificar la situación actual y deseo sinceramente que su salud le permita venir. Entre tanto, todo cuanto esté a mi alcance lo haré de buena voluntad". Replicó Patiño: "Hasta el momento que mi salud permita mi viaje, deseo su intervención en mi firma en la forma más eficaz y completa... Sírvase guiar el asunto de la Empresa de Luz y Fuerza de Cochabamba sosteniendo a Máximo Nava en la gerencia, cambiando el directorio si es necesario. Simón I. Patiño no pudo trasladarse a Bolivia. Los médicos de Alemania le manifestaron que el ascenso a los Andes podía tener consecuencias fatales. La última vez que estuvo allí había sido a fines de 1923, cuando llegó a Chile para tomar el dominio de la "Compañía Estañífera de Llallagua" y a requerimiento de varios personajes, actuó como amigable componedor en conversaciones políticas realizadas en Oruro, entre representantes de los partidos Liberal, Republicano y Radical, con el fin de buscar una solución al problema de quien debía suceder a Bautista Saavedra como Jefe del Estado, al finalizar el período presidencial de éste. Con este motivo viajó también a La Paz a entrevistar al presidente Saavedra. Estando en esta ciudad sufrió un grave síncope cardíaco que lo obligó a descender

precipitadamente hasta Arica. Desde entonces los médicos vigilaron periódicamente su corazón.

Antenor Patiño viajó en reemplazo de su padre, acompañado de Ricardo Martínez Vargas, con plenos poderes e instrucciones precisas. De paso por Nueva York debía procurar dar término a las gestiones para que la Bolsa de Valores de esa ciudad diese ingreso en sus operaciones a las acciones de Patiño Mines. Esto era de importancia para el futuro económico de la empresa.

La bolsa de Nueva York había exigido, un año antes, un informe técnico y financiero. La investigación fue encomendada a los ingenieros consultores Yeatman y Berry. Permanecieron seis meses en Bolivia investigando minuciosamente las minas de Patiño Mines y analizando 22.000 muestras extraídas de todos los socavones y galerías. Cobraron 154.000 dólares por su trabajo. Su informe sobre el futuro de la empresa fue muy favorable. "Las minas de Llallagua y Uncía -declaró el documento- están extraordinariamente bien equipadas. El equipo es suficiente para una producción diaria de 1.000 a 1.200 toneladas de barrilla, La mina es muy grande y continuará dando utilidades por un período considerable de tiempo, aunque es improbable que se descubran nuevas vetas de gran riqueza como las que se han trabajado en el pasado".

Antenor Patiño pidió a Yeatman y Berry nombres de ingenieros de prestigio en los Estados Unidos entre los cuales se podría elegir un nuevo administrador para Llallagua. Los técnicos norteamericanos dieron el nombre de John C. Pickering. En una entrevista con el candidato, Antenor Patiño quedó muy satisfecho. Avisó a su padre: "Encontramos al ingeniero Pickering. Tiene buenas referencias y bastante experiencia en otras minas de Sudamérica. Está recomendado por Yeatinan y Berry. Personalmente me ha hecho buena impresión. Para el caso de que apruebes su nombramiento tiene reservados pasajes para el mismo vapor en que viajaremos Vargas y yo. La idea es que Pickering nos acompañe como asesor técnico para examinar la situación actual y todo lo hecho por Dibbs. Inmediatamente después se posesionaría de su cargo. Te ruego enviarme instrucciones para firmar su contrato". Simón I. Patiño dio su visto bueno. El directorio de Nueva York lo refrendó. Pickering firmó un contrato de tres años, con un sueldo de 30.000 dólares anuales.

Como subgerente en Llallagua se contrató a Percy Holme, recomendado por Pickering, que estaba trabajando en una mina de México.

La actuación del ingeniero Pickering dio frutos óptimos. Con gran criterio administrativo, conocimientos técnicos y una incansable actividad, inyectó nueva vida a la empresa. En enero de 1928 escribió a la oficina de La Paz: "El descubrimiento de mayor importancia durante el año 1927 ha sido la veta Contacto, localizada en el extremo sur de la mina, siguiendo el contacto de la pizarra y el pórfido. Esta veta fue encontrada cuando se trabajaba la veta Forastera. La ley del mineral es relativamente alta. Las perspectivas de la mina son realmente estimulantes. Es natural que con el tiempo debemos esperar minerales de menor ley, que harán necesario beneficiar tonelajes considerablemente mayores para defender los costos. Todos los proyectos están elaborados tomando en cuenta esta posibilidad. Estamos de completo acuerdo con la idea del señor Patiño de seguir con reconocimientos al sur, hacia Espíritu Santo. Teniendo en cuenta este objetivo, hemos comenzado una corrida hacia el sur en el nivel 250 de la veta Salvadora. No nos pareció conveniente comenzar antes porque los contratistas estaban trabajando esta parte de la mina. Como es de conocimiento de ustedes, todos los trabajos a contrato, tanto en el interior de la mina como en los desmontes, han sido cancelados. Nuestro objetivo final es la región de La Laguna. Si llegamos hasta allí, habremos pasado debajo de Espíritu Santo. El programa que nos hemos trazado es bastante grande, pero creemos que podrá ser llevado a cabo. Nos agrada mucho saber que el señor Patiño tiene ideas parecidas a las nuestras. Esperamos que él se servirá ayudarnos con sus valiosos consejos y nos será grato cumplir cualquier sugerencia que quiera hacernos".

A fines de 1928 la mina tenía 140 kilómetros de galerías con rieles y carros de arranque de minerales, 43 vetas en explotación con 295 ramificaciones y 1.098 bloques de metal cubicado.

La obra más importante en este período fue el arreglo del embalse de aguas de Lupi Lupi. Se presentaron filtraciones, hasta de 3.000 litros por segundo, por los cerros laterales de la laguna, particularmente en el punto donde la ex-empresa chilena había explotado una cantera. También en el tubo de conducción de aguas a la planta eléctrica, construido inicialmente con sólo cal y piedra. El ingeniero Werner

Steinegger inyectó cemento en las grietas del cerro e hizo revestimientos del mismo material en el tubo y costados de la laguna. La pared del dique se aumentó hasta 78 metros de altura y se construyeron torres con compuertas de desagüe y deslame. Con estas mejoras la laguna de Lupi Lupi llegó a almacenar 30 millones de metros cúbicos de agua, capaces de generar 15 millones y medio de kilovatios de corriente eléctrica por año con cuatro ruedas Pelton. El embalse de Chaquiri, cuya pared se levantó a 42 metros, contenía poco más de tres millones de metros cúbicos de agua, adicionales, capaces de generar 400 mil kilovatios hora por año.

El ingenio de Miraflores, en Uncía, fue suprimido. En cambio se mejoró y amplió el ingenio Victoria de Catavi, habilitándose para el tratamiento de 1.400 toneladas de mineral por día.

Se inició la construcción de una planta mecánica de chancado y palla en Siglo XX, que se terminó a fines de 1929.

Se suprimió el acarreo de minerales en carretas y llamas y se extendió un ramal del ferrocarril, desde la estación Cancañiri hasta Catavi, pasando por Siglo XX.

Se construyeron numerosas viviendas para empleados y obreros, así como un mercado público y una nueva escuela. El número de trabajadores que en 1924 fuera de 4.800 fue aumentado paulatinamente. A fines de 1929 era de 6.700. Las exportaciones de barrilla en 1924 fueron de 15.500 toneladas. En 1925 de 15.800. En 1926 de 15.300. Con la administración y gerencia de Pickering aumentaron a 17.500 en 1927, 26.900 en 1928 y 33.400 en 1929.

En noviembre de 1929 se renovó el contrato de John C. Pickering por otros tres años, con un sueldo de 50.000 dólares anuales.

CAPÍTULO 11

EL "JUEVES NEGRO"

Las heridas morales y físicas causadas al mundo entero por la Gran Guerra se cicatrizaron durante la década que siguió a la matanza. "La guerra para terminar todas las guerras" garantizó una paz perdurable. La humanidad se lanzó, alegre y confiada, en una era de diversión, prosperidad y progreso.

La bullente economía de este período descansó sobre pilares diferentes a los de preguerra. Londres no era ya el centro económico del mundo. El profesor Joel Collins, en su estudio sobre el siglo XX da estos datos: La Gran Bretaña había invertido enormes capitales en adquirir materiales bélicos y alimentos durante los cuatro años del conflicto, sin poder vender nada para equilibrar sus balanzas comerciales y de pagos. Se vio obligada a utilizar todas sus reservas de oro, los capitales que tenía en el extranjero y contraer grandes deudas. Francia perdió todas sus inversiones en Rusia y también se adeudó. Alemania quedó hipotecada por el Tratado de Versalles, con una inmensa cuenta aliada de reparaciones.

En cambio, la economía de los Estados Unidos resultó fuertemente estimulada por la guerra. El valor de las exportaciones de productos industriales y agrícolas se triplicó entre 1914 y 1918. Al comenzar la conflagración los Estados Unidos adeudaban 4.000 millones de dólares en Europa. A su terminación eran los principales acreedores del mundo y los países europeos les debían alrededor de 10.000 millones de dólares.

En 1928 los Estados Unidos producían más de dos quintas partes de los productos manufacturados utilizados en el mundo entero. En la industria del automóvil eran responsables de cuatro quintas partes de la producción mundial. Las inversiones norteamericanas en el exterior aumentaron a más de 3.500 millones de dólares en la década de 1920 a 1930. Herbert Hoover, al inaugurar su período presidencial en 1929, exclamó lleno de orgullo: "Hemos llegado a un grado de confort y desarrollo como no ha existido antes en la historia. ... Estamos creando una nueva raza, una nueva civilización". En otros países se creía que la bonanza de los Estados Unidos se iba a propagar al resto del mundo.

La prosperidad norteamericana tenía su núcleo en Wall Street, donde estaban instalados los principales bancos y el New York Stock Exchange. Conforme se expandían las industrias y aumentaban sus utilidades, el hombre de la calle que quería participar en su bonanza tenía el recurso de las transacciones de bolsa. La compra y venta de acciones se convirtió en un vicio y una pasión. El monto de los dividendos aumentó en 25 por ciento en 1928 y en 35 por ciento en 1929. El volumen de operaciones en la bolsa se incrementó geométricamente. En marzo de 1928 las transacciones llegaron a medio millón de acciones por día. Seis meses más tarde se batieron todos los records cuando seis millones de acciones cambiaron de dueños en una sola jornada (16 de noviembre de 1928). Era la locura. La gran mayoría de las operaciones eran peligrosamente especulativas y se hacían a crédito, con préstamos proporcionados por bancos o por los propios corredores de la bolsa. El verano de 1929 no trajo, como veranos anteriores, un respiro en el movimiento bursátil. Las transacciones se mantuvieron con un promedio de cuatro a cinco millones de acciones por día. Los préstamos de los bancos y corredores de bolsa aumentaron en 400 millones de dólares por mes. Al término del verano llegaron a un total de 7.000 millones de dólares.

La catástrofe ocurrió el 24 de octubre de 1929, día que ha pasado a la historia con el nombre de "Black Thursday". La mañana transcurrió normal, con la acostumbrada actividad de cada jornada. Al medio día, súbitamente, sin que nadie pudiese determinar la causa, estalló el pánico. Se propagó una avalancha de órdenes de vender y vender acciones, a cualquier precio. Las acciones comenzaron a caer drásticamente. El pánico se acrecentó. Antes de la terminación del día se habían vendido 13 millones de acciones.

Los días siguientes, los precios de los títulos bursátiles siguieron cuesta abajo. La baja se mantuvo hasta el verano de 1932, con excepción de una breve recuperación durante los primeros tres meses de 1930. Acciones como las de la poderosa United Steel Corporation, que en mayo de 1929 se vendían a 262 dólares cada una, sólo valían 22 dólares en julio de 1932. Las acciones de Patiño Mines, cotizadas en 25 dólares antes de octubre de 1929, bajaron a 4 dólares.

El colapso de Wall Street provocó una crisis general en la industria norteamericana. Sus consecuencias se ramificaron a los cuatro puntos cardinales, causando una grave crisis económica mundial.

En los Estados Unidos la producción industrial se redujo a menos de la mitad. El desempleo aumentó de un millón y medio de personas en 1929 a más de 12 millones en 1932. La gente perdió su confianza en los bancos, muchos de los cuales habían sido especuladores en la bolsa de valores. Cinco mil bancos norteamericanos entraron en quiebra. Los bancos de los Estados Unidos retiraron sus depósitos en bancos extranjeros, cortando el cordón umbilical de la recuperación económica europea. Varios bancos europeos también quebraron. La crisis general se ahondó. El desempleo se hizo general en el mundo entero. La estructura del sistema capitalista, que se consideraba inmovible, se derrumbó como un castillo de naipes. En las principales ciudades de los Estados Unidos y de países europeos, los desocupados deambulaban por calles y plazas en busca del pan de cada día. Abogados, ingenieros, arquitectos, profesores, competían con los trabajadores manuales, ofreciendo sus servicios para manejar la pala o el azadón, vender manzanas o dibujar en el pavimento de las aceras, para recolectar unos centavos de los transeúntes.

La depresión afectó mayormente a las naciones industrializadas, pero a la vez ocasionó serios daños en las naciones en desarrollo, cuya incipiente economía dependía de la venta de una o pocas materias primas en los mercados internacionales.

La industria mundial del estaño llegó al "Jueves Negro" cargando ya sobre sus espaldas el pesado fardo de un problema propio.

El precio promedio de la tonelada de estaño, que en 1896 era de 63 libras esterlinas, fue subiendo consistentemente en las dos primeras décadas de este siglo, y pasó de 200 libras a partir de 1924. En 1926 hubo un momento en que se cotizó en 321 libras. Desde 1924 se mantuvo sobre 200 libras. Esto fue muy favorable para los productores de Malasia y las Indias Holandesas, donde los costos de producción eran inferiores a 100 libras. Resultaron remunerativos inclusive para los mineros bolivianos, cuyos costos de producción oscilaban entre 100 y 150 libras.

El resultado de los buenos precios fue la superproducción. En 1924 se habían producido 135.000 toneladas en todo el mundo. En 1929 la cantidad subió a 186.000, cuando el consumo total no pasaba de 178.000, pese al desarrollo de las industrias de la hoja de lata y los automóviles. De las 186.000 correspondían a Malasia 69.366, a Bolivia 46.338, a las Indias Holandesas 35.730, a Nigeria 10.734 y el resto a otros productores menores.

En ninguna parte los peligros eran tan graves como en Bolivia. La caída general de los precios, provocada por la crisis económica mundial, colocó a los costos de producción encima de la cotización del estaño en los mercados de venta. En caso de subsistir la ley de la libre competencia la minería boliviana estaba condenada a muerte, a ser desplazada por el metal del Oriente, de mejor calidad y todavía con costos de producción que daban margen a utilidades.

La tabla de salvación la proporcionó el Comité Internacional del Estaño, creado angustiosamente, como el único organismo capaz de resolver la situación. Simón I. Patiño desempeñó un rol preponderante en su organización. Hizo valer al máximo la influencia que tenía conquistada no sólo en Bolivia y los Estados Unidos sino en las industrias del estaño de Malasia e Inglaterra y en menor escala en Nigeria, así como las buenas relaciones que mantenía con los productores de las Indias Holandesas.

En 1929, pocos meses antes del Jueves Negro, Patiño logró concluir satisfactoriamente un proyecto largamente discutido y trabajado. Como simple productor de barrilla estuvo subordinado durante demasiado tiempo a las exigencias de los fundidores de Inglaterra y Alemania. Desde su primera llegada a Europa fue adquiriendo acciones de la fundición Williams Harvey de Liverpool. Poco a poco, fue ganando terreno dentro de ella. En 1929, era propietario de una mitad de sus 72.000 acciones. La otra mitad era propiedad de la National Lead de los Estados Unidos, su asociada dentro de la Patiño Mines. Patiño propuso la compra de las 37.000 acciones de la National Lead. El presidente Edward J. Cornish aceptó, pero exigiendo 18 libras esterlinas y 10 chelines por cada título, o sea, diez chelines más de su cotización normal. Patiño acabó cediendo a esta exigencia. El directorio de la Patiño Mines aprobó la inversión de 1.332.000 libras esterlinas en el negocio. Como Cornish exigiese, además, el pago al contado y la Patiño Mines tenía menos de un millón de libras en sus reservas, se entregaron a Cornish 666.000 libras y para no

dejar completamente descapitalizada a su empresa Simón I. Patiño aceptó que la parte que le correspondía personalmente a él, como accionista de la Williams Harvey, le fuese cancelada en un plazo de siete años. La fundición se convirtió en una entidad subsidiaria de la Patiño Mines.

El control de la gran fundición de Liverpool colocó a Simón I. Patiño en posición mucho menos vulnerable, como principal minero boliviano, frente a los mineros del Asia. Pero no se contentó con ello. Adquirió también el control de otras fundiciones: la Eastern Smelting Company y la Penpoll Tin Smelting Company, de Malasia, y la Cornish Tin Smelting Company, del sur de Inglaterra. Estas tres fundiciones fueron asociadas a la Williams Harvey, en un gran consorcio, bajo el nombre de Consolidated Tin Smelters, con un capital de 5 millones de libras esterlinas, una capacidad de fundir 95.000 toneladas de estaño al año, más de la mitad del consumo mundial.

Estas hábiles operaciones ratificaron la posición de Simón I. Patiño como "Rey del Estaño". Era responsable de la producción de un 50 por ciento del estaño de Bolivia, dueño de una importante empresa domiciliada en los Estados Unidos, presidente de un consorcio de fundiciones de Inglaterra y Malasia y accionista de minas de Nigeria. Sus conexiones internacionales fueron un factor decisivo para evitar el colapso de la industria a la que había dedicado su vida.

Una Asociación de Productores de Estaño, organizada en 1929, fracasó en sus intentos de corregir el malestar de la superproducción de metal. Un control voluntario de la producción entre competidores nacionales e internacionales resultó una utopía. La única alternativa era un control obligatorio, impuesto por los gobiernos de cada país a sus mineros, como resultado de un acuerdo internacional. Los contactos entre gobiernos se centralizaron en Londres, con representantes de Bolivia, Malasia, las Indias Holandesas y Nigeria. Se acreditó como delegados de Bolivia a dos personas de la Patiño Mines: Antenor Patiño y Ricardo Martínez Vargas. La acción ejecutiva se la encomendó a John Howeson, ciudadano inglés, director de la Consolidated Tin Smelters.

Durante el año 1930 todos los esfuerzos se frustraron por resistencia de los productores de Malasia, John Howeson escribió a Antenor Patiño, el 3 de enero de 1931: "La Straits Trading Company se está oponiendo todavía al acuerdo

internacional, aunque el gobierno inglés reconoce que éste es un asunto que no compete a los fundidores de su colonia. Hay que reconocer que los de la Straits tienen mucha influencia en el gobierno colonial de la Federación de Estados Malayos y considerable influencia sobre muchos productores chinos. Por esta razón, es necesario tomar toda clase de precauciones... He llamado la atención de nuestros amigos de la Billiton (de las Indias Holandesas que fundían parte de su barrilla en Malasia) y les he pedido su ayuda. También estoy convencido de la conveniencia de que la Consolidated Tin Smelters instruya a su subsidiaria en Malasia que preste su apoyo... Hemos conseguido la aquiescencia de casi todos los productores chinos de Malasia, con excepción de los tres grupos que usted conoce. La oposición no es tanto de los productores como de Glenister de la Straits, que es representante de la industria minera en el Consejo Legislativo malayo. Como el señor Robinson de la Eastern Smelting también forma parte del mismo consejo, es vital que hable allí con la misma franqueza que lo ha hecho el presidente de la Tin Consolidated Smelters a favor del acuerdo intergubernamental".

Patiño impartió las instrucciones pertinentes a la Consolidated Tin Smelters y ésta cablegrafió a su subsidiaria la Eastern Smelting, de Malasia: "Hagan todo lo posible para obtener la aprobación en apoyo del plan de control de la producción, en vista de ser de capital importancia que el acuerdo internacional entre en operación tan pronto como sea posible".

Otra carta de Howeson a Antenor Patiño, de 22 de enero del mismo año, explicó: "Pasé varias horas ayer con nuestros amigos holandeses y me satisfizo mucho comprobar que están de completo acuerdo respecto al control de la producción. Han telegrafiado a Batavia y hoy están hablando por teléfono con el señor De Jongh. Esperan obtener la aprobación del gobierno colonial de las Indias Holandesas. Después de tantas dificultades, el asunto depende solamente de obtener el apoyo del gobierno malayo antes de que Glenister haga surgir nuevas dificultades".

Los gobiernos de Malasia y las Indias Holandesas dieron finalmente su aprobación. Nigeria siguió su ejemplo. Los gobiernos de la Gran Bretaña y Holanda ratificaron la decisión de las autoridades de sus colonias. Bolivia, cuya subsistencia como productor de estaño dependía de la defensa de los precios mediante el control de la

producción, había declarado ya su intención a favor del acuerdo internacional meses antes.

El Comité Internacional del Estaño nació oficialmente el 27 de febrero de 1931. Su primera decisión fue determinar que cada país miembro redujese su producción a un 77 por ciento de lo que había sido en 1929. Se calculó que de esta manera la producción mundial no pasaría de 145.000 toneladas en 1931 y que esta escasez artificial tonificaría los precios.

Algún tiempo después importantes personajes de la industria del estaño se reunieron en un banquete en Londres. El anfitrión, representante del gobierno de la Gran Bretaña, ponderó en su discurso a los principales concurrentes: "Sir Cyril Butler -dijo- tiene el crédito de haber descubierto estaño en Siam. Sir William Henry hizo una cosa similar en Burma. Todos sabemos que sin el capitán Lyttelton no podríamos comercializar nuestro producto. Sir William Peat ha sostenido el peso de la industria como presidente del comité ejecutivo de la Asociación de Productores. Sir George Maxwell, que estuvo presente en la introducción de la primera draga en Malasia, es presidente actual del consejo. Nuestro invitado de honor, don Simón I. Patiño, fue el primer presidente de la asociación y todavía mantiene ese puesto. El ha sido el líder del movimiento que gradualmente reunió a los cinco países productores de estaño (incluyendo Siam), permitiendo mostrar al mundo el manejo ordenado de una industria llave y señalando el camino para la recuperación de los precios del estaño y de otras materias primas. Todo el mundo conectado con la industria conoce su indomable coraje y su amplia visión. Ese indomable carácter y su determinación en los días negros de la depresión económica mundial, fueron un ejemplo para todos nosotros. Rendimos homenaje al líder de la industria mundial del estaño".

CAPÍTULO 12

EL COMITÉ INTERNACIONAL DEL ESTAÑO

"El Diario" de La Paz dijo en marzo de 1930: "La cotización de £159 por tonelada de estaño es tan seria para la industria minera de Bolivia que si el precio no reacciona rápidamente, todas las minas, sin ninguna excepción, están condenadas a cerrarse". La salvación vino desde Londres pero fue larga y dolorosa.

A los pocos meses de entrar en funcionamiento el Comité Internacional del Estaño se comprobó que la reducción de la producción mundial de 156.000 toneladas a 145.000 no era suficiente para hacer desaparecer el excedente de metal ni tonificar los precios. Al tercer mes (mayo de 1931) el Comité decidió que el corte a la producción debía aumentarse en 20.000 toneladas, poniendo la producción de ese año en 125.000, o sea, reduciéndola a un 65 por ciento de lo que fuera en 1929.

Concluida la Primera Guerra Mundial los gobiernos de Malasia y de las Indias Holandesas, junto con la compañía Billiton, se pusieron de acuerdo para que 20.000 toneladas producidas en el Asia, que no habían podido ser despachadas a los mercados durante el conflicto bélico por falta de medios de transporte, constituyesen un "pool" que saldría a la venta poco a poco, de manera ordenada, a razón de 5 por ciento al mes, a fin de que no inundase el mercado ahogando los precios. El llamado "Pool de Bandoeng" acabó de liquidarse en 1924. Este antecedente inspiró a los principales productores, en 1931, para organizar otro "pool" en el que se apartasen 20.000 toneladas de la circulación, como medida suplementaria a la del control de la producción establecida por el comité de Londres. Como esto aún no pareciese suficiente para mejorar los precios, Simón I. Patiño, particularmente, obtuvo la ayuda de la firma Gold Fields y de un banco inglés, para formar otro "pool" adicional, también de 20.000 toneladas. Encomendó su manejo a la firma comercializadora de estaño British Metal Corporation.

Pese a los esfuerzos del Comité y los dos "pocos", la crisis se agravó. 1932 y 1933 se consideran "los peores años en toda la historia del estaño". El consumo se fue contrayendo de 178.000 toneladas en 1929 a 161.000 en 1930, 135.400 en 1931 y 99.500 en 1932. Como consecuencia, la cuota de cada país miembro del Comité Internacional se tuvo que achicar más y más: a 56 por ciento entre enero y mayo

de 1932, a 43 por ciento en junio, y a 33 por ciento desde julio de 1932 hasta diciembre de 1933. Con esta última reducción, durante un año y medio, las empresas tuvieron que trabajar sus minas en sólo un tercio de su capacidad normal. La industria estañífera quedó estrangulada, con muy pocos hálitos de vida.

La producción en Bolivia, que en 1929 llegó a 47.000 toneladas, fue forzada a contraerse a 38.000 toneladas en 1930, 30.700 toneladas en 1931, 20.600 toneladas en 1932 y ¡14.700 toneladas en 1933! Muchas minas pequeñas se cerraron. Esto era preferible a seguir trabajando a pérdida y sin contar con un capital de reserva. Su reapertura, cuando volviesen tiempos mejores, no podía acarrear mayores complicaciones que las de recontractar los pocos trabajadores necesarios. Para las empresas grandes y medianas el problema era diferente. Pese a que sus balances arrojaron pérdidas, no tuvieron otra alternativa que seguir en funcionamiento, echando mano a sus reservas de capital. Su clausura podía tener consecuencias políticas y sociales. La reapertura de minas de cierta magnitud presentaba dificultades de carácter técnico y financiero.

El apoderado general de Simón I. Patiño le escribió a París el 11 de mayo de 1931: "La dificultad para la fijación de cuotas entre las diferentes empresas nacionales sigue en pie, únicamente por la actitud de la firma Mauricio Hochschild, que insiste en querer conseguir un tonelaje mayor del que le corresponde. El gobierno aún no ha adoptado una decisión y se encuentra vacilante, sobre todo por las amenazas de Hochschild, que dice que parará los trabajos de Potosí en caso de que no se acceda a sus pretensiones. Supongo que el gobierno se ha dado cuenta de que es él quien tiene que resolver la restricción un poco dictatorialmente, pues un acuerdo entre los mineros no ha de ser posible. Felizmente las Cámaras han cesado un tanto su tendencia a inmiscuirse en este delicado asunto, no se si por acción del gobierno o porque otros asuntos embargan la atención de los representantes".

(19 de julio de 1931) "Hemos hecho cálculos de los costos de producción con nuestras actividades coartadas, en cada una de las minas de la Patiño Mines. Los resultados son completamente desfavorables. Sin embargo, comprendemos los peligros que tiene la superproducción y cumpliremos en la mejor forma posible las instrucciones que usted tenga a bien impartirnos. Posiblemente nos veamos

obligados a grandes modificaciones en los sistemas de trabajo y a retirar un número considerable de operarios".

(25 de febrero de 1932) "En una nueva reunión de la Asociación de Mineros, Hochschild planteó a los representantes de la Patiño Mines y de la compañía Aramayo que lo acompañasen a entrevistar al Presidente de la República, para manifestarle que se reconozca a su empresa "La Unificada" una cuota de 150 toneladas mensuales, o sea 15 toneladas más sobre su cuota actual. Dijo que en caso negativo, como antiguo luchador, abrirá campaña de prensa para que en Bolivia se emplee el sistema de distribución de cuotas establecido en Malasia, con relación a la capacidad actual de producción y no con relación a la producción de 1929. Aseguró que "La Unificada" debía tener 300 toneladas de cuota mensual en esa forma. Dice que la suya es la única firma que ha traído nuevo capital a Bolivia y que lo que ha ganado en el Perú y Chile lo ha invertido aquí. Le contestamos que la Patiño Mines es la que principalmente ha contribuido, con mucho riesgo financiero, a defender el precio del estaño. Hochschild dijo que eso no era cierto".

Simón I. Patiño respondió: "Estoy disgustado con la actitud de Hochschild. No permito a él ni a nadie dudar de mi palabra. Es un hecho innegable que el segundo "pool" está sosteniendo el precio. Mi participación en él es la siguiente: convencido de que el primer "pool" no podía influir en el mercado, organicé en julio último un sindicato con la Consolidated Gold Fields, con un capital efectivo de 600.000 libras esterlinas y un crédito bancario del Lloyds Bank de 900.000 libras, reuniendo un total de £ 1.500.000. El sindicato firmó contrató con la British Metal Corporation el 26 de julio para que operara el "pool" número dos, con el resultado inmediato de que el precio subió de 110 libras esterlinas a 150 la tonelada, precio que aún se mantiene, no obstante factores contrarios y excedentes visibles de metal en el mercado. Mi participación en el sindicato es de dos tercios y el de la Gold Fields de un tercio. He tomado así un gran riesgo en servicio de la industria estañífera, que beneficia a todos los mineros incluyendo a Hochschild que nada ha hecho hasta hoy en servicio de Bolivia, ni de la industria. En este mismo momento, estoy empeñado en nuevos arreglos para dar mayor estabilidad al mercado, con posible nueva alza del precio".

El 13 de abril de 1933 Simón I. Patiño escribió al Presidente de la República, Daniel Salamanca: "La semana pasada tuve el agrado de comunicarle que estaba dando nueva actividad al Sindicato del Estaño. El nuevo esfuerzo tiende a elevar el precio a 160 libras esterlinas la tonelada. Para esto ha sido necesario operar en el mercado y retirar un tonelaje importante. Usted sabe que en esta empresa estoy asociado con la Consolidated Gold Fields Limited y la British Metal Corporation, firmas de gran prestigio en Londres. Para ello hice uso de mis últimos recursos financieros disponibles en efectivo y obtuve un crédito del Lloyds Bank, corriendo el riesgo consiguiente. Ocurre ahora que mientras las empresas mineras debidamente organizadas hacen en Bolivia el sacrificio de reducir su producción a menos de una tercera parte de lo que era en 1929, con el consiguiente aumento de los costos y mientras aquí en Londres se realizan todas las combinaciones posibles, con empleo de fuertes capitales, para elevar el precio del estaño, los llamados "rescatadores" no hacen otra cosa que aumentar la exportación, con negocios judaicos, explotando la miseria del país y provocando una especie de conflicto absurdo entre los pequeños y los grandes productores. Tengo conocimiento de que tales rescatadores compran barrilla de los pequeños mineros a precios verdaderamente ridículos. Parece que también no entregan sus letras de cambio y las venden en "Bolsa Negra", obteniendo más de 40 bolivianos por cada libra esterlina. Venden su estaño a 155 libras y la utilidad que obtienen es de 80 a 100 libras esterlinas por tonelada. Usted sabe que Bolivia ha sobrepasado su cuota de exportación con 1.400 toneladas, en los últimos meses, exclusivamente debido a las excesivas exportaciones de estos rescatadores. Estas 1.400 toneladas les deben representar un beneficio que me aventuro a calcular en 100.000 libras. Aquí se encuentra el secreto de la presión que ejercen sobre el gobierno para obtener permisos de exportación. Mientras las empresas grandes hace más de tres años que trabajan a pura pérdida, agotan sus reservas y desgastan sus máquinas, los rescatadores, sin ningún capital y sin ninguna responsabilidad, están haciendo ganancias indebidas a costa de los intereses del país. Me permito llamar su atención sobre el exceso de las 1.400 toneladas exportadas por Bolivia que está haciendo mucho daño. Este exceso, al aumentar las reservas visibles de metal en el mercado, deprime el precio y muestra al país como incapaz de cumplir sus compromisos internacionales. Mi empresa está

trabajando con una cuota que es menos de una tercera parte de su capacidad, y no se ha excedido en una sola tonelada. Me permito rogarle que en lo sucesivo se evite el exceso en las exportaciones de nuestra cuota internacional. Esto está en la propia conveniencia del país para obtener mejores precios".

Félix Dávila, presidente de la Asociación de Mineros de Potosí, cablegrafió a Patiño el 12 de marzo de 1933: "Como consecuencia de la restricción de exportaciones, la pequeña industria minera de Potosí cobra caracteres alarmantes. El Supremo Gobierno se halla imposibilitado de conjurar el desastre respetando compromisos antelados, no obstante que le consta la urgente necesidad y justicia de las demandas de la minería pequeña. Como último recurso invocamos su alto espíritu cívico y su reconocida gentileza para solicitarle nos ceda 25 toneladas mensuales de la cuota de su importante firma. Será un favor al pueblo de Potosí que queda pendiente de su respuesta". Patiño ordenó a su apoderado general que accediese a este pedido en la proporción que fuese posible.

Las casas rescatadoras o compradores de mineral de estaño dentro de Bolivia, eran tres: Mauricio Hochschild y Compañía, Phillip Brothers y Duncan Fox. La competencia entre ellas era aguda, como se constata por las siguientes cartas del agente de Duncan Fox en Potosí a sus superiores en Oruro. (4 de julio de 1933) "Hay unas 75 toneladas por las que podemos competir en los rescates de estaño en Potosí. He descubierto que Mauricio Hochschild y Phillip Brothers están pagando 55 y 60 bolivianos por quintal de barrilla, con ley de 60 por ciento, lo cual quiere decir que tienen una utilidad de 50 libras esterlinas por tonelada de estaño fino. He hablado con todos los mineros del distrito que tienen alguna cuota y he encontrado que todos ellos, sin excepción, están convencidos de que están siendo explotados y están amargamente resentidos contra Hochschild y Phillip Bros. Puse mucho trabajo de zapa para aumentar estos resentimientos. Aunque Hochschild es universalmente odiado, ha comprado mucha influencia en Potosí. Davidson asegura que el prefecto, los miembros del Consejo Municipal, los empleados del correo y los auxiliares del ferrocarril, reciben dinero de él y que ha comprado muchos votos para un diputado. Estamos trabajando contra competidores sin escrúpulos. De otro lado, sus métodos son muy notorios y nosotros estamos comenzando con la buena voluntad de los mineros". (17 de agosto de 1933) "Kaccha es un minero que trabaja en los cientos

de bocaminas del cerro de Potosí, pagando una tercera parte de su producción al propietario y reteniendo dos terceras partes para sí y sus compañeros. Rascan el cerro sin sistema, obteniendo minerales que les dan un margen muy pequeño de utilidad. Baján sus minerales del cerro en burros para concentrarlos en unos ingenios alquilados, con métodos muy rudimentarios. Obtienen barrillas de tres calidades: barrilla, media barrilla y tercera. Cuando se les compra hay que hacerlo de los tres productos, pues no venden la mejor calidad por separado. Cuando comenzó la restricción, los Kacchas, que son unos 500, quedaron sin cuotas, porque no había registro de su producción en 1929. Cada Kaccha, probablemente, producía de 1 a 5 quintales al mes. Además, hay otros que operan robando mineral. Se reunieron en una Asociación de Mineros Kacchas y levantaron el diablo para obtener cuota. El gobierno tuvo que tomarlos en serio. Pidieron a Patiño que les cediera algún tonelaje mensual. Patiño accedió. Como los Kacchas no tienen capital de ninguna clase, cuando su mineral está listo lo bajan del cerro al ingenio y obtienen adelantos para pagar el transporte de los burros. Los ingenios están atendidos por rescatadores locales. Estos revenden a los rescatadores mayoristas. Tenemos que meternos más en el negocio, tan pronto como sea posible y creo que estoy haciendo esto con la asociación de Kacchas. Los negocios aquí se han conducido con engaños, trampas y coimas por todos lados. Traicionar y doble traicionar es el método de moda. Tenemos que sospechar de todos y por todo esto es muy difícil tirar una línea entre lo verdadero y lo falso. Hochschild y Phillip Bros. han estado haciendo toda la propaganda que han podido para convencer a los mineros a su favor y que nosotros no somos sino un "bluff" y no aguantaremos dos meses. Todos mis esfuerzos se han concentrado hasta ahora con los Kaccha. Tengo la esperanza de que más de 12 toneladas serán para nosotros desde el próximo mes. Será un gran golpe contra nuestros competidores. Espero que no se desilusione mucho porque haya conseguido sólo seis toneladas en julio, pero en vista de las circunstancias me considero muy satisfecho de haber obtenido por lo menos eso".

Con respecto a los problemas que el control de la producción causó en la Patiño Mines, el gerente Pickering explicó en su informe correspondiente a 1932: "En enero nuestra cuota fue de 907 toneladas. Al mes siguiente se redujo a 813 y en junio a 688. Desde julio y por todo el resto del año ha sido apenas de 585 toneladas. La

producción total de 1932 fue de 8.000 toneladas, comparable con 20.800 en 1929. Sensiblemente, este riguroso plan de restricción ha repercutido en forma adversa en los costos de producción. La empresa ha sido equipada, organizada y creada para operaciones en gran escala y no se presta a una operación en pequeño. Todas las reparticiones han cooperado en una campaña de la más estricta economía. Casi una mitad de la mina está completamente paralizada y el resto se explota con 5 días de trabajo por semana. Las perforaciones se las hace a mano, en vez de con máquinas, para seguir dando empleo al mayor número de trabajadores. Para eliminar el gasto del bombeo, se ha dejado que los parajes inferiores al nivel Siglo XX se inunden, pero con precaución, de manera que la rehabilitación sea posible en su oportunidad. El ingenio también sólo trabaja una jornada de 8 horas, cinco días por semana. Las operaciones que, requieren electricidad han sido distribuidas de tal manera que únicamente usamos fuerza hidroeléctrica, que es la más barata. El elemento obrero ha sido concentrado en los campamentos más accesibles, con lo cual se ha logrado simplificar los servicios médicos, los de pulpería y los de escuelas. Los sueldos y jornales han sido reducidos en proporción a la producción". Las pérdidas de la empresa fueron 158.000 libras esterlinas en 1930, 83.000 libras en 1931 y 57.600 libras en 1932.

Dentro del plan de economías la Patiño Mines cerró la oficina que tenía en Hamburgo desde 1912 y refundió las de La Paz y Oruro en una sola, instalada en esta última ciudad.

Arturo Loaiza dejó otra vez su puesto en Bolivia por razones de salud y se radicó en Santiago de Chile, donde Patiño le confió la representación de sus intereses en las empresas chilenas con operaciones en Bolivia: Compañía Minera y Agrícola de Oploca y Empresa de Estaño de Araca, en las que tenía una mayoría de acciones.

Reemplazó a Loaiza el hábil abogado y economista don Alfredo Delgado, que murió al poco tiempo en Oruro, víctima de un colapso cardíaco. Patiño ofreció entonces el puesto a un hijo de don Aniceto Arce, don Ricardo Arce, que no lo aceptó. Finalmente, por recomendación de Loaiza, tomó las responsabilidades el abogado don José E. Rivera, subgerente de la oficina de Oruro.

La medida más radical fue la reducción de empleados y obreros. Esto se facilitó, en parte, con el éxodo temporal de una porción de los trabajadores indígenas a

recolectar sus cosechas de papa y maíz y por el reclutamiento militar para la guerra del Chaco. En los primeros seis meses de la guerra (julio a diciembre de 1932) 1.000 trabajadores, entre obreros y empleados, fueron movilizados al Chaco. El número de trabajadores que al 31 de diciembre de 1929 era de 6.688, disminuyó a 4.390 en 1930, a 3.887 en 1931 y a 2.000 en 1932.

En mayo de 1931 el empleado Moisés Maldonado atacó al gerente, John C. Pickering, hiriéndole con un puñal. En declaraciones al diario "La Patria" de Oruro, en su celda policial, Maldonado dijo: "Yo había trabajado 15 años en las minas y fui retirado. Como me encuentro enfermo, pedía que me paguen una indemnización, para lo cual hablé con el gerente, los médicos y los abogados. Todos me rechazaron. Entonces no he tenido otro recurso que amenazar al gerente. La empresa me debe pagar 2.800 bolivianos. Quiero mandar unos 1.000 bolivianos a mi familia que debe estar necesitada y con el resto me pueden mandar a la cárcel de Santa Cruz, a purgar mi delito. Luego, allí me dedicaré al ramo de droguería, en el cual tengo mucha práctica. Quiero que agradezcan a los obreros de la mina San José, que me hayan ayudado con 20 y 50 centavos cada uno. También a la Federación Obrera del Trabajo que me ha socorrido con 4.50 bolivianos. Quiero que me sigan ayudando y les seguiré agradeciendo, porque estoy muy necesitado".

En esta misma época ocurrió otra tragedia. El telégrafo de Uncía despachó el siguiente mensaje a Simón I. Patiño en París: "Nuestra madre Genara Oporto ha sido asesinada en Chayanta. Nuestro padre Sergio Oporto se encuentra viejo e imposibilitado para el trabajo. Quedamos sin amparo. Imploramos su ayuda. Leocadia y Pánfila Oporto".

El 2 de junio de 1932 se produjo un conflicto social. El informe del teniente coronel Ernesto J. Arévalo, comandante del regimiento Pisagua, al general Carlos Quintanilla, jefe de la Primera División del Ejército, con asiento en Oruro, explicó: "La empresa Patiño resolvió disminuir a sus contratistas, no a sus obreros, el avío de pulpería de 2 bolivianos a 1.50 bolivianos. Esta medida motivó que en la mañana del mismo día unas 500 a 600 mujeres se dirigieron en masa a la oficina del superintendente de la mina, señor Eaton, en manifestación de protesta, que se prolongó desde las 10 hasta las 13. El subgerente de la empresa, señor Holme, me avisó. Alisté 20 hombres y con ellos y el subteniente Prudencio fuimos a Siglo XX. El

superintendente me manifestó sus temores de que ocurriese algo más serio a la salida de los trabajadores del interior de la mina, de horas 16 en adelante. El superintendente, el subteniente Prudencio y yo nos apostamos en la bocamina. Al salir los trabajadores se aglomeraron a nuestro alrededor y reclamaron contra la disminución del avío. Les explicamos las razones para tal medida. Al principio escucharon, pero poco a poco, comenzaron a burlarse de nosotros y a proferir insultos y amenazas. Me dirigí al teléfono y ordené a Catavi que alistaran otros 20 hombres más. Durante mi momentánea ausencia de la bocamina los obreros habían asestado un golpe de lámpara en la cabeza del superintendente Eaton y le lanzaron varias piedras. El subteniente Prudencio intervino oportunamente y tomándole del brazo lo retiró de la multitud. Los obreros se dispersaron profiriendo más insultos, tanto contra el ejército como contra la empresa. Para evitar nuevas complicaciones, al día siguiente elevé a 60 el número de soldados instalados en Siglo XX e hice capturar y alejar del lugar a los principales actores y promotores del desorden del día anterior. Algunos obreros quisieron entrar normalmente al trabajo, pero otros comenzaron a amenazarlos, invitándoles a la huelga. Con ayuda de los serenos de la empresa procedí a capturar a los agitadores hasta un número de 16 y los envié a la estación de Cancañiri, para que siguiesen viaje a Oruro, escoltados por cuatro soldados y el capitán Velarde. Anoticiadas las mujeres de esta determinación, se apostaron en una curva del camino a arrojar piedras al capitán Velarde y los soldados cuando pasaba el camión. En la estación se reunieron unas 600 a 700 mujeres y unos 150 a 200 hombres desocupados. El intendente de policía de Llallagua, señor Valenzuela, me habló por teléfono de Cancañiri y me dijo que para calmar los ánimos era conveniente que se permitiese a los presos ir a sus casas a recoger algunas prendas personales que necesitaban para su viaje. Accedí. Desgraciadamente ocurrió que los soldados, lerdos o tontos, no cumplieron bien su deber y los detenidos desaparecieron en el campamento. Sólo se pudo encontrar a cuatro. Posteriormente, se presentó otro. El viernes viajaron a Oruro esos cinco. En la estación de Cancañiri y próxima la hora de partida del tren, un numeroso gentío de desocupados y mujeres comenzó a agitarse y a vociferar, pidiendo la libertad de los presos, tratando de arrebatarnos a viva fuerza. En un momento difícil el subteniente Delgadillo no tuvo más remedio que hacer cuatro disparos de pistola al

aire, logrando tener la masa a raya cuando ya arrollaba a los soldados. El día sábado se trató de capturar a los demás que habían escapado, encontrándose a diez que también fueron enviados a Oruro. Respecto a su telegrama de ayer, referente a que debí haber informando de los hechos a las autoridades judiciales y actuar sólo a requerimiento de ellas, debo manifestarle, respetuosamente, señor general, que si hubiera esperado esos trámites hubiera corrido el riesgo de pecar de miedoso y lento, ambos reñidos con la profesión militar. De no proceder rápida y enérgicamente los sucesos se habrían agravado y habría sido más difícil sofocarlos. Creo haber precedido prudente y correctamente, de acuerdo con las circunstancias de cada momento".

CAPÍTULO 13

EL PUMA Y EL JAGUAR

Bolivia entre 1932 y 1935 se encontró en una de las encrucijadas más difíciles de su dramática historia. A los males generales que la crisis mundial causaba en su economía se sumaron, simultáneamente, la necesidad de estrangular a menos de un tercio la vitalidad de su industria matriz y los sacrificios de una guerra cruenta.

El valor de las exportaciones de estaño que en 1929 fue de 46.900.000 dólares, bajó verticalmente a 27 millones en 1930, a 16 millones en 1931 y a 10 millones en 1932, colocando al país en un estado de patético pauperismo. Y fue en este estado que Bolivia cayó en el abismo de un sangriento conflicto internacional, empujada por circunstancias de carácter diplomático, político y humano.

Desde 1879 Bolivia envió al Paraguay una romería de hombres ilustres para tratar de convencer a su vecino que la mejor manera de fijar su frontera común en el indefinido territorio del Chaco era una transacción. Antonio Quijarro, Eugenio Caballero, Isaac Tamayo, Mariano Baptista, Telmo Ichazo, Rodolfo Soria Galvarro, Emeterio Cano y Ricardo Mujía, chocaron contra una inquebrantable intransigencia y nada pudieron conseguir, pese a ciertos avenimientos preliminares en tres proyectos de tratados y varios protocolos. Tampoco lo pudo el gobierno de la República Argentina, mediante dos mediaciones. Una en la que reunió a los cancilleres de Bolivia y Paraguay en Buenos Aires, en 1906, y la segunda en las conferencias, en la misma ciudad, de septiembre de 1927 y mayo de 1928, en las discutieron los abogados más calificados de uno y otro país.

El Paraguay dejó que Bolivia se distrajese con estos devaneos diplomáticos, mientras ocupaba subrepticamente el territorio con fortines militares y concesión de tierras a industriales madereros, principalmente argentinos, y a emigrantes menonistas del Canadá. Cuando Bolivia se dio cuenta de ello instaló también puestos militares aquí y allá. Pero, mientras la presencia paraguaya en el Chaco era efectiva, los puestos bolivianos, por razón de su enorme alejamiento de los centros poblados, la falta de caminos y de medios de transporte, resultaban muy débiles gestos de soberanía.

Desde principios de siglo figuró en el parlamento boliviano un personaje de físico magro, fisiología enfermiza, pero de sólida contextura moral. Con verba ceñida y lógica tajante fue el Catón de los gobiernos que se sucedieron entre 1900 y 1930. Condenó sus excesos de autoridad, sus errores financieros, el despilfarro de los fondos públicos, la desmoralización administrativa. La opinión popular lo consagró como el símbolo de las virtudes ciudadanas y en las elecciones de 1930 lo exaltó a la Presidencia de la República.

Daniel Salamanca asumió el timón de mando cuando la nave del Estado ingresaba en medio de las aguas procelosas de la crisis económica mundial y la crisis particular de la industria del estaño. Quiso implantar en el país la austeridad que había sido la norma de su existencia personal. Redujo los gastos públicos a un mínimo y determinó una disminución del 15 por ciento en los haberes de los empleados públicos y de la oficialidad del ejército.

En lo internacional encontró que el problema capital era la penetración paraguaya en el Chaco, que ya llegaba hasta casi la mitad del territorio. En los tiempos en que actuó en la oposición había criticado acerbamente la falta de energía de los gobiernos para liquidar ese problema. En 1928, a raíz de la violenta ocupación por el Paraguay del fortín boliviano Vanguardia, aconsejó que se buscara la solución por las armas. En su fuero interno pensaba que Bolivia necesitaba purificarse de sus pecados en las llamas de una conflagración bélica. Fueron sus palabras en cierta ocasión: "Así como los hombres que han pecado deben someterse a la prueba del fuego para salvar sus almas en la vida eterna, así los países como el nuestro, que han cometido errores de política interna y externa, deben someterse a la prueba del fuego, que en nuestro caso no puede ser otra que el conflicto con el Paraguay".

En 1930, cuando asumió el gobierno, comprobó que la crisis económica hacía imposible una cruzada bélica de salvación. La pobreza fiscal le amarraba las manos. En su mensaje al Congreso expresó: "Basta una ojeada a la situación financiera para comprender que sería una locura de nuestra parte provocar perturbaciones internacionales de carácter bélico". Y en carta al comandante de la guarnición del Chaco: "Es lástima que no tenemos dinero, ni para mandar al mercado, como se suele decir". El diario "La Razón" comentó: "El erario nacional se debate en la más espantosa miseria, con fuertes deudas dentro y fuera de la república, con las

fuentes de ingresos en constante disminución... El gobierno ha emprendido una política de la más estricta economía, al extremo de que Salamanca gasta de su dinero particular en banquetes oficiales y los ministros no tienen chofer ni gasolina para sus autos".

Empero, su sentido de responsabilidad impulsó al presidente a buscar una solución al problema del Chaco por el camino anterior al de las armas: poner una valla al Paraguay, instalando fortines militares a lo largo de todo el territorio que aún no había ocupado, consolidando hasta allí la soberanía boliviana. Existían ya fortines en el sur, cerca del río Pilcomayo, y en el norte. Sólo faltaba la parte del centro, la de mayor dificultad por la carencia de agua. ¿Dónde encontrar recursos pecuniarios? Daniel Salamanca pidió ayuda a Simón I. Patiño, escribiéndole el 10 de agosto de 1931: "La situación económica de Bolivia, lejos de aclararse va oscureciéndose en un grado peligroso... Una desgraciada complicación en estos momentos de aprieto es la situación con el Paraguay. Superfluo me parece decirle que el gobierno de nuestro país no busca un conflicto. Pero no debo ocultar a usted, que es ministro diplomático de Bolivia en Francia que vamos imprimiendo aquí un fuerte impulso a nuestra penetración en el Chaco. Estamos desarrollando un plan preparado a este efecto y tenemos esperanzas de buen éxito. Lo que paraliza nuestros esfuerzos, o por lo menos los agrava deteniéndonos a cada paso, es la falta de recursos. Todas las demoras que desgraciadamente hemos sufrido, así como la pequeñez de nuestras fuerzas en aquella región, se deben a nuestra suma pobreza. Para hacer frente a estos gastos extraordinarios, fuera de la rigurosa economía que ponemos en ellos, vamos haciendo combinaciones y tomando préstamos de fondos ordinarios, préstamos que hay que rembolsar a poco de haberlos tomado. Esto se va haciendo imposible y antes de mucho nos veremos en la necesidad de abandonar esta empresa, si no podemos conseguir un fondo extraordinario para atenderla. Esta es la situación que me obliga a acudir a su patriotismo, sobreponiéndome al disgusto que me causa el tener que molestarle. Ya sé que usted mismo no está en situación desahogada a causa de la baja del precio del estaño. A pesar de saberlo pido su ayuda para conservar, para defender y para dominar el Chaco y para incorporarlo a la soberanía de Bolivia, hasta donde sea posible tener éxito en esta empresa. Como hemos obrado y seguiremos obrando con extrema economía, creo

que la cantidad que en último término ha de necesitarse para cubrir lo gastado y atender a esa obra en el futuro, dentro de este año, no será muy grande. Estimo que ese total puede calcularse en un máximo de medio millón de bolivianos. Mucho agradeceré a usted que por cable me anticipe su respuesta con la palabra "posible" o "imposible".

Simón I. Patiño facilitó un préstamo de 50.000 libras esterlinas, sin intereses. El presidente Salamanca volvió a escribirle el 21 de octubre del mismo año: "El préstamo acordado por usted será aplicado a los gastos extraordinarios ocasionados por nuestra acción en el Chaco. No se trata de disputar territorios usurpados por el Paraguay, respecto de los cuales guardamos una rigurosa prudencia para evitar un conflicto. Es así que nosotros mismos hemos propuesto un pacto de no agresión que luego se gestionará en Washington. Nuestra acción se reduce a la rápida y efectiva ocupación de las regiones todavía desiertas del fondo del Chaco, a fin de incorporarlas a nuestra soberanía, adelantándonos a la acción paraguaya... El gobierno no desea ni puede desear una guerra que por ahora sería insensata; pero desea aprovechar la paz para asentar el dominio boliviano en ese territorio".

Más, el presidente Salamanca con su plan de penetración al Chaco aproximó material inflamable al combustible que habían acumulado durante 50 años las desintelencias de la diplomacia y la intransigencia paraguaya. Las circunstancias burlaron su intención de salvar para Bolivia una parte del Chaco sin recurrir a los cañones. El ejército boliviano, al buscar territorios todavía no ocupados por el Paraguay, encontró una laguna, un oasis milagroso en la inmensa sequedad chaqueña. Pero los paraguayos la habían encontrado primero. Tenían instalado un grupo pequeño de soldados a su vera. Las tropas bolivianas lo desalojaron a tiros. Los paraguayos volvieron, primero con un destacamento de 80 hombres y luego con otro de 300 y recuperaron el dominio del lugar. Estos tres choques encendieron la chispa de una conflagración que durante tres años ardió desde laguna Pitiantuta hasta los faldíos de los Andes, y en la que se inmoló la juventud de las dos naciones.

Como represalia por la pérdida de Pitiantuta, Bolivia conquistó el fortín paraguayo Boquerón. Allí, 500 bolivianos, durante un mes y medio, con pocas armas, escasa munición, famélicos y sedientos, sin más sostén que su coraje, resistieron el asedio

de 10.000 paraguayos, Esta gesta exacerbó la belicosidad y el nacionalismo de los dos países. Después de Boquerón fue ya imposible detener el desboque del apocalíptico corcel de la guerra.

Los paraguayos avanzaron adueñándose de los fortines Arce y Alihuatá. Los bolivianos reaccionaron delante de Saavedra y contraatacaron rescatando Alihuatá y amagando Arce y Gondra. Una nueva ofensiva paraguaya resultó en la batalla de Alihuatá y en el rodeo de los mejores 10.000 hombres del ejército boliviano, que cayeron prisioneros. Este triunfo sobre dos tercios de las fuerzas bolivianas, hizo creer al Paraguay que había ganado la guerra y podía imponer la paz en las condiciones que mejor le conviniera. Planteó un armisticio para dejar actuar a una comisión de la Liga de las Naciones que se encontraba en el terreno y a la Séptima Conferencia Panamericana que se reunía en Montevideo.

El gobierno boliviano estaba lejos de considerarse vencido. Salamanca pensó que hacer la paz en las circunstancias creadas por la claudicación de la mayor parte del ejército, podía causar la inmersión del país en un largo período de desaliento y hasta de desintegración. La lucha debía continuar. Cambió por cuarta vez al comandante de las fuerzas en campaña, hizo nuevos llamamientos de reservistas y dispuso la organización de un nuevo ejército, mejor equipado que el anterior.

Para allanar el problema de la falta de recursos financieros, acudió otra vez a Simón I. Patiño, pidiéndole un préstamo de 500.000 libras esterlinas. "Le encarezco -le dijo por cable- la necesidad de otorgar el préstamo para salvar al país en este momento demasiado difícil". El Ministro de Hacienda, Joaquín Espada, cablegrafió por su parte a Patiño el 19 de enero de 1934: "En nombre del Presidente de la República y de acuerdo con el consejo de ministros, le encarezco acceder al préstamo de las 500.000 libras ... El gobierno considera que el servicio que le pide en esta oportunidad al hijo más acaudalado de Bolivia, confiando en su alto patriotismo, es el más importante de los que puede otorgar a la defensa nacional, porque servirá para reorganizar al ejército después de contrastes militares que parecieron destruirlo material y moralmente por tercera vez. Es para armar a los nuevos contingentes y asistir con material bélico suficiente a las tropas del Chaco, que el gobierno, una vez más, apela a sus nobles sentimientos". Patiño contestó: "Ante todo soy boliviano y es mi deber ayudar a mi país hasta donde me sea posible".

Como no disponía de recursos en efectivo, obtuvo las 500.000 libras del Banco Anglo Sudamericano de Londres, bajo su garantía.

La guerra duró otro año y medio más. La suerte de las armas continuó adversa a Bolivia. Su ejército tuvo que ir cediendo territorio, acosado por un enemigo que se desplazaba con habilidad felina en el laberinto de árboles y zarzales. Las tropas bolivianas sólo se sintieron seguras cuando se atrincheraron en los bordes del Chaco, con las familiares montañas de la cordillera andina en su inmediata retaguardia. El Paraguay intentó en vano seguir adelante y conquistar la zona petrolífera.

Salamanca viajó al Chaco a cambiar por quinta vez al comandante del ejército. Este y otros jefes militares decidieron no aceptar esa determinación y derrocar al presidente. De todas las revoluciones o golpes de Estado en Bolivia, esta fue una de las más grotescas. Se extrajeron tropas de las trincheras y en plena zona de operaciones, a doce kilómetros del enemigo, los principales jefes hicieron apuntar cañones a la residencia donde se alojaba el envejecido jefe del gobierno, la rodearon de soldados armados con fusiles y ametralladoras, y con actitudes valentonas, incitadas en algunos de ellos por el alcohol libado durante la noche de vigilia, aprisionaron a su víctima y más tarde le exigieron su renuncia. Salamanca firmó el documento casi gozoso de que los militares, a quienes nunca había estimado y a quienes culpaba de los desastres de la guerra, quitasen de sus espaldas una cruz que se le había hecho demasiado pesada y se condenasen a sí mismos ante el juicio de la historia, con un acto que por el lugar y las circunstancias en que se producía tenía características de una traición a la Patria.

Los revolucionarios presionaron al vicepresidente José Luis Tejada Sorzano a que asumiera la presidencia mientras ellos terminaban la campaña bélica.

Los ejércitos continuaron luchando varios meses más, sin poder alterar la situación general. La guerra terminó por el cansancio de gobiernos, comandos, combatientes y población civil de retaguardia.

El puma indio había bajado de las montañas queriendo abreviar en el río que corría en el confín de sus dominios. Tropezó con el jaguar guaraní que se había instalado en la mitad de la planicie boscosa. El jaguar más acostumbrado a la maraña de la selva, rodeó repetidas veces a su rival y lo atacó por la espalda. El puma retrocedió

hasta apoyar sus cuartos traseros en la cordillera. Allí siguió luchando sin recular más. Ambas fieras continuaron dándose de zarpazos hasta quedar exhaustas. Sólo entonces dejaron de agredirse y trocaron su fiereza por mansedumbre, para convivir en paz.

* * *

Al suspender el servicio de su deuda externa en 1930, Bolivia perdió su crédito en el exterior. El gobierno financió la guerra con los recursos que pudo generar dentro del país. Esto se acomodaba al temperamento del presidente Salamanca. Trató de manejar la economía de la república, aún en las circunstancias extraordinarias de una guerra, con la misma parsimonia que una buena ama de casa controla el presupuesto familiar. No se debía gastar más de lo que se tenía. La vida de la nación y el sostenimiento del ejército en campaña tenían que acomodarse a los medios disponibles. Nadie había criticado más que él el despilfarro de gobiernos anteriores y el haber hipotecado al país a la rapacidad de prestamistas y especuladores extranjeros.

El gobierno obtuvo del Banco Central sucesivos préstamos que totalizaron 370 millones de bolivianos (aproximadamente 228 millones de dólares). La emisión de papel moneda aumentó de 38 millones en 1932 a 400 millones hasta 1935, con un respaldo de sólo 400.000 libras esterlinas. Las compras de armamentos (además de los recibidos según el contrato de 1928 con la fábrica Vickers, de Inglaterra), la munición y otros materiales requeridos del extranjero, se pagaron obligando a las empresas mineras a entregar un 50 por ciento de sus giros en el exterior, al cambio de 20 bolivianos por libra esterlina. El gobierno vendía estos giros o divisas al comercio importador a 40 y 50 bolivianos, y desde enero de 1934 a 80 bolivianos la libra, obteniendo el beneficio de la diferencia.

Las empresas mineras otorgaron también préstamos en proporción a sus cuotas de exportación de minerales, por un total de dos millones de libras esterlinas. El Grupo Patiño facilitó 67.548 libras (en diciembre 1932), 500.000 libras (en agosto y septiembre de 1934), 250.000 libras (en diciembre de 1934), 125.000 y 143.000 (en febrero de 1935) y 456.000 (en junio de 1935), haciendo un total de 1.041.000 libras esterlinas aparte del préstamo de 50.000 libras para el plan de penetración al

Chaco, en 1930, 130.000 libras para la repatriación de prisioneros en 1936 y la donación de dos aviones Junkers y de un millón de bolivianos para un hospital de tuberculosos en La Paz.

De las otras empresas mineras, el Grupo Mauricio Hochschild prestó un total de 315.000 libras, el Grupo Aramayo 169.000, la "Bolivian International Mining Corporation" 36.000, "Fabulosa Mines" 26.000, "Trepp y Compañía" 13.000 "Empresa Minera de Avicaya" 10.000", Bebin Hermanos" 7.200 y "Empresa María Teresa" 1.050 libras.

Habría sido imposible para la minería del estaño prestar esta ayuda al esfuerzo bélico si el precio del estaño no hubiera comenzado a mejorar desde principios de 1934, gracias a la enérgica política del Comité Internacional de Londres. Tan pronto como mejoró la situación del mercado se aumentaron las cuotas de los países miembros a 40 por ciento en el primer trimestre de 1934 y a 50 por ciento el resto del año.

En Bolivia las empresas tuvieron que recurrir a sus reservas de mineral para poder cumplir con este aumento de cuotas, pues la falta de brazos hacía imposible la reactivación de los trabajos. En Llallagua más de 2.000 trabajadores, entre empleados y obreros, habían sido enrolados en el ejército en campaña. Un informe del gerente anotó: "La falta de brazos es especialmente sentida en el interior de la mina. Es muy difícil conseguir barreteros con experiencia. Casi una mitad de la mina continúa paralizada. Los niveles debajo de Siglo XX continúan inundados". Otro informe, de principios de 1935, añadió: "Los reclutamientos para la guerra se han llevado muchos de los elementos más capacitados entre obreros y empleados. Hemos obtenido reemplazos con mucha dificultad, en su mayoría indígenas sin experiencia, que en el mejor de los casos no aceptan trabajar por más de unos pocos meses. Como una alternativa experimental, trajimos obreros de los países vecinos, con resultados nada satisfactorios".

Para aliviar en algo la situación, el gobierno decretó en 1934 que los trabajadores de las minas quedaban excluidos de concurrir a la campaña del Chaco.

La contratación de obreros en Perú y Chile ocasionó más dificultades que beneficios. El subgerente de la Patiño Mines comunicó el 3 de agosto de 1934: "Desde un principio nos dimos cuenta de los peligros de importar obreros del exterior para

reemplazar a los nacionales que se habían incorporado en el ejército; pero en vista de la acción del gobierno y en vista de las instrucciones urgentes recibidas para el aumento de nuestra producción, nos vimos obligados a adoptar esta medida. En primer lugar, importamos 240 peruanos, que desgraciadamente resultaron muy deficientes. Después obtuvimos permiso para traer 800 mineros chilenos. Enviamos a dos empleados de confianza a Antofagasta. Allí fueron notificados por el Departamento Chileno del Trabajo que el primer contingente debía seleccionarse entre los desocupados de ese puerto. Esa misma oficina también estipuló que el jornal mínimo debía ser de 4.50 bolivianos por jornada de 8 horas, que también era el jornal acordado para los obreros contratados en Chile por la firma Mauricio Hochschild. Se seleccionó 185 hombres. Muchos de ellos nunca habían trabajado en una mina. Al comienzo de los trabajos con esa gente se produjo un conflicto social con reclamaciones contra el aprovisionamiento de víveres en las pulperías. Los obreros bolivianos y peruanos, cuyo jornal mínimo era 3 bolivianos, reclamaron a su vez por la diferencia entre sus emolumentos y los de los chilenos. Agitadores chilenos incitaron a los bolivianos y peruanos a una huelga. En esos momentos llegó el segundo contingente de 205 chilenos contratados en el distrito de Copiapó. - Un pequeño número de obreros bolivianos y peruanos se plegaron a la huelga de los chilenos el día 9. Otras secciones se agregaron el día 10. El movimiento se hizo general. Los trabajos en el interior de la mina se paralizaron el 11, 12 y 13 de julio. En la tarde del viernes 13 el subprefecto de la provincia indujo a los nacionales y peruanos a regresar a los trabajos desde el día siguiente. Así lo hicieron. Los problemas con los chilenos se resolvieron en una reunión con seis de sus representantes, un delegado del gobierno, el subgerente de la empresa, el comandante de la Primera División del Ejército y el prefecto de Oruro. Se comprobó que entre los chilenos había 22 agitadores cuya deportación quedó acordada. A los huelguistas chilenos se les dio un plazo de 48 horas para volver a sus labores o ser repatriados. Una mitad resolvió quedarse. La otra mitad, entre agitadores, enfermos y descontentos, escogió volver a Chile. El tercer enganche de chilenos, que estaba en camino al comenzar la huelga siguió viaje a Llallagua. Al presente tenemos 300 obreros de esa nacionalidad trabajando en la empresa. Parecen estar contentos y se van adaptando a las condiciones de vida en Bolivia".

CAPÍTULO 14

SOCIALISMO DE ESTADO Y DIVISAS

Los 54 años transcurridos entre el nacimiento de la república y la Guerra del Pacífico pueden considerarse como los de la infancia política de Bolivia. Los 52 años siguientes representaron su adolescencia. Los sufrimientos de la Guerra del Chaco le dieron su mayoría.

Doscientos cincuenta mil miembros de sus generaciones jóvenes fueron movilizados para defender la quinta frontera de la patria. Cincuenta mil quedaron allí, para siempre, marcando con sus blancos esqueletos el territorio perdido. De los que volvieron, una mayoría se reincorporó silenciosamente a la vida cotidiana, ocultando su congoja y tratando de olvidar los tres años de heroísmos inútiles. Otros retornaron dispuestos a trocar su amargura y su experiencia en acción renovadora, en condenación del pasado, en la estructuración de una patria nueva.

Los dirigentes de los partidos antiguos y los jefes del ejército se aprestaron, también, a ocupar el escenario político de la posguerra para defender sus posiciones tradicionales.

Finalmente, los elementos de izquierda, que condenaron la masacre y prefirieron salir desterrados antes que empuñar el fusil, reingresaron a la república enarbolando las banderas de Marx y Lenin, decididos a propagar su doctrina. El primero en convertir las intenciones en acción fue el ejército. A los pocos meses de terminada la contienda bélica quitó el mando de la nación al presidente Luis Tejada Sorzano, frustrando los pronósticos del Partido Liberal y de otros grupos políticos que se aprestaban a dirimir supremacías en una elección democrática.

El ejecutor del golpe de Estado fue el teniente coronel Germán Busch, que comandaba las fuerzas de guarnición en La Paz. Contó con la colaboración del partido de Bautista Saavedra, los socialistas de la época de Hernando Siles y pequeñas agrupaciones nuevas.

El propio Tejada Sorzano narró así la conclusión de su gobierno: "El 17 de mayo de 1936 dormía tranquilo en mi residencia particular, cuando más o menos a las 7.30 de la mañana fui despertado por la ciudadana de mis hijos, que me dijo que en la puerta de entrada se encontraban algunos civiles y militares, que decían buscarme

por orden del teniente coronel Busch. Conocedor desde tiempo atrás de trajines revolucionarios entendí que mi mandato había terminado. Indiqué que se dijera a los comisionados que estaba en cama y que podría recibirlos a las 9. Los comisionados se fueron. Poco después se recibió en la casa un mensaje telefónico descomedido, en sentido de que Busch no podía esperar y que si no se abría la puerta de ingreso a la casa sería violentada a balazos. Me vestí e hice decir que esperaba a los comisionados. Mientras ellos llegaban, redacté una breve proclama a la nación, renunciando a la presidencia... Los comisionados se presentaron a las 8.15. Eran Francisco Lazcano Soruco, Luis Iturralde Chinel y dos oficiales del ejército cuyos nombres no conocía. Lazcano Soruco me extendió la mano que yo no quise estrechar. Me dijo: "El ejército en unión con las fuerzas de izquierda y respondiendo a un anhelo nacional ha organizado esta mañana un nuevo orden de cosas y nos ha enviado para notificarle". Respondí: "La situación no me tomó de sorpresa. Dígame al coronel Busch, sin tergiversar mis palabras, que no he cesado de elogiar su caballerosidad y su valor militar y que deploro por él que le hayan colocado en esta situación. La notificación que me hacen ustedes importa para mí una liberación, pero estoy seguro que ustedes están asesinando a la patria por la espalda...".

Busch llamó a su ídolo, el general David Toro, que seguía en el Chaco dirigiendo la desmovilización de las tropas, para entregarle el mando de la nación. Toro había probado ya las fruiciones y emociones del poder cuando fue Ministro de Gobierno del presidente Hernando Siles y quedó como jefe virtual del país, por algunos días, cuando Siles dejó la silla presidencial para facilitar la maniobra que tenía que dar apariencia legal a su reelección. Este era el antojo que la ciudadanía boliviana nunca ha podido aceptar. La alternabilidad de personas en el Palacio de Gobierno y la consiguiente apertura de oportunidades para los que durante cuatro años han esperado su turno para ocupar situaciones públicas, es regla elemental en el menudo juego de la política boliviana. El intento de Siles provocó una revolución que le costó el asalto de su casa, su asilo en una legación extranjera y el exilio, lo mismo que a David Toro y otros personajes del gobierno derrocado.

Durante la Guerra del Chaco, David Toro fue Jefe de Operaciones, Comandante del Primer Cuerpo de Ejército, Comandante del Cuerpo de Caballería y Jefe del Estado

Mayor del Ejército. Tuvo la habilidad de reunir en sus puestos de mando una pequeña corte de militares jóvenes y de intelectuales sobre los que reinaba supremo con su personalidad carismática, su jocundia y su franco goce de los placeres de la buena mesa, la bebida y el amor. Los militares jóvenes eran seleccionados entre los de más prestigio en su grado y le servían para influir sobre el resto de la oficialidad. Los intelectuales eran los socialistas que pocos años antes tuvieron su primera experiencia política, cuando el presidente Siles formó con ellos su propio partido para independizarse de la tutela de Bautista Saavedra, de quien había heredado el mando. La "corte" tenía hasta dos poetas, uno sirviendo de bufón y el otro de juglar.

En la primera etapa de la Guerra del Chaco, Víctor Ustáñez y Germán Jordán fueron la encarnación de lo mejor del oficial boliviano en coraje y patriotismo. A la muerte de uno y otro, el capitán Germán Busch, por sus audaces excursiones detrás de las líneas enemigas y como comandante del regimiento Lanza, fue el heredero de la aureola de heroísmo y popularidad. En la mitad de la campaña, cuando se reorganizaba un nuevo ejército después del desastre de Alihuatá y Campo Vía, Toro se hizo cargo del Primer Cuerpo. En esos días Germán Busch volvió de una corta licencia en retaguardia. Toro lo invitó a quedarse a su lado, Busch declaró que prefería seguir combatiendo en primera línea al lado de sus camaradas del Lanza. Toro lo tentó y convenció ofreciéndole, pese a su completa ignorancia en el comando de grandes unidades y su juventud de sólo 29 años, la jefatura del Estado Mayor del Primer Cuerpo. El "camba" Busch se convirtió en el favorito del general Toro y en el niño mimado de la "corte". Por primera vez oyó hablar de política a sus actores inmediatos. Su alma ingenua y romántica le hizo creer que había ingresado a un cenáculo de elegidos del destino que iban a labrar la grandeza y prosperidad de Bolivia.

David Toro llegó a La Paz al cuarto día del golpe de Estado trayendo consigo un acta firmada por los oficiales del ejército en el Chaco, como justificativo de que ingresaba al Palacio de Gobierno no por ambición personal sino por invocación patriótica de sus camaradas. Era bastante inteligente para saber que mejor habría sido escalar a la cúspide mediante elecciones, pero tenía también suficiente astucia para darse

cuenta de que el golpe de Estado le brindaba una oportunidad que tal vez no sería posible en un comicio popular.

Al asumir la Presidencia de la República David Toro declaró: "El golpe de Estado tuvo una gestación laboriosa, con el consenso unánime del ejército, cuya ideología es concordante con la nueva ideología del país. Su firme intención es implantar el socialismo de Estado, con el concurso de los partidos de izquierda".

El socialismo de Estado se expresó implantando la sindicalización obligatoria de los trabajadores, la creación de un Ministerio del Trabajo (a cargo del dirigente obrero Waldo Álvarez), la organización de un Banco Minero (con contribución financiera de las empresas mineras), la instalación de almacenes de comestibles en las ciudades bajo el control del gobierno y la espectacular expulsión y confiscación de los bienes de la poderosa empresa petrolera norteamericana Standard Oil Company.

La situación económica no mejoró después de la guerra del Chaco. Más bien empeoró. El gobierno tenía mayores gastos y la inflación monetaria galopó sin freno. Por lo demás, la guerra había cambiado la docilidad de la población en rebeldía. Sólo el indígena del campo seguía en su rol de mustia Cenicienta.

La fuente más rica de recursos para el Estado durante la guerra había sido la obligación impuesta a las empresas mineras de entregar la mitad de sus ingresos en moneda extranjera por un precio en moneda boliviana fijado al arbitrio del gobierno y suficientemente bajo para que éste obtuviese una muy buena utilidad en su reventa a los comerciantes, dueños de fábricas y público en general.

Durante los regímenes de Tejada Sorzano y Toro, y luego en el de Busch, los mineros reclamaron una y otra vez que se les rebajase la cantidad de divisas que debían entregar y también un mayor precio por ellas. Su principal argumento era que si bien aquella exacción pudo justificarse en las circunstancias extraordinarias de un conflicto bélico, resultaba injusta al haber retornado la normalidad a la vida nacional.

Simón I. Patiño instruyó en un cable de 27 de abril de 1936: "Sírvese expresar al gobierno que la elevación en la entrega de divisas al 65 por ciento podría causar la clausura de los trabajos mineros. Habiendo cesado la guerra, las empresas no pueden continuar trabajando en la forma actual, estúpidamente antieconómica, agotando sus reservas". Y el 12 de octubre del mismo año: "La Asociación de

Industriales Mineros debería convencer al gobierno sobre la necesidad urgente de modificar la situación actual que es insostenible para la minería. Los intereses económicos del país, más que los de las empresas mismas, imponen modificar radicalmente el régimen de entrega de divisas hasta volver a la normalidad. Nuestra compañía está trabajando desde 1930 a pérdida y está agotando sus reservas de mineral sin otro resultado que acumular grandes sumas en moneda boliviana inconvertible y de valor incierto".

Miguel Etchenique, representante de Patiño Mines en La Paz, escribió a la oficina central de Oruro, el 12 de marzo de 1937: "Ayer vino a mi oficina don Raúl Gutiérrez Granier, asesor del Ministerio de Hacienda, y expresó que era posible llegar a un acuerdo sobre la base de reducción en la entrega de divisas al 25 por ciento, pero a condición de que se aumentasen las exportaciones de estaño en un 50 por ciento con relación al año anterior".

Etchenique pidió audiencia en el Palacio de Gobierno. Fue recibido por el presidente Toro y todos sus ministros. Hizo una explicación de la ayuda prestada al Estado por la

Patiño Mines entre 1931 y 1936, que sólo en entrega de divisas llegó a un valor de seis millones de libras esterlinas. Arguyó sobre la imposibilidad de que las empresas mineras pudiesen continuar con la pesada carga de entregar gran parte de sus ingresos en moneda extranjera al gobierno a cambio de una moneda depreciada. El jefe del Estado y algunos de sus colaboradores insistieron en la urgencia de que se aumentase la producción como requisito previo para una rebaja en la entrega de letras de cambio. Al terminar la reunión el representante de Patiño fue notificado en forma clara que si no se incrementaba la producción el gobierno tendría que tomar medidas extremas. Se le dio a entender que el Estado se vería en la necesidad de intervenir las minas haciéndose cargo de su explotación.

Simón I. Patiño cablegrafió desde París: "Si consiguiéramos suficientes obreros experimentados y dentro de un régimen equitativo de entrega de divisas, estaría en el propio interés de la empresa aumentar su producción todo lo que sea posible. El gobierno podría cooperar a ello aumentando el cambio de divisas a 60 bolivianos, permitiendo así un aumento de salarios que atraiga más trabajadores a las minas. Si el gobierno mantiene su exigencia fuera de toda equidad y del interés del país

mismo tendremos que tomar nuestras resoluciones para defendernos de las medidas atentatorias que se anuncian por todos los medios legales a nuestro alcance. No se comprende cómo el gobierno trata este asunto violentando la situación, en vez de buscar un acuerdo con las empresas, cuyo buen manejo ha contribuido al progreso del país y al sostenimiento financiero de la guerra del Chaco".

Miguel Etchenique comunicó a París el 7 de marzo de 1938: "Las gestiones que durante meses venimos realizando para obtener una revisión en la entrega de divisas y un mejor cambio han sufrido considerable entorpecimiento debido a la disminución del precio del estaño y a la restricción en los cupos de exportación acordada por el Comité Internacional de Londres. En no menos de cuatro oportunidades llegamos a acuerdos satisfactorios con el ministro de Hacienda, pero en otras tantas dicho funcionario expresó que se veía en la necesidad de retractarse de las promesas que había formulado, no obstante que en dos ocasiones dichos acuerdos fueron tomados con la participación del mismo presidente. El día 5 de los corrientes los representantes de las empresas mineras y de la pequeña industria fuimos convocados a una reunión en el Ministerio de Hacienda, con el objeto de hacernos conocer las medidas que el gobierno se disponía a adoptar. El ministro hizo una larga exposición sobre la situación económica del país para demostrar que con el precio actual del estaño y con las exportaciones restringidas, era materialmente imposible hacer frente a las más premiosas necesidades de la república. Recalcó la gravedad que revestía la situación y la crisis violenta que súbitamente se encontraban atravesando tanto el comercio como las fábricas.

Añadió que frente a esta emergencia y dada la aguda escasez de divisas, el gobierno creía indispensable tomar medidas inmediatas para aumentar sus disponibilidades en moneda extranjera subiendo los porcentajes vigentes de entrega de divisas".

El gerente general de la Patiño Mines, en su informe correspondiente a 1938, comentó que el compromiso adquirido con el gobierno de producir alrededor de 800 toneladas mensuales de estaño se veía complicado por el problema de la escasez de brazos subsistente desde la guerra del Chaco. Para cumplir tal promesa se estaban explotando reservas en desmontes y rellenos, perjudicándose el futuro de la

empresa. La mina era muy grande. Tenía más de 215 kilómetros de laboreo accesible, en los que se hallaban 46 vetas principales y 1.100 ramificaciones. Se requería un mínimo de 2.500 trabajadores en el interior de la mina para hacer un trabajo racional. El sistema de traer obreros por medio de enganches estaba resultado ineficaz y costoso. La empresa tenía sus propios reenganchadores, como otras compañías mineras, pero se tenían que erogar fuertes sumas para pagar el transporte y los gastos de alimentación y alojamiento de los reenganchados desde sus lugares de origen hasta Llallagua. Lo normal era que la gente sólo aceptase contratos de 90 días, aprovechando del sistema para hacer turismo por los distritos mineros del país por cuenta de las empresas. En 1938 se reengancharon 6.800 trabajadores nuevos en la Patiño Mines pero de estos sólo 1.900 permanecieron en la empresa más de tres meses para hacer labores en el interior de la mina.

Durante los 13 meses que duró el período presidencial del general David Toro sólo ocurrió un conflicto social en Llallagua. El 2 de marzo de 1937, a las 11 de la mañana, 3.000 obreros se agolparon delante de las oficinas de la gerencia. Su actitud fue pacífica en un principio, mas no tardó en excitarse y tornarse agresiva. Volaron algunas piedras que rompieron vidrios. Se exigió un aumento de 50 por ciento en los jornales para compensar la elevación en el costo de vida ocasionado por la inflación monetaria, mantenimiento de los precios baratos en las pulperías y mejoras en los campamentos. Carlos Garret y el capitán Francisco Barrero intervinieron como mediadores. Lograron que se disolviese la poblada y se reunieron en el pueblo de Llallagua con seis representantes de los obreros en huelga. A continuación, acompañados por el subprefecto de la provincia Bustillo, capitán Elías Belmonte, visitaron al gerente Pickering para hacerle conocer las exigencias de los obreros. El gerente aceptó elevar los jornales, pero siempre que se pudiesen aumentar proporcionalmente los precios de los artículos en las pulperías para aliviar el enorme déficit que arrojaban en sus balances. Los mediadores explicaron el resultado de su misión a una concentración general de trabajadores en Siglo XX. Estos aceptaron la oferta y el 4 de marzo volvieron a sus tareas.

Lo ocurrido en Llallagua animó al gobierno a decretar un aumento general de jornales en todas las empresas mineras del país y elevación proporcional de los

precios en las pulperías. En la "Compañía Unificada del Cerro de Potosí", de Mauricio Hochschild, los trabajadores no aceptaron el segundo punto. Atacaron y saquearon las pulperías y la casa del administrador. La fuerza pública encargada de mantener el orden hizo disparos y se produjeron bajas. Los obreros de Pulacayo estuvieron en huelga durante tres días.

En el período que analizamos continuaron las desinteligencias entre las empresas Patiño Mines y Mauricio Hochschild con relación a las cuotas de exportación de barrilla. Simón I. Patiño cablegrafió a su casa central en Oruro, en 1938: "Todos los argumentos de Hochschild son falsos y tienden a obtener una cuota alta para exportar el estaño que obtiene mediante rescate con grandes utilidades, como hizo durante la guerra del Chaco". El gerente Pickering escribió en septiembre del mismo año: "El doctor Rivera y los señores Mariaca Pando y Etchenique han tratado de frustrar los propósitos del señor Hochschild y de su presente aliado el señor Aramayo. Dichos esfuerzos han tomado la forma de polémica de prensa y exposiciones verbales y escritas al gobierno. No obstante, parece que estamos perdiendo terreno. Mientras las empresas del Grupo Patiño están obligadas a atenerse estrictamente a sus reducidas cuotas, las de Hochschild y Aramayo siguen exportando cantidades mayores a las que les corresponde. Si se juzga por los resultados obtenidos, tenemos que admitir que el señor Hochschild es hombre muy capacitado. En el transcurso de 10 años, de simple rescatador de minerales ha llegado a constituirse en factor importante en la producción y exportación de estaño en Bolivia". Por su parte, Miguel Etchenique comentó: "Ayer tuve una entrevista con el ministro de Hacienda ante el cual hice constar nuestra protesta por la forma como se viene tratando el asunto de las cuotas de exportación, que lastima nuestros derechos en beneficio de los grupos Hochschild y Aramayo. Las repetidas gestiones que hoy día he hecho para entrevistar al presidente han sido inútiles. Las informaciones que me llegan de diversas fuentes inducen a pensar que hay evidente parcialidad en favor del Grupo Hochschild por parte del Ministro de Minas Dionisio Foianini".

El antagonismo se extendía hasta el exterior. Uno de los personeros de la Consolidated Tin Smelters (subsidiaria de la Patiño Mines) escribió al gerente de la empresa Homental, de Londres, llamando su atención por haber ayudado a

Hochschild con un préstamo para su contribución al Buffer Stock: "Usted sabe que Hochschild -le dijo- ha conseguido recientemente que se reduzca la cuota de exportación del Grupo Patiño de 53 por ciento a 48 por ciento. Esto perjudica a la Consolidated Tin Smelters. Siendo usted miembro del directorio de esta compañía debería comprender que la ayuda a Hochschild se refleja en perjuicio de nuestros intereses".

La luna de miel de Bolivia con el socialismo de Estado de David Toro se agrió pronto. A los partidos de derecha les parecía que la orientación con la que se estaba gobernando era peligrosa para la economía del país. Los de izquierda pensaban que las medidas que emanaban del Palacio de Gobierno no eran lo suficientemente avanzadas. Para los excombatientes Toro era el más conspicuo de los jefes que cometieron crasos errores de conducción en la Guerra del Chaco y, por lo tanto, el menos indicado para encabezar la nación en la posguerra.

El historiador Porfirio Díaz Machicao, en su libro "Toro, Busch, Quintanilla" comenta de este período: "Aumentó el desconcierto. La situación económica empeoró ostensiblemente. Se produjo el pánico y hubo desórdenes en los mercados por la elevación de los precios en los artículos alimenticios". Y añade refiriéndose a la expulsión de la compañía norteamericana Standard Oil Company: "La euforia (patriótica) empujó la columna de mercurio hacia arriba, en una fiebre de recuperación extraordinaria, pero luego bajó casi al frío intenso, en un ambiente de honda animadversión en contra del gobernante que había jugado realmente una bella carta nacionalista".

Las circunstancias fueron aprovechadas por gentes hambrientas de poder que no tuvieron cabida en la barca de Toro. Trabajaron con su dialéctica en la mente maleable del teniente coronel Germán Busch, Jefe del Estado Mayor General y principal soporte del presidente. Le hablaron de la necesidad patriótica de salvar al país de una situación que día a día se ponía peor. Cantaron alabanzas en sus oídos diciéndole que era el predestinado para salvar a la Madre Patria de todas sus dolencias y darle salud y bienestar.

La Legión de Ex-Combatientes se puso a la vanguardia de los trajines subversivos. Nombró a Busch su Jefe Supremo. Para éste el valor y la lealtad eran las virtudes esenciales en quien pretendía ser un hombre cabal. Tenía en su conciencia que su

coraje había sido probado en el Chaco y que su fidelidad fue premiada, pocas semanas antes, con una "Medalla a la Lealtad" que prendió en su pecho el Presidente de la República. Los promotores intelectuales del complot lograron vencer sus escrúpulos, inducirlo a la traición e impulsarlo a la acción.

El golpe de Estado de 1 de julio de 1937 fue el tercero en el que intervino Busch. Tuvo características diferentes a los dos anteriores. A Daniel Salamanca se lo derrocó mediante una aparatosa maniobra militar cuando el envejecido, cansado y enfermizo presidente estaba casi solo en medio de sus enemigos, a miles de kilómetros del Palacio de Gobierno. El apacible Tejada Sorzano pidió a los revolucionarios que volvieran más tarde porque todavía se encontraba en cama. El golpe contra Toro significó para Busch un penoso conflicto de lealtades que motivó en él, tal vez por primera vez en su vida, una actuación tímida y contradictoria. Sentía por Toro un profundo afecto y una enorme gratitud. Si había llegado a las alturas en que vivía en los últimos años era porque Toro lo había alzado hasta allí, salvándole de la mediocridad a la que habría estado condenado como tantos otros héroes del Chaco.

Toro, el constante optimista, no creyó en las denuncias que llegaban a diario sobre la zancadilla que preparaba su favorito para hacerle caer. Llamó al Palacio de Gobierno al Comandante en Jefe del Ejército, general Enrique Peñaranda, y a Busch, para que éste, delante de aquél, sincerase su conducta como Jefe del Estado Mayor. Busch explicó que lo único que él quería era que se hiciese una consulta a todas las guarniciones militares del país, precisamente para que ratificasen su confianza en el presidente y apuntalasen su gobierno. Ocultó que la mayoría de los jefes de las guarniciones habían sido ya alineados en contra de Toro. El presidente quedó satisfecho. Convocó de inmediato a una reunión de sus ministros para que ellos también escuchasen a Busch y tranquilizasen sus ánimos. En el consejo de gabinete Busch expresó: "Yo quiero al presidente más de lo que él se quiere, más de lo que yo me quiero. Es por eso, por guardar su prestigio, que considero necesaria la consulta al ejército". Concluida la reunión Toro pidió a Peñaranda y Busch que permaneciesen con él para redactar el mensaje a las guarniciones. Busch le reiteró su lealtad: "Vos tenés que comprender, David, que todo se arreglará cuando lleguen las respuestas. Todo se arreglará, David,... todo se arreglará". Cuando Busch

abandonaba la habitación llevando el texto de la consulta al Estado Mayor, el edecán, mayor Antonio Seleme Vargas, se acercó al presidente y mostrándole su pistola exclamó haciendo ademán de salir detrás de Busch: "¿Lo tiro, mi coronel?". Toro le bajó violentamente la mano mientras le decía: "No, Seleme, no... No quiero sangre... Quédese aquí". Resultó la separación final de Toro y Busch. Toro no la presintió así. Sonrió afectuosamente a la fotografía de Busch que tenía sobre su escritorio y que éste le había obsequiado con la dedicatoria. "A mi padre David, Germán". El general Peñaranda y el secretario Walter Montenegro fueron silenciosos testigos del desarrollo de toda la escena.

Más tarde Toro se reunió con su colaborador más íntimo, Javier Paz Campero, y redactó con él su renuncia a la Presidencia de la República. Era el gesto obligado para convencer a la opinión pública de que el ejército estaba en completa libertad para responder al referéndum. Volvería a tomar el mando cuando las guarniciones le hubiesen pedido que continuase como líder de la nación ratificándole su confianza. Estaba seguro de que lo harían así. En las circunstancias políticas que vivía el país el gobierno sólo podía estar en manos de un militar. Él era el único que tenía condiciones de estadista. Peñaranda era un hombre bueno, pero sin carácter ni inteligencia. Busch un niño inculto y alocado. Entre los demás jefes del ejército ninguno tenía popularidad. La renuncia decía así: "Acepté desempeñar la Presidencia de la Junta Militar de Gobierno para servir a la Patria y resguardar el prestigio de la Institución Armada. Cumplí mi deber con abnegación y sacrificio, iniciando la reconstrucción nacional en condiciones que satisfacían el anhelo cívico. Considero, sin embargo, necesaria una consulta al Ejército, para continuar esa obra, siempre que éste me renueve su confianza. Por ello, y a fin de dejar en completa libertad a los señores jefes y oficiales, para pronunciarse conforme a su conciencia, he resuelto dimitir el mando y entregar la Presidencia Provisional al Jefe del Estado Mayor General, teniente coronel Germán Busch, por no haber aceptado ese cargo el Comandante en Jefe del Ejército, general Enrique Peñaranda".

La consulta redactada por Toro no llegó a transmitirse. El capitán Elías Belmonte, el más decidido de los conspiradores, la hizo pedazos cuando Peñaranda y Busch la llevaron a las oficinas del Estado Mayor, aduciendo que podría tener efectos contrarios a los perseguidos, y que el golpe debía llevarse adelante sin más demora.

En vista de esto, el general Peñaranda decidió no seguir participando en el asunto y se retiró a su casa, dejando el campo libre a Busch.

David Toro comenzó a abrir los ojos a la cruda realidad esa misma noche cuando las tropas que rodeaban el Palacio de Gobierno impidieron su salida con el pretexto de que debía permanecer allí por su propia seguridad. Pasó la noche en compañía de Walter Montenegro. Al día siguiente se le permitió ir a su domicilio particular. Recibió la visita de sus adictos. Al término de la jornada la casa fue cercada por numerosa guardia con la explicación de que era para custodiar su persona. El día 15 el capitán Elías Belmonte, ahijado de Toro y brazo derecho de Busch en el complot, invitó a Toro a ir con él al Estado Mayor haciéndole creer que las respuestas de las guarniciones comenzaban a llegar. La esposa de Toro se empeñó en acompañar a su marido. Cuando ambos estuvieron en un automóvil, se aproximaron varios camiones llenos de policías. Toro fue trasladado a uno de ellos y en vez de ser conducido a la entidad castrense se lo transportó al aeropuerto donde se lo puso bajo custodia de algunos cadetes. Pocas horas después fue desterrado a Chile.

CAPÍTULO 15

LECTADURA Y SUICIDIO

Germán Busch asumió el poder en el mismo momento que conoció la renuncia de Toro el 13 de julio de 1937. Emitió un decreto proclamando que tomaba el puesto de Presidente de la Junta de Gobierno "en propiedad".

La población de las ciudades exteriorizó mucha simpatía por el joven militar de 32 años encaramado en la silla presidencial. Políticos profesionales o noveles se ufanaron en ganar influencia sobre él para valerse de su ingenuidad e inexperiencia en servicio de sus intereses de grupo o personales. La Legión de Ex-Combatientes, que había actuado como palanca para su exaltación al poder, se consideró la base civil de su gobierno y la elegida para encabezar la marcha hacia nuevas conquistas políticas y sociales.

Busch fue inducido a convocar a elecciones para una Asamblea Constituyente que legalizase su situación como jefe del Estado. Se determinó que los elegidos tendrían mandato funcional y sectorial en substitución al de los tradicionales distritos electorales. Era la oportunidad que esperaban elementos nuevos que desde la Guerra del Chaco alimentaban ambiciones de figuración política mezcladas con ideales de construir una patria nueva. Los partidos Liberal y República no Genuino decidieron abstenerse de participar en los comicios aduciendo que no existía suficiente libertad para una justa realmente democrática. Esto aumentó las posibilidades de aquellos. Resultaron diputados en la convención individuos que representaban toda la gama de las ideologías nuevas que fermentaban en el país. La asamblea reunió por primera vez en la historia de Bolivia a algunos viejos políticos al lado de dirigentes de la clase obrera, intelectuales de izquierda, excombatientes y hasta un representante de la clase indígena. "El Diario" de La Paz calificó la convención de "conglomerado de escolares impacientes, atropellados y personalistas".

Uno de los primeros actos del cónclave fue proclamar a Germán Busch Presidente Constitucional de la República y al intelectual Enrique Baldivieso, vicepresidente.

En sesiones posteriores "los escolares impacientes" discutieron y aprobaron una nueva Constitución Política entronizando ideas socialistas en la ley fundamental de

la nación. Era el golpe de gracia al caduco liberalismo. En adelante la propiedad privada sólo era legítima cuando cumplía una función social y el Estado se convertía en el regulador de la economía.

En agosto Busch se presentó ante la convención y leyó un mensaje dando cuenta de lo que había sido su administración hasta entonces. Pidió que se aprobase el Tratado de Paz y Amistad con el Paraguay dado a luz por una conferencia de diplomáticos que lo gestaron laboriosamente durante tres años.

La ingenuidad y franqueza casi infantil de su carácter, la pasión de su amor por Bolivia, la belicosidad germánica heredada de sus antepasados paternos y su romanticismo, convirtieron a Busch en la víctima en vez del amo en un mundo político en el que se entrecruzaban la astucia, las intrigas, la adulación y las deslealtades.

En abril de 1939, por consejo de sus áulicos y por sus inclinaciones de orden militar, creyó que la mejor manera de curar todos los males de la nación era hacerse dictador y tomar medidas enérgicas directas. Su única escuela había sido el cuartel y en él se educó bajo una disciplina rígida. No entendía las sutilezas y complejidades del turbio juego democrático. Le gustó la idea de manejar la república como un regimiento, dando órdenes que los demás tendrían que obedecer subordinadamente. Explicó en un manifiesto: "No recelo en afirmar que el país atraviesa un período de tremenda descomposición y de quiebra de todos sus valores... Con la misma fe, con el mismo espíritu de sacrificio con que defendí a Bolivia en los campos de batalla, ofrendando mi vida a cada instante y en todo momento, quiero emprender una nueva campaña que salve esta patria que se desmorona. A partir de hoy inicio un gobierno enérgico y de disciplina, convencido de que es el único camino que permitirá la vigorización de la república. En lo interno y en lo internacional el país necesita orden, trabajo y moral para cumplir su destino... El proceso actual de la nación oscila entre el privilegio financiero que intenta hoy, como ayer, absorber todo el poder del Estado y las tendencias extremistas que aspiran al trastorno radical de las instituciones... Asumo la totalidad del poder... porque jamás rehuí responsabilidad alguna. Recogí las que me tocaron en el pasado y desde hoy recojo ya las del futuro".

En lo económico el presidente Busch estatizó el Banco Central y el Banco Minero y en vez de aceptar las reclamaciones de las empresas mineras para una rebaja en la entrega de divisas, autorizó a su Ministro de Hacienda, Fernando Pou Mont, preparar un decreto elevando el porcentaje al cien por ciento.

En el consejo de gabinete de la noche del 7 de junio de 1939 el ministro presentó el proyecto que había discutido ya varias veces con el presidente y sus asesores íntimos. El acta de la reunión consigna el siguiente cambio de opiniones:

- Presidente Busch: "... Se trata de un decreto trascendental cuya aplicación traerá recién la realidad de la revolución nacionalista que tanto he perseguido desde hace tiempo ... Creo que ha llegado el momento de afrontar con valentía la independencia y liberación económica del país frente al imperialismo minero. Es necesario reivindicar de una vez y sin vacilaciones la autoridad del Estado, en la cuestión económica. No es un decreto de tendencia comunista o extremista, ya que se ajusta a los verdaderos intereses de la Patria".

- Ministro de Minas (Dionisio Foianini): "Nada tendría que agregar a las declaraciones viriles y altamente patrióticas del excelentísimo señor presidente. La Dirección General de Minas ha realizado un estudio amplio, detenido y concienzudo del asunto y está de perfecto acuerdo con la expedición del decreto...".

- Ministro de Educación (Bernardo Navajas Trigo): "Al fin se libertará al país de la profunda depresión económica en que ha estado viviendo... ". .

- Ministro de Comercio (Luis Herrero): "Acaso sea el más familiarizado con el movimiento, desarrollo y modalidades propias del trabajo de minas... He laborado en ellas ... El Ministro de Hacienda parece desconocer un tanto la cuestión minera... Me encuentro de perfecto acuerdo con la entrega del cien por ciento de las divisas, pero uno de los aspectos de difícil aplicación será la obligación de los mineros de restituir al país sus reservas, y la parte del pago de los impuestos puede ser perjudicial para los mineros chicos... Debemos estudiar la cuestión más a fondo".

- Ministro de Fomento (Walter Méndez) "Me permito manifestar mi absoluta adhesión y aplaudo el decreto no como técnico sino porque pienso que es la única manera de encarar el problema económico del país... ".

- Ministro de Salubridad (Alfredo Mollinedo): "El decreto es complejísimo, pero teniendo en cuenta sus enormes beneficios y proyecciones le doy mi absoluta conformidad...".
- Ministro de Defensa (Felipe M. Rivera): "El decreto cristaliza ampliamente el permanente anhelo de todos los bolivianos verazmente patriotas que buscan la liberación económica del país... Pero nos puede traer situaciones incómodas con Chile y la Argentina. Es necesario que estemos sólidamente respaldados. No vaya a ser que debido a la crisis que puede presentarse tengamos que vernos en la situación de dar explicaciones hasta cierto punto humillantes...".
- Ministro del Trabajo (Roberto Jordán Cuéllar): "Declaro sin vacilaciones que estoy conforme con el decreto. Hemos venido aquí a afrontar responsabilidades con toda hombría...".
- Ministro de Agricultura (Carlos Salinas Aramayo): "Estoy seguro de que el decreto ha de plantearnos una revolución, si no inmediata, pero que irá socavando subterráneamente la estabilidad del gobierno hasta conseguir su finalidad. Es conveniente estudiar la cuestión con todos los detalles del caso...".
- Ministro de Gobierno (Vicente Leyton): "Me encuentro de perfecto acuerdo con el decreto, pero es necesario aquilatar y hacer conciencia de las dificultades que puede acarrear su aplicación...".
- Vicepresidente (Enrique Baldivieso): "En 1935, con el señor Gabriel Gosálvez, como ministros, trajimos al gabinete un proyecto más grave que éste, pero no se pudo poner en práctica... Estoy de perfecto acuerdo con él... Pero, ¿estamos lo suficientemente fuertes y preparados para ponernos frente al boicot internacional que puede provocar? Es necesario tener en cuenta que vivimos del extranjero y que la caída no sería una revolución interna sino la asfixia externa...".
- Presidente Busch: "Una y más veces he dicho que las responsabilidades de mi gobierno las afronto exclusivamente yo, sin ningún temor. Si esperamos y debatimos pusilánimemente no vale la pena siquiera pensar en los destinos de la Patria. ¡El decreto debe salir esta misma noche!". El decreto se aprobó, firmó y salió esa misma noche. Dispuso que todas las empresas mineras entregasen al Banco Central el total de sus giros bancarios sobre el exterior. El Banco Central manejaría las divisas devolviendo a los mineros la cantidad de moneda extranjera que

requiriesen para necesidades debidamente comprobadas, incluyendo un máximo de 5 por ciento para pago de dividendos a sus accionistas. A cambio del resto se les entregaría moneda boliviana al trueque de 141 bolivianos por libra esterlina. Las empresas mineras que tenían sus capitales de operación en bancos extranjeros estaban en la obligación de trasladarlos al Banco Central de Bolivia, en un plazo de 120 días. Quedaba prohibido el negocio privado de rescate o compra de minerales. En el futuro el Banco Minero tendría el monopolio para esta clase de operaciones. Los rescatadores existentes a la fecha deberían liquidar sus actividades en el plazo de cuatro meses. Cualquier resistencia pasiva o activa al decreto sería considerada como delito de traición a la patria y juzgada y castigada como tal.

El decreto de 7 de junio de 1939 culminaba un proceso iniciado en 1913, cuando el gobierno de entonces pidió que las exportaciones de minerales pagasen parte de sus derechos de aduana en giros bancarios sobre el exterior, para aliviar la escasez de divisas en el Tesoro Nacional. En 1914 se fijó a los exportadores la obligación de vender al Estado un 10 por ciento de sus divisas. En 1925 se aumentó el porcentaje a 25 por ciento. Hemos visto, en capítulo anterior, cómo, durante la Guerra del Chaco, la proporción subió a 50 por ciento y en ciertos casos a 62 por ciento.

La reacción de todas las empresas mineras, grandes, medianas y pequeñas, contra las pesadas obligaciones que les imponía el decreto de Busch, fue inmediata, ya sea mediante reclamaciones ante las autoridades directamente responsables de su aplicación o ante el Ministro de Hacienda, separadamente, o en conjunto por medio de la Asociación de Industriales Mineros.

El gobierno pensó que si conseguía la colaboración de la empresa más grande del país, que producía más del 50 por ciento del estaño y que por lo tanto debía entregar una proporción igual de divisas, la batalla estaba ganada. Busch cablegrafió a Gabriel Gosálvez, que había sido su colaborador más importante en la primera etapa de su gobierno y que a la sazón ocupaba el puesto de embajador en Roma: (12 de junio de 1939) "Sírvese viajar París brevedad posible entrevistar mi nombre señor Patiño y manifestarle último decreto - ley concentración ciento por ciento divisas no constituye agresión ni hostilidad industria minera, sino medida adoptada ya por otros países con el fin patriótico de impulsar languideciente desarrollo económico de Bolivia. El derecho de propiedad está firmemente

garantizado y con el régimen político vigente las empresas particulares háyanse más aseguradas que nunca, ya que se hacen y se harán imposibles conflictos sociales y propagación doctrinas extremistas. Sírvase manifestarle mi gobierno desea mantener cordiales relaciones con entidades mineras y con él personalmente, pues su patriotismo concuerda con el mío en aspirar al progreso de Bolivia que hoy requiere el concurso desinteresado de sus mejores hijos". Además, Busch llamó a su despacho al representante de la Patiño Mines en La Paz y le entregó una carta personal suya para su jefe. Miguel Etchenique viajó a Europa. La epístola estaba concebida en estos términos: "Me dirijo no al ministro plenipotenciario en Francia... sino al amigo, al boliviano, al compatriota que con el mismo fervor mío aspira a defender a Bolivia de los peligros que la cercan, a consolidar su unidad moral y material y a abrirle un camino de bienestar... La integridad territorial de Bolivia está amenazada por la codicia de vecinos más fuertes. .. Tal es el caso de Chile... La descomposición interna del país es un hecho innegable. La demagogia y las luchas partidistas han roto todos los resortes morales. La inmoralidad pública y privada tiene relieves que pasman. Las virtudes cívicas se relajan cada día más. El patriotismo es apenas una palabra vacía y sólo las ambiciones personales constituyen la ley y la satisfacción de ellas el único fin. No le habría escrito esta carta si no supiera que usted mantiene muy vivo el fuego de su bolivianidad... y por eso, en esta hora que gravitará fuertemente en el destino nacional, me dirijo a usted para pedirle su valiosa colaboración...".

Primero Gosálvez, en conferencia privada de varias horas, y después Etchenique, explicaron al millonario que sería contraproducente hacer oposición o boicot a la voluntad del dictador. Busch tenía el espíritu imbuido del más puro patriotismo y los mejores propósitos, pero era influenciable y estaba rodeado de consejeros de diversas tendencias. Al mismo tiempo, era violento y resultaba peligroso provocar su enojo. Mejor era ponerse a su lado y tratar de inducirlo hacia el buen camino, que ponerle obstáculos y provocarlo a tomar medidas más radicales.

Patiño contestó la carta de Busch haciendo consideraciones de política interna e internacional. Le recordó cómo logró nacionalizar la montaña de Llallagua arrebatándola de la dominación chilena, sus reinversiones para mecanizar y tecnificar sus empresas, su intervención bolivianista en el Consejo Internacional del

Estaño, la organización del Banco Mercantil, la Hacienda Pairumani y la Sociedad Agrícola y Ganadera de Cinti, su préstamo para la construcción del ferrocarril de Sucre a Potosí, sus estudios y planes para el ferrocarril de Cochabamba al Chimoré y colonización de esta región, su defensa del precio del estaño. La carta terminaba con estas frases: "De mi parte pondré mi mejor voluntad para cumplir sus disposiciones... Si el gobierno y corrientes de opinión consideran que el último decreto y su reglamentación han de promover el mayor desarrollo de la minería y, por consiguiente, el progreso del país, no seré yo quien ponga obstáculos a esta obra nacional". Etchenique, en mensaje cablegráfico al presidente, añadió: "Compláceme informarle que señor Patiño, con elevado espíritu de colaboración, facilitará la aplicación del decreto de 7 de junio. La fundición Williams Harvey de Inglaterra ayudará al desenvolvimiento del Banco Minero haciendo contratos ventajosos y apreciables anticipos de dinero". Por su parte, Gabriel Gosálvez cablegrafió: "Después de largas y separadas conferencias con señores Simón I. Patiño, Antenor Patiño, Jorge Ortiz y Ricardo Martínez Vargas, llegamos con don Simón I. Patiño a las siguientes conclusiones: "El gobierno y los mineros cesarán de considerarse antagónicos y con amplio espíritu de colaboración buscarán soluciones equitativas que armonicen los vitales intereses de la nación y su robustecimiento económico. Don Simón I. Patiño hará todo lo posible por iniciar la financiación del ferrocarril de Cochabamba a Santa Cruz. Cablegrafiará al directorio de Patiño Mines en Nueva York comunicándole la cordialidad de sus relaciones con el gobierno y pidiéndole sugerencias... Encontré en don Simón I. Patiño comprensión, decisión y emoción patrióticas que debieran servir de norma a gestores de sus negocios". En carta al jefe del Estado, Gosálvez dijo también: "Un paralelo entre el presidente Busch, oficial de ejército y jefe del Estado y Simón Patiño, líder entre los industriales mineros del país, que de modesto trabajador se elevó hasta convertirse en la poderosa figura internacional que es hoy debido a su laboriosidad y tenacidad, tuvo el efecto de cambiar su aparente predisposición a ser desconfiado al principio de la entrevista, en una cordialidad efectiva y a establecer una corriente de simpatía de Patiño a Busch".

La persona más adversamente afectada por el decreto de 7 de junio fue Mauricio Hochschild. Lo perjudicaba en sus intereses como minero productor y sobre todo al

poner fin a su lucrativa actividad de comprador o rescatador de minerales a los mineros chicos para venderlos en el exterior. El agregado comercial de la Embajada de los Estados Unidos en La Paz, en un informe al Departamento de Estado escrito un tiempo atrás, comentó sobre él: "Don Mauricio Hochschild es, sin duda, el carácter más interesante y enredado de Bolivia y potencialmente el más importante en la industria del estaño. Los esfuerzos para desenmarañar la estructura financiera de la organización Patiño parecen juego de niños con un estudio similar sobre los intereses Hochschild. Opera o está interesado en las siguientes firmas: "Mauricio Hochschild y Compañía" de Chile. "Mauricio Hochschild SAMI" de Bolivia, "South American Mining Company" de la Argentina, "Compañía Minera de Oruro", que también controla la "Compañía Estañífera de Vinto" y la "Sociedad Estañífera de Colquiri", la "Compañía Unificada del Cerro de Potosí", la "Anglo - South Mining Syndicate" (que tiene arrendado el ferrocarril Atocha - Villazón), la "Compañía Huanchaca de Bolivia" y la "Carabuco Mines Limited". Los lazos financieros que unen entre sí este imperio se están extendiendo rápidamente y no son conocidos en Bolivia. El señor Gundlach me asegura que el señor Hochschild es un judío nacido en Austria que representa a grupos financieros de la misma raza radicados en Londres, París, Nueva York y Hamburgo. Todos reconocen que es sumamente capaz y hábil. Según su reputación es también poco escrupuloso y no se escatima para obtener la cooperación de funcionarios del gobierno mediante soborno. Tiene una personalidad magnética. Mientras estoy con él me es difícil poner mentalmente en duda nada de cuanto me dice... Hochschild, como simple comprador de minerales en 1929, tenía el 6.9 por ciento de la totalidad de las exportaciones de estaño de Bolivia. En 1936 controlaba el 28.9 por ciento como productor y comprador. Hochschild manifestó a John Muccio que dentro de un año o año y medio su empresa será más importante que el Grupo Patiño y que dentro de tres años producirá 3.000 toneladas por mes y tendrá una fundición propia en los Estados Unidos. Esto último es para librarse del poderío de Patiño, que controla la industria de la fundición de estaño en Inglaterra. Asegura que en el peor de los casos construirá una fundición en Bolivia, aunque no desea tener una organización completamente vertical sujeta al control del gobierno de Bolivia".

Mauricio Hochschild, nacido en Biblis (Alemania) en 1881, era Ingeniero de Minas graduado en la Universidad de Freiberg y Doctor en Economía y Finanzas con título obtenido en otra universidad germana. Se consideraba mucho más capacitado que los improvisados financistas bolivianos y el 27 de junio (1939) dirigió una carta al Ministro de Hacienda de la que se extraen los siguientes párrafos principales: "En varias entrevistas y discusiones que hemos tenido he llegado a estimarlo y he podido apreciar que aunque estoy conforme con la mayor parte de sus teorías, es usted hombre patriota, honrado e inteligente, que sabrá interpretar la sinceridad y buena fe con que le escribo ... Mis inversiones en Bolivia alcanzan al 80 por ciento de mi fortuna, pero no son realizables y están en los socavones de las minas, sin que nadie ignore que las empresas que dirijo, lejos de dar dividendos en los últimos diez años, han traído nuevos capitales. La firma Aramayo tuvo también años de prosperidad antes de 1930, pero desde entonces sólo ha traído más capitales para la industria minera del país. Los mineros medianos y pequeños tienen muchas minas, pero deben a las casas rescatadoras unas 600.000 libras esterlinas, trabajan con el capital de éstas, sin que yo conozca ningún minero mediano o pequeño que tenga una fortuna importante... Yo creo que ningún minero se niega a un control, porque permitirá establecer que aquello de la fuga de ingentes capitales no pasa de ser una leyenda. Pero no puede menos que extrañarse que sean los mineros y nadie más que ellos los sujetos a ese control. ¿Es que las firmas importadoras mayoristas, por ejemplo, que tienen sus sucursales en Bolivia, fueron alguna vez controladas en las ganancias que llevan a sus oficinas principales para distribuir las entre sus accionistas extranjeros... ? ¿Y qué diremos de las compañías de transportes ferroviarios, marítimos y aéreos, que cobran pasajes y tarifas en moneda extranjera? ¿Quién da divisas sino los mineros, fuera de las entregas obligatorias al Estado...? Los negocios comerciales e industriales no mineros son por lo general seguros y proporcionan utilidades constantes. En cambio nada es más aleatorio y problemático que la minería. De 10.000 personas que obtienen concesiones mineras en el país cada año habrá uno o dos que encuentran una veta explotable, que, requiere capital cuantioso, siempre con la incertidumbre del futuro. Y es bien cierto que tendría que ser loco el capitalista que invierta su dinero en un negocio incierto, con el deseo de obtener sólo un 5 por ciento de beneficio, en lugar de quedarse en

su casa, comprarse letras hipotecarias de sólido respaldo o inmuebles de seguro rendimiento. Hay, en materia de minería, una falta absoluta de información, especialmente en La Paz, donde mucha gente cree que los mineros se llenan de dinero y roban al país. No se piensa en el hecho real y evidente que de cada mil minas que se abren en el mundo surge una..., El mismo señor Patiño invirtió en las minas de Colquechaca unos dos millones de libras que perdió íntegramente, como perdió alrededor de tres millones en sus inversiones en Araca y Oploca. Los hermanos Guggenheim invirtieron en la mina Caracoles y en la construcción de un camino unos 16 millones de dólares, de los cuales perdieron alrededor de 11 millones y se fueron del país. Los capitalistas chilenos perdieron en Bolivia más de 6 millones de libras en las minas Salvador, Monserrat, Chacaltaya, Kalauyo, Kelluani, Carolina, Cerro Grande y muchas otras. Nosotros hemos invertido capitales en varias minas que hemos abandonado perdiendo el capital íntegramente. Aramayo perdió en sus inversiones en Porco y en la Royal Silver Mines. También se olvida que mientras nosotros los mineros perdemos capitales, los gobiernos, los comerciantes, los dueños de fábricas y los obreros aprovechan de estas inversiones fracasadas... Todos los días oímos decir que este es un país minero. Lo es evidentemente en cuanto vive de la minería, pero el 95 por ciento de la población de Bolivia ignora lo que es la minería y lo que son los mineros. Los mineros grandes, medianos y pequeños de Bolivia o de cualquier parte del mundo son los ilusos y aventureros que persiguen a la fortuna y mueren en su mayoría sin alcanzarla ... Los mineros hacen todos los sacrificios imaginables y hasta los más ricos, como Patiño, trabajaron con el pico y el barreno durante el día y teniendo en la noche el oído atento y el ojo avizor para defenderse de la codicia ajena y conservar el fruto de sus esfuerzos ... En estos últimos días retumbaban los altoparlantes diciendo que los mineros no dejan en el país sino socavones vacíos. ¿Y quiénes levantaron las ciudades de Potosí y Oruro? ¿De dónde vinieron las riquezas de Sucre en la segunda mitad del siglo pasado? ¿A quiénes se debe la prosperidad de las ciudades, las bellas casas que hoy se levantan, los automóviles que circulan? ¿Quiénes hicieron el primer ferrocarril en Bolivia? Todo eso se debe a esos mineros a quienes se llama traidores y ladrones y éstos miran en silencio a las gentes que malgastan sus divisas... Yo no dudo de las buenas y patrióticas intenciones de

usted. Pero la minería se encuentra alarmada con el nuevo decreto... Lo considero destructivo y ustedes quieren hacer una obra constructiva... Todos estamos de acuerdo en que Bolivia necesita capitales. Capitales para la minería, el petróleo, la agricultura y los caminos. El nuevo decreto impedirá la venida de esos capitales indispensables para el desarrollo del país... Y todavía el decreto determina que los mineros que no cumplan con sus determinaciones serán considerados traidores a la patria. ¿Qué capitalista podrá exponerse a ese peligro, además de arriesgar la pérdida de su capital...? Respecto al rescate, la compra de minerales es el negocio más difícil y la mejor prueba de ello es que no hay más de seis casas de importancia en el mundo entero. A mí me costó unos 20 años de penosa labor crear una buena organización que ahora se trata de destruir en un día. Pero esto es aparte, ya que en esta carta sólo deseo estudiar los intereses de Bolivia. El rescate de minerales no sólo necesita hombres muy capaces para la compra, sino hombres más capaces para la venta... Y para la venta se necesita una organización completa en el extranjero. Nosotros no sólo tenemos oficinas en Bolivia, Argentina, Chile, Perú y Brasil, sino también en países de Europa y en los Estados Unidos. Yo me veo precisado a viajar anualmente a los Estados Unidos y Europa y no por el deseo de hacer turismo... Los mineros pequeños estaban muy contentos con las empresas rescatadoras y el control vigilante del Banco Minero... Con el decreto se destruye no sólo el crédito de la industria principal, sino el crédito general del país... He ahí una obra destructiva, donde deberíamos hacer obra constructiva... En los días pasados he oído decir que los obreros viven como bestias y son explotados por las empresas. Este es un nuevo desconocimiento de la realidad minera. Las empresas vienen mejorando constantemente el nivel de vida de sus trabajadores con mejor alimentación, mejor vivienda y una mejor existencia. Casi todos ellos son indígenas. Comparemos la triste choza de paja del indio en los campos con su vivienda en los asientos mineros. Comparemos su alimentación de coca y maíz, con la de carne, legumbres y pan en las minas. Comparemos sus andrajos de bayeta hechos por ellos mismos con la ropa que le proporcionan en las minas. Todo a precio mucho más bajo que en las ciudades. En el campo ni en la ciudad se tiene la atención médica de las minas. El hospital de la Patiño Mines en Catavi es el mejor de la república y todas las empresas tienen hospitales con los adelantos modernos como

pueden encontrarse en La Paz... Los únicos en el país que no han ganado desde la crisis de 1930 son los mineros. Y la, minería ha mantenido el presupuesto y dado sus divisas para las industrias, la agricultura y el comercio. Y mientras hemos trabajado para todos los demás, no hemos podido trabajar para nuestros accionistas que nos dieron el capital para trabajar. Y todavía hay mucha gente en el país que pretende que nosotros los explotamos... Tenemos ciertas obligaciones ante la naturaleza, ante el buen Dios que nos ha dado estas grandes riquezas naturales, no para que las destruyamos, sino para que las aprovechemos en el interés general, pues sin ellas el país no viviría. Construyamos y no destruyamos... ".

Como es fácil suponer, la carta causó pésima impresión en Busch y sus colaboradores. No era Hochschild quien podía llamar destructores y dar lecciones de economía política a quienes se consideraban los salvadores de la patria.

Pocos días después las firmas "Mauricio Hochschild SAMI" y "Phillip Bros" hicieron circular entre los mineros pequeños de Oruro y Potosí un cuestionario para que declarasen si preferían seguir vendiendo sus minerales a empresas rescatadoras privadas o quedar bajo el control del Banco Minero. La intención era conseguir apoyo para presionar al gobierno a modificar sus intenciones respecto al rescate. El gobierno consideró que era éste un caso flagrante de resistencia al decreto del 7 de junio. El presidente Busch ordenó que se hiciese de inmediato una investigación judicial. Mauricio Hochschild, su gerente Adolf Blum, y el gerente de la "Phillip Bros", fueron apresados. La opinión pública se conmovió con la noticia y comprendió que Busch no estaba jugando.

El dictador convocó a sus ministros al Palacio de Gobierno el 5 de julio, a las 4 de la tarde, para decidir el castigo que debía imponerse a los tres delincuentes de traición a la patria. Se extractan los siguientes detalles del acta de la reunión:

- Presidente Busch: "Lamento profundamente que los organizadores del sumario hayan sido elementos de paños tibios. Dicto mis decretos para que se cumplan... Mi aspiración máxima es libertar al país de su postración social, política y económica... Toda vez que se han querido tomar medidas enérgicas, se han presentado resistencias. Yo creo que esta vez se han equivocado. Desistiendo de sentimentalismos y como medida moralizadora para el país, pido para el autor principal del delito, que es el señor Mauricio Hochschild, la pena capital y para su

gerente Adolf Blum y el gerente de la "Phillip Bros" dos años de cárcel. Pido la opinión de los señores ministros... ".

- Ministro de Minas (Dionisio Foianini): "Fundamento mi voto en el sentido de que los autores sean desterrados del país o se les aplique la prisión máxima que señalan las leyes, además de un castigo de carácter pecuniario... ".

- Ministro de Obras Públicas (Walter Méndez): "Yo creo y pienso que don Mauricio Hochschild debería sufrir un encarcelamiento de 5 años y los gerentes de 2 años de igual pena o destierro. Somos de carácter sentimental y me atrevo a creer que no seremos capaces de tomar una determinación tan drástica como la propuesta por el primer mandatario".

- Presidente Busch: "Es necesario que el gobierno se imponga el deber de deponer todo sentimentalismo. Está obligado a echar a un lado el corazón cuando se trata de los altos intereses de la patria... ".

- Ministro de Salubridad (Alfredo Mollinedo): "¿Qué conseguiremos, señor presidente, qué beneficios obtendremos con el fusilamiento del señor Hochschild? Yo propondría no precisamente la pena de muerte sino prisión y multas... ".

- Ministro de Hacienda (Fernando Pou Mont): "Considero que los autores a la resistencia pasiva al decreto de 7 de junio han cometido un grave delito poniéndose frente al Estado para soliviantar al pueblo, con el único fin de buscar la caída del gobierno y la derogación del decreto. No cabe más que aplicar la pena máxima...Pido la pena de muerte para los culpables en general...".

- Ministro de Comercio (Luis Herrero): "Yo considero al señor Hochschild como único y exclusivo culpable y por lo tanto pido para él la pena de muerte... ".

- Ministro de Defensa (Felipe M. Rivera): "Se trata de un serio atentado contra la nación y contra los altos intereses de ella. Entonces yo apoyo la pena máxima para el principal autor... ".

- Ministro de Educación (Bernardo Navajas Trigo): "No hay más que una medida para sancionar el delito, la misma que está contemplada en el decreto de 7 de junio, por lo tanto voto por la vigencia de éste y el estricto cumplimiento de su artículo 29".

- Ministro de Gobierno (Vicente Leyton): "Yo fui acusado por el principal autor de los delitos que juzgamos aquí y por esta razón no puedo dar un voto concreto por la

pena de muerte, no obstante de tratarse de un gran delito. Moralmente estoy cohibido, ya que se podría interpretar mi actitud como una venganza tardía, cobrada desde las altas esferas de gobierno. Me inclino a solicitar el destierro de Hochschild y una multa de 200.000 dólares... Señor presidente, yo no pido la pena de muerte, porque mi actitud no sería de caballero. Comprenda usted que no sería correcto pedir esa sanción para el que fue mi capital enemigo".

- Vicepresidente (Enrique Baldivieso): "Yo por principio y por convicción soy enemigo de la pena de muerte, ya que soy un convencido de que con ella no se soluciona nada... y en esta ocasión no debe aplicársela. Luego debemos tener en cuenta que el señor Hochschild tiene negocios radicados en la Argentina y Chile, además de Bolivia... Si le aplicamos la pena de muerte no sería raro que tengamos que afrontar serias complicaciones de carácter internacional. Me permito sugerir que se adopte el temperamento señalado por el Ministro de Gobierno... destierro del señor Hochschild y una fuerte multa pecuniaria. Por otro lado, Hochschild es judío y tomando una medida drástica como la que piensa, tal vez daríamos la impresión de que en Bolivia también se ejercita la persecución antisemita...".

- Presidente Busch: "Ya se ha discutido bastante. Los señores ministros han fundamentado su voto y deseo conocer el resultado del cómputo".

- Ministro de Gobierno: "Son cinco a cinco, resultando un empate".

- Presidente Busch: "Entonces yo dirimo en definitiva con mi voto. El señor Hochschild debe ser fusilado el día de mañana a horas 6 de la madrugada".

El dictador sonó un timbre en su escritorio y ordenó a su ayudante general que se hiciese llamar al Jefe de Policía para impartirle las instrucciones pertinentes. Se produjo un pesado silencio entre los circunstantes.

- Ministro de Minas (Dionisio Foianini): "Yo me permito solicitar al señor presidente que modifique su resolución. Desde que me encuentro en el Ministerio de Minas me consta que el señor Hochschild, con afán decidido, ha tratado siempre de colaborar al señor Presidente de la República . . . Me consta que se ocupa personalmente de conseguir capitales para el fomento de la colonización... En mis angustias y afanes para conseguir capitales me colaboró el señor Hochschild como ningún ciudadano boliviano lo hizo. También me consta que ha ido a una empresa de Buenos Aires a recomendar la financiación de los petróleos bolivianos... Yo encontré siempre en el

señor Hochschild un interés grande para ayudar al país. Creo que debo dejar constancia de que este hombre ha tratado de colaborarnos en más de mil y una ocasiones".

- Vicepresidente (Enrique Baldivieso): "No pueden ustedes imaginarse la complacencia con que he escuchado la defensa del señor Hochschild. Yo opino porque no se le aplique la pena de muerte. No se imaginan con qué convicción asumo la defensa de la vida de ese hombre...".

- Ministro de Comercio (Luis Herrero): "Veo con profunda pena que se repite en estos momentos el caso del señor Eduardo Diez de Medina".

- Presidente Busch: "Es evidente que el señor Hochschild ha tenido buena conducta con el gobierno antes de cometer el delito que motiva esta reunión, pero también es evidente que ahora ha querido traicionarlo. Yo le ofrecí personalmente ayudarle en sus negocios aumentándole su cupo de exportación de estaño... y me indigna que ahora resulte clavándome un puñal por la espalda. Me gusta luchar de frente y me agrada que los hombres se comporten con virilidad y decencia... Yo soy bondadoso y sentimental, como me conocen ustedes, pero en esta ocasión en que se ha tratado de herir la dignidad del Estado... dejo de lado mi sentimentalismo y ratifico mi resolución de que el señor Hochschild debe ser fusilado... ¿Qué tienen que ver los gobiernos de Argentina y Chile con asuntos nuestros? Ha habido una doble traición con el país y con el gobierno... Yo asumo la totalidad de las responsabilidades. Yo solo firmaré el decreto de sentencia de muerte para el señor Hochschild... Ustedes tienen esposa e hijos y no quiero que en ningún momento recaigan sobre ellos responsabilidades futuras... Las afrontaré yo solo para que mañana ustedes, señores ministros, mis amigos, sean también quienes velen y ayuden a mis hijos".

- Ministro de Comercio (Luis Herrero): "Con el derecho que me asiste como su colaborador, yo pido señor presidente que desista de su idea de firmar solo la sentencia de muerte y que nos conceda a todos rubricar la resolución".

- Presidente Busch: "Repito que no quiero que firme el gabinete entero, pues preveo que tal vez más tarde han de ser víctimas ustedes de persecuciones y venganzas. Yo deseo que sea un solo hombre el que se sacrifique... Debe ser uno solo y el señalado para ello soy yo".

- Ministro de Minas (Dionisio Foianini): "Señor presidente, usted nos ha dado ocasión de comprobar en la guerra como en la paz la nobleza de sus sentimientos. Es por eso que una vez más me permito pedirle la vida de ese hombre, que no es precisamente la vida de un criminal".
- Ministro de Obras Públicas (Walter Méndez): "Efectivamente, este hombre no es un criminal. Nos consta a varios de nosotros los muchos beneficios que ha hecho a la colectividad. Basta una palabra de usted... señor presidente. Yo le ruego perdonar la vida de ese hombre o por lo menos esperar unos días y luego proceder con más serenidad".
- Ministro de Agricultura (Carlos Salinas Aramayo): "Cabe todavía un voto de clemencia... invocando los nunca desmentidos sentimientos y la magnanimidad del señor presidente".
- Ministro de Minas (Dionisio Foianini): "Señor, por el afecto que nos liga, se lo pido con todo el corazón".
- Ministro de Comercio (Luis Herrero): "Yo he sido uno de los que ha pedido la pena de muerte. El voto del señor presidente, dictador de la república, debería ser inamovible... El general Rivera, representante de las fuerzas armadas, a pesar de haber votado también afirmativamente luego ha pedido perdón. Yo también, sumándome a ese gesto generoso, pido se perdone al señor Hochschild... Yo creo que el dictador cuando se pronuncia en un asunto debe mantenerse inflexible, pero esta vez, como una excepción, es posible llegar al perdón".
- Vicepresidente (Enrique Baldivieso): "En nombre de sus sentimientos más generosos, señor presidente, pedimos indulgencia. Estoy convencido de que el señor Hochschild, siendo perdonado, modificará fundamentalmente su conducta".
- Presidente Busch: "Voy a demostrarles una vez más el gran cariño y respeto que les profeso... Yo tenía la firme resolución de ir a la rápida ejecución del señor Hochschild, pero ante el insistente pedido de clemencia de mis ministros voy a condescender, ya que los veo contritos... En homenaje a la amistad y afecto que siento por ustedes, he de conceder al señor Hochschild el perdón más absoluto, sin multas ni gravámenes de carácter económico, ya que éstos serían indecorosos para el gobierno. Pero en lo sucesivo, el menor indicio de resistencia a las leyes del país,

cualquier resistencia de los empresarios mineros, será castigado inexorablemente, sin previo proceso... He terminado señores ministros".

Mauricio Hochschild tuvo mejor suerte que el teniente coronel Juan de Dios Cárdenas y el sacerdote Severo Catorceno. A Cárdenas un Consejo de Guerra lo condenó a muerte en marzo de 1938, por su complicidad en un intento revolucionario de David Toro para recuperar el poder, y Busch no quiso ejercer el derecho de gracia a su favor. Un mes y medio antes del incidente Hochschild, Catorceno fue acusado de haber violado a la niña Mercedes León, de 7 años, en el pueblo de Arampampa. Cuando Busch recibió el telegrama del Intendente de Policía de Potosí con la noticia montó en santa cólera y ordenó el inmediato fusilamiento del cura. La orden se cumplió al amanecer del día siguiente, en la pampa de San Clemente de Potosí, delante de numeroso público. Más tarde se comprobó que Catorceno era inocente.

El dramático gobierno de Germán Busch duró dos años. Un mes y medio después del asunto Hochschild el presidente se reunió con su esposa y amigos íntimos en una fiesta familiar. Se aturdió con la música, el baile y la bebida. En las primeras horas de la madrugada, cuando algunos convidados comenzaron a salir de la pequeña casa cerró la puerta con llave para impedir que se fueran los demás. El que nunca temiera nada ni a nadie no quería quedarse a solas consigo mismo. La tentación letal que desde tiempo atrás rondaba su mente había aumentado su presión y esa noche lo llamaba insistentemente al encuentro decisivo con la fatalidad. Era la misma tentación que visitó a su padre en cierta ocasión y la que venció a uno de sus hermanos.

Cuando los invitados lograron convencerlo de que los dejara partir y se acabó el festejo entró a su despacho y llamó a su lado a sus ayudantes, los coroneles Carmona y

Goytia. Pidió los despachos presidenciales para trabajar. Al ver los papeles se quejó de que había recibido cartas anónimas que acusaban a su gobierno de actos de inmoralidad administrativa con fondos fiscales. Súbitamente, extrajo un revólver de uno de los cajones del escritorio y aplicó el cañón a la cabeza. Carmona y Goytia se abalanzaron sobre él y lograron desviar el disparo. La bala se incrustó en el marco

de una ventana. Busch repelió violentamente a los militares y antes de que tuvieran tiempo de volver sobre él usó el arma sobre su sien derecha.

Cuando Germán Busch tomó el gobierno creyó que sus nobles intenciones, resoluciones radicales y actitudes enérgicas, resolverían todos los problemas de la nación. La dura experiencia lo convenció, poco a poco, de que nada de lo que hacía ponía coto a la desmoralización individual y colectiva, la venalidad de funcionarios públicos, la desorganización administrativa, las intrigas partidistas, las emulaciones personalistas, las rivalidades regionales, las mezquindades de la industria, los abusos del comercio, el pauperismo de las masas urbanas y rurales.

Se mató en un gesto de desesperación, al sentirse impotente para convertir en realidad los ideales de su apasionado nacionalismo.

CAPÍTULO 16

"EXIT" PICKERING

No obstante de estar próximo a los 80 años, Simón I. Patiño siguió atendiendo sus negocios con extraordinaria diligencia. Antes de los acontecimientos narrados en los dos capítulos anteriores, es decir, a poco de concluida la Guerra del Chaco, y estando prohibido por sus médicos de subir a los niveles de las poblaciones bolivianas de los Andes, envió a inspeccionar sus empresas a Ricardo Martínez Vargas, que desde 1925 trabajaba a su lado como su asesor personal.

Martínez Vargas tenía por misión auscultar la situación general de Bolivia después del conflicto bélico y reconocer los problemas que la nueva realidad presentaba a la Patiño Mines. Por las noticias llegadas a París se podía colegir que en la Bolivia de la posguerra las relaciones entre el capital y el trabajo y entre el capital y el gobierno tenían características diferentes a las de antes. El liberalismo que daba carta blanca al capital y la protección de los poderes públicos a su desenvolvimiento, era cosa del pasado. El socialismo, que hiciera sus primeras incursiones en la política de la república durante los regímenes de Bautista Saavedra y Hernando Siles, había irrumpido desafiante después de la tragedia del Chaco. En Bolivia, como en otros países, era forzoso aceptar como una realidad la vigencia creciente de ideas socialistas y la intervención y control del Estado sobre la actuación del capital, así como la presencia del sindicalismo obrero en su lucha por salarios más altos y mejores condiciones de vida y trabajo.

Martínez Vargas invitó al presidente Tejada Sorzano a conocer las instalaciones y campamentos de Llallagua. El jefe del Estado y su numerosa comitiva recorrieron el hospital, los puestos sanitarios de Siglo XX y Cancañiri, las escuelas, el dique y laguna de Lupi Lupi, los clubes sociales y deportivos de obreros y empleados, el ingenio y algunas otras secciones. Tejada Sorzano era el segundo presidente que llegaba a Llallagua. Hernando Siles había sido el primero al comienzo de su gobierno. Los empleados y obreros observaron al mandatario y sus acompañantes con respetuosa curiosidad y sin entusiasmo.

En abril de 1937 viajó a Bolivia Antenor Patiño, como delegado especial de su padre y del directorio de Nueva York, para complementar los análisis hechos por Martínez Vargas y tomar algunas decisiones.

Martínez Vargas volvió a Bolivia a mediados de 1938 y permaneció hasta los primeros meses de 1939. Se instaló en Catavi para conocer más de cerca la marcha de la Patiño Mines. Encomendó a la firma de auditores Price Water House un estudio de la contabilidad y administración. Las principales revelaciones de los inspectores de Price Water House se refirieron al exceso de material existente en los almacenes, a la continuación del sistema de pedidos sin relación con los requerimientos reales y al salario de los obreros, que no obstante ser más del doble que antes de la Guerra del Chaco, debido a la desvalorización de la moneda boliviana, tenía un valor inferior si se lo calculaba en moneda inglesa.

La conducción de la empresa sufrió algunas modificaciones. José E. Rivera siguió como apoderado general, asesorado por Alberto Maniaca. Miguel Etchenique mantuvo su cargo de gestor de asuntos ante las autoridades gubernamentales hasta noviembre de 1941, mes en el que se retiró voluntariamente aduciendo motivos de salud. Las oficinas de Oruro y La Paz se unificaron en una sola instalada en esta segunda ciudad.

El ingeniero John C. Pickering renunció a su puesto de gerente general, en agosto de 1939, después de 12 años de servicios en la Patiño Mines, declarando cansancio y efectos desfavorables de la altura en su estado físico. Antes de retornar a su patria propuso matrimonio a Julieta Salazar. Amaba profundamente a la atractiva muchacha boliviana desde años atrás, cuando repudió a su esposa norteamericana por haberle sido infiel con un dentista de la empresa. Julieta Salazar rechazó la idea de la boda. "No seríamos felices en los Estados Unidos, John, como lo hemos sido en Bolivia. No sé hablar inglés y no creo que me adaptaría a las costumbres de allá. Me sentiría extraña entre gentes que no conozco ni comprendo y quizás acabarías por desilusionarte de mí al compararme con las mujeres de tu país". Pickering acató una vez más la voluntad de Julieta. Le compró una casa en Oruro, una finca en Cochabamba y depositó en su nombre, en un banco, una importante suma de dinero. Nunca la olvidó. Hasta su muerte, ocurrida años después, vivió recordando constantemente el extraño país minero y la buena mujer que cautivó su corazón,

surgida a su lado como un brote típico de un pueblo fascinante en sus virtudes y defectos. Julieta Salazar vive hoy en Oruro, casada, convertida en una dama acomodada, filántropa y apreciada por todos. Muchos siguen refiriéndose a ella con su antiguo apodo de "la Pickerina". Ella lo sabe y no se resiente.

Percy Edward Holme, nacido y graduado de ingeniero en Nueva Zelanda, con experiencia minera en Australia y México antes de llegar a Bolivia, fue ascendido a gerente general. Pickering, amigo suyo desde que trabajaron juntos en México, fue quien influyó para que se le nombrara subgerente de la Patiño Mines en 1927.

El ingeniero boliviano Roberto Arce, que fue administrador del Ferrocarril Machacamarca - Uncía y trabajaba en la oficina de La Paz, subió a la subgerencia. Refiriéndose a esta promoción José A. Rivera escribió a Patiño: "Cuanto más se estudia el estado de cosas que se está creando con las medidas de los sucesivos gobiernos, se llega al convencimiento de que todo se encamina a la eventual intervención y posible expropiación de la empresa. La intromisión de gente sin conocimientos ni responsabilidad será un grave riesgo sin beneficio alguno para nadie. Los técnicos extranjeros se retiran del país o pasan a servir en otras empresas llevándose la experiencia ganada en la Patiño Mines. No se cuenta con un ingeniero de minas propiamente tal que, a su nacionalidad boliviana, pueda añadir su capacidad y conocimientos. Esto queda subsanado ahora con la subgerencia del ingeniero Arce". Patiño escribió a Arce: "Usted tiene un porvenir de importancia en mi empresa". Lo había conocido en París, en 1931, cuando le dijo: "Estando de empleado en Huanchaca fui un admirador de la obra de su abuelo Aniceto Arce. Luego fui su enemigo político. No obstante, a su fallecimiento en 1906, encabezé una suscripción popular para levantar su efigie en la plaza principal de Oruro. Lo hice porque el ferrocarril que su abuelo trajo hasta Oruro, pese a la oposición de los liberales y sin que le costase un centavo al país, fue fundamental para el desarrollo de la industria del estaño".

La ubicación de Arce en el segundo lugar dentro del escalafón de empleados de la Patiño Mines en Llallagua fue acatada con taimado resentimiento por Holme y los otros ingenieros que consideraban que los altos puestos técnicos eran privativos de los extranjeros. La única excepción fue DeWitt C. Deringer, que lo acogió con sincera cordialidad. En cambio, todos los empleados y obreros bolivianos lo

recibieron con abiertas demostraciones de pláceme. Arce se esforzó en probar que su nombramiento tenía el justificativo de su capacidad y no una mera inspiración nacionalista. El vacío dejado por Pickering era difícil de llenar. Holme, solo, no lo habría podido lograr. Arce encaró sus responsabilidades con incansable entusiasmo, abarcando el mayor campo posible, tanto en lo técnico con dos visitas semanales al interior de la mina hasta sus más recónditos parajes, al ingenio y la planta de "Sink and Float", como en lo administrativo con la supervigilancia de las oficinas, almacenes y pulpería, y en lo laboral con el manejo de las relaciones con los sindicatos.

Desde septiembre de 1939, con la iniciación de la Segunda Guerra Mundial, los requerimientos de metales de los países aliados contra Alemania crecieron a diario. Simón I. Patiño instruyó a sus minas que se buscara la manera de incrementar la producción. Hizo saber al gobierno de Bolivia: "La producción intensificada obedecerá a mi propósito de comprobar que estamos deseosos de hacer todo lo posible para ayudar al país a obtener el máximo de beneficios en las circunstancias favorables que existen actualmente para la industria del estaño con una cuota sin límite y precios altos".

Al mismo tiempo, Patiño encomendó al ingeniero consultor norteamericano P. H. Reagan que hiciese un estudio de los problemas que confrontaba su empresa. Reagan presentó su informe en enero de 1940. Afirmó que los costos de producción de la Patiño Mines eran los más altos en Bolivia después de los de la "Compañía Minera de Oruro". Superiores a los de otras minas del Grupo Patiño: la "Bolivian Tin Tungsten" de Huanuni y las de Araca y Oploca. El rendimiento de los obreros al cambiarse el sistema de explotación "shrinkage" por el de "corte y relleno" había disminuido drásticamente. El consumo de madera, que tenía que importarse, era excesivo. En Llallagua era de 3 metros por tonelada de mineral, mientras en Huanuni, Oploca y Araca era de sólo un metro. El ingenio tenía una capacidad para tratar 2.250 toneladas de mineral cada 24 horas. Cualquier operación por menos de esa cifra significaba pago de intereses sobre un equipo en uso parcial. Llallagua, Oploca y Araca eran las únicas minas de importancia en Bolivia donde no se utilizaba trabajo nocturno. Introduciéndose mejoras en el sistema de "rajar", reduciéndose el consumo de madera importada y estimulándose el rendimiento de

los obreros, se podía disminuir los costos y aumentar las utilidades en unas 120.000 libras esterlinas al año.

En carta a Rivera que éste hizo conocer a Holme, Patiño comentó con relación al informe Reagan: "Si la mina de estaño más grande del mundo, manejada por buenos técnicos y equipada con la maquinaria más moderna, tiene costos que comparan desfavorablemente con los de otras empresas, quiere decir que está bajo una administración menos eficiente. La mina de Llallagua tiene, además, ventajas físicas sobre otras. Sus minerales son menos complejos que los del cerro de Potosí. No tiene los inconvenientes de agua hirviente, calor, gas y mala ventilación que existe en Huanchaca. Es preciso resolver, sin pérdida de tiempo, las modificaciones que deberán introducirse con el fin de que el beneficio esté en relación con el capital invertido. Es necesario llegar a un resultado sin demora. Con objeto de aumentar el rendimiento y estimular la producción convendría estudiar el pago de una bonificación a los obreros más eficientes".

El gerente general Holme reaccionó declarando que el informe Reagan era injusto. Sus conclusiones habían sido sacadas sin tomar en cuenta factores importantes. El aumento de los costos de producción desde 1936 obedecía a que desde ese año se reiniciaron los trabajos de exploración y desarrollo, para ubicar nuevas reservas y prolongar la vida de la mina. En los 5 años anteriores, debido a la falta de brazos, la obligación de reducir las exportaciones y el descenso de las cotizaciones, no se había podido hacer esa labor. Además, desde 1936, se rellenaron muchas galerías en las que no existía ya mineral y que amenazaban derrumbarse. Se rellenaron inclusive, los rajos antiguos de la "Compañía Minera La Salvadora" y de la "Compañía Estañífera de Llallagua". Todo con un movimiento de 800.000 toneladas de roca y tierra. Desde 1936 se abrieron 3.700 metros de galerías que se hallaban completamente derrumbadas. En ellas se consumió mucha madera. También se enmaderaron seis cuadros. En cuatro se instaló un ascensor nuevo. No se podía hacer comparación de costos entre empresas, ya que los cálculos tomaban en cuenta factores diferentes. Las principales vetas en la montaña de Llallagua estaban agotadas y la ley del mineral disminuía paulatinamente, haciendo más difícil y costosa la explotación. A partir de 1936 y con autorización de París, se construyeron

126 casas para obreros y 23 para empleados en el campamento del Socavón Patiño. También se repararon 823 casas de obreros.

Holme pidió que la diferencia de opiniones entre Reagan y él se sometiese al juicio de un tercer ingeniero. Patiño eligió a J. F. van Dorp, de nacionalidad holandesa, uno de los elementos más capacitados en minería llegados a Bolivia. Había trabajado en "La Salvadora" en 1922. Luego fue gerente de la "Compañía Minera de Oruro" durante 10 años. En esa actualidad era gerente de la "Bolivian Tin Tungsten" de Huanuni.

Van Dorp comentó muy desfavorablemente el informe Reagan. ¿Cómo se podía hacer apreciaciones tan serias con una permanencia de apenas 14 días en Llallagua, con sólo seis ingresos al interior de la mina? El informe tenía varias inexactitudes y estaba basado en apreciaciones erróneas, "imperdonables en una tarea de esa naturaleza". No mencionaba, sino muy superficialmente, el problema de falta de brazos, que en el caso de Llallagua era el factor principal para la decadencia de la producción. La disminución de los costos únicamente se podía obtener aumentando la producción, de 700 toneladas mensuales a por lo menos 1.000. El sistema de "corte y relleno horizontal" era el más aconsejable en las condiciones de la mina.

Con autorización de Patiño, se reunieron en Huanuni, Rivera, Etchenique, Holme, Van Dorp y Reagan. Discutieron el informe de este último, las explicaciones de Holme y los comentarios de Van Dorp. Sus conclusiones fueron enviadas a París y Nueva York, resultando aprobadas. El sistema de trabajo dentro de la mina continuaría siendo el de "corte y relleno horizontal", se aumentarían jornales para atraer más obreros y se incrementaría la producción a un mínimo de mil toneladas mensuales.

En el problema capital de la falta de brazos, la reunión de Huanuni consideró un estudio del ingeniero Roberto Arce. Según éste, la empresa debía ofrecer buenos jornales y tales condiciones de vida que los obreros prefiriesen permanecer en la Patiño Mines y no dejarse atraer por las ofertas de otras empresas mineras. En la Patiño Mines se había creído proteger la economía de los trabajadores contra la desvalorización monetaria dando más importancia al mantenimiento de los precios bajos de los artículos alimenticios en las pulperías, que al aumento de las remuneraciones. Como consecuencia, la empresa tenía las pulperías más baratas,

pero también jornales inferiores a los de otras minas. Como el trabajador se dejaba atraer más por el efecto psicológico de recibir más dinero, aunque con él comprase menos alimento y ropa, muchos obreros preferían prestar sus servicios en otras empresas y no en la Patiño Mines. Era necesario corregir esto nivelando los precios en las pulperías con los del comercio libre, pero compensando a los trabajadores en dinero efectivo y dándoles, además, un aumento general de jornales, de manera que estos fuesen superiores a los de las demás empresas mineras y los más altos en toda la república.

El "Plan Arce" fue apoyado por los asistentes a la reunión de Huanuni. Algunos de ellos lo hicieron con la secreta intención de que sería rechazado por Patiño y provocaría la caída del ingeniero boliviano. Sucedió lo contrario. Patiño lo aprobó sobre tablas y el directorio de Nueva York lo refrendó sin demora. Fue puesto en práctica, sin ninguna oposición, en el curso del año 1940, con intervención del Ministerio del Trabajo y mediante explicaciones verbales a los dirigentes sindicales y de volantes al resto de la masa laboral. Los trabajadores recibieron una mejora de 33 por ciento en sus emolumentos (13 por ciento correspondientes al alza en los precios de los artículos vendidos en las pulperías y 20 por ciento como aumento general de jornales).

El número de empleados y obreros que en 1938 era de 5.500 y en 1939 de 6.000, subió a 7.000 en 1940 y a 7.700 en 1941. La producción se incrementó de 7.017 toneladas en 1939 a 12.978 en 1940 y a 15.741 en 1941.

Empero, la solución del problema de la falta de brazos originó otro. El total de viviendas obreras que la Patiño Mines tenía en sus campamentos de Catavi, Siglo XX, Cancañiri, Socavón Patiño, La Blanca y Uncía, era de 3.740, consistentes en una habitación y una cocina. Siendo más de 7.000 los trabajadores, y hasta que se ejecutase un plan de nuevas construcciones, se tuvo que alojar 2 por vivienda, incluyendo la esposa e hijos. La situación provocó conflictos conyugales, riñas entre familias y, en general, una tensión muy peligrosa.

CAPÍTULO 17

LA MASACRE DE CATAVI

El ejército aprovechó con rapidez la atonía causada por la noticia de que Busch estaba agonizante en un hospital para instalar en la silla presidencial a su Comandante en Jefe, general Carlos Quintanilla. El vicepresidente Enrique Baldivieso, al ser informado del hecho, se trasladó al Palacio de Gobierno y encontró que los militares le habían escamoteado su derecho sucesorio al poder. Sus protestas fueron inútiles. Quintanilla ratificó en sus puestos a los ministros de Busch, a fin de dar la impresión de que continuaría la política del malogrado dictador. Los políticos aceptaron ser reenganchados al carro del general en vez de solidarizarse con la protesta de su colega civil.

Carlos Quintanilla, por su edad, temperamento y formación, era conservador. Cedió sin resistencia a la presión de los sectores económicos y de los hombres de su generación. En materia de minería, por decreto de 1° de octubre (1939) suspendió "transitoriamente" la aplicación del decreto de 7 de junio, sobre entrega del cien por ciento de divisas. El Ministro de Hacienda, Fernando Pou Mont, como lo dijo alguien, "borró con el codo lo que había escrito con la mano.

Quintanilla, en loable gesto, llamó a elecciones generales para constitucionalizar el país. Los partidos tradicionales, vinculados entre sí desde la dictadura de Busch en una "Concordancia", apretaron filas para recuperar posiciones. De los 60.000 votos emitidos en los comicios, 50.000 favorecieron al candidato de la "Concordancia", general Enrique Peñaranda. Los 10.000 votos restantes correspondieron a José Antonio Arze, marxista, lanzado al palenque electoral por la juventud izquierdista.

El flujo y reflujo de ideas políticas y desorientación ideológica, campeante en Bolivia entre 1936 y 1939, dio paso a un período diferente al ingresar el país a un régimen parlamentario y constitucional. Había llegado la hora de tomar posiciones más definidas. Al amparo de las libertades garantizadas por el gobierno de Peñaranda, tomaron domicilio en Bolivia tres núcleos políticos nacidos en el exterior. Un núcleo trotskysta, que más tarde se llamó Partido Obrero Revolucionario (POR), fundado por Tristán Maroff y José Aguirre Gainsborg, en su exilio en el norte argentino, durante la Guerra del Chaco. Falange Socialista Boliviana (FSB), organizada por el

estudiante Oscar Unzaga de la Vega, en Santiago de Chile, en 1947, con los principios morales de la Falange Española de José Antonio Primo de Rivera. El Partido de Izquierda Boliviano, llamado posteriormente Partido de Izquierda Revolucionario (PIR), cuyo creador, también en Santiago, fue el marxista José Antonio Arze, mientras estuvo desterrado por el gobierno de Busch. Los pocos diputados independientes, que lograron bancas en la legislatura de 1940, se constituyeron en un cuarto grupo político de juventud, con la denominación de Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR). Aunque estos grupos actuaron separados y antagónicos y compitieron en su proselitismo de estudiantes, obreros y gentes de la clase media, estaban movidos por una fuerza común: un nacionalismo reformista.

La nación entró en una era de agitada fermentación ideológica. Al choque de tendencias de derecha, centro e izquierda, se sumaron los ecos del conflicto que desgarraba a Europa y Asia en la hecatombe de la Segunda Guerra Mundial, enfrentado las democracias y la dictadura rusa contra el nazismo alemán, el fascismo italiano y el imperialismo japonés.

* * *

El presidente Peñaranda viajó a los distritos mineros de Uncía, Llallagua y Huanuni a fines de 1941, acompañado de Miguel Etchenique, dos ministros, dos diputados, tres edecanes y un periodista. En dos días visitó todas las reparticiones de las empresas Patiño.

A las tres semanas, la paz social en Llallagua se vio interrumpida por un insólito y corto incidente. Fue una señal de la exacerbada sensibilidad de los obreros por las prédicas de agentes del PIR y el POR sobre sus derechos. El gobierno fijó un cambio único para el dólar en 46 Bolivianos, que tuvo por efecto el encarecimiento del costo de vida en toda la república. Esto lo obligó a decretar una bonificación general de sueldos y jornales. Cuando se preparaba la aplicación de esta medida en la Patiño Mines, el superintendente de la mina, ingeniero Michaelson, motu proprio y sin consultar a nadie, quiso corregir una anomalía en una de las secciones a su cargo. Por un error de contabilidad, arrastrado desde años anteriores, los obreros contratistas de la Sección Ánimas resultaban ganando más que los trabajadores de

las otras secciones. Esto provocaba constantes reclamaciones de los menos favorecidos. Michaelson creyó que antes de hacerse el aumento general ordenado por el gobierno, convenía poner los salarios de todas las secciones al mismo nivel, rebajando el excedente percibido por los de Ánimas. No se atrevió a ejecutar personalmente su decisión e instruyó que la aplicase su ayudante, el ingeniero boliviano Luis A. Nogales, mientras él estaba ausente en los Estados Unidos en uso de una vacación anual. Cuando los obreros de la Sección Animas recibieron dentro de la mina las papeletas con las cuales debían cobrar sus jornales al día siguiente, montaron en cólera al darse cuenta de que iban a recibir menos de lo acostumbrado. Encabezados por sus líderes Luciano Camacho y Leonidas Guzmán, pidieron apoyo a sus compañeros de otros sectores de la mina y al salir del trabajo, a las 4 de la tarde, avanzaron hacia las oficinas de Siglo XX armados de piedras, palos y barrenos, en busca de Nogales.

El gerente Percy E. Holme, el subgerente Roberto Arce y el empleado Carlos Garret, que se encontraban en la puerta de las oficinas, trataron de calmar la excitación de los 2.000 obreros concentrados delante de ellos. Una pedrada hirió a Holme en la nariz. Los más exaltados atropellaron a los jefes de la empresa e ingresaron a la oficina en busca de Nogales. Le propinaron una tremenda paliza a golpes de palo y puño. El subgerente Arce, subido en una mesa, se afanó por apaciguar la situación gritando que el problema se arreglaría de inmediato. El dirigente sindical Marcial Ibáñez logró arrastrar a Nogales, ya exánime, a un rincón y con la ayuda de sus colegas David Sánchez, Víctor Chopitea y Raimundo Valdivia, hizo circular la noticia de que Nogales estaba muerto y había que dejarlo en paz. La multitud se disolvió luego de causar varios destrozos en los muebles de la oficina de la superintendencia y de la central de teléfonos. La calma se reafirmó con la llegada de 30 soldados y un oficial del regimiento Sucre, que estaba de guarnición en Uncía. Nogales fue trasladado al hospital de Catavi y recuperó de sus heridas y contusiones en algunas semanas.

Simón I. Patiño ordenó la inmediata destitución de Michaelson. A este le llegó el cablegrama de despido en Sycamore (Illinois), en circunstancias en que, ignorando en absoluto lo ocurrido en Llallagua, gozaba del solaz de sus vacaciones. Patiño llamó también la atención de sus representantes en La Paz. Les dijo en un mensaje:

"El hecho que un empleado hubiera dejado a su subalterno instrucciones inconsultas antes de viajar, demuestra que hay falta de organización y que la gerencia deja actuar a empleados en contra de sus propias recomendaciones. Es necesario que uno de ustedes se traslade a Catavi para corregir cualquier falla en el sistema, que más tarde pueda ocasionar nuevas dificultades".

La prosperidad superficial que dio a Bolivia el aumento de los precios del estaño y la goma, no estuvo acompañada de paz política y social. Los partidos jóvenes trabajaron activamente en la catequización de adeptos excitando sus expectativas. En la Cámara de Diputados las pasiones se agitaron en acalorados debates y constantes interpelaciones a los ministros de Peñaranda. Aumentos sucesivos en los precios de artículos de primera necesidad ocasionados por la guerra mundial, provocaron huelgas de maestros, ferroviarios, gráficos y mineros.

En la Patiño Mines se hizo otro aumento de jornales, de 12 por ciento, en diciembre de 1941, dejándose establecido que "22 artículos de primera necesidad vendidos en las pulperías seguirían manteniendo su precio fijado en julio de 1940". Dos meses después, un grupo de 300 trabajadores se arremolinó delante de la gerencia en Catavi, exigiendo que el trabajo en la tardé de los sábados, repuesto después de algunos años, fuese considerado como trabajo extraordinario y, por lo tanto, remunerado con salario doble.

En septiembre (1942) el Presidente de la República hizo saber a las empresas que en Potosí se había organizado un comité obrero que tenía por objeto provocar conflictos sociales en los principales distritos mineros del país. A los dos días, el 30 del mismo mes, el Sindicato de Oficios Varios de Catavi presentó a la gerencia general de la Patiño Mines el siguiente documento: "Respetado señor gerente: El Sindicato de Trabajadores de Oficios Varios, reunido en asamblea general, ha resuelto dirigirse a usted pidiendo un aumento general de sueldos y salarios para el personal de la empresa, en proporción de un 100 por ciento, efectivo desde el 19 de junio pasado. Nos permitimos hacer respetuosamente esta solicitud, teniendo en cuenta las siguientes razones que pesan en la situación actual: Primero, según estudios que hemos realizado, la empresa vende sus productos en el exterior en un precio que le proporciona mayor ventaja, desde enero del año en curso. Segundo, el recargo de precios en las pulperías de la empresa se ha hecho en gran escala y en

forma general de todos los artículos que consumen los obreros, fuera de los 22 artículos que se mantienen en el precio sujeto a la compensación anterior. Timoteo Pardo, Secretario General; Pedro Ajhuacho, Secretario de Relaciones; Gregorio Altamirano, Secretario de Actas; Federico Ballón, Secretario de Hacienda; Carlos Lara, Secretario de Propaganda; Eliodoro Ordóñez, Secretario de Beneficencia; Antonio Gaspar, Secretario de Cultura y Vinculación; Luis Manestar, Secretario de Control".

El sindicato de Catavi que agrupaba a los trabajadores del ingenio y las maestranzas, era la única organización laboral existente en la Patiño Mines a la fecha. El sindicato de trabajadores de la mina había sido disuelto por el gobierno, a mediados de año, a raíz de denuncias sobre mal manejo de fondos por algunos de sus dirigentes. El gobierno dispuso el alejamiento de Llallagua de Adolfo Hilleman, hijo de alemán, nacido en el Beni, ex-obrero y ex-dirigente sindical de la Patiño Mines, por considerar que sus actuaciones para reorganizar aquella entidad obrera en representación de la Confederación Sindical de Trabajadores de Bolivia, tenía propósitos políticos subversivos.

Los mineros de la "Compañía Unificada" del cerro de Potosí, de la "Compañía Minera de Oruro" y de la "Bolivian Tin Tungsten" de Huanuni, presentaron solicitudes de aumentos de salarios similares a la del sindicato de Catavi.

El 7 de octubre el Ministro de Trabajo telegrafió al subprefecto de Uncía: "Informaciones que tiene el gobierno indican que las peticiones obreras obedecen a influencias extrañas a los centros mineros. Sírvase desplegar especial diligencia para conocer a los instigadores y tomar las medidas del caso. Conviene tratar de persuadir a los obreros de que sus demandas inspiradas en otros motivos que los de su propia situación, no podrán ser consideradas, puesto que perjudican no sólo las armónicas relaciones del trabajo, sino crean gérmenes contrarios a la tranquilidad del país, que en este momento necesita más que en ningún otro de orden y cordura para solucionar sus problemas".

El 9 de noviembre los dirigentes Pardo y Ajhuacho del sindicato de Catavi volvieron a dirigirse al gerente Holme en los siguientes términos: "En la asamblea general efectuada el 7 del actual y por unanimidad de votos, y considerando que la petición hecha el 30 de septiembre del presente año a su digna persona no ha sido atendida

y siendo palpable la situación aflictiva por la que atravesamos los trabajadores y para mejorar el nivel actual de vida. . . el sindicato, conjuntamente con el elemento obrero, ha resuelto dirigirse a su digna gerencia, al gobierno, el Ministerio de Trabajo y a la autoridad provincial, dando el término que prescribe la ley, es decir 7 días computables desde hoy, para un paro general, ya que la Constitución Política ampara el derecho de huelga. Este sindicato garantizará ampliamente el orden y respeto a los intereses de la empresa. Ojalá, señor gerente, que este paso no se verifique. Tal es el deseo de este organismo, y que a la brevedad posible solucione usted este reclamo, mostrando así, una vez más, su voluntad de entendimiento entre patronos y obreros".

El Ministro del Trabajo telegrafió al sindicato: "Acabo de ser informado que han notificado su decisión de entrar en huelga el próximo lunes. Extraña a este ministerio la actitud insólita del sindicato, que trataría de prescindir de los trámites legales de conciliación y arbitraje establecidos por disposiciones vigentes. La huelga resultaría ilegal y por lo mismo sujeta a todas las contingencias desfavorables para los dirigentes del movimiento. Espero que la serenidad y la cordura rijan los actos de ese sindicato y determinen la rectificación de la actitud equivocada que han asumido, sometiéndose a los trámites y procedimientos legales. Para el efecto, ese sindicato debe constituir en La Paz a sus delegados para intervenir en el tribunal de conciliación y arbitraje. La empresa ha sido notificada en igual sentido".

La empresa contestó a la segunda comunicación del sindicato: "Estamos considerando por propia iniciativa un estudio de elevación de los precios en las pulperías y la correspondiente elevación de los jornales... La notificación de la huelga en la forma planteada por ustedes, contrariando la orden telegráfica del Ministro del Trabajo, que exige una investigación previa de los móviles de la reclamación, resulta ilegal, por no encuadrarse al decreto de 20 de octubre de 1941. Esperamos que la resolución de la huelga será reconsiderada por ese sindicato".

El sindicato contestó al gobierno que estaba de acuerdo con entrar en un trámite de conciliación y arbitraje, pero que los delegados del ministerio debían viajar a Catavi y no los del sindicato a La Paz. El ministerio insistió en que la búsqueda de un arreglo debía hacerse en La Paz. Pedro Ajhuacho, Francisco Hinojosa Chinchilla y

Luis Camacho Medrano, viajaron a la sede del gobierno, en representación de sus compañeros. Allí presentaron otro memorial dirigido al gerente de la Patiño Mines: "Desde la última bonificación de octubre de 1941, la moneda nacional ha bajado de valor por lo menos en un 30 por ciento y los precios de las mercaderías han subido en porcentaje a cuatro veces más que antes, provocando un profundo desequilibrio entre los salarios recibidos y las necesidades de los trabajadores... No existiendo una política de estabilización de precios o de saneamiento del signo monetario de parte del gobierno, que sería aconsejable, no cabe otro procedimiento que el de seguir bonificando las remuneraciones para evitar conflictos sociales que afecten, la paz pública. Teniendo en cuenta que los actuales jornales no están en relación con el costo de vida, los salarios deberían aumentarse en diez veces, tomando como base el año 1931, en que el jornal era de 5 bolivianos, o sea, que las remuneraciones de hoy no deberían ser inferiores a 50 bolivianos. Si bien las pulperías de la empresa ayudan en mucho a mantener cierto nivel de vida de los trabajadores, en cambio los cupos concedidos no son suficientes a sus necesidades propias y de sus familiares, obligándoles a recurrir al mercado libre... Los obreros profesionales ganan ahora 37.60 bolivianos de jornal (902 bolivianos al mes); los ayudantes mecánicos 30.80 bolivianos (739 al mes) y los peones 24 bolivianos (576 al mes), sumas que sólo al enunciarse ya resultan ridículas para satisfacer las necesidades más premiosas de los obreros. Hoy no existe un solo empleado u operario de la administración pública, el comercio, o las fábricas, que perciba menos de 1.000 bolivianos mensuales. Un simple portero de oficina gana más que un perforista minero, que expone su vida constantemente ante los peligros que presentan los trabajos en las faenas. Además, los exportadores han reajustado sus precios y reciben veinte centavos de dólar más por libra de estaño, sin que ese beneficio dé un centavo de participación a los trabajadores que producen el mineral... Pedimos que con criterio humano se sirva ordenar un reajuste de salarios de 100 por ciento, a partir del 1° de junio de este año, no obstante que ello seguiría manteniendo a los trabajadores a ración de hambre... ". (La mención de aumento del precio del estaño se refería a que en los contratos con el gobierno de los Estados Unidos los exportadores bolivianos, desde junio de 1942, recibían 60 centavos de

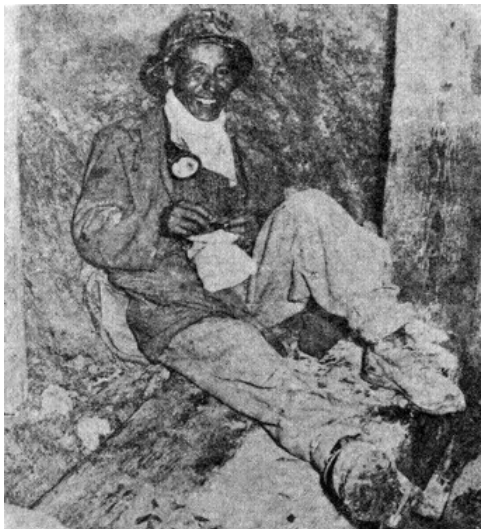
dólar por libra de metal, en vez de los 48 y medio centavos que estuvieron percibiendo antes).

José E. Rivera expuso por escrito ante los ministerios del Trabajo, Hacienda y Gobierno: "Las tres categorías de la minería nacional (Grande, Mediana y Pequeña) han manifestado a nuestra firma y lo han confirmado en una audiencia concedida por el Presidente de la República: Primero, que el conflicto que se inicia tiene los caracteres de una combinación política contra el gobierno; segundo, que la Patiño Mines no puede proceder aisladamente, porque su actitud comprometería a las restantes empresas del país y al mismo asalariado, empeorando el caos de la inflación monetaria. La Patiño Mines, que paga los salarios más elevados, no podría seguir elevándolos sin arrastrar a las demás empresas en la corriente. Así, el conflicto iniciado en Catavi, se ha convertido en un caso que no es simplemente de la Patiño Mines, sino de toda la minería nacional... El gobierno avisó a la empresa que tenía conocimiento que desde Potosí se trataba de organizar una huelga de carácter general... En el fondo el mismo gobierno consideraba que había un problema de orden público y no de situación obrera... El Poder Público tiene que pronunciarse en el presente caso sobre si las demandas obreras se solucionarán continuando indefinidamente con el sistema de reajuste de sueldos y salarios por arbitrajes de dudosa imparcialidad bajo la presión de cierta demagogia y la prensa beligerante. Es necesario detenerse a considerar si el sistema es realmente el remedio para modificar la situación que se trata de corregir o si por el contrario crea un perjuicio económico a los mismos reclamantes, al empeorar la inflación. Debe buscarse una solución integral del problema... Sobre un total de 7.000 trabajadores en Llallagua, unos 1.000 corresponden a la Sección Catavi. De estos apoyan al sindicato promotor del conflicto unos 400, o sea, un 5 por ciento del total de los trabajadores...

La empresa, con su larga experiencia, aprecia que el mejor elemento de colaboración que puede aspirar para el éxito de sus faenas, es la buena voluntad de sus trabajadores... Pero no es lo mismo tratar una reclamación sincera que hacer frente al descontento que se germina por la contaminación política... La reclamación del sindicato dice que las empresas venden sus productos en un precio que les proporciona mayor ventaja desde enero de este año ... Es un concepto

erróneo y falso por razón de que un 60 por ciento o más es absorbido por los impuestos y el resto por la elevación del costo de los materiales importados para el mantenimiento de la producción. El reajuste del precio del estaño en los contratos se hizo después de un estudio por ingenieros comisionados, respecto al mayor costo de los materiales importados... ". Las empresas Mauricio Hochschild, Aramayo Mines, la Asociación de Mineros Medianos y la Federación de Empresarios Minoristas, escribieron en conjunto a los mismos ministros, expresando su solidaridad con los planteamientos de la Patiño Mines.

El 27 de noviembre el presidente Enrique Peñaranda reorganizó su gabinete confiando el Ministerio de Relaciones Exteriores a Tomás Manuel Elío, el de Defensa al general Miguel Candia, el de Gobierno a Pedro Zilveti Arce, el de Hacienda a Joaquín Espada, el de Economía a Alberto Crespo Gutiérrez, el de Obras Públicas a Ernesto Sanjinés, el de Educación a Rubén Terrazas, el de Trabajo a Juan Manuel Balcázar y el de Agricultura a Arturo Galindo.



El acullico

En la reunión de gabinete del 30 de noviembre se leyó el memorial de la Patiño Mines. El jefe del Estado expresó que las empresas mineras se habían comprometido con el gobierno a aumentar sueldos y jornales tan pronto como obtuvieran un reajuste en el precio del estaño y habiendo ocurrido esto, la Patiño Mines estaba en la posibilidad de acceder a tal aumento. Su gobierno no tenía intención de pronunciarse vivamente sobre si el conflicto tuvo origen político o no,

que la adopción de cualquier medida no haría sino apresurar el estallido de huelgas en todo el país y crear un estado revolucionario que el gobierno no podría solucionar después. Los ministros secundaron los puntos de vista del presidente.

El Ministerio del Trabajo logró que los dirigentes obreros redujesen sus pretensiones de aumento a un 30 por ciento, como base para entablar conversaciones. Los personeros de la Patiño Mines rehusaron asistir a las deliberaciones del Comité de Conciliación y Arbitraje, manteniendo el criterio de que el conflicto tenía raíces políticas y por tanto debía ser solucionado por el gobierno y no por la empresa.

El Ministro del Trabajo, en entrevista con los dirigentes Pedro Ajhuacho, Francisco Hinojosa y Luis Camacho, les propuso que renunciasen a la huelga a cambio del compromiso del gobierno de poner en vigencia la Ley General del Trabajo, preparada durante el régimen de Germán Busch, pero que aún no había sido promulgada constitucionalmente. Dicha ley daría a todos los trabajadores ventajas permanentes muy valiosas sobre contratos, jornada de 8 horas, descansos anuales, remuneración, doble en días feriados y otras, que representaban mucho más que un aumento de salarios, que por las condiciones de inflación monetaria que vivía el país, seguramente sería anulado por la consiguiente elevación de los precios en los artículos de subsistencia. Los tres dirigentes regresaron a Catavi a consultar a sus compañeros. La Federación Sindical de Trabajadores de Bolivia les aconsejó que suspendiesen la huelga hasta la promulgación de la Ley General del Trabajo, más que inmediatamente después la volvieran a plantear.

El sindicato de Catavi suspendió la huelga. Las dos cámaras legislativas, a pedido del Ejecutivo, aprobaron la ley. El presidente y sus ministros la promulgaron el 8 de diciembre. Al día siguiente el sindicato telegrafió al general Peñaranda: "El Sindicato de Oficios Varios de Catavi ha resuelto que sus delegados no regresen a La Paz y ha dispuesto el ingreso a la huelga de todos los trabajadores de la empresa Patiño Mines a partir del 13 de los corrientes, hasta que sus demandas sobre salarios sean atendidas favorablemente".

El gobierno puso al distrito minero Uncía - Llallagua bajo jurisdicción militar y ordenó que el Comandante de la Región Militar Número 3, con sede en Oruro, coronel Luis A. Cuenca, se traslade a Llallagua para tomar la jefatura de las tropas que se encontraban allí y de otras que se enviarían posteriormente, asumiendo las

responsabilidades de mantener el orden y evitar la huelga. Tales disposiciones no eran sino una ejecución de los decretos de 12 y 27 de diciembre del año anterior, que establecieron que todos los distritos mineros de la república quedaban bajo jurisdicción castrense mientras durase la guerra mundial, a fin de mantener la paz social y asegurar el abastecimiento de minerales a los países aliados.

En su informe al Ministro de Defensa y al Jefe del Estado Mayor, fechado el 2 de enero de 1943, el coronel Cuenca hizo una relación de los sucesos ocurridos mientras él estuvo en Catavi:

"El 8 de diciembre el señor Ministro de Defensa me ordenó que viajase al distrito minero, impartíendome instrucciones verbales para que notificara a la directiva del sindicato la vigencia de los decretos de 12 y 27 de diciembre de 1941. Estando las propiedades mineras bajo jurisdicción militar, era ilegal toda tentativa de huelga o cualquier acción que tendiese a disminuir la producción... El día 9 me constituí en Catavi... En diferentes conversaciones con los dirigentes obreros los llamé a la cordura y a la serenidad, indicándoles que el paro sería ilegal. Les hice conocer el texto de aquellos decretos... El señor Presidente de la República y el Ministro de Defensa, por telegrama del día 10, me confirmaron en forma explícita las instrucciones que había recibido en La Paz y me comunicaron además que se había promulgado la Ley General del Trabajo. Otro telegrama, esta vez del Ministro del Trabajo, me informó que los delegados del sindicato se habían comprometido con él a retirar su pedido de aumento de salarios y abandonar su intento de huelga si se promulgaba dicha ley. Los obreros recibieron con alborozo la noticia de la promulgación de la ley y agradecieron al gobierno. Manifestaron que suspenderían la huelga y retirarían su pedido si la empresa les concedía una prima anual fijada a criterio de ella misma. Hice conocer esto al gobierno el 11 de diciembre. El Ministro del Trabajo me contestó que "los obreros debían volver a sus labores sin ninguna condición y deponer su actitud de beligerancia. Sólo bajo estas condiciones su ministerio interpondría sus buenos oficios ante la empresa para que conceda una prima voluntaria a los trabajadores". Trasmití esto al sindicato. Los obreros mantuvieron su posición y anunciaron que irían a la huelga en caso de no ser atendidos. El señor Jefe del Estado Mayor, en telegrama de 13 de diciembre, me

instruyó que me abstuviera de seguir en negociaciones con el sindicato .y que me limitara a cumplir las instrucciones transmitidas por el Presidente de la República".

"El domingo 13 hice llamar a los dirigentes para conocer su decisión final. Como se negaron a acudir a mi llamado, ordené al capitán Gamarra, jefe de los carabineros del distrito, que los llevara presos al cuartel de Catavi. La orden fue cumplida a horas 12. Mientras estábamos en conferencia tranquila con los dirigentes, tratando de llenar a una solución, unos 200 obreros y mujeres se aproximaron al cuartel con objeto de libertar a sus compañeros. Se produjo un choque. Ante la actitud resuelta de los carabineros los trabajadores se dispersaron, pero uno resultó herido por un proyectil perdido. Los obreros exaltados se dirigieron a Siglo XX, a pedir la cooperación de los mineros, obligando a abandonar sus labores a los que estaban en trabajo. Los dirigentes del sindicato me ofrecieron hacer valer su influencia para evitar acciones de hecho por parte de sus camaradas. Los dejé salir del cuartel con tal objeto, acompañados del capitán Gamarra. Faltaron a su palabra, dedicándose más bien a soliviantar a los trabajadores de la mina para que se adhiriesen a la huelga, propalando la noticia falsa de que los carabineros habían muerto a varios de sus compañeros. Inmediatamente ordené al mayor Villarroel, comandante accidental del regimiento Sucre, que envíe una compañía compuesta de 120 hombres, para hacer guardar el orden y evitar que los obreros de Catavi tomaran contacto masivo con los de Siglo XX. Desgraciadamente, esa fuerza tomó mucho tiempo en movilizarse. Llegó a Catavi a horas 15, cuando la muchedumbre congregada en Siglo XX se dirigía a Catavi en actitud hostil. Instruí que la compañía del Sucre se desplegara y contuviera a esa muchedumbre compuesta de unas 5.000 personas. La orden se cumplió y la gente se detuvo a distancia prudencial. El mayor Villarroel habló a la multitud manifestando que cualquier acto de violencia sería reprimido por las armas. Como los obreros declararan que únicamente deseaban reunirse en el local del sindicato, se les señaló el camino por el que debían llegar a este punto y la tropa se replegó a nuevas posiciones, para proteger el ingenio y las oficinas. La manifestación se disolvió pacíficamente a horas 17. Esa misma noche ordené al mayor Villarroel que con suficientes tropas protegiera Siglo XX, Cancañiri, Socavón Patiño y otros sitios, poniendo soldados en vigilancia".

"El 14 ningún obrero entró al trabajo, ni se abrieron las pulperías. El 15 llegó el regimiento Ingavi, comandado por el teniente coronel Luis Gamarra, con 3 jefes, 4 oficiales, 3 oficiales de servicio, 5 empleados y 277 elementos de tropa. Entre los jefes figuraba el mayor Bustamante. En una reunión con los gerentes se acordó que el regimiento Ingavi permanecería de guarnición en Catavi y que el Sucre cubriría Siglo XX y Cancañiri. El Sucre tenía 380 plazas. El Ingavi fue alojado en la escuela de Catavi. El ambiente de ese día fue de completa tranquilidad".

El 16 recibí un telegrama del Ministro del Trabajo. "Insinúo avisarme situación huelga... Estimo conveniente averiguar discretamente entre obreros cuáles serían sus demandas actuales y en qué condiciones suspenderían huelga. Ruégole también recabar opinión de la empresa. El Ministerio del Trabajo agradecerá mucho le haga conocer usted su opinión sobre la manera de resolver el conflicto". A horas 20 me trasladé al local del sindicato acompañado del mayor Bustamante. Los dirigentes me dijeron que para que se volviese al trabajo tendría que aceptarse, previamente, su pedido de aumento de salarios. Dijeron que esperaban que el 19 se les pagaría lo que se les adeudaba por la quincena vencida. Les repetí que la huelga era ilegal. Los dirigentes dijeron que en los últimos 4 días les había sido muy difícil calmar la agitación general. Abandonamos el lugar con el mayor Bustamante llevando la impresión de la intransigencia del directorio del sindicato".

"Jueves 17. Continúa la huelga con calma. Recibí informes de varios campamentos de que muchos obreros deseaban reingresar a sus labores incondicionalmente, pero que elementos agitadores habían formado una organización que tenía por objeto impedirlo con amenazas de muerte".

"Viernes 18. Se nota cierta agitación e intranquilidad en los obreros con motivo del pago que esperan recibir al día siguiente. El Ministro del Trabajo, por orden del señor Presidente de la República, impartió instrucciones telegráficas en sentido de que debería suspenderse el pago de la quincena hasta que los obreros depongan su actitud subversiva, ya que el pago sería fomentar la huelga. A horas 16 la directiva del sindicato manifestó el deseo de charlar conmigo. Envíe en mi lugar al mayor Bustamante. Este, a su regreso del local del sindicato, me avisó que la intransigencia de los dirigentes era mayor. Envié una nota a ellos llamándoles a la cordura e instándoles a retirar sus planteamientos. También les di a conocer las

instrucciones del Presidente de la República, en sentido de que el pago de la quincena debía suspenderse. Les dije que si no deponían su actitud subversiva el ejército se vería obligado a usar sus armas".

"Sábado 19. Desde las primeras horas se nota intranquilidad y agitación. Salían emisarios de la oficina del sindicato a todos los campamentos. A las 8 fui informado de que se formaban grupos de gente cada vez más numerosos en Miraflores, Cancañiri y Siglo XX. Poco más tarde la multitud tomó las carreteras de acceso a Catavi. Los obreros de este lugar esperaron a sus compañeros en el empalme de los caminos. Todos reunidos marcharon sobre Catavi en tres columnas compactas, con mujeres y niños en la vanguardia. La mitad del regimiento Ingavi tenía posiciones tomadas en la parte superior de Catavi. Se ratificó al jefe de dicha unidad la recomendación de que se debía hacer uso de las armas sólo en el caso de que los obreros tomasen actitud de ataque recurriendo a la violencia. La muchedumbre, en número de unos 6.000, venía exclusivamente a reclamar el pago de sus haberes, que la empresa dejó en suspenso por orden del gobierno. Con el propósito de evitar por todos los medios a mi alcance una masacre, impartí instrucciones al mayor Bustamante de que fuera en auto a encontrar a la muchedumbre para convencerla de abandonar la marcha. Pudo convencerlos sólo de que permanecieran en el lugar al que habían llegado, durante una media hora, hasta que yo conferenciara con el gerente de la empresa. En la charla con los jefes de la compañía se les instó a autorizar el pago de jornales. Ellos respondieron que la suspensión del pago no era decisión suya sino del gobierno y que no podían pasar por encima de ella. Llamé a conferencia telegráfica al Ministro de Defensa para darle cuenta de la crítica situación y pedirle autorización para el pago, única forma de evitar el empleo de fuerza. El ministro me repuso que consultaría con el Presidente de la República. A la salida de la oficina del telégrafo comprobé que la multitud había invadido Catavi. En vista de lo álgido de las circunstancias, y asumiendo la total responsabilidad del acto, ordené por escrito a la empresa que procediese al pago de jornales de la quincena vencida. Se procedió a repartir las papeletas correspondientes, con las que los obreros cobrarían su dinero al día siguiente. La gente, satisfecha, se dispersó tranquilamente".

"Domingo 20. Se procedió al pago de jornales en diferentes puntos. De acuerdo con mis directivas, los jefes y oficiales aprovecharon de la presencia de los obreros en las ventanillas para tratar de convencerlos que volviesen al trabajo al día siguiente".

"Lunes 21. Elementos agitadores impidieron que varios obreros reingresasen a sus labores. Aún más, recorrieron los domicilios de sus compañeros para instarlos, con amenazas, a que pasaran a engrosar las filas de una nueva manifestación obrera que debía realizarse ese día por mandato del sindicato. Ordené que nadie entrara ni saliera del campamento de Catavi. A las 7:30 mandé al mayor Bustamante al local del sindicato con un pliego que contenía las últimas disposiciones del gobierno. Fue entregado, personalmente al dirigente Ajhuacho, quien, sin leer su contenido, lo pasó a otro obrero. Ajhuacho declaró que no respondía por lo que pudieran hacer los obreros y que nosotros, los militares, debíamos cuidarnos. El mayor Bustamante fue insultado con palabras destempladas y groseras. Bustamante, al salir del lugar, impartió órdenes para la ubicación de 4 líneas de centinelas en la calle principal de Catavi, con intervalos de 40 metros. Varias mujeres, que habían sobrepasado los puestos de centinelas más avanzados, se presentaron ante el último cordón de soldados armadas de cuchillos y palos, pidiendo libre ingreso a Catavi para adquirir víveres. Se las pudo contener por medios persuasivos pacíficos. Entre tanto, en Uncía, Siglo XX y Cancañiri, se reunían grupos cada vez más numerosos. A horas 8:15, en momentos en que las mujeres antes mencionadas insistían en ingresar a Catavi, se pudo observar que alrededor del local del sindicato se efectuaba una concentración de obreros. Este grupo llevaba delante una bandera roja y avanzó en dirección al primer grupo de centinelas, dispuesto a atropellarlo. Las fracciones que resguardaban el cuartel (escuela) bajo la vigilancia directa del mayor Bustamante y los tenientes Carlos Sánchez y N. Ávila, se vieron obligadas a romper fuego. Los primeros disparos fueron al aire, pero en vista de que la muchedumbre envalentonada continuó avanzando en forma cada vez más agresiva, los siguientes disparos hicieron 4 muertos y 19 heridos, que fueron recogidos por la ambulancia y llevados al hospital. La gente se dispersó y volvió una calma aparente a Catavi. Los oficiales destacados en el pueblo de Llallagua, Uncía, Siglo XX y Cancañiri, avisaron por teléfono que seguía concentrándose la gente. Los diferentes grupos se unieron y un total de unos 7.000, con un 10 por ciento de mujeres y niños, avanzó hacia

Catavi. El regimiento Ingavi, con todo su efectivo y material, con excepción de dos grupos que quedaron en la escuela con el capitán Camacho, tomó posesión de la parte superior de Catavi, bajo la dirección de su comandante. Impartí instrucciones de que debía contenerse a la multitud a unos 800 metros, haciendo disparos al aire, pero que en caso de que persistieran en el avance, procedieran con mesura. El efectivo del regimiento apostado allí era de 200 hombres y 3 oficiales, Ordené que una compañía del regimiento Sucre, que se encontraba en Uncía como reserva, se aproximase a Catavi. Desde mi puesto de observación constaté el cumplimiento de mis órdenes. La muchedumbre desenfundada avanzó arrojando cartuchos de dinamita. Los soldados hicieron fuego alto para amedrentarla. Como la gente siguiera aproximándose, los soldados tuvieron que disparar bajo procurando hacer el menor número de bajas. En vista de esta actitud de la tropa, la multitud retrocedió sobre el pueblo de Llallagua llevando sus muertos y heridos. Los agitadores cortaron la corriente eléctrica que llegaba a Catavi. En Siglo XX una mujer arrojó un cartucho de dinamita con la mecha encendida al capitán Portugal. Intervino un carabinero que recogió el cartucho y lo arrojó lejos, salvando la vida del oficial. Impartí instrucciones para que la ambulancia de la empresa, con 4 enfermeros, fuera a recoger a los heridos. Los huelguistas se encontraban tan exaltados que atacaron el vehículo, destrozándolo con cartuchos de dinamita. Después de incendiarlo lo arrojaron a un barranco. El chofer y los enfermeros escaparon con heridas de piedra en la cabeza. En este segundo incidente entre el ejército y la masa laboral se tuvo que lamentar 9 muertos 517 heridos. De éstos 4 fallecieron en el kiosco de la plaza de Llallagua. Posteriormente la empresa pudo conseguir que todos los heridos fuesen trasladados al hospital".

"Martes 22. Los acontecimientos de la víspera mantenían un ambiente de sobresalto. Corrían rumores de toda naturaleza en sentido de que los soldados atacarían los campamentos. Muchos obreros pacíficos y sus familias buscaron refugio en los pueblos de Llallagua y Andavilque. En la tarde se enterraron los muertos del día anterior".

"Miércoles 23. La empresa ofreció un bono de 100 bolivianos a quienes ingresasen al trabajo. Lo hicieron unos 1.100 obreros en la mina y 330 en el ingenio. En la

tarde regresaron a sus viviendas las familias que habían huido a Uncía, Andavilque y Llallagua.

"Jueves 24. La empresa dio un segundo bono de 50 bolivianos a los que ingresaron a sus tareas. Se registraron 4.000 obreros en la mina y 1.218 en el ingenio. El viernes 25 entraron al trabajo un total de 7.722 obreros y la situación se normalizó. El 31 de diciembre me restituí a mi puesto en Oruro".

La nómina de los muertos fue la siguiente: De Catavi, los obreros Alberto Salinas, Martín Flores Villegas, Modesto Ramírez Flores, Pablo Andia Alba, Fermín Aguilar Hinojosa y Evaristo Alborta Moltavo; las mujeres Melchora Rodríguez y Carmen Rioja. De Siglo XX, los obreros Fortunato Bustamante, Alberto Jaimito Aldaba, Lucio Toro García, Demetrio López Vargas, Emilio Pérez Mier, Ceciliano Roque Flores, Prudencio Torres Arias, Pablo Torres Careaga; las mujeres Eleuteria Góngora, Leoncia Herrera y María Barzola.

CAPÍTULO 18

LOS ESTADOS UNIDOS Y EL ESTAÑO BOLIVIANO

Entre 1934 y 1935, un subcomité organizado dentro del Comité de Relaciones Exteriores del Congreso de los Estados Unidos hizo una "investigación sobre el estaño", motivada por la "peligrosa dependencia del país de fuentes extranjeras de aprovisionamiento". El estaño, junto con el tungsteno, antimonio, cromo, manganeso, yute, goma y otros productos, fueron calificados como "materiales estratégicos" por su origen lejano y su importancia para las necesidades industriales y militares de la nación.

El subcomité, en su informe al Congreso, explicó que el estaño tenía la gran cualidad de ser utilizable como una película delgada, dúctil, no corrosiva y firmemente adherible al acero y otros metales. Que posee propiedades "antifricción". Que es muy práctico como "flux" para unir unos metales a otros. Que, en consecuencia, era básico para la industria de la hoja de lata, de gran servicio en la fabricación de rodamientos y partes móviles de vehículos y muy útil en aleaciones o bronces.

El subcomité determinó que desde el punto de vista militar el estaño era "uno de los materiales más importantes en el esquema de la defensa nacional". Su empleo era pequeño pero esencial en la fabricación de cierto tipo de munición, ametralladoras, fusiles, pistolas, cornetas, cascos, cantimploras, binoculares, latas de alimentos, trípodes, proyectores, cámaras fotográficas, termómetros, compases, instrumentos de observación, cuchillería, cables, válvulas, conexiones eléctricas, circuitos de radio, automóviles, vagones, acoplados, tanques, locomotoras, hélices de barcos, tubos para torpedos y refrigeradores.

El subcomité recalcó el hecho de que, aunque los Estados Unidos consumían la mitad del estaño producido en todo el mundo, no tenían fuentes nacionales de producción, ni hornos para su fundición. Tenían que adquirirlo como metal refinado, en un 90 por ciento de Malasia y el 10 por ciento restante de Inglaterra.

En sus conclusiones el subcomité recomendó que la mejor forma de aliviar, por lo menos parcialmente, la dependencia de los Estados Unidos de fuentes extranjeras

de aprovisionamiento de estaño era estableciendo una industria de refinación en su territorio, como se hizo durante la Primera Guerra Mundial.

El subcomité recopiló datos sobre producción, transporte, refinación y venta del estaño en diferentes partes del mundo. Con respecto a la situación en Bolivia, llamó a prestar informaciones a los ciudadanos norteamericanos George A. Inslee (que trabajó en minas de Bolivia desde 1909), Edward J. Cornish (presidente de la National Lead Company y vicepresidente del directorio de la Patiño Mines en Nueva York), Víctor J. Hampton (con 12 años de experiencia minera en Bolivia) y William F. Kemble (antiguo empleado de la National Lead, constructor de la fundición de Long Island en 1917 y desde 1924 tesorero del directorio de la. Patiño Mines).

El minucioso estudio del subcomité quedó en el papel durante varios años. Recuperó actualidad y se hizo importante en 1939, cuando la política agresiva de Hitler mostró al gobierno de Washington que las tormentosas nubes de una conflagración bélica en Europa extendían su amenazadora sombra hasta los Estados Unidos. Al darse a publicidad los documentos secretos de las sesiones del gabinete inglés, se ha revelado, recientemente, que el presidente Franklin D. Roosevelt estuvo convencido, desde un principio, de que si las democracias del Viejo Mundo eran desafiadas por el aparato bélico del nacionalsocialismo alemán y el fascismo italiano, los Estados Unidos debían entrar en el conflicto en defensa de sus intereses internacionales y de la supervivencia de sus instituciones liberales.

En 1939 el gobierno de Roosevelt estableció la necesidad de un "programa de adquisición de importantes cantidades de los materiales extranjeros que necesitarían los Estados Unidos para una guerra de tres años". El Congreso llamó a consulta a los más altos personeros de la National Lead Company, la United Steel Corporation, Guggenheim Bros, la United States Geographical Society y el United States Bureau of Mines. Un nuevo subcomité del Congreso recomendó una inversión de 10 millones de dólares anuales en la adquisición de reservas de "materiales estratégicos" durante un período de 4 años.

El estaño fue calificado como "el más importante y el más caro de los metales estratégicos". Se planeó la adquisición de una reserva de 80.000 a 100.000 toneladas. Se establecieron conversaciones con grupos holandeses que

manifestaron su disposición a vender el metal a precios inferiores a los establecidos por las operaciones del Comité Internacional y el Buffer Stock de Londres.

Europa comenzó a arder el 1° de septiembre de 1939 con la invasión alemana a Polonia. Para los Estados Unidos la sangría en Europa, extendida al Atlántico, y la política amenazante del Japón en el Pacífico, acercaban el peligro bélico a sus dos costados. Por suerte, el Canadá, al norte, era un amigo garantizado. En cambio, las repúblicas latinoamericanas del sur causaban una gran preocupación por su debilidad y las simpatías pro nazi de algunos partidos políticos y sectores de sus fuerzas armadas. Resultaba importante conseguir su franco alineamiento en el campo de las democracias y que no fallasen como proveedoras de materias primas.

En el caso particular de Bolivia, las circunstancias no habían sido favorables en el pasado inmediato. Desde 1937, el gobierno de Washington tenía castigado al país, negándole toda ayuda económica, por haber cometido el pecado capital de expulsar sin indemnización a la Standard Oil Company, una de las más poderosas empresas norteamericanas. Esta cuarentena económica, los antecedentes teutones del presidente Germán Busch, la tradición germánica en la organización del ejército, la influencia de una colonia alemana con importantes vinculaciones familiares, sociales y comerciales, la activa propaganda pro nazi de la legación alemana en La Paz y la vecindad de una Argentina cuyo gobierno era simpatizante con el nacionalsocialismo de Hitler, colocaban a Bolivia en una posición que requería especial atención, sobre todo por ser la única fuente importante de producción de estaño en el Hemisferio Occidental. En Washington existían sospechas de que el decreto de 7 de junio de 1939, que estatizó el Banco Minero y quiso obligar a las empresas mineras a entregar el cien por ciento de sus divisas al Banco Central, tenía inspiración alemana. Se sabía que existían conversaciones para una inversión alemana en la construcción de un camino de La Paz a Trinidad (ciudad natal del presidente Busch) y para la adquisición del petróleo boliviano por Alemania. El padre del presidente Busch, médico alemán, estuvo en Berlín en misión semioficial del gobierno de su hijo.

Con la muerte de Busch dos semanas antes del estallido de la guerra en Europa y el retorno al poder de militares y políticos conservadores, Washington consideró que debía aprovecharse la coyuntura para hacer volver a Bolivia al redil.

Empero, el gobierno boliviano, como los gobiernos de otros países latinoamericanos, no se animaba a asumir una actitud de abierto desafío contra Alemania, en vista de que la guerra parecía irse inclinando a su favor. Por lo demás, el gobierno del general Enrique Peñaranda tenía serios problemas internos. La oposición de algunos partidos como el Movimiento Nacionalista Revolucionario y el Partido de Izquierda Revolucionaria se hacía cada vez más audaz y vociferante. La Legación de los Estados Unidos en La Paz se cansó de querer convencer de que los mayores peligros estaban en las secretas actividades de la Legación de Alemania. El Departamento de Estado recurrió a un expediente desesperado.

A mediodía del sábado 18 de julio el ministro norteamericano, Douglas Jenkins, pidió audiencia con el Ministro de Relaciones Exteriores, Alberto Ostria Gutiérrez y le entregó un documento. Explicó que había sido extraído de la valija diplomática que el gobierno de Berlín enviaba a su representación diplomática en Bolivia y que fuera violada por las autoridades norteamericanas a su paso por un aeropuerto bajo su control. Se trataba de una carta firmada por el mayor Elías Belmonte, agregado militar de Bolivia en Berlín, dirigida al ministro alemán en La Paz, Ernest Wendler. Sus principales párrafos decían: "Tengo el agrado de acusar recibo de su interesante carta en la que me comunica de las gestiones que usted, el personal de su legación y nuestros amigos civiles y militares bolivianos llevan a cabo en mi país con tanto éxito... Me informan los amigos de Wilhelmstrasse que por informaciones recibidas de usted se acerca el momento de dar nuestro golpe... Yo voy más allá y creo que el golpe debe fijarse para mediados de julio... No cabe duda que tendremos que concentrar nuestras fuerzas en Cochabamba ... Veo que se ha acumulado buena cantidad de bicicletas, lo que facilitará nuestros movimientos de noche, ya que autos y camiones son demasiado bulliciosos ... Es necesario que obremos con rapidez, pues el momento es oportuno ...Espero la última palabra suya para salir en vuelo de aquí y empezar la obra que salvará a Bolivia, primeramente, y posteriormente a todo el continente sudamericano de la influencia norteamericana. Muy pronto nos seguirán el ejemplo los demás países y recién entonces, con un solo fin, con un solo ideal y con un solo Jefe Supremo, salvaremos el porvenir de Sud América y comenzaremos una era de depuración, orden y trabajo. Hasta muy pronto, señor Ministro".

Ostria Gutiérrez llevó inmediatamente la carta al Palacio de Gobierno. El presidente Peñaranda convocó a una urgente reunión de su gabinete. Se debatió la situación política durante dos horas. Ostria planteó la necesidad de expulsar al ministro alemán. Los otros miembros del gobierno se mostraron temerosos y reticentes. La apasionada argumentación de Ostria triunfó finalmente. Si la carta de Belmonte expresaba que el golpe revolucionario debía darse a mediados de julio y era ya el 18 de ese mes, quería decir que la insurrección podía estallar cualquier momento y que el gobierno debía notificar la expulsión de Wendler y capturar a sus cómplices ese mismo sábado.

A las seis de la tarde el Subsecretario de Relaciones Exteriores, Guillermo Francovich, visitó al ministro alemán, en su casa, y le hizo conocer que el gobierno lo declaraba persona no grata y exigía que abandonase el país en el término de cuatro días. No le dio ninguna explicación de los motivos de tal decisión. Wendler no quiso dar crédito a sus oídos. ¿Era posible que un país tan débil como Bolivia ultrajase y desafiase la cólera del gran Reich Alemán que ya ocupaba Polonia, Dinamarca, Noruega, Bélgica, Holanda, Luxemburgo, parte de Francia y estaba en rápido camino de dominar el mundo entero? Francovich repitió cortésmente la conminatoria del gobierno. El teutón protestó airado. Iban a ser muy serias las consecuencias.

- "Bolivia provocará su propio Götterdämmerung¹⁸" -exclamó lleno de ira.

Al día siguiente dirigió una nota al canciller Ostria pidiendo explicaciones. "Yo nunca y de ninguna manera me he inmiscuido en asuntos internos del país... Respecto del deseo del gobierno de Bolivia que abandone La Paz... espero instrucciones de mi gobierno". Ostria le contestó: "El gobierno de Bolivia no juzga necesario explicar a Vuestra Excelencia las razones que han determinado su actitud... Según las normas del Derecho Internacional... los Estados pueden negarse a admitir un funcionario diplomático de los otros, o habiéndolo admitido ya, pedir su retiro, sin estar obligados a expresar los motivos de su resolución... En lo que se refiere a la afirmación de Vuestra Excelencia., en sentido de que para abandonar La Paz necesita instrucciones de su gobierno, debo hacerle notar que la decisión respectiva a quien toca adoptarla es al gobierno de Bolivia".

18 El ocaso de los Dioses (Götterdämmerung en alemán) es la última de las cuatro óperas que componen el ciclo El anillo de los Nibelungos (Der Ring des Nibelungen) de Richard Wagner.

Ernest Wendler salió de La Paz, por ferrocarril. Oficiales jóvenes del ejército boliviano estuvieron en la estación a despedirlo con una banda de música que ejecutó aires marciales.

El segundo paso de la diplomacia norteamericana fue buscar adecuada solución al problema creado por la expulsión de la Standard Oil. Luego de largas negociaciones con la legación boliviana en Washington se encontró una fórmula que ponía a salvo el amor propio de las partes interesadas. El gobierno de Washington hizo un préstamo al gobierno de La Paz. Con parte de este dinero se hizo un pago a la Standard Oil de 1.750.000 dólares. Al público boliviano se le explicó que esta entrega no era otra cosa que la compra de todos los estudios geológicos y de los mapas de Bolivia hechos por la Standard Oil, que serían de gran utilidad para la empresa estatal del petróleo. La Standard Oil aceptó el pago como una indemnización, inferior en su monto a la que venía reclamando, pero de gran significación moral. Para el gobierno de los Estados Unidos se cumplió el principio de que toda inversión norteamericana, en caso de ser nacionalizada, debía ser compensada.

* * *

La guerra en el Pacífico entre el Japón y los Estados Unidos, iniciada con el ataque a Pearl Harbour de 7 de diciembre de 1941, y el avance nipón sobre Malasia, las Indias Holandesas y otros territorios del Asia productores de estaño y principales abastecedores de los Estados Unidos, colocaron a Bolivia en una posición aún más importante para el esfuerzo bélico y el mantenimiento de la actividad de varias de las industrias de los Estados Unidos.

La conveniencia de establecer una industria de refinación del estaño boliviano en territorio norteamericano se hizo urgente. Los Estados Unidos no podían depender de la fundición inglesa de Williams Harvey, ubicada en una ciudad sometida a los bombardeos aéreos alemanes y al otro lado de un océano infestado de submarinos enemigos.

Existían dos antecedentes de fundición de estaño boliviano en los Estados Unidos. Durante la Primera Guerra Mundial la American Smelting and Refining Company instaló una refinería en Perth Amboy, Nueva Jersey, en 1916. Por su parte, la

Williams Harvey y la National Lead Company construyeron otra mayor, en Long Island, que se abasteció con la barrilla producida por la "Compañía Estañífera de Llallagua" (500 toneladas mensuales), mediante contratos obtenidos gracias a la oculta influencia de Simón I. Patiño en el directorio de la empresa chilena. Ambas fundiciones se cerraron y desmantelaron hasta 1923, por no poder competir con las fundiciones de Inglaterra y Malasia, que contando con mano de obra más barata podían colocar su metal en los Estados Unidos a precio inferior al del producto de las fundiciones de Perth Amboy y Long Island.

A la muerte de Edward J. Cornish de un ataque al corazón, en su oficina, en mayo de 1938, le sucedió como presidente de la National Lead Company y líder del directorio de la Patiño Mines en Nueva York, Fletcher W. Rockwell. Este escribió a Simón I. Patiño sugiriendo la conveniencia de que la Williams Harvey fuese la constructora y administradora de la nueva refinería a montarse en los Estados Unidos. No convenía perder el predominio en la industria de la fundición. Una refinería ajena en los Estados Unidos, aunque creada para las necesidades de la guerra, podría convertirse en un establecimiento permanente y ser una competidora importante en el futuro, con la ventaja de estar ubicada al lado de las principales compañías consumidoras de estaño en el mundo.

Patiño, que como representante diplomático de Bolivia en Francia había tenido que abandonar París ante el avance alemán, decidió trasladarse a Nueva York. Una vez en esta ciudad, inició negociaciones para obtener el contrato de la refinería de estaño a favor de la Williams Harvey. Arguyó que la fundición norteamericana, durante la guerra, iba a tener que trabajar casi exclusivamente con mineral procedente de Bolivia y que la Williams Harvey, durante varias décadas, se había especializado, precisamente, en el tratamiento de las complejas barrillas bolivianas, no sólo de la Patiño Mines, sino también de los grupos Hochschild y Aramayo. Ernest V. Pearce, principal director de Williams Harvey, llegó a Nueva York para colaborar en las conversaciones.

Otras firmas compitieron con Patiño ante la Comisión de Defensa Nacional para obtener el contrato. Los estudios demoraron varios meses. Dentro de la comisión elementos como Edwin Vogelhang (conectado en negocios con Williams Harvey) y Robert L. Hallet (jefe del departamento químico de la National Lead), trataron de

inclinarse a favor de la Williams Harvey. Finalmente, en febrero de 1941 la Comisión de Defensa Nacional decidió encomendar la construcción y manejo de la refinería a la N. V. Billiton Maatschappij, de Holanda. El gobierno de Roosevelt, dentro de su política antimonopolios y carteles, prefirió a la empresa holandesa para no aumentar aún más la preponderancia de Patiño, que nunca había sido de su agrado. Después de otros debates, en los que varios Estados pretendieron tener la planta en su territorio, se eligió a Texas por su ubicación mediterránea, más protegida del peligro de bombardeos enemigos.

Pocos meses antes (4 de noviembre de 1940), todos los productores de estaño de Bolivia, con excepción de Patiño, e incluyendo el Banco Minero (rescatador del producto de los mineros chicos), suscribieron contratos de venta de sus minerales con el representante diplomático norteamericano. Los contratos se firmaron por un período de 5 años, a razón de 48 y medio centavos de dólar por libra de estaño puesta en Texas (equivalente a £ 278 la tonelada). En junio de 1942 este precio se mejoró a 60 centavos por libra (£ 333 la tonelada), puesta en un puerto próximo a Bolivia en el Pacífico.

Las empresas del Grupo Patiño continuaron enviando sus barrillas a Liverpool, para mantener en trabajo a la Williams Harvey y atender las necesidades de metal de la Gran Bretaña.

El decidido alineamiento de Bolivia en el frente de las democracias y contra el eje Berlín - Roma - Tokio, primero con la expulsión del ministro alemán y luego con la suscripción de los convenios de venta de estaño a los Estados Unidos, la ruptura de relaciones diplomáticas con Alemania, Italia y el Japón y, finalmente, la declaratoria de guerra a las mismas naciones, motivaron una invitación del presidente Franklin D. Roosevelt al presidente Enrique Peñaranda a visitar los Estados Unidos (mayo de 1943). Un documento emitido en la Casa Blanca comentó: "Bolivia se encuentra atareada en la producción de materiales estratégicos, especialmente estaño, tungsteno, caucho y quinina, con los que contribuye inmensamente a la derrota final de las potencias del eje". En una entrevista entre los presidentes, en presencia de sus secretarios en la cartera de Relaciones Exteriores, Cordell Hull y Tomás Manuel Elío, Roosevelt dijo a Peñaranda que a la conclusión de la guerra Bolivia tendría derecho a un puesto distinguido entre las naciones que se reunirían en

conferencia para determinar el futuro de la humanidad y que esa sería la oportunidad para que Bolivia encontrase solución adecuada a su necesidad vital de recuperar una salida propia al Océano Pacífico.

CAPÍTULO 19

"MOVIMIENTO" HACIA EL PODER

Los 13 muertos y 39 heridos de los sucesos en Catavi iban a tener significación histórica. Hubo otros muertos y heridos en las minas en épocas anteriores, pero las circunstancias políticas no fueron las mismas. Con excepción de la "masacre de Uncía", de 1923, utilizada por los opositores contra el gobierno de Bautista Saavedra, las demás bajas en las filas de los trabajadores mineros no llegaron a la conciencia popular y sólo hicieron mella en el corazón y el estómago de las viudas y los huérfanos de los caídos.

El gobierno del general Peñaranda trató de restar importancia a lo ocurrido en Catavi, como lo hiciera el de Bautista Saavedra con lo de Uncía. En la presente como en la anterior ocasión el efecto fue contrario al que se buscaba con el subterfugio. El comentario callejero, atizado por los enemigos del régimen, elevó el número de bajas a varios cientos.

En París, Simón I. Patiño comprendió que la vida boliviana, al igual que en otros países, había entrado en un ritmo cada vez más acelerado y que no le era ya posible controlar desde lejos los problemas, sobre todo de orden social, que surgían en sus empresas con intermitencias cada vez más cortas. ¿Por qué los cuatro hombres que tenía en el directorio de La Paz se dejaban vencer por las circunstancias? Tenían suficiente experiencia para prever y evitar hechos semejantes. Acaso era su culpa al haberlos acostumbrado a que toda decisión la esperasen de su voluntad, sin ser ellos nada más que sacristanes de amén de todo lo que él decía. Ya no le era posible, como antes, estar en contacto con todas las ocurrencias. ¿Por qué no podían ellos actuar motu proprio en ocasiones en que no había tiempo para hacer consultas hasta París? Para ello tenían ante sí todos los antecedentes de cada situación. ¿Por qué no fue informado a tiempo que el malestar social en Llallagua era tan serio y podía empujar a los obreros a acciones fatales? ¿Por qué nadie le avisó que había en sus empresas agitadores políticos capaces de convencer a los trabajadores y sus familiares a desafiar con sus pechos los fusiles del ejército? Patiño escribió a José E. Rivera: "En las actuales circunstancias, con más urgencia que antes, se impone tomar en Bolivia

resoluciones inmediatas sobre cuestiones que se suscitan, sin esperar mi venia, para evitar tragedias como la sucedida en Catavi. Con anterioridad había autorizado a usted el aumento de salarios en la Patiño Mines con arreglo a las sugerencias de la gerencia de Llallagua y de usted. El gobierno y ustedes deberían estar convencidos de que las empresas de mi grupo tienen especial interés en pagar salarios apropiados, así como en mejorar las condiciones de vida de los obreros, con independencia absoluta de la presión que traten de ejercer los sindicatos o elementos políticos, cuyo único objeto es causar desórdenes y crear dificultades, a fin de aprovecharlos para sus propios fines".

De los cuatro partidos nuevos de la posguerra chaqueña, dos, el Movimiento Nacionalista Revolucionario y el Partido de Izquierda Revolucionaria, tomaron carta de ciudadanía rápidamente y, aunque todavía enclenques por sus pocos años de vida, comenzaron a medir fuerzas contra el gobierno del general Peñaranda. El Partido Obrero Revolucionario y Falange Socialista Boliviana aún andaban a gatas en su infancia política.

Los apóstoles bolivianos del PIR, devotos propaladores de las palabras de Marx y Lenin, y seguidores de Stalin, dieron a su partido la orientación clásica de la doctrina comunista, con sus rígidos dogmas sobre la lucha de clases y la revolución mundial. El PIR se consideraba el brazo boliviano de la gran cruzada internacional del socialismo. Esta posición le restaba convicción entre el elemento dentro del cual quería hacer su proselitismo. En un país aprisionado entre los Andes, alejado de los centros intelectuales del mundo por la distancia y vías escasas y difíciles de comunicación, con una población... analfabeta en un 80 por ciento, Marx, Lenin, Stalin y las consignas de la Tercera Internacional, eran conocidos sólo por reducidos sectores del estudiantado universitario y por los intelectuales de izquierda. Aquellos personajes eran desconocidos para la gran mayoría y cuando se los mencionaba interesaban a medias, como profetas exóticos que hablaban de un paraíso terrenal demasiado distante de la realidad boliviana. Los líderes del PIR olvidaron el adagio de su primer profeta Marx: "La idea ha quedado en ridículo siempre que ha estado separada del interés". Tomaron demasiado al pie de la letra la sentencia del segundo profeta Lenin: "Sin teoría revolucionaria no hay acción revolucionaria". Se descuidaron de combinar las ideas marxistas con la acción requerida en Bolivia, la

teoría comunista con el interés de la nación. También se perjudicaron por seguir al mesías Stalin, que un día iba a ser condenado como el anti Marx.

El MNR tuvo mejor suerte por lo contrario. No se inspiraba en profetas, ni seguía a ningún mesías. Era, esencialmente, acción e interés. Era "movimiento", movimiento permanente hacia el poder. Su filosofía era el eclecticismo, su estrategia el pragmatismo, su bandera el nacionalismo. Los fundadores del PIR pertenecían a la minoría blanca de la clase media y se apresuraron a buscar prosélitos en la clase obrera y mestiza, quedando como una elite intelectual entre gente ignorante. Los fundadores del MNR fueron también de la clase media, pero antes de buscar base popular, ampliaron su círculo dentro de su propio nivel y sólo después descendieron a la capa laboral.

El PIR tuvo que simpatizar con el nazismo alemán y luego condenarlo, por seguir a Stalin. El MNR hizo lo propio por cálculo y conveniencia. Lo que era lealtad y solidaridad en el PIR, era astucia y oportunismo en el MNR.

El PIR creía que su misión era crear las condiciones necesarias para que el proletariado alcanzase su victoria sobre el capital. El MNR se dedicó a desparramar material inflamable para encender la hoguera del descontento nacional. El PIR creía que el determinismo histórico lo llevaría lógicamente hasta el poder. El MNR no descansó en su búsqueda de cualquier camino directo o sinuoso que lo condujese hasta él.

Para el MNR los principios eran lo accidental. Por eso en el acta de su fundación se dijo vagamente que la intención primordial era "defender los intereses nacionales... sin concomitancias con los comunistas y socialistas extremistas y de tendencias internacionales, ni con los socialistas, ni los partidos tradicionales". Por eso los principios se aprobaron recién un año y medio después de la fundación del partido y siempre con suficiente vaguedad para que no resultase un chaleco de fuerza. Dijeron que la agrupación estaba "contra el seudo socialismo, contra la democracia entreguista, por la liberación económica de Bolivia, por el nacionalismo revolucionario, por la consolidación del Estado y por la seguridad de la Patria".

El MNR pudo ser una de las agrupaciones políticas, como Alfa Beta o Estrella de Hierro, que nacieron después de la Guerra del Chaco con un ansia de renovación nacional y se ahogaron a sí mismas por las veleidosas tendencias de sus miembros

o su claudicación ante las tentaciones del momento. Víctor Paz Estenssoro, jefe del MNR desde su fundación, frío y calculador, impuso su autoritarismo sobre los contradictorios entusiasmos de sus compañeros y los hizo servir como motor del "movimiento", reservando para sí solo el puesto de timonel. Un diplomático norteamericano lo describió con relación a circunstancias políticas posteriores como "el corcho que impidió que se derrame el contenido de la botella". La descripción es válida a la vez para el período inicial que se analiza. Él dijo en este entonces: "Es muy peligroso jugar con las reacciones populares. Pueden ahogar a quienes las desatan". Su habilidad fue no jugar ni ir contra la corriente, sino, más bien, hacer que el partido se mezclase con las primeras aguas, dando la impresión de conducir la riada, asegurando para él, por su ubicación en la cresta de la ola delantera, un seguro arribo a la meta.

Varias circunstancias hicieron que el minúsculo grupo organizado en enero de 1941 adquiriese popularidad y aumentase el número de sus adherentes: su nacimiento sobre la base de siete diputados, que estaban actuando independientemente en el parlamento y coincidieron en su posición contra el gobierno del general Peñaranda y lo que éste representaba; períodos legislativos que atrajeron la atención pública por la pasión de los debates y la importancia nacional e internacional de los temas que los suscitaban; el diario "La Calle", populachero por el sensacionalismo de sus noticias y la agudeza criolla de sus comentarios, que se convirtió en su portavoz; el libro "Nacionalismo y Coloniaje" de Carlos Montenegro, adoptado como su evangelio.

Para el Movimiento Nacionalista Revolucionario y el Partido de Izquierda Revolucionaria el gobierno del general Peñaranda representaba la continuación y consolidación constitucional del régimen del general Quintanilla. Con Toro y Busch, con la expulsión de la Standard Oil Company y el Decreto de 7 de junio de 1939, la república había comenzado a buscar su nuevo destino. El gobierno del general Peñaranda era para ellos una derrota, una contramarcha, un retorno de los hombres y los sistemas del pasado que habían jurado eliminar para siempre del panorama nacional. El MNR y el PIR aceptaron el reto de los partidos tradicionales y encararon la batalla por separado. La contienda se extendió a todos los frentes de la opinión pública. Los diputados del MNR y del PIR aprovecharon de toda oportunidad para

hacer uso de su privilegio parlamentario de exigir la presencia de los ministros de Estado en la Cámara para responder a pedidos de información o a interpelaciones sobre las medidas que habían adoptado. Los asuntos principales en los duelos dialécticos fueron el arreglo con la Standard Oil Company, los tratados de vinculación ferroviaria y de explotación de petróleo con el Brasil, la carta de Elías Belmonte, la masacre de Catavi, las restricciones a la libertad de los ciudadanos en los períodos de estado de sitio y las medidas sobre el sistema de cambio único para la moneda.

La figura más prominente del gobierno del general Peñaranda era el Ministro de Relaciones Exteriores, Alberto Ostría Gutiérrez. Por lo tanto, fue él quien atrajo la mayor saña de los ataques, particularmente del MNR en las cuestiones de los tratados con el Brasil, de los que era autor principal, y la carta de Belmonte. Ostría logró salir airoso en sus enfrentamientos parlamentarios, pero renunció, sin indicar el motivo, a poco de terminado el debate sobre la carta de Belmonte. El presidente Peñaranda y sus amigos le pidieron reiteradamente que continuase en su puesto, en el que estaba desarrollando una fructífera política internacional basada en la tesis de que Bolivia, por su estratégica ubicación geográfica en medio del continente sudamericano, debía ser una tierra de contactos y no de antagonismos. Ostría dejó el ministerio como forzado por una causa irremediable. No quiso dar una explicación a nadie, ni a sus allegados más íntimos. El autor de este libro era su colaborador más próximo. A las preguntas que le hizo sobre por qué quería alejarse dejando debilitado al gobierno e interrumpiendo una labor diplomática tan proficua, sólo obtuvo la respuesta de que era por cansancio. Siendo el trabajo la pasión de Ostría, el autor tuvo razones para hacer la siguiente conjetura después. En los debates de la Cámara de Diputados sobre la carta de Elías Belmonte, Ostría, pese a que defendió la tesis de la autenticidad por imperativo político, acabó por convencerse de que la falsificación era visible. Esto quería decir que el gobierno de los Estados Unidos había abusado de su buena fe. El punto débil en la severa personalidad de Ostría era un amor propio exagerado. La comprobación de haber servido de instrumento fácil para un ardid de la diplomacia norteamericana fue demasiado para su orgullo. Ocultó en lo más íntimo de su conciencia el reconocimiento de su candidez y sólo atinó a alejarse, por dignidad propia y del país, de una función

pública en la que había sido utilizado como víctima propiciatoria. Años más tarde, en su libro "Una revolución tras los Andes", declaró: "Pasado el tiempo, el mayor Belmonte explicó satisfactoriamente su conducta, demostrando su honorabilidad plena, como también su posición ideológica durante la segunda guerra mundial". El diplomático norteamericano Spruille Braden¹⁹, importante personaje de la época, en sus memorias "Diplomats and Demagogues", confiesa que la carta de Belmonte fue falsificada y que la redactó un agente del servicio secreto de la Gran Bretaña, de apellido Stagg, que trabajaba en Bogotá. Spruille Braden era entonces embajador de los Estados Unidos en Colombia.

El gobierno del general Peñaranda quedó debilitado con la ausencia de Alberto Ostria Gutiérrez. El Ministro de Gobierno, Pedro Zilveti Arce, asumió la responsabilidad de ser su principal defensor en la Cámara de Diputados. El MNR y el PIR enarbolaron la "masacre de Catavi" como el pendón más flameante de sus campañas.

Al retorno del general Peñaranda de los Estados Unidos y faltándole sólo poco más de medio año para el fin de su gobierno, los políticos de los partidos tradicionales y los jefes del ejército iniciaron actividades para buscar un sucesor mediante el cual pudieran mantenerse arriba en el siguiente período constitucional. Por su parte, los oficiales jóvenes y dirigentes del MNR apresuraron sus trajines secretos, en los que estaban empeñados de tiempo atrás, para anticiparse a las elecciones con un golpe de Estado que les diese acceso al poder.

El cuartelazo ocurrió el 20 de diciembre de 1943, víspera del primer aniversario de la masacre de Catavi. Fue una rebelión de los militares jóvenes integrantes de una logia secreta (RADEPA), contra los generales del ejército, y de los políticos noveles del MNR contra la guardia vieja del civilismo. La estrategia del golpe la preparó un "Comando Militar Revolucionario", de seis miembros, presidido por el mayor Gualberto Villarroel. Su ejecución estuvo a cargo del mayor Alberto Taborga, en quien el Presidente Peñaranda tenía depositada la más absoluta confianza, y de los oficiales y agentes de la Dirección General de Tránsito, que aquél dirigía. Se trataba de una organización a la que el gobierno había provisto de armas para que, además de sus funciones específicas de reguladora del tráfico automotor en toda la

19 Spruille Braden (1894-1978) fue un diplomático, empresario y lobbista estadounidense que se desempeñó como embajador en diversos países latinoamericanos y como Subsecretario de Estado para Asuntos Hemisféricos

república, sirviese como una unidad paramilitar destinada a ser uno de sus principales sostenes.

He aquí un extracto de la relación que el propio general Enrique Peñaranda hizo de su caída a una comisión del Congreso, en 1948: "Cuando retornaba a La Paz (después de una entrevista con el presidente del Paraguay, Higinio Moringo, en Villamontes), encontré en la ciudad de Santa Cruz al general Antenor Ichazo, Jefe del Estado Mayor. Había recibido un telegrama en el que le advertían que a mi paso por Cochabamba, el 18 de noviembre, yo iba a ser apresado por los oficiales de la guarnición de esa ciudad. Resolví viajar directamente a La Paz... El general Toro me entregó la lista de los complotados ... Ordené que dos transportes aéreos del ejército se alistasen para distribuirlos en diferentes guarniciones alejadas de la capital, para evitar que convulsionen al país ... El general Ichazo manifestó su oposición a esta medida... Él y el general Candia (Ministro de Defensa) velarían por mi seguridad y la estabilidad del gobierno. Me dijo textualmente: "Respondo con mi cabeza de que en el ejército no existe ningún descontento contra usted". Y añadió: "Antes pasarán sobre mi cadáver los que pretendan tocar a usted, mi general". Para resguardar el orden público y mantener la unidad del ejército, ordené que los oficiales complotados fueran destinados a las guarniciones del interior, por medio de una orden general que yo debía firmar el lunes 21 de diciembre. Posiblemente esta intención fue conocida por los interesados y precipitó los acontecimientos. A las 2.30 de la madrugada del 20 de diciembre recibí un llamado telefónico de mi secretario privado, diciendo que el general Felipe M. Rivera había sido apresado por agentes de la Dirección de Tráfico y que seguramente se trataba de una revolución. Intenté comunicarme por teléfono con el regimiento Loa y el regimiento de Carabineros, sin poder conseguirlo. Llamé al sargento que hacía guardia en mi casa. Me informó que se encontraba solo, pues los 30 hombres del regimiento Calama, que debían estar con él, habían regresado a su unidad. En ese momento unos 80 agentes del Servicio de Tránsito invadieron la casa ingresando por la puerta principal y el garaje. Como me encontraba en pijama, ingresé a mi dormitorio para vestirme. Al querer ir en busca de mis hijos que estaban en otras habitaciones, un oficial del Instituto Militar y soldados de Tránsito me apuntaron sus armas. Pregunté al oficial lo que ocurría. No me contestó. Insistí en mi pregunta, tratando de ganar

su confianza. Como no salía de su mutismo lo increpé. Siguió mudo. Cuando los soldados quisieron prenderme, me defendí con los puños... Me puse contra la pared de mi escritorio. Un soldado me dijo: "Mi general, habías tenido, pues, tantos hijitos... Mejor es que te entregues, porque tenemos orden de tirarte si te resistes". Al ver que un soldado tomaba del brazo a una de mis hijas corrí y le di una bofetada. El soldado cayó al suelo y sus compañeros se abalanzaron sobre mí. Mis hijos se prendieron de mi ropa llorando. Cuando rogaba que mi familia se retirase a sus dormitorios, oí un grito desesperado. Di la vuelta y vi que un soldado me iba a disparar por la espalda. Alguien se interpuso evitando mi asesinato. Mis hijos volvieron a rodearme tratando de cubrirme con sus cuerpos... Me sacaron los soldados a la calle y oí voces que decían: "¡Tírenlo!, ¡tírenlo!". Uno de ellos me apuntó a quemarropa. Le desvié el fusil. El tiro salió al techo de la casa. Logré quitarle el arma. Me llevaron preso al Panóptico Nacional. Allí encontré al Ministro de Defensa, Miguel Candia, al Ministro de Gobierno, Pedro Zilveti Arce, a los generales Felipe M. Rivera, Ángel Rodríguez y Antenor Ichazo, al coronel Fernando Garrón, al doctor Enrique Hertzog, a mi hermano Eliseo y a otras personas más... El embajador de Chile, Benjamín Cohen, vino a avisarme que el Cuerpo Diplomático había obtenido autorización para mi salida a Arica. A tiempo de abandonar la cárcel se me acercó el reo Santa Cruz y me ofreció una de las frazadas que tenía... Estuve ausente de la patria los dos años y ocho meses que duró el gobierno del coronel Gualberto Villarroel".

CAPÍTULO 20

CHALLACOLLO, CHUSPIPATA Y POSTES DE LUZ

Los precios para el estaño convenidos en los contratos de los productores bolivianos con el gobierno de los Estados Unidos (\$4 y medio centavos de dólar por libra de metal desde noviembre de 1940, aumentado a 60 centavos a partir de junio de 1942) fueron aceptados como convenientes hasta 1943. Este año los aumentos de jornales y sobre todo, el encarecimiento de las maquinarias, repuestos y materiales que tenían que importarse para las minas, indujo a los productores a buscar mejor remuneración. El más activo fue Mauricio Hochschild, que abogó incansablemente en los Estados Unidos a favor de una cotización de 70 centavos por libra. En una carta a Paul Nitze, jefe de la Sección Metales de la Oficina de Guerra Económica, le dijo: "La industria minera en Bolivia tiene que pagar impuestos sumamente altos, que ascienden a cerca de 300 dólares por tonelada de estaño puro. Este es el impuesto más alto pagado por una industria en el mundo entero, puesto que es un impuesto sobre la producción. Sobre esto tenemos que pagar impuesto sobre utilidades. Los jornales en Bolivia son altos en relación con la eficiencia del trabajador. Mientras nuestros competidores en los Estados Malayos, Siam, Burma y Congo pagan un salario máximo de 15 centavos de dólar al día, nosotros siempre hemos pagado más y el promedio ahora es de 95 centavos de dólar, suma a la que hay que aumentar alojamiento, escuela, hospital y medicinas, que las empresas dan a los trabajadores en forma gratuita junto con artículos alimenticios por debajo de su costo... Hay sólo tres capitalistas en Bolivia. Patiño que ganó su fortuna con la mina de estaño más rica del mundo. Aramayo que por mucho tiempo mantuvo el monopolio mundial del bismuto con el que ganó dinero y ahora lo gana con la explotación del wólfam y algo de estaño; yo, que he ganado mi fortuna con el rescate de minerales en cinco países sudamericanos desde 1911. He invertido con mis socios alrededor de 25 millones de dólares en mis negocios y nunca he obtenido ganancias adecuadas como industrial minero. El año pasado tuvimos una utilidad de dos millones de dólares, de los que hay que deducir impuestos a pagarse en Bolivia y Chile. . "

A principios de diciembre de 1943 la Asociación de Industriales Mineros de Bolivia invitó a Manuel Carrasco y Miguel Etchenique a colaborar en las gestiones que venía desarrollando la embajada boliviana en Washington, para un mejoramiento de los contratos de venta de estaño. El 26 de diciembre, Manuel Carrasco informó desde esa ciudad: "A raíz de la proposición que llevó el señor Etchenique a Bolivia para suscribir un nuevo contrato de estaño, se me pidió que viniera a los Estados Unidos con objeto de procurar la elevación del precio a 65 centavos de dólar por libra y algunas otras condiciones mejores que en los contratos anteriores. Lamento que esta misión haya tenido que suspenderse por causa de la revolución ocurrida en Bolivia hace 6 días. .. El señor Adolfo Berle, alto funcionario del Departamento de Estado, me dio una comida a la que asistió el embajador Fernando Guachalla y otras personas. En el curso de la conversación Berle me expresó que en el Departamento de Estado se experimentaba una gran decepción por los sucesos de Bolivia, porque todo el esfuerzo desplegado para dar consistencia y confianza a la política de buena vecindad no había logrado un sólido entendimiento.

Me hizo algunas preguntas respecto al carácter de la revolución. Contesté manifestando que yo, personalmente, no creía que tuviera su origen en influencias de Alemania, ni siquiera de la Argentina, y que más bien debía interpretarse como una imitación criolla de los procedimientos nazis. El señor Allan Dawson, también del Departamento de Estado, manifestó que no les importaba mayormente que hubiera cambios de gobierno en los países de América, pero que un gobierno de tendencia nazi en Bolivia afectaba los principios por los que los Estados Unidos luchaban en la guerra y no podía tolerarse. Dawson, que ha estado en Bolivia, conoce de cerca a los actuales caudillos civiles de la revolución y me parece que los ha presentado como enemigos de los Estados Unidos... Al frente de la situación creada considero que muy poco o nada se podrá hacer ahora para conseguir mejoras en los contratos de venta de estaño y wólfram, porque el Departamento de Estado no querrá que cualquier concesión se interprete en el sentido de apoyo a un gobierno revolucionario y enemigo de los Estados Unidos, que aparecería consiguiendo más que un gobierno democrático y amigo, como lo era el del general Enrique Peñaranda ... Temo que mi permanencia aquí es inútil y me preparo a regresar".

Los escrúpulos de Allan Dawson decidieron la política del Departamento de Estado. El gobierno de los Estados Unidos consiguió el consenso de los demás de América y todos ellos, con excepción del de la Argentina, decidieron no entablar relaciones diplomáticas con la junta gubernamental boliviana, sometiéndola al castigo de una cuarentena moral. La cancillería de Río de Janeiro fue una de las más decididas a favor de esta medida por los ataques que los dirigentes del MNR hicieron en la Cámara de Diputados y en el diario "La Calle" contra el Brasil, acusándolo de haber tenido intenciones aviesas al suscribir los tratados de vinculación ferroviaria y explotación de petróleo con Bolivia. Para el Departamento de Estado los cabecillas del MNR estaban condenados por haber cometido el pecado original de iniciar su actividad política bajo el patrocinio de la Legación Alemana y el ministro Ernest Wendler, por las vinculaciones que luego establecieron con el régimen militar de la Argentina, país convertido en la oveja negra de la familia americana por su franca alineación pro nazi, y por haber acusado a los Estados Unidos de "imperialismo yanqui" al criticar el arreglo con la Standard Oil Company.

* * *

Para un militar, educado y entrenado para salir airoso de todas las emergencias de una guerra, la condición de prisionero del enemigo tiene que ser muy denigrante para su dignidad personal y profesional. Los cientos de oficiales caídos en poder del Paraguay durante la Guerra del Chaco culparon de su situación a sus comandantes de división y ejército. Si en toda la juventud que concurrió a la campaña brotó un sentimiento de condenación del pasado y de los líderes civiles y militares, ese sentimiento fue más agudo en los oficiales prisioneros. Durante su extenso y penoso cautiverio no pudieron tener otra actividad mental que la de rumiar su propia desgracia. En un grupo de ellos, compuesto de subtenientes, tenientes y algunos capitanes, nació la idea de constituirse en una logia secreta que al término de su exilio fuese el núcleo regenerador de la patria. Era un anhelo similar al de muchos otros jóvenes que estaban en el Chaco, pero que en los oficiales prisioneros tuvo características de un fervor místico generado por el largo encierro.

En la posguerra chaqueña algunos miembros de la incipiente logia fueron enviados a Italia y Alemania para hacer estudios de perfeccionamiento. Volvieron catequizados

a favor del fascismo y el nazismo. Una misión de profesores militares de Italia, llegada a Bolivia durante el gobierno de Germán Busch, completó el adoctrinamiento.

La romántica asociación secreta de la prisión paraguaya se convirtió en la Logia Mariscal Santa Cruz o Razón de Patria (Radepa). Se organizó mediante un sistema celular con unidades de 7 miembros. Los reclutas novatos ingresaban a las Primeras Células, constituyendo la fuerza muscular de la organización. Los de las Segundas tenían el rol de vigilancia. Los de la categoría superior, o Terceras Células, eran la cabeza o consejo directivo. Miembros de las Terceras Células eran jefes de las Segundas Células y los miembros de estas comandaban las Primeras, manteniéndose así un enlace piramidal. La edad máxima para pertenecer a la logia se fijó en 45 años. Los grados militares debían ceder prioridad a las "jerarquías moral, mental y física". A las asambleas generales de una vez por año los miembros tenían la obligación de concurrir con un capuchón rojo, negro o blanco, según, la categoría celular a la que pertenecían, que les cubriese la cabeza y los hombros. Esto último para no ser reconocidos ni por el grado militar. El objetivo de la Radepa era tomar el control del país mediante un jefe del Estado sometido a la voluntad de la logia y obligado a ejecutar un "Plan de Acción Gubernamental" elaborado por ella misma y destinado a producir "un levantamiento económico, moral e intelectual de toda la nación". La logia se atribuyó el poder de castigar a aquellos elementos, propios o extraños, que obstaculizasen la ejecución de dicho plan, inclusive con la pena de muerte.

La incorporación de cada miembro nuevo se hacía en una ceremonia muy seria. El candidato, cuidadosamente seleccionado por sus antecedentes personales, su actuación en la guerra del Chaco y su comportamiento dentro del ejército, juraba delante de la bandera boliviana: anteponer a cualquier otro el interés de la patria, seguir dentro de la organización todo aquello que tenga por fin principal la utilidad nacional, tener por vínculo con los otros miembros el amor patrio, ser leal y cumplir los estatutos y las órdenes que imparta la entidad. El juramento lo hacía con el brazo izquierdo firmemente extendido hacia el suelo, como símbolo de que ayudaría a hacer justicia inflexible contra los malos bolivianos, y con el brazo derecho levantado hacia adelante, al estilo nazi, significando que ampararía todo lo que sea

de provecho nacional. Como señal de haber sido aceptado se permitía al postulante besar la bandera.

Las reuniones eran presididas de manera rotativa por los miembros de las células directivas. La logia extendió su adoctrinamiento a elementos civiles que se agruparon en células que llevaron el nombre de "Caballeros de Bolivia". En diciembre de 1943 la logia contaba con 2 tenientes coroneles (recientemente ascendidos), 23 mayores, 23 capitanes y 2 tenientes. De los 55 miembros 49 eran ex-prisioneros en el Paraguay. Su núcleo principal estaba en la Escuela de Guerra de Cochabamba, pero otros oficiales ocupaban puestos claves en el Estado Mayor General de La Paz y en guarniciones del interior del país. Los 55 miembros de la Radepa representaban apenas un 5 por ciento de toda la oficialidad del ejército.

Los cabecillas de la Logia Radepa y el MNR, impulsados por un nacionalismo coincidente, se encontraron en los caminos clandestinos de su acción subversiva contra el régimen del general Enrique Peñaranda. Cada grupo buscó la alianza con el velado propósito de utilizar al otro para sus fines propios. Era un maridaje de conveniencia.

Lo más sorprendente del golpe de Estado del 20 de diciembre de 1943 para la población boliviana, aparte del hecho excepcional de que oficiales subalternos hubiesen desplazado de sus puestos a generales y coroneles, fue la proclamación del mayor Gualberto Villarroel como presidente de la junta de gobierno. La interrogante fue general: ¿Quién es Villarroel? Su actuación en la Guerra del Chaco en la Sección Claves del Comando Superior, durante la primera mitad de la contienda, y como oficial del regimiento Ayacucho, después, había pasado inadvertida. Se supo que había sido el alumno más aplicado de la Escuela de Guerra, con especial habilidad para las Matemáticas, y una memoria que retenía todo lo absorbido de los libros. Se supo también, que en el momento del golpe ocupaba el puesto llave de jefe de la sección Operaciones del Estado Mayor General. Se ignoraba que había sido uno de los principales organizadores de la Radepa; quien, juntamente con el teniente coronel José Celestino Pinto, hizo los contactos con Víctor Paz Estenssoro y otros personajes del MNR para planear la revolución. Villarroel y Paz Estenssoro se conocieron cuando ambos hacían campaña de

oposición a los tratados con el Brasil, aquél en instituciones castrenses y éste en el parlamento.

La población no sabía aún de la existencia de la Radepa. No pudo adivinar que el mayor Gualberto Villarroel había sido designado jefe de la nación por sus méritos dentro de la logia y porque su carácter parsimonioso y amable sería útil para las relaciones públicas del gobierno, sirviendo de excelente pantalla para la acción que la Radepa iba a desarrollar detrás de la silla presidencial.

No obstante el ardor revolucionario y las heroicos ideales que impulsaron a la Radepa y el MNR a tomar el gobierno, una vez instalados en él no impusieron ningún cambio estructural en la república. Les faltó coraje y apoyo popular. Se sintieron solos, tanto dentro como fuera del país. Los intimidó el ostracismo impuesto contra ellos por gobiernos americanos y europeos. Enviaron "agentes confidenciales" a algunas cancillerías, incluyendo el Departamento de Estado, para implorar su amistad. La respuesta que recibieron fue clara: mientras elementos del MNR formasen parte riel Poder Ejecutivo no habría reconocimiento. Se hizo la simulación de una retirada. Víctor Paz Estenssoro, que era Ministro de Hacienda, y los otros miembros del MNR que ocupaban situaciones altas, renunciaron a sus puestos, pero quedaron entre bastidores como mentores políticos del gobierno.

Una convención designó a Gualberto Villarroel Presidente Constitucional de la República. Las cancillerías americanas y europeas establecieron relaciones diplomáticas con su gobierno. En enero de 1945 Paz Estenssoro volvió a tomar el Ministerio de Hacienda Y dos de sus colegas otros ministerios.

Para congraciarse más con los Estados Unidos el gobierno de Villarroel aceptó su requerimiento de entregarle 2 japoneses y 54 alemanes, que vivían pacíficamente en Bolivia, para que fuesen internados en el país del norte, junto con otras personas de las mismas nacionalidades tomadas en otros países americanos con el pretexto de que constituían una peligrosa "quinta columna" para el sistema democrático.

En lo social se dictaron varias medidas a favor de obreros y empleados. El socialismo rosado de Villarroel estaba definido en su propia declaración: "No soy enemigo de los ricos, pero soy más amigo de los pobres".

Con respecto a la minería se revivió, aunque suavizado, el Decreto de 7 de junio de 1939. Se estableció la obligación de las empresas de vender sus divisas al Banco

Central con una entrega efectiva del 60 por ciento, pudiendo retener el resto para sus gastos en moneda extranjera con cargo de rendición de cuentas.

El MNR tomó su presencia en el gobierno de Villarroel como un peldaño en su ascenso a un régimen político de su exclusividad. Sacó el mayor provecho posible de su posición oficial y de la ubicación de sus miembros en diferentes puestos de la administración pública para extender su proselitismo en la clase media y masa laboral, ganándole terreno al PIR. Los elementos de este partido fueron hostilizados, desplazados de los sindicatos e impedidos en sus actividades.

El DM dedicó especial atención al reclutamiento de adeptos entre los obreros de las minas. Llallagua atrajo sus mayores esfuerzos. Además de la reorganización del sindicato de los trabajadores del ingenio se revivió el sindicato de la mina. El presidente Villarroel visitó la región y fue recibido con grandes demostraciones de júbilo. Los días 10 a 13 de junio de 1943 se reunió en Huanuni el Primer Congreso Nacional de Trabajadores Mineros, con asistencia de 30 delegados que tenían la representación nominal de todos sus compañeros de la república. El congreso dio vida a una Federación Sindical de Trabajadores Mineros de Bolivia (FSTMB), destinada a convertirse en la organización laboral más activa e importante del país. Todas estas circunstancias en las minas hicieron propicio el surgimiento de un líder inesperado. Juan Lechín Oquendo llegó a Llallagua poco tiempo antes. Nacido en Oruro, con estudios de colegial en La Paz y servicio militar en la Guerra del Chaco, se encontraba desorientado frente a la vida. Su padrastro, que trabajaba en la Oficina de Tiempo de la Patiño Mines en Siglo XX, le consiguió el empleo de auxiliar en la misma repartición. Sus deberes requerían que entrase con frecuencia a la mina en misión de control y para repartir papeletas de pago. Esto lo puso en contacto con los obreros. Mucha habilidad para el fútbol lo convirtió en un importante jugador del equipo de Siglo XX y le granjeó rápida popularidad. Su inteligencia natural, físico atractivo y carisma, hicieron el resto. La popularidad del campo deportivo se extendió a las fiestas obreras y reuniones sindicales. El destino salió al encuentro de Lechín y él lo abrazó sin titubeos. Al nacer la FSTMB nombró a Juan Lechín Oquendo su "líder máximo". Ocupó el puesto de subprefecto de la provincia Bustillo.

* * *

Ocultada detrás de la amable figura del presidente y de las actividades políticas del MNR, la Radepa vigilaba celosamente todo signo de oposición al gobierno, lista a dar órdenes a los organismos de represión: la policía y el regimiento de carabineros Calama. La primera víctima fue José Antonio Arze, jefe del PIR. Fue herido gravemente en una calle céntrica de La Paz, en un fallido intento de asesinato. La segunda, el diputado Julio Alvarado. Golpeado brutalmente, también en la calle, logró llegar hasta el parlamento, ensangrentado y dramático, y denunció a sus agresores. La tercera, Mauricio Hochschild. Estuvo secuestrado durante dieciséis días y se le obligó a entregar una fuerte suma de dinero.

La nación se dio cuenta de que la seguridad y la vida de los ciudadanos estaba a merced de oficiales del ejército, que se consideraban a sí mismos lo más selecto de la institución tutelar de la patria, pero que habían descendido, a la condición de esbirros, en una cruda imitación de los métodos de represión del nazismo alemán. La historia de Bolivia mostraba muchos períodos de brutalidad en los gobiernos, mas había sido impuesta abiertamente, sin máscaras ni capuchones, con el jefe del Estado aceptando toda la responsabilidad. Esta vez el presidente y sus ministros proclamaban su inocencia, no obstante de que las órdenes de ejecución de los abusos salían del seno de la Radepa. El senador Luis Calvo, en un discurso que iba a resultar el último de su ejemplar vida pública, dijo a los ministros de Estado llamados en una interpelación al recinto de la Convención Nacional: "Yo creo que la historia, al referirse a este período de nuestra vida política, estampará más o menos el siguiente juicio lapidario: Desgraciadamente la revolución del 20 de diciembre de 1943, pese a la intención patriótica de algunos de sus protagonistas, nació bajo el signo del odio y ello la esterilizó. Este fue su pecado original y de aquí viene la gran responsabilidad de sus hombres verdaderamente responsables, que no supieron o no pudieron, por falta de visión patriótica o de la energía necesaria, contener el mal en su origen y hacer de la revolución lo que debió ser, esto es, un esfuerzo generoso de mejoramiento nacional, y permitieron que se convirtiese en una innoble empresa de venganzas...".

La rebelión de varios sectores de la ciudadanía se hizo inevitable. Los generales y coroneles de la vieja guardia del ejército, que fueron despojados de sus galones y

posiciones por el golpe de Estado de la Radepa y el MNR, fueron quienes primero buscaron la oportunidad de obtener revancha por lo que para ellos había sido, ante todo, un crimen de Villarroel y sus camaradas contra la jerarquía y la disciplina militar.

El 18 de noviembre de 1944 el regimiento Ingavi, de guarnición en Challapata, celebró el aniversario de su fundación. Las autoridades de Oruro, que asistían al acto, fueron apresadas. El regimiento se trasladó a Oruro y designó nuevos jefes de las reparticiones públicas. Los principales dirigentes del suceso eran los coroneles Melitón Brito y Ovidio Quiroga y el teniente coronel Luis Olmos. Al darse cuenta de que su acción no tenía eco en otras ciudades como estaba previsto, con excepción de la lejana Trinidad, depusieron las armas. Al día siguiente huyeron hacia Chile. El prefecto y el Intendente de Policía de Oruro recuperaron sus puestos. El gobierno ordenó el apresamiento de varios personajes civiles y militares.

Desde semanas antes la Radepa seguía los hilos de un plan revolucionario al que atribuía conexiones con el Perú. Esperaba que se revelase en alguna forma para justificar un castigo que sirviese de escarmiento definitivo a todo propósito insurreccional. Inmediatamente de recibidas las noticias de lo sucedido en Oruro, en una reunión en el Palacio de Gobierno, se resolvió dar muerte a cinco de los presos de La Paz y a cuatro de los de Oruro. No se consideró necesario un sumario o juicio previo para determinar la culpabilidad de las víctimas. No importaba que algunas o todas fuesen inocentes. No se buscaba un castigo sino un escarmiento. Si entre los presos había personajes ilustres mucho mejor. Así el país vería que no se tenía escrúpulos de edad o rango cuando se trataba de limpiarlo de elementos opuestos al "Plan de Acción Gubernamental".

Los cuatro presos sacados de la policía de Oruro fueron embarcados en una camioneta con un oficial y varios soldados, en avanzadas horas de la noche del 19 de noviembre. Creyeron que eran conducidos al destierro. Después de dos horas de viaje en la inmensa altipampa, el vehículo se detuvo en un lugar desierto próximo al pueblo de Chachacollo. Amanecía. El comandante del pelotón policial avisó de su suerte a los prisioneros. El coronel Fernando Garrón escribió angustiosamente una tarjeta de despedida para sus familiares y él mismo dio la orden de disparar a los soldados. El coronel Eduardo Paccieri ocupó su puesto y en el momento en que iba a

recibir la descarga exclamó: "Este es el pago que me da la patria por mis leales servicios en el ejército y en la Guerra del Chaco". El ingeniero Miguel Brito rogó que se perdonase la vida a su amigo Humberto Loaiza Beltrán, explicando que él lo había inducido a acompañarle a destruir el pequeño puente ferroviario de Eucaliptos, sin que tuviese ninguna conexión con el complot. Loaiza Beltrán cayó invocando el recuerdo de sus hijos y su esposa. Los cuatro fueron enterrados en el mismo lugar, en una fosa común sobre la que no se dejó ninguna señal.

El mayor Jorge Eguino, entonces Director General de Policías, hizo las siguientes declaraciones ante el Juez Instructor Modesto Burgon y el fiscal Ricardo Fuentes, a los cuatro días de haber sido derrocado el gobierno de Villarroel y cuando él se encontraba preso: "Se sabía con mucha anterioridad de la gestación del movimiento revolucionario. Se lo iba a cortar con penas máximas. Tuvo su inicio en Oruro. Fuimos llamados urgentemente al Palacio de Gobierno el mayor José Escobar, Intendente de Policía de La Paz, y yo. En el transcurso del día se recibieron las noticias de lo sucedido. Al anochecer, cuando los intentos de los revoltosos habían fracasado, nos encontrábamos en la sala de transmisiones del palacio con el Ministro de Gobierno, coronel Alfonso Quinteros, el mayor Antonio Ponce, el señor Julio Zuazo Cuenca, el Jefe de la Casa Militar, teniente coronel Humberto Costas, el mayor Escobar, yo y uno o dos oficiales cuyos nombres no recuerdo. El Presidente de la República se encontraba en su dormitorio. De allí impartió orden verbal para el fusilamiento de Brito, Paccieri, Garrón y Loaiza Beltrán. El Ministro de Gobierno hizo transmitir la orden telegráficamente al mayor Inocencio Valencia, jefe de policía de Oruro. El presidente también ordenó el inmediato fusilamiento del coronel Olmos, mayor Armando Pinto y un señor Diez de Medina (apresados en la frontera con Chile por el coronel Francisco Barrero). El coronel Barrero representó la orden, aduciendo que se había comprometido con ellos a respetarles la vida. El presidente Villarroel dio su asentimiento ordenando su traslado a La Paz...".

En las mismas horas de la misma noche se sacó del regimiento Calama, en La Paz, a los senadores Luis Calvo y Félix Capriles, a los ex-ministros de Estado y profesores de la Universidad Carlos Salinas Aramayo y Rubén Torrazas y al general Demetrio Ramos. Una camioneta con un oficial, un suboficial y seis soldados los condujo por el camino a los Yungas, con las manos amarradas en la espalda. Ellos

tampoco creyeron que era su viaje final. Como las víctimas de Oruro, supusieron que se los sometía a la acostumbrada medida del confinamiento. Al surgir las primeras luces del alba el vehículo se detuvo en un angosto de la alta ladera, en un punto denominado Chuspipata. Se despojó a los cinco de todo lo que tenían en los bolsillos. El oficial les ordenó que se alinearan al borde del camino, mirando hacia el abismo. Súbitamente y sin prevención alguna les disparó su pistola ametralladora, derribándolos sobre el precipicio. Calvo cayó sobre unas piedras. Capriles mucho más abajo. Ramos rodó hasta el riachuelo del fondo. Salinas a una encañada. Terrazas quedó prendido en un árbol. Muertos o malheridos, se los abandonó allí.

La población de la república quedó estupefacta cuando al subsiguiente día leyó en los diarios un comunicado oficial, redactado en el Palacio de Gobierno, que decía así: "Hasta el momento fueron fusilados por haber sido los principales dirigentes en el movimiento sedicioso, los siguientes: Teniente general Demetrio Ramos, coronel Fernando Garrón, coronel Eduardo Paccieri, señor Humberto Loaiza Beltrán, señor Rubén Terrazas, señor Carlos Salinas Aramayo, ingeniero Miguel Brito. El coronel Melitón Brito se suicidó en la población de Caquena, habiendo conseguido fugarse el coronel Ovidio Quiroga. Se encuentran detenidos en Charaña para su traslado a esta ciudad, los señores teniente coronel Luis Olmos, mayor Armando Pinto y señor Héctor Diez de Medina. La Paz, 21 de noviembre de 1944. El Director General de Policías, mayor Jorge Equino".

El mayor Eguino, en sus declaraciones a las que se ha hecho referencia anteriormente, explicó: "En lo referente a los fusilamientos en La Paz, el presidente Villarroel tenía en sus manos una lista de más de sesenta nombres, de gente complicada en el movimiento. Nos hicimos presentes ante el coronel Villarroel, quien nos recibió en el Salón Rojo y nos dijo al ministro Quinteros, al mayor Escobar, al mayor Ángel Valencia (comandante del regimiento Calama) y a mí: "Cuando más, de esta lista hay que fusilar a unos diez, e hizo una serie de observaciones sobre diferentes nombres. Con esta orden el Ministro de Gobierno dio los nombres Calvo, Capriles, Salinas, Terrazas y Ramos y también el mayor Soto. La orden fue verbal. Yo la retransmití al mayor Escobar. Al día siguiente el mayor Escobar me dio parte de que la orden había sido ejecutada en el camino a Yungas y que se habían arrojado los cadáveres a un barranco. Nos apersonamos con Escobar

ante el ministro Quinteros, una vez con éste se dio parte al presidente, llevándosele redactado el comunicado para el público. Villarroel hizo observaciones en sentido de que la orden de fusilamiento comprendía a Calvo y Capriles, pero como se los había ejecutado rectificó el comunicado con su puño y letra, suprimiendo los nombres de ambos y poniendo el aditamento: "fueron fusilados hasta el momento", con la intención de que se haría conocer los nombres de Calvo y Capriles en otro comunicado; lo que no se hizo porque el presidente cambió su manera de pensar y su estado psicológico... ".

Los familiares de Calvo y Capriles, al enterarse de que habían desaparecido de las celdas del regimiento Calama, afanaron angustiosamente por conocer su suerte. No pudieron obtener una respuesta concreta ni del Presidente de República ni de ninguna otra autoridad. Fueron los buitres que hacían su festín en el barranco de Ñackai - Llusta, cerca de Chuspipata, los que dieron la solución al enigma. El ciudadano Alberto Urdininea, haciendo gala de gran valor, llegó secretamente hasta el sitio y descubrió los cadáveres; al mover el cuerpo de don Luis Calvo "se desprendió la parte superior de la cabeza y rodó varios metros". Logró cortar un retazo del sobretodo para hacerlo llegar a la familia. El yugoslavo Mateo Martinic, que durante veinte años había sido compañero inseparable de don Luis Calvo en centros mineros y expediciones de caza, se ofreció a hacer rescate de los restos. Cuando cumplía su misión fue sorprendido y apresado por un teniente de carabineros que tenía a su cargo la vigilancia del lugar. El joven Alberto Carpio, que había ido con Martinic y esperaba con una camioneta en el camino, se presentó ante el oficial y con gran presencia de ánimo le hizo creer que era un policía civil y que él se encargaría de llevar preso al yugoslavo hasta La Paz o de matarlo en el camino. Desde su escondite en La Paz, Martinic escribió al hijo de don Luis Calvo: "Con peligro de mi propia vida por lo vertical del abismo encontré a los cien metros de profundidad a su finado padre... De la cabeza sólo estaba la mandíbula inferior, no pudiendo hallar el cráneo... Uno de los antebrazos estaba fuertemente amarrado con un lienzo, prueba de haber sido asesinado estando maniatado... Unos doscientos metros más abajo vi diseminado lo que quedaba del senador Capriles e igual de los demás".

El pueblo boliviano, pacífico y sentimental por naturaleza, sufrido y acostumbrado en su miseria a ver la muerte a cada paso, con su historia preñada de violencias, ha demostrado siempre una profunda repugnancia al crimen cometido por gobiernos prepotentes, por quienes tienen, precisamente, la responsabilidad de proteger vidas y haciendas. Sintió mayor repugnancia en este caso, en que jóvenes oficiales del ejército, alardeando de "jerarquía moral, mental y física" y de ser los depositarios de "un sentimiento varonil de amor a la patria", por su propia iniciativa o inducidos por políticos ahitos de resentimiento social, actuaron cobardemente, ocultos en el anonimato de una logia secreta, para determinar la muerte de un ilustre patricio como Luis Calvo y de otros viejos y nobles servidores de la república. Toda la popularidad que el régimen de Villarroel pudo ganar por su idealismo y juventud, quedó hecho jirones en los caminos de Challacollo y Chuspipata. El pueblo sufrió una gran desilusión al comprobar que los pretendidos arcángeles tenían instintos de vampiros.

Si la "masacre de Catavi" fue la bandera enarbolada por el MNR y la Radepa en su revuelta contra Peñaranda, "los crímenes de Challacollo y Chuspipata" se convirtieron en la del PIR y los partidos tradicionales para arrastrar a la opinión pública contra Villarroel. Un año y medio más se sostuvo el régimen por la fuerza de su brutalidad policial. Pero a mayor prepotencia gubernativa, mayor era el alineamiento opositor. Se llegó a la crisis en julio de 1946. El día 8 los maestros de escuelas y colegios se declararon en huelga pidiendo aumento de sueldos. Dos días después los estudiantes de la Universidad de La Paz marcharon por las calles en apoyo de aquéllos. La policía dispersó la manifestación concentrada en la Plaza Murillo con disparos de fusiles y ametralladoras. Hubo tres muertos y once heridos. Al día siguiente, el entierro de los muertos dio motivo a otra concentración popular en la que cayeron nuevas víctimas. Los festejos de celebración de las efemérides cívica de La Paz distrajeron la atención pública, aunque no la labor subterránea de los dirigentes del PIR, elementos de derecha, organizaciones femeninas y universitarias, coaligados en un complot revolucionario.

El 17 de julio un grupo de adherentes del MNR, en el que se encontraba el Ministro de Agricultura, Julio Zuazo Cuenca, lanzó piedras contra las ventanas de la Universidad.

Este estúpido gesto reavivó la hoguera que se suponía en trance de extinguirse. Universitarios visitaron diferentes barrios de la ciudad denunciando el ultraje a su Alma Mater. Gentes de los diferentes grados sociales convergieron hacia el centro y en gran multitud gritaron frente al Palacio de Gobierno: "¡Abajo el MNR!", ¡Abajo la bota militar!". Se produjeron tiroteos en varias zonas. Grupos de revoltosos dispararon contra el cuartel del regimiento Calama y la Seccional de Tránsito próxima al mercado Rodríguez.

Durante la noche del 18 una intensa nevada cubrió la ciudad. Amaneció completamente blanca, con un aspecto tétrico, helado y triste, como vestida con un sudario, presagio de que se aproximaba la culminación del drama. Otra manifestación popular llegó hasta la Plaza Murillo. Desde la multitud se hicieron dos disparos de revólver contra jefes del ejército que habían salido a los balcones del Palacio de Gobierno. Uno hirió al coronel Celestino Pinto en la pierna y el otro dio un leve raspetón al coronel Francisco Barrero.

Se aconsejó al presidente separar al MNR del gobierno para tranquilizar al país. Los cinco ministros militares renunciaron a sus puestos para arrastrar en su acción a los tres del MNR: Víctor Paz Estenssoro de Hacienda, Germán Monroy Block de Trabajo y Julio Zuazo Cuenca de Agricultura. Estos no quisieron seguir el ejemplo. Villarroel llamó al palacio a Paz Estenssoro. El acompañante de éste, Alfonso Finot, ha relatado los detalles de la entrevista en su folleto "Así cayó Villarroel". De él se hace el siguiente extracto:

- Villarroel: "Te he hecho llamar, Víctor, para comunicarte que mi gobierno ha resuelto prescindir de la colaboración de ustedes. Desde el miércoles he esperado que presenten su renuncia como consecuencia de la agitación pública originada por el ataque a la Universidad, ocurrida en circunstancias en que prácticamente estaba solucionada la huelga de maestros y estudiantes...".

- Paz: "No comprendo, Gualberto, como precisamente en estos momentos en que todo el mundo está en contra de nosotros hubieras resuelto nuestro alejamiento del gobierno. Comenzará la persecución en contra nuestra... Me parece una ingratitud y una traición a tus amigos...".

- Villarroel: "No hay ninguna traición, Víctor, nadie te perseguirá mientras yo sea presidente..., pero es necesario reconocer que ustedes son los culpables de la agitación popular existente".

- Paz: "Lo que pasa es que tú no entiendes de política, Gualberto...".

- Villarroel: "La salida de ustedes se impone por los desatinos que han cometido desde los ministerios y por el clamor general...".

- Paz: "Mañana mandaremos nuestra renuncia conjunta y espero que por lo menos ordenarás que manden guardias a mi casa...".

- Villarroel: "Tendrás todas las garantías, lo mismo que tus compañeros...".

Hubo demora en la redacción de la renuncia. Empero, el presidente, aún antes de recibirla, el sábado 20, en la mañana, designó un nuevo gabinete integrado por un general, tres coroneles, tres tenientes coroneles y un mayor. Esta medida no tuvo ningún efecto calmante en la situación. Al contrario, despertó celos y recelos en un sector que hasta ese momento se mantenía expectante: las Fuerzas Armadas.

En el Ministerio de Defensa, en el Estado Mayor, en los regimientos Sucre y Loa se opinó que no había otra medida que la renuncia del propio presidente Villarroel. Eran voces que representaban la gran mayoría de los que siempre vieron con resentimiento que su suerte personal y la de todo el ejército estuviesen libradas al arbitrio de unos pocos agrupados en la Radepa.

El general Ángel Rodríguez hizo conocer a Villarroel el pedido de su renuncia que hacían muchos jefes y oficiales. Según palabras del propio Rodríguez: "El presidente no esperaba este golpe. Su desconcierto fue apenador, pero reaccionó enseguida y con actitud tranquila dijo: Si ya no tengo apoyo estoy dispuesto a renunciar. La presidencia es una carga terrible".

Villarroel convocó a los miembros de su gabinete y a representantes de todas las instituciones y unidades militares de La Paz. Asistieron alrededor de cuarenta jefes y oficiales que se reunieron en el Salón Rojo del palacio. El ambiente fue tenso. Unos pidieron que el presidente renunciase para devolver la tranquilidad a la nación. Otros se opusieron. Se discutió durante horas, desde las once de la noche del sábado 20 de julio hasta las tres de la madrugada del domingo. En cierto momento el capitán Waldo Ballivián amenazó con su revólver al capitán Milton López, acusándole de traidor por haberse puesto en comunicación telefónica con el Estado

Mayor para pedir que viniesen más jefes y oficiales a hacer mayoría para imponer la renuncia del jefe del Estado. El cónclave se disolvió con las opiniones completamente divididas, dejando al coronel Villarroel desorientado y con la sensación de una gran soledad, de un gran cansancio. En el vociferante enfrentamiento de las pasiones de esa noche él se mantuvo casi silencioso, resignado a que los demás resolviesen de su suerte.

Al avanzar la mañana (21 de julio) la población, ignorante del ajetreo castrense de la noche, inició sus acostumbradas actividades domingueras. Un grupo de personas, que se había reunido en la esquina de la Municipalidad para comentar la situación, se dio cuenta de que el palacio consistorial estaba sin guardias y que en el vestíbulo seguía un pizarrón en el que se invitaba al público a pasar y comprobar que era falso el rumor callejero de que en el edificio se habían ocultado cadáveres de los caídos en los días anteriores. Se buscó por todas partes y más bien se encontraron algunas armas y munición. Alguien lanzó la idea de buscar más armas en la Dirección General de Tránsito. Como allí se tropezase con resistencia, se entabló combate sobre la Avenida Santa Cruz. La chispa estaba encendida. Más y más personas se fueron sumando a la rebelión. Cayó Tránsito, donde se hallaron otras pocas armas. Se decidió atacar la cárcel (Panóptico) y libertar a los presos políticos. El mayor de ejército Max Toledo, Director General de Tránsito y miembro de la Radepa, fue sorprendido y muerto en las proximidades de la plaza San Pedro. Una mente maligna, recordando el fin del fundador del fascismo, propuso que su cadáver fuese colgado en esa plaza. Así se hizo, sentándose un funesto precedente para ese día. Se tomó el Panóptico sin mayor dificultad. Los presos políticos y comunes recobraron su libertad. La revuelta cundió a toda la ciudad. Se ocuparon otros edificios públicos como el Instituto Militar (cuyos alumnos se plegaron a los rebeldes colocándose la gorra militar con la visera hacia atrás), el cuartel del regimiento Calama, la Escuela de Policías, la Oficina de Investigaciones, Radio Illimani y el Ministerio de Gobierno (donde se encontraron más armas).

Ninguna de las unidades militares salió a las calles a defender al régimen. Más bien tropas del Loa se plegaron a la insurrección (volcando su gorra como los alumnos del Instituto Militar). Los civiles adoptaron como distintivo el no uso de corbata.

Hasta medio día toda la ciudad quedó en poder de la revolución, con excepción del Palacio de Gobierno. Quedó éste como un islote en medio de un mar embravecido.

El presidente Villarroel bajó temprano de sus habitaciones del segundo piso al primero, donde estaban las oficinas. Había estado en vela desde que se disolvió la reunión militar. Vestía traje civil. Su rostro, por lo general apacible y sonriente, denotaba agotamiento y tristeza. Parecía haber perdido toda iniciativa, estar resignado a cualquier circunstancia, entregado a un hado fatalista. Los miembros de su casa militar le rogaron que abandonase el edificio. Se mostró indeciso. Llegaron oficiales de la Fuerza Aérea. Le pidieron que fuese con ellos a la Base de El Alto "donde no permitirían que lo molestase ni una mosca". El capitán Juan Moreira insistió: "Mi coronel, hace tres días que está usted sin dormir. Por lo tanto, su mente no está en condiciones de discernir todos los peligros que le rodean aquí". Villarroel asintió con la cabeza. Pidió su abrigo. Se despidió de sus colaboradores. Se produjeron escenas de honda emotividad. Una ambulancia que los aviadores habían traído con soldados ocultos en su interior, armados de ametralladoras, fue colocada de retroceso en el zaguán de la entrada. El coronel Edmundo Nogales, uno de los íntimos del presidente, llegado ese momento, opinó en contra de la salida. Tuvo un brusco cambio de palabras con el capitán Moreira. Villarroel decidió quedarse. Los aviadores se fueron.

El presidente mandó buscar al doctor Eduardo Montes y Montes, líder del Partido Liberal. En carta dirigida al autor de este libro el doctor Montes expresa: "Acudí al palacio alrededor de las once de la mañana, respondiendo al llamado del jefe del Estado. Era viejo amigo mío y camarada de armas con quien conviví mucho tiempo en la guerra del Chaco... Me sorprendió con estas palabras: "El pueblo quiere elecciones, las tendrá. ¿Qué más desea?". Montes repuso que eso no era suficiente. Dirigiéndose al mandatario y a los jefes que lo acompañaban les habló de las graves responsabilidades que tenía el ejército sobre sí en esa hora de crisis y de la urgencia de encontrar una solución adecuada:

Villarroel le preguntó: "¿Qué aconseja usted?". Montes contestó: "Que renuncie usted, señor presidente. Esta medida permitirá que se busque aplacar la furia popular". Sigue el relato de la carta del señor Montes: "Me despedí del presidente con un abrazo. Le susurré al oído: "Mucha suerte, Gualberto". Salí del salón

acompañado de mi hermano Arturo. Se oían disparos que pasaban sobre los techos del palacio. Cuando llegaba al primer descanso de la escalera principal el coronel Jorge Chávez me anunció desde el corredor del primer piso que el presidente estaba redactando su renuncia y que esperara para que me fuese entregada". Montes esperó más de diez minutos y como no le llegase el texto de la renuncia decidió salir del edificio para anticipar la noticia al público. No sin peligro logró llegar al diario "La Razón", en la avenida 16 de julio. Se hizo sonar la sirena. Era demasiado tarde. A esa hora, avanzado el medio día, las fuerzas de la revolución convergían hacia la Plaza Murillo por diferentes costados y empezaban a atacar el palacio. Villarroel firmó su dimisión. El documento fue leído a los jefes y oficiales llamados a su despacho para que atestiguaran el acto. Decía así: "Con el deseo de contribuir a la tranquilidad del país hago dejación del cargo de Presidente Constitucional de la República en la persona del Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas de la Nación".

Los circunstantes se dispersaron. Algunos horadaron un boquete en el tabique de una habitación y escaparon por allí sobre los techos de una casa vecina. El jefe de la Casa Militar, coronel Luis Arce Pacheco, ignorando la existencia de esa salida, buscó si podía sacar al coronel Villarroel por otro sector de los tejados de la vecindad. Una bala le hirió en el vientre y cayó desvanecido en un patio interior del palacio. Villarroel se refugió en la Oficina de Reorganización y Eficiencia Administrativa, ubicada en la parte posterior de la planta baja.

El palacio no contaba con más fuerzas que su guardia habitual de 24 soldados del regimiento Sucre al mando del subteniente Federico Lafaye Borda y alguna tropa de la Escuela Motorizada a órdenes del capitán Téllez. No encontrándose a la vista en esos momentos ningún jefe que tomase decisiones en sentido de rendir el edificio o defenderlo, ambos oficiales creyeron que su deber era luchar. Distribuyeron sus hombres detrás de las ventanas para responder al graneado fuego de los atacantes. Un carro blindado de la Escuela Motorizada, que estaba fuera como único elemento externo de defensa, se dio vuelta y arremetió contra la reja cerrada del edificio arrancándola de sus goznes. ¿Buscaba refugio o había defecionado? Los revolucionarios creyeron esto último. El general Maximiliano Ortiz, viejo soldado con meritorios servicios en las campañas del Acre, Manuripi y el Chaco, cruzó la plaza,

solo, para ofrecerse como parlamentario. Cayó muerto en mitad de su camino. Los revolucionarios se lanzaron al asalto. Trataron de ingresar al palacio por los costados del carro blindado atascado en medio del zaguán. Los guardias, apostados detrás de los pilares del gran vestíbulo les hicieron varias bajas. Prosiguió el combate. Los guardias, reducidos a una mitad, se replegaron con los soldados de la Escuela Motorizada al segundo piso, juntándose con las personas que no habían podido salir del edificio y esperaban el resultado de los acontecimientos resignados e indefensos. Cesó el fuego.

Los revolucionarios invadieron el palacio frenéticamente. Se esparcieron por todas partes, buscando al coronel Villarroel. Lo encontraron en una estrecha alacena para guardar papeles de la oficina de Reorganización y Eficiencia Administrativa. Existen varias versiones de lo que sucedió a continuación. Una de ellas dice que al sentirse ruido en la alacena uno de los revolucionarios disparó su pistola ametralladora a través de la puerta cerrada y que al abrirse ésta se encontró a Villarroel herido de muerte. Otra expresa que el coronel Villarroel abrió la puerta de la alacena y disparó su revólver sobre sus atacantes, cayendo acribillado por los disparos de éstos. Una tercera versión dice que al ser descubierto exclamó: "No soy Villarroel, soy Alfredo Mendizábal, jefe del PIR" (uno de los cabecillas de la revolución, con quien tenía mucho parecido físico).

Lo cierto es que falleció allí y que su cadáver fue arrojado por una de las ventanas de esa oficina a la calle Ayacucho, por donde afluía gran cantidad de público hacia la Plaza Murillo. Se lo despojó de su vestimenta y casi desnudo se lo colgó de uno de los postes de luz. Igual suerte sufrieron el capitán Waldo Ballivián y el secretario del presidente, Luis Uría de la Oliva, muerto también dentro del palacio, y el periodista Roberto Hinojosa, victimado en una calle próxima.

El macabro cuadro de las pálidas figuras colgadas en la plaza Murillo, el del solitario cadáver pendiente de otro cordel en la Plaza San Pedro, los dirigentes del MNR y miembros de la Radepa ocultos en casas de amigos o asilados en embajadas, las indecisiones en el gobierno y la cólera en el pueblo, todos los heridos y muertos, toda la sangre y el dolor de ese domingo fueron el epílogo de un régimen que dos años antes se inició pletórico de juventud de ideales y que labró su propia

destrucción al pretender que el fin que perseguía justificaba los medios vedados que empleaba.

* * *

Detalles de los trágicos sucesos de La Paz, transmitidos a todo el país por Radio Illimani conmovieron a la masa minera de Llallagua. Al anochecer los obreros de Siglo XX llamaron a sus compañeros a una concentración y marcharon sobre Catavi, con la intención de conseguir armas y luego viajar a La Paz para vengar la muerte de Villarroel. Una multitud de unos 2.000 trabajadores rodeó el cuartel de policía y despojó de sus armas al oficial y sus siete soldados, sin que estos intentaran resistencia alguna. Igual cosa ocurrió con dos camiones con tropa del regimiento que hacía guarnición en Uncía, que llegaron ese momento a Catavi al llamado de socorro de la gerencia. Los mineros rodearon los vehículos y arrebataron los fusiles de manos de los 50 soldados. En seguida obligaron al comandante de esa tropa a que marchase delante de ellos hasta Uncía para entregarles el resto de las armas que tenía allí. La larga caminata y el intenso frío de la noche desanimó a los más, que retornaron a sus viviendas. El resto continuó empujando al oficial. Cerca del cuartel éste se precipitó al interior del edificio gritando a los centinelas que cerrasen la puerta detrás de él. Dio orden de que el regimiento se aprestase a rechazar a los mineros. Los trabajadores tomaron el camino de vuelta a Siglo XX.

Al día siguiente, cuando parte de los mineros entraban al trabajo en el interior de los socavones de la zona de Cancañiri, encontraron pedazos de cuerpos humanos diseminados en algunas galerías. Abandonaron la mina y dieron la alarma. La macabra noticia se esparció por todo el campamento. Circularon voces acusando a la gerencia de la empresa. La gerencia ordenó una investigación inmediata. Se reveló la verdad. La noche anterior, mientras el grueso de los trabajadores bajaba a Catavi, 13 mineros ingresaron a robar dinamita en el polvorín instalado en el centro de la Sección Cancañiri. Colocaron algunos explosivos en las esquinas de la gruesa puerta de hierro que cerraba el depósito de fulminantes, encendieron las mechas y corrieron a ocultarse en un recodo próximo. Su imprudente acción no sólo desplazó la puerta sino que causó la conflagración de toda la enorme cantidad de fulminantes guardada allí. La presión de los gases fue tan grande que cogió a los 13 mineros de

su escondrijo y los precipitó por los túneles, como perdigones en el cañón de una escopeta, destrozando sus cráneos, troncos y extremidades y desparramando sus vísceras. La presión llegó hasta el depósito de dinamita, ubicado en otro polvorín suficientemente alejado. La puerta de hierro que lo resguardaba se aflojó en sus goznes, pero logró resistir. Caso de haber cedido la explosión de las toneladas de dinamita acumuladas allí habría causado enormes destrozos dentro de la mina y en el campamento ubicado arriba.

Los pedazos humanos se enterraron en el cementerio de Llallagua. A la conclusión de la triste ceremonia, el llanto de las viudas y de los hijos se mezcló con un clamor de venganza. Venganza por los camaradas masacrados, venganza por la muerte del presidente Villarroel. Se preparó una marcha sobre Catavi. Mientras el gerente y algunos empleados con sus familias buscaron refugio en el hospital creyendo que el signo de la Cruz Roja protegería sus vidas, otros escaparon a Uncía y montes vecinos.

En Oruro, el nuevo Prefecto del Departamento, informado desde horas antes sobre la situación, ordenó que el líder minero Juan Lechín Oquendo, apresado al ocurrir la revolución del día anterior, fuese sacado de la policía y enviado en un autocarril expreso a calmar a sus compañeros. Lechín llegó cuando la muchedumbre iniciaba su marcha en Siglo XX haciendo explotar cartuchos de dinamita. Llamó a los trabajadores a la serenidad. Tiempo habría para vengar la muerte de Villarroel. Las condiciones del momento no eran propicias. La precipitación sólo causaría más bajas en las filas mineras. Los mineros retornaron a sus hogares. Lechín volvió a su celda policíaca de Oruro.

CAPÍTULO 21

LA MUERTE DEL REY DEL ESTAÑO

La revuelta contra Villarroel no tenía un líder definido. Varios sectores políticos habían venido agitando la opinión pública contra el régimen, mas fueron los estudiantes de la Universidad de La Paz y el pueblo los que determinaron el resultado, arriesgando su vida en las calles. Obtenida la victoria, se invitó al presidente de la Corte Superior de Justicia de La Paz, doctor Tomás Monje Gutiérrez, hombre apolítico y apacible, a regentar la nación por el corto lapso necesario para llegar a la normalización de un gobierno mediante elecciones.

En septiembre (1946) un oficial del ejército, que sufría enajenación mental, entró al Palacio de Gobierno a reclamar una deuda que el Estado tenía con él con relación a sus emolumentos. Logró llegar hasta el despacho presidencial e increpó al doctor Monje Gutiérrez. Fue apresado y conducido a la policía. La noticia del incidente se difundió rápidamente. El pueblo no había recuperado aún su serenidad desde los sangrientos sucesos de dos meses antes. Unas cincuenta personas forzaron la puerta del local policionario y arrancaron de allí a Oblitas. Este logró desprenderse de sus raptos y echó a correr desesperado. Fue muerto con un disparo en la espalda en la calle Ayacucho. A los pocos minutos su cadáver apareció colgado por el cuello en uno de los postes de luz de la Plaza Murillo, a escasos metros de la entrada del Palacio de Gobierno. Afluyó gente hacia el lugar. El presidente Monje Gutiérrez y el Ministro de Relaciones Exteriores, doctor Aniceto Solares, hablaron desde los balcones del palacio pidiendo que todos volvieran en calma a sus casas. No se hizo caso de sus reflexiones. Un minúsculo grupo, que se fue engrosando conforme avanzaba, se encaminó al Panóptico. Constituido en agitada multitud forzó la entrada de la cárcel en busca de dos oficiales de la Radepa detenidos el 21 de julio. Eran el mayor Jorge Eguino y el capitán José Escobar, que en el gobierno de Villarroel desempeñaron las funciones de Director General de Policías e Intendente de la Policía de La Paz, respectivamente, y que, como tales, fueron los brazos visibles de los abusos y crímenes de la logia, concitando sobre sí especial inquina popular. Al estallar la revolución del 21 de julio Eguino se encontraba en su domicilio de Calacoto y se alejó a pie de La Paz. Fue reconocido y apresado en el

villorrio de Calamarca. Escobar se encontraba en el Palacio de Gobierno. Al irrumpir la multitud, estaba mezclado en el grupo de personas refugiado en el segundo piso. Alberto del Carpio y otros dos jóvenes le salvaron la vida, vendándole la cabeza como a un herido y sacándolo sin que fuera reconocido para entregarlo a la justicia. Eguino y Escobar fueron conducidos desde el Panóptico hasta la Plaza Murillo por un populacho frenético. Escobar perdió el conocimiento y fue llevado en vilo. Eguino hizo el largo trayecto entre golpes, empujones e insultos. Una vez en la plaza, Escobar fue ahorcado en uno de los postes de luz ubicados delante de la catedral. Eguino fue obligado a espectar el colgamiento de su amigo y en seguida movido al pie de otro poste. Pidió que se le permitiese hacer declaraciones importantes. Habló desde la plataforma que nivela la plaza, frente al Palacio de Gobierno: Las puertas y ventanas de este edificio habían sido herméticamente cerradas. Eguino tenía la cabeza rota con un culatazo de fusil que se le propinó en la cárcel. La sangre corría por su rostro e iba empapando la bata de baño y el pijama con que estaba vestido. Una inmensa multitud apiñada en todo el espacio de la plaza, rebasaba a las calles adyacentes. La débil voz de Eguino era escuchada sólo por los más próximos. Un estudiante acurrucado a su lado tomaba notas de su peroración. Un sacerdote trató de acercársele para recibir su confesión, pero fue apartado. El público se impacientó. Un chiquillo trepó al poste que estaba frente a Eguino y colgó una soga con un nudo corredizo. Eguino siguió hablando, prolongando su vida angustiosamente, segundo a segundo, distrayendo la atención de sus verdugos con su relato. Sabía que el minuto que callase sería victimado. Trató de justificar las muertes de Challacollo y Chuspipata aduciendo que la revuelta del 18 de diciembre de 1944 tuvo ramificaciones internacionales. Habló más de una hora, hasta que el resto de la masa humana, que concurría allí como a un circo romano, pidió a gritos la culminación del espectáculo. Un empujón precipitó a Eguino al pie del poste elegido como su patíbulo. Casi instantáneamente se lo suspendió por el cuello con la soga. Esta se rompió. Eguino, caído en el suelo, rogó que no se le ahorcase en vida. Uno de los circunstantes extrajo un revólver y le disparó a la cabeza. El cadáver fue izado en el poste, frente a los de Oblitas y Escobar. La muchedumbre se disolvió lentamente, en silencio, contrita y humillada. Se escucharon voces aisladas: "¡A las embajadas!, ¡A las embajadas!" (Donde estaban asilados otros miembros de la

Radepa y los cabecillas del MNR). No provocaron ninguna reacción. La fiera humana tenía colmada su sed de emociones y estaba ahíta y fatigada.

Los asilados permanecieron algunas semanas más en sus refugios. Desde el 21 de julio los estudiantes venían haciendo permanente vigilia delante de las misiones diplomáticas, encendiendo fogatas en las noches para combatir el frío. Su propósito era que no saliesen ni con salvoconductos del gobierno y que fueran reclamados para su juzgamiento criminal. El cuerpo diplomático logró, finalmente, obtener el viaje al exterior de Víctor Paz Estenssoro y todos sus demás huéspedes forzosos.

* * *

El Partido Obrero Revolucionario (POR) aprovechó del desconcierto general provocado por la revolución del 21 de julio, que los elementos del MNR estaban fuera del país u ocultos dentro y que los del PIR recién estaban haciendo inventario de sus posibilidades desde las posiciones que ocupaban en el nuevo gobierno, para ganar una batalla táctica en el seno de la Federación Sindical de Trabajadores Mineros de Bolivia (FSTMB).

El POR quedó enano desde su nacimiento. Debió su supervivencia a la fama de su fundador, el primer líder izquierdista de Bolivia, Tristán Maroff, y a la habilidad de José Aguirre Gainsborg. Con el abandono de Maroff de la línea original del partido y la prematura muerte de Aguirre en un accidente, el POR no dio señales apreciables de vida por varios años, hasta el surgimiento de un nuevo conductor, Guillermo Lora, devoto del marxismo ortodoxo de León Trotsky y de las consignas de la Cuarta Internacional del Comunismo. Nacido en Uncía y criado en la atmósfera del distrito minero más importante de la república, conoció de cerca la idiosincrasia de los trabajadores de los socavones, indígenas convertidos en proletarios, y supo conquistar la adhesión de los dirigentes a favor de su doctrina.

En el Primer Congreso Extraordinario de Mineros, reunido en Pulacayo, en noviembre de 1946, Lora consiguió que se aprobara una declaración revolucionaria radical que recibió el nombre de Tesis de Pulacayo. He aquí sus principales ideas: "El proletariado constituye la clase social revolucionaria por excelencia, aun en Bolivia. Los trabajadores de las minas, el sector más avanzado del proletariado nacional, definen el sentido de lucha de la FSTMB: Nuestra lucha contra los patrones

es una lucha a muerte. Tenemos que armar a los trabajadores. Toda huelga es el comienzo potencial de una guerra civil y a ella debemos ir debidamente armados. Sólo los traidores y los imbéciles pueden seguir sosteniendo que el Estado tiene posibilidad de elevarse por encima de las clases y dividir paternalmente la parte que corresponde a cada una de ellas. No aceptamos tregua en la lucha de clases. Nuestro objetivo es la expropiación de los expropiadores. Para los trabajadores mineros lucha de clases quiere decir, sobre todo, lucha contra los grandes dueños de minas. Debe irse a la dictadura del proletariado con un gobierno obrero - campesino. Los obreros mineros denunciaremos a quienes pretenden sustituir la revolución proletaria con asonadas palaciegas fomentadas por los diversos sectores de la feudal - burguesía. Rechazamos la ilusión pequeño - burguesa de solucionar el problema obrero dejándolo en manos del Estado".

* * *

Tomás Monje Gutiérrez ocupó la silla presidencial sólo el corto lapso necesario para que el país recuperase su normalidad institucional. En las elecciones de enero de 1947, a las que concurrieron 105.000 votantes, el candidato del Partido Republicano Socialista, el médico Enrique Hertzog, venció por apenas 400 votos al candidato de la alianza del Partido Liberal y el PIR. El MNR obtuvo 13.000 votos.

El republicanismo volvía al poder desde el derrocamiento de Salamanca en 1934. Con él retornaba también el civilismo, después de 5 regímenes inconclusos de presidentes militares. El péndulo político, que con Toro y Busch avanzó tentativamente hacia la izquierda, que volvió a la derecha con Quintanilla y Peñaranda y que se movió dudosamente otra vez a la izquierda con Villarroel, retornó a la derecha con Hertzog, pese a que la etiqueta de "socialista" en el nombre de su partido quería señalar su intención de mostrarse sensible a las necesidades de la clase trabajadora. ¿El movimiento dubitativo del péndulo era indicación de que buscaba estabilizarse en el centro? Nada más engañoso. El reloj de la historia boliviana estaba aproximando el tiempo de oscilaciones violentas. La Tesis de Pulacayo había sido la campanada que anunció su iniciación.

Desde 1944 ocurrieron algunos cambios en el personal directivo de la Patiño Mines. William C. Tamplin, ingeniero norteamericano, que durante un tiempo desempeñó

las funciones de Jefe de la Sección de Minerales y Metales de la embajada de los Estados Unidos en La Paz, logró convencer al directorio de Nueva York sobre la conveniencia de contratarlo como contralor técnico e ingeniero consultor en Bolivia. En su solicitud arguyó: "La industria minera se enfrenta en Bolivia con condiciones más difíciles y problemas más complejos que en ningún otro país. La guerra mundial ha acentuado estas condiciones. Las ventajas recientes de altos precios están siendo anuladas por el aumento de los gastos de producción. La subida continua de los jornales, de la energía eléctrica, de los materiales y abastecimientos en general, de los repuestos, equipos y maquinarias nuevas, la falta de brazos, la insuficiencia del personal técnico, el aumento de los impuestos, todos estos factores contribuyen a ello. Junto a esto existe la disminución progresiva de la ley de los minerales en las vetas, la reducción de las reservas y la suspensión de los trabajos de desarrollo por los altos costos. Si no se toman medidas efectivas las condiciones de la industria minera en Bolivia, después de la guerra, en situación de competencia con otros productores de menores costos, será extremadamente difícil y en ciertos casos desastrosa". Tamplin viajó a Bolivia con un sueldo de 2.500 dólares mensuales y una prima de 6.000 dólares a ser pagada a la terminación de su contrato de un año.

Los problemas técnicos y sociales de las minas de Bolivia eran ciertamente cada día más complejos y graves. Hacía años que Simón I. Patiño sentía la necesidad de un nuevo Pickering. Los directores de La Paz se estaban dejando vencer por las circunstancias y cada vez demostraban menos coraje para visitar las empresas. Patiño quiso hacer la prueba con Tamplin. Escribió a Rivera que por de pronto le encomendase la solución de las dificultades en las minas de Kami y Canutillos de la Bolivian Tin Tungsten.

Tamplin, hombre astuto y de muchas ambiciones, no limitó su labor a aquellas minas. Prefirió instalarse en la oficina de La Paz. Con habilidad sibilina fue ganando ascendiente sobre los tres miembros del directorio y no tardó en hacer sentir su influencia en todas las empresas del grupo. El contrato de Percy E. Holme, como gerente general en Llallagua, no fue renovado en 1946. El ingeniero boliviano Roberto Arce, que ocupaba la subgerencia, pudo haber tomado el puesto de Holme. Tamplin temió que Arce pudiera contrarrestar sus pretensiones hegemónicas y se

opuso a que tomase la gerencia general aun con carácter provisional. Prefirió ocupar él mismo esta situación, mientras se buscaba al sucesor de Holme en los Estados Unidos. Arce renunció con carácter irrevocable a seguir sirviendo en la Patiño Mines. Los empleados y obreros agrupados en los sindicatos de Siglo XX y Catavi anunciaron su intención de ir a la huelga si Arce no era designado gerente general. Presentaron una demanda en igual sentido a la Corte Suprema de Justicia apoyándose en la determinación constitucional de que un determinado número de los directivos y empleados de cualquier empresa debían ser de nacionalidad boliviana. Arce evitó el conflicto. Hubiera querido llegar a la culminación de su carrera profesional por reconocimiento de méritos y no por imposición sindical, por muy halagüeña que fuese la simpatía de los trabajadores. Se alejó de Catavi haciendo creer a los obreros que salía en uso de licencia y que iría a La Paz a arreglar su situación. Escribió a Simón I. Patiño agradeciéndole las muestras de confianza que recibió de él. El viejo industrial, que desconocía los entretelones del asunto, le pidió que volviese a su empresa. Arce no quiso entrar en explicaciones y ratificó su renuncia irrevocable.

Al año siguiente Tamplin perdió la confianza de sus empleadores. Su contrato no fue renovado. Entabló juicio a la Patiño Mines cobrando indemnización y daños. José E. Rivera siguió como representante y apoderado general de los intereses de Patiño en Bolivia. José Antonio Quiroga, que tenía a su cargo la propiedad urbana de Portales en Cochabamba y la hacienda Pairumani en el valle de Vinto, fue incorporado al directorio de La Paz en las funciones que desempeñaba Etchenique. Alberto Mariaca continuó como director y asesor técnico. Ricardo Martínez Vargas dejó su puesto al lado de Simón I. Patiño para ocupar el cargo de embajador de Bolivia en los Estados Unidos. Como no se encontrase una persona adecuada en los Estados Unidos para la gerencia general de Llallagua, se ascendió a esta situación al ingeniero norteamericano DeWitt Deringer, antiguo empleado de la Patiño Mines, que en los últimos años desempeñaba las tareas de superintendente del ingenio de Catavi.

La firma Price Waterhouse Peat Company fue encargada de hacer un estudio sobre el funcionamiento de las empresas del grupo. En su informe expresó entre otras cosas:

"La situación actual en Bolivia, tanto política como industrial, parece la más intranquila de todas las etapas que se han sucedido desde la Guerra del Chaco. La caída del régimen del presidente Villarroel ha dejado a la nación en poder de una junta de gobierno. Se ha llamado a elecciones para el próximo mes. En las minas la actitud de los obreros frente a los patrones ha empeorado notablemente en los últimos años. Además de la marcada disminución de su eficiencia y a pesar de los substanciales aumentos de jornales, se han llevado a cabo frecuentes y desenfrenados actos de violencia y sangre, uno de los cuales costó la vida a un empleado de la empresa Oploca. Las peticiones de los sindicatos, en líneas generales, abarcan aumentos adicionales de salarios, abolición de pulperías baratas (con compensaciones) y amenazas de apoderarse y operar por su propia cuenta las minas que sean clausuradas por los patrones. En algunos círculos se ha sugerido que el problema se solucionaría fácilmente nacionalizando la industria minera... Los directores en Bolivia deberían hacer visitas más frecuentes a los centros mineros. Si bien algunos de ellos, con excepción del señor Mariaca, no poseen un profundo conocimiento técnico, estimamos que un contacto más personal y estrecho con las minas resultaría beneficioso para todos".

José Antonio Quiroga escribió a Patiño ese mismo mes: "Las actividades políticas para las elecciones que deben tener lugar en enero de 1947 se han polarizado en dos bandos: el doctor Enrique Hertzog para presidente y Mamerto Urriolagoitía para vicepresidente, apoyados por los ex-partidos Republicano Socialista, Republicano Genuino y Socialista, fusionados en un frente denominado Unión Socialista Republicana; y el doctor Fernando E. Guachalla para presidente y Guillermo Francovich para vicepresidente, apoyados por el PIR y el Partido Liberal. Ambos están en busca de recursos y al mismo tiempo tratan de ganar el mayor número posible de bancas parlamentarias. Las entidades comerciales y económicas están apoyando a uno y otro contendiente, al parecer en forma confusa, unos bajo el concepto de la necesidad de buscar elementos de centro y de derecha, y otros, simplemente, por cálculo, para no resentir a quienes resulten los futuros dirigentes del país. Los directores de la Patiño Mines tenemos bien entendidas sus instrucciones de que sus empresas no deben mezclarse en estas cuestiones, manteniéndose en una línea de absoluta neutralidad. Sin embargo, existe la idea de

que habiendo problemas difíciles por resolver para la industria minera no debe desatenderse la reconstrucción y organización política del país después del período de convulsión profunda que ha rematado en el alzamiento del 21 de julio último".

Patiño no prestó atención a la disimulada sugerencia contenida en las últimas líneas de la carta de Quiroga. Acusó recibo de ésta sin comentarios. Entre los refranes que tanto le gustaban había uno que decía: "Más sabe el diablo por viejo que por diablo". El tenía ya suficientes años de experiencia para saber que inmiscuirse en política sólo atraía mayores peligros para sus empresas. Por lo demás, no tenía un conocimiento claro de lo que ocurría en Bolivia. ¿Lo había tenido alguna vez desde que salió del país? Sus representantes, porque estando dentro del bosque no podían ver los árboles en perspectiva", porque su mente estaba dominada por los prejuicios de su posición patronal, porque carecían de la sensibilidad necesaria, o porque querían darle la impresión de manejar muy bien todos los asuntos ocultando las malas noticias, nunca le hicieron llegar estudios serios sobre la situación política y social. En sus archivos no existía un solo documento de esa naturaleza, no obstante que la creciente agitación de los trabajadores y la repetida desorientación de los gobernantes creaban circunstancias cada vez más inseguras para el porvenir de la industria minera y la economía de la nación.

En 1941 Patiño y su esposa hicieron su testamento, no porque temiesen una muerte próxima, sino para que los hijos entrasen en posesión de sus bienes bajo su consejo y guía. Desde luego, el hijo Antenor había sido educado trabajando al lado de su padre, interiorizándose de todos los problemas y participando en su solución, en la escuela del ejemplo paterno. El mayor deseo de los esposos Patiño era que la fortuna que habían formado se mantuviese indivisa, no siendo nunca un motivo de desunión entre sus hijos, sino, más bien, un factor de mayor vinculación familiar. Simón I. Patiño, desde que fue rico, tuvo que actuar en círculos en los que había que cuidarse constantemente de la adulación, la envidia, la picardía, el interés, la codicia y la mala fe. Su hogar era para él el único oasis en medio de un mundo de insinceridad. Sólo allí podía recuperar las fuerzas, recargar la energía de la voluntad y renovar la fe del espíritu. Nada tenía para él más valor que su hogar y su familia. Nunca le gustó manejar sus negocios desde una oficina aislada y prefirió tener su escritorio en la casa, cerca de la esposa y los hijos.



Figura 21-01. Simón I. Patiño y señora Albina Rodríguez

El testamento dijo: "Creemos que hemos cumplido nuestros deberes de padres al habernos esforzado en crear, desarrollar y conservar una fortuna por medio de un trabajo honesto, con rectitud irreprochable... Es y ha sido nuestra línea de conducta emplear el dinero que hemos ganado en el incremento y progreso de nuestras empresas, particularmente las de estaño de nuestro país, cuyos intereses hemos defendido en todo tiempo, ya sea eliminando los peligros de posesión de gran cantidad de acciones por elementos extranjeros o protegiendo su producción por medio de combinaciones internacionales, evitando la competencia que hubiera excluido a Bolivia de los mercados mundiales debido a sus altos costos de producción... El objeto y motivo de esta partición responde a la necesidad de que nuestros herederos entren al manejo y administración de los bienes y negocios... sin que les falte nuestro consejo y que se preserve la legítima aspiración que nos alentó en nuestros esfuerzos de conservar nuestras empresas y agrandarlas en perfecta armonía de acción".

Patiño aspiraba que su respuesta a la carta que recibió del presidente Germán Busch, en 1939, sería aceptada después de su muerte como el testamento de su actuación pública como industrial boliviano. En ella manifestó: "Pasada la Guerra del

Pacífico, que nos privó de todo acceso al mar, la política chilena se caracterizó por una penetración sistemática en Bolivia en el orden económico. Antes del tratado de 1904 controló prácticamente nuestras aduanas. Simultáneamente los capitalistas chilenos se interesaron por el desarrollo minero del país, y hasta 1924 puede decirse que todas las empresas mineras de Bolivia, con excepción de la mía, estaban controladas por el capital chileno. Siempre consideré esto como un grave peligro para el país ... Es un hecho incontestable que todos los bolivianos que tuvieron la suerte de encontrar minas de alguna importancia, no pensaron nunca en trabajarlas y no tuvieron jamás otro propósito que el de entregarlas al capital chileno, muchas veces por sumas insignificantes ... Mi mayor aspiración fue la de nacionalizar, hasta donde alcanzaran mis fuerzas, nuestra industria minera ... Pocos años después tuve en Santiago una de las más grandes satisfacciones de mi vida al hacer saber personalmente a los dirigentes chilenos que la mina de Llallagua sería en el futuro controlada por intereses bolivianos y americanos. Debo decirle, sin falsa modestia, que éste fue uno de los éxitos de mi vida... Tampoco descuidé otras empresas como la Compañía Minera Oploca y la Empresa de Estaño de Araca, que también se encontraban controladas por el capital chileno... Cuando comencé mis trabajos poseía una pequeña mina sin capital, sin instalaciones y sin otra fuerza que mi fe inquebrantable en el porvenir. Después de varios años de labor intensa, de privaciones, de lucha con los hombres y la naturaleza, pude al fin descubrir las vetas de estaño que buscaba, en una época en que el precio de este metal era bajo y apenas dejaba alguna utilidad al minero... Todas mis utilidades, absolutamente todas, fueron destinadas a desarrollar la mina e industrializarla. Fui el primero en introducir las maquinarias y motores más modernos a Bolivia para la explotación minera, y cuando mis recursos fueron mayores amplíé paulatinamente mis propiedades hasta hacer de la pequeña mina en que inicié mis labores la institución que ha creado los actuales establecimientos de Siglo XX y Catavi, que constituyen la más completa unidad minera de estaño en el mundo entero y que Bolivia puede exhibir con orgullo como una muestra de lo que son capaces sus industriales... Si no hubiera reinvertido varias veces mi capital original y las utilidades que obtuve, jamás habría existido ese organismo que ahora se llama la Patiño Mines. Procedí con el mismo criterio y con idéntico fin en Huanuni y finalmente en Araca y

Oploca... Quise también devolver a la antigua mina de Colquechaca su pasada grandeza, e invertí para ello algo más de un millón y medio de libras esterlinas, sin haber obtenido en este caso, desgraciadamente, un resultado satisfactorio. Este enorme capital que me pertenecía y que nadie me obligaba a invertir en tal empresa arriesgada, fue íntegramente perdido... La industria que he creado tiene el privilegio de haber aumentado considerablemente las rentas del país, de haber dado y dar trabajo a cientos de empleados y miles de obreros. Se sabe que sólo los campamentos de la Patiño Mines mantienen una población de más de veinte mil habitantes, contando los obreros y sus familias... La Guerra del Chaco no habría podido ser financiada sin el concurso de la minería... Cuando me interesé en las minas de Malasia no fue con otro objeto que el de defender mis grandes intereses de estaño en Bolivia, y al hacerlo así defendí también los intereses del país. Sin mi intervención en Malasia no habría podido llegarse a formar el Acuerdo Internacional de Restricción, y sin ese acuerdo seguramente el precio del estaño en los últimos años no habría sido sino entre 100 libras esterlinas y 150 la tonelada, lo que importa decir que las minas de Bolivia no habrían podido trabajarse... Con mis legítimas utilidades y sin que estuviera obligado a ello, fundé el Banco Mercantil, llevando al país en oro metálico la cantidad de 1.000.000 de libras esterlinas como capital efectivo del banco, lo que hasta entonces no había hecho, ningún otro banco en Bolivia. He organizado la granja agrícola ganadera de Pairumani a un costo muy subido, llevando más de 600 cabezas del mejor ganado que existe en Europa y en los Estados Unidos. He organizado también la Sociedad Agrícola, Ganadera e Industrial de Cinti, para la producción de trigo para harina, para las necesidades de los departamentos de Chuquisaca, Potosí y Tarija. Para ayudar a los estudiantes pobres de mi país organicé la Fundación Universitaria Patino con un capital efectivo de 80.000 libras esterlinas... En repetidas ocasiones he prestado mi concurso para cooperar al gobierno en financiaciones de importancia. Puedo recordar, por ejemplo, la financiación de 600.000 libras esterlinas para la terminación del ferrocarril de Potosí a Sucre. En otras ocasiones, la incomprensión de los gobiernos no me permitió realizar trabajo de la más grande importancia, como la colonización del Chimoré y la construcción del ferrocarril que vincule Cochabamba con uno de nuestros ríos afluentes del Amazonas...".

Una vez terminada la guerra mundial Patiño preparó su retorno a Europa. Nunca le había sido grato el ambiente de los Estados Unidos, donde estaba desde hacía 6 años obligado por las circunstancias. Su salud sufrió un colapso. Reaccionó, pero los médicos aconsejaron que en el futuro redujese su actividad de trabajo a un mínimo. Cambió de planes y decidió volver a Bolivia. Si sus últimos años debían ser de relativo reposo, quiso que éste fuese en un idílico valle de la tierra natal, en Pairumani, donde estaba construido el palacete para el solaz de su vejez y el mausoleo que debía servirle de morada final.

Los médicos recomendaron que el viaje a Bolivia fuese por etapas y la subida al valle paulatina. La escala en Buenos Aires se prolongó muchos meses esperando el dictamen médico de que se podía comenzar el ascenso a los Andes por las tierras bajas de Santa Cruz. Patiño no podía vivir sin trabajar. Siguió leyendo informes y tomando decisiones. Un día sufrió una grave congestión cerebral. Su inagotable energía volvió a imponerse sobre el mal. Recuperó el uso de sus facultades.

- "He vencido, doctor" -dijo orgullosamente al médico.

Era la última victoria del incansable luchador. Quedó como un viejo roble herido por el rayo. La mente, en vez de planear para el futuro, prefirió recordar. Le bastaba cerrar los ojos para que los recuerdos galopasen a su encuentro y se arremolinasen nítidos en la memoria. El hogar humilde y la infancia paupérrima en el pueblecito de Santiviáñez. Los años de colegial en Cochabamba. La necesidad de dejar los cuadernos y los libros para buscar el pan. El empleo con don Cincinato Virreira. La Mina de Huanchaca. La novia elegida y el matrimonio por poder. La llegada de los hijos. Oruro y los patrones Fricke. Sergio Oporto, el socio mal aventurado. La mina "La Salvadora". La soledad en la cumbre de Llallagua. La larga pesadilla de los Artigue. El gesto heroico de la esposa. La veta milagrosa. El Banco Mercantil. La compra de la empresa Minchin. El viaje a Europa. La Primera Guerra Mundial. Motores y maquinarias para la mina. Las cartas de Arturo Loaiza. El ferrocarril de Machacamarca a Uncía, La victoria sobre los chilenos. La montaña íntegra bajo su control. La enfermedad del hijo mayor. Los matrimonios de las tres hijas y del hijo menor. La prematura muerte de la hija Elena. La actividad diplomática en Madrid y París. Las necesidades económicas de Bolivia durante la Guerra del Chaco. El Comité Internacional del Estaño. Las dificultades de los cupos. Las fundiciones de

Inglaterra y los Estados Malayos. Germán Busch. La Segunda Guerra Mundial. Nueva York. La masacre de Catavi...

La noche del 20 de abril de 1947, cuando faltaban cinco semanas para que cumplierse los 87 años de edad, la muerte le llegó por sorpresa, en el Hotel Plaza de Buenos Aires. Su corazón dejó de latir mientras dormía.

La esposa, las dos hijas, el hijo Antenor y dos de los nietos llevaron los restos por ferrocarril a Bolivia. El gobierno decretó duelo nacional. En la ciudad de Cochabamba hubo exequias fúnebres en la catedral con asistencia de autoridades y numeroso público. A continuación se hizo el entierro en Pairumani, con concurrencia de otra multitud. Se pronunciaron muchos discursos. La prensa de Bolivia, Argentina, Chile y los Estados Unidos dieron la noticia bajo un título similar: "Ha muerto el Rey del Estaño".

CAPÍTULO 22

"LA MASACRE BLANCA"

La muerte de Simón I. Patiño ocurrió en circunstancias en que sus empresas confrontaban nuevos problemas de orden social. Las minas en todo el país, no eran como en el pasado, reductos en los que no se permitía ingerencias extrañas y en las que sólo imperaba la voluntad de los dueños. En la última década se habían convertido en el campo favorito de actuación de los agitadores de los partidos jóvenes para la propagación de sus ideas o el reclutamiento de prosélitos. La Tesis de Pulacayo era una bandera flameante en manos de los dirigentes de la FSTMB. En la confrontación entre fuerzas de derecha y de izquierda, la montaña de Llallagua de la Patiño Mines, por concentrar un mayor número de trabajadores que cualquier otro centro industrial del país y por su importancia en la economía nacional, se convirtió en un bastión de decisivo valor estratégico para quien lo dominara, ya sea el gobierno o la oposición.

A los dos meses de la caída del régimen de Villarroel (octubre de 1946) los sindicatos de Siglo XX y Catavi presentaron a la gerencia una petición de aumento general de jornales en la proporción de un 60 por ciento, más otras mejoras. La Inspección Regional del Trabajo de Uncía y luego la Inspección General de La Paz, trataron que la empresa y los obreros llegasen a un acuerdo transaccional. Como esto no fuera posible, el Ministro del Trabajo entregó la solución a un tribunal arbitral. Este cuerpo, con increíble demora, emitió su fallo en abril de 1947. El fallo no fue aceptado, ni por los obreros por considerarlo escaso, ni por la empresa que lo reputó excesivo. Los trabajadores se declararon en huelga. Después de 17 días de paro intervino el gobierno ordenando la reanudación de actividades. Los obreros obedecieron aunque sin deponer su actitud beligerante. La mayoría de los empleados extranjeros abandonaron sus puestos y viajaron a La Paz, Oruro o Cochabamba, con sus familias, alegando que el ambiente en Llallagua era peligroso para su seguridad personal. La empresa decidió el "lockout" o cierre de actividades. Los obreros solicitaron amparo al gobierno.

Antenor Patiño escribió al presidente Enrique Hertzog, desde Pairumani: "La empresa ha manifestado su mejor voluntad para reanudar labores con un mínimo

de garantías indispensables. En nuestra entrevista con usted y sus ministros de Trabajo y Gobierno, hemos explicado que es materialmente imposible la actividad normal en las minas con obreros armados que usan fusiles del Estado, ejerciendo una autoridad al margen de la ley, con fines de coerción y sin sujetarse a ninguna norma legal. Este hecho insólito, que coloca al personal directivo de la empresa a merced de grupos armados que imponen su voluntad sin control, parece no haber llamado la atención de las autoridades, ni de la comisión parlamentaria que recientemente visitó Catavi... El personal técnico extranjero tiene temor de reasumir actividades bajo la amenaza constante de esos grupos armados y la subversión de los trabajadores, que instigados por numerosos agitadores, no reconocen ninguna jerarquía. Tanto el gerente general como los ingenieros que salieron de Catavi por su propia voluntad, nos han manifestado que no están dispuestas a volver a sus puestos sin contar con garantías y en condiciones que alejen todo temor para ellos y sus familias. Se acusa a la empresa de haber ejercido sabotaje, disminuyendo la producción. La verdad es que siguiendo la consigna del congreso de trabajadores mineros de Pulacayo, son los sindicatos los que realizan esa acción. Lo prueban los siguientes hechos: El costo de laboreo por libra de estaño ha aumentado de 161 centavos de dólar en 1942 a 221 centavos en 1946, o sea un incremento de 60 centavos. Mientras en 1942 se necesitaban 68 mitas²⁰ de trabajo para producir una tonelada de estaño, en 1946 se han requerido 81. Entre 1943 y 1947 el número de obreros ha sido superior a 8.000, sin embargo, la producción ha disminuido considerablemente".

El gobierno reiteró su orden de reanudación de actividades, que fue cumplida por la empresa.

La situación en otros distritos mineros era también delicada. La mina San José y el Ingenio Machacamarca, de la empresa de Mauricio Hochschild, suspendieron labores porque los costos de producción excedían el precio de venta de su producto. Se produjeron manifestaciones populares en Oruro.

A fines de julio de 1947 la Patiño Mines presentó al gobierno un nuevo plan de trabajo, destinado a aumentar la producción, pero subordinado al despido de la

20 La mita (quechua: mit'a, "turno de trabajo")? era un sistema laboral originario de la región andina consistente en la selección de personas (campesinos, normalmente) de un ayllu determinado, para emplearlas en un trabajo a favor de un Estado o gobernante. El sistema fue aplicado por los españoles en los virreinos americanos.

totalidad de los empleados y obreros, con pago de las indemnizaciones y desahucios establecidos por ley y recontractación del 95 por ciento, con un salario básico aprobado por el gobierno y un bono de productividad. Al 5 por ciento no recontractado, además de sus beneficios sociales, se le pagarían gastos de retorno a su residencia de origen. El plan tenía por principal objetivo hacer una limpieza de todos los elementos identificados como subversores de la paz social.

Los dirigentes de los sindicatos de Siglo XX y Catavi comprendieron que el plan de la empresa estaba dirigido expresamente contra ellos y sus colaboradores. Telegrafiaron al gobierno oponiéndose al despido en masa. Reunieron asambleas populares para convencer de que no se aceptase la recontractación ni las indemnizaciones. Los tres diputados mineros en el parlamento y los secretarios de la directiva de la FSTMB ejercieron acción en La Paz en el mismo sentido.

El presidente y sus ministros estudiaron el plan de la Patino Mines en consejo de gabinete. La responsabilidad mayor correspondió al Ministro del Trabajo, Alfredo Mendizábal, uno de los representantes del PIR en el gobierno.

La empresa explicó que el costo de ejecución del plan sería de 70 millones de bolivianos, que se obtendrían con la venta al Banco Central de 1.500.000 dólares, con el carácter de una inversión que beneficiaría la economía de la república. El asunto se convirtió en tema de interés y discusión general.

Juan Lechín Oquendo y Guillermo Lora, principales dirigentes de la FSTMB, viajaron a Catavi para coordinar la oposición al plan de la empresa. Catavi fue también visitado por reporteros de los diarios y agentes de varios partidos políticos. La aplicación del plan significaría el desplazamiento de los elementos del POR y el MNR. Para los partidos que estaban compartiendo posiciones de influencia en la administración Hertzog, particularmente para el PIR, era una oportunidad providencial para llenar el vacío que dejarían aquellos.

Los trabajadores de Llallagua se vieron confrontados, por un lado por la tentación de recibir sumas de dinero de algunos miles en indemnización y desahucio y ser recontractados, y por otro, por la prédica de quienes les decían que a la postre iban a resultar perjudicados en sus intereses. Las opiniones se dividieron. En las asambleas se manifestaron tendencias en un sentido y otro.

En una campaña de prensa en algunos diarios de La Paz se trató de desprestigiar a los ejecutivos de la FSTMB y a los dirigentes sindicales, acusándoseles de manejar sin control las enormes sumas de dinero que aportaban los 10.000 trabajadores mineros de toda la república con su cuota quincenal obligatoria de 10 bolivianos, destinada al sostenimiento de su sindicato y la FSTMB. Juan Lechín Oquendo contestó declarando que la acusación "era una falsedad lindante en la villanía". Los fondos recaudados en los 44 sindicatos que integraban la federación eran contabilizados cuidadosamente en cada uno de ellos y servían para sus propias necesidades. La FSTMB sólo percibía un 10 por ciento de los ingresos de cada sindicato. En los últimos 18 meses la federación recibió apenas un total de 183.000 bolivianos por tal concepto.

El Ministro del Trabajo llamó a los dirigentes de los sindicatos de Catavi y Siglo XX a que se presentasen en La Paz para discutir el plan de la Patiño Mines. Alberto Dávila, Corsino Baptista, Anacleto Paredes y Eloy Monje declararon a su arribo a la ciudad: "Queremos solucionar el asunto. Deseamos que se nos explique amplia y minuciosamente los alcances que tendrá el nuevo sistema de trabajo. Si se nos convence de que será satisfactorio, estamos dispuestos a retirar nuestras observaciones". Esto quería decir que la corriente de opinión a favor del plan había dominado en las asambleas populares de Llallagua.

El 5 de agosto (1947) el presidente Hertzog recibió el siguiente telegrama: "Cinco a seis mil obreros nos encontramos frente a las oficinas de la gerencia de Catavi, pidiendo insistentemente la liquidación y recontractación propuesta por la Patiño Mines. Insinuamos a Su Excelencia dar inmediata solución al asunto. Desautorizamos a los delegados que se encuentran en La Paz. Por los trabajadores mineros y los empleados: Federico Amurrio, Augusto Gómez, Darío Azeda, Esteban Cabrera, Félix Valdivia, Franz Salinas, Silvestre Oporto, Hipólito Loayza". El subprefecto de la Provincia Bustillo informó por su parte al gobierno. "Hoy a horas 9 bajaron en perfecto orden y portando la bandera nacional todos los mineros para pedir concreta y únicamente la liquidación propuesta por la empresa. Hablaron todos los jefes de sección, siendo rotundamente aplaudidos. No reconocen a los delegados que se encuentran en la sede del gobierno. En este momento notaron que se aproximaban ciertos dirigentes sindicales y los alejaron a pedradas". El

prefecto de Oruro avisó a su vez: "Cuatro mil obreros suspendieron labores en la mina de Llallagua y concentrándose en el estadio de fútbol se dirigieron sobre Catavi a pedir las liquidaciones a la gerencia. El personal de Catavi y especialmente los dirigentes del sindicato son contrarios a dicha liquidación". Un reportero del diario "La Razón" informó: "A horas 17 un grupo de trabajadores de Catavi en número de 500 quiso realizar una contra-manifestación, oponiéndose a las liquidaciones. Se registraron algunas peleas aisladas, sin mayores consecuencias".

El presidente dictó una resolución suprema declarando "concluido el conflicto suscitado entre los trabajadores de Catavi, Llallagua y Siglo XX con la empresa Patiño Mines, por desistimiento de los primeros, aceptándose la solicitud de liquidación que han formulado dichos trabajadores y de conformidad a las bases que serán aprobadas por el gobierno".

Los trabajadores recibieron el siguiente aviso distribuido en todos los campamentos: "El Supremo Gobierno ha decretado la liquidación de todo el personal de la empresa.

Por razón de organización, dicha liquidación se hará efectiva a partir del martes 9 de septiembre. Una vez terminada la misma, la empresa comenzará a recontractar por lo menos un 95 por ciento del personal actualmente en trabajo. Todos, sin excepción, obtendrán los beneficios de la liquidación total, recibiendo el 100 por ciento de sus indemnizaciones, desahucio y, siempre que tengan derecho, compensación por vacaciones. Todo de acuerdo a las leyes vigentes. Bonificación extraordinaria: aceptando el pedido del excelentísimo señor Presidente de la República, la empresa pagará una bonificación extraordinaria equivalente al 10 por ciento del valor de las indemnizaciones y desahucios de todos los obreros. No derroche su dinero. Deposítelo en las agencias de los bancos Central, Nacional o Mercantil, que le darán interés sobre su depósito. No permita que los agitadores los traten de convencer de que no obtendrá beneficios con la liquidación. Asegure su dinero ahora".

A 7.165 trabajadores, entre empleados y obreros, se les entregó una nota que decía: "En vista de los buenos servicios que ha prestado usted, la empresa desea recontractarlo. En consecuencia, puede presentarse a la Oficina de Empleos premunido de esta papeleta para tramitar su reingreso a la compañía. Este

ofrecimiento es válido únicamente hasta el 30 de septiembre de 1947. Esperando la misma lealtad y cooperación que ha demostrado en el pasado, lo saluda atentamente. La Empresa".

Alrededor de 400 personas recibieron esta otra comunicación: "Por convenir así a la empresa, no será usted recontratado después de la presente liquidación. En consecuencia, sírvase desocupar su vivienda en el campamento dentro de las 48 horas de recibir esta notificación. Caso contrario será necesario dar aviso a las autoridades. Se le proporcionarán boletos de ferrocarril para usted, su esposa y sus hijos, como una colaboración voluntaria de la compañía".

La liquidación y recontratación se hizo durante varias semanas, en una proporción de 200 a 500 personas por día. Un tren que transportaba obreros de Siglo XX a Catavi para que cobrasen sus beneficios sociales fue atacado a pedradas por un grupo de opositores. Varios trabajadores resultaron con heridas leves.

Los diputados Guillermo Lora y Mario Torres interpellaron al gabinete y acusaron al gobierno de estar cometiendo "una masacre blanca". La FSTMB trató de provocar una huelga general de todos los mineros de la república. Sólo obedecieron los de Pulacayo, Colquiri y Caracoles.

CAPÍTULO 23

SANGRE DE BOLIVIANOS Y GRINGOS

Juan Lechín Oquendo y Guillermo Lora no se resignaron a la derrota que significaba para ellos el desplazamiento de los elementos que habían estado actuando en Llallagua bajo sus consignas. El distrito minero de la Patiño Mines había sido la plaza fuerte de la FSTMB desde la fundación de este organismo y tenía que reconquistarse. Para Guillermo Lora era, además, el centro proletario que debía jugar un rol decisivo en el esquema revolucionario del POR.

El MNR, que recibió un golpe traumático en la revuelta contra Villarroel, recuperó alientos con los 13.000 votos que sus leales depositaron a su favor en las elecciones generales de enero de 1947. Desde su nacimiento había sido un partido político esencialmente urbano, con especial apoyo de la clase media y la pequeña burguesía. Nunca puso mucha convicción ni sinceridad en su acción proselitista en la clase trabajadora. El alzamiento del pueblo de La Paz del 21 de julio de 1946 fue una experiencia muy dolorosa. La lección recibida era que si se quería subsistir como agrupación política con ambiciones de volver al poder, debían ampliarse las bases de sustentación, dedicando mayor atención a buscar soporte popular e interpretar mejor las intenciones de la clase trabajadora.

Juan Lechín Oquendo, Guillermo Lora y Luis Peñaloza (líder interino del MNR en ausencia de Paz Estenssoro), copartícipes de la misma desgracia, resolvieron aliarse para combatir al enemigo común en todos los frentes en que pudieran hacer mella contra el gobierno. Cada uno, en su fuero interno, buscaba utilizar la ayuda de los otros dos en servicio de la causa particular que representaba. El MNR entró en una decidida acción conspiratoria en todo el país. Lechín y Lora concentraron su actividad en los distritos mineros.

El pueblo de Llallagua, en el centro de la montaña, haciendo triángulo con Siglo XX y Catavi, no obstante su proximidad a estos campamentos, no pertenecía a la Patiño Mines. Era una localidad civil independiente de los reglamentos de la empresa, dedicada al comercio minorista y al expendio de bebidas alcohólicas. Silenciosa y casi desierta en las horas de trabajo en la mina y el ingenio adquiría bulliciosa animación los fines de semana y especialmente los días de pago de

jornales. Allí acudían los trabajadores de Cancañiri, Siglo XX y Catavi, a buscar con el alcohol, la música y la danza una compensación fugaz a la sacrificada rutina de cada semana. El pueblo de Llallagua tenía entonces unas 200 chicherías con piano y otras más humildes.

En el pueblo de Llallagua quedaron más de 100 de los 400 obreros despedidos de la Patiño Mines, en condición de desocupados, gastando el dinero recibido como desahucio e indemnización. Eran elementos adictos a la FSTMB, politizados, dispuestos a cobrar revancha de la empresa. La constante afluencia de los demás en busca de diversión ofrecía repetida oportunidad de sembrar y cultivar en su conciencia semillas de rebelión.

La liquidación y no recontractación de algunos obreros en septiembre de 1947, dejó sin dirigentes, y por lo tanto sin vida, al sindicato de la mina y al del ingenio. Tanto el gobierno como la empresa prefirieron no dar ningún aliento para su resurrección. Sin embargo, a mediados de 1948, grupos de obreros revivieron un sindicato en Siglo XX y otro en Catavi, bajo el patrocinio de la FSTMB. Otros grupos, con la benevolencia de la empresa, y con el fin de contrarrestar a aquéllos, constituyeron otros dos sindicatos que tomaron la denominación de "independientes".

Según la Ley General del Trabajo, para que cada sindicato tuviese existencia legal era necesario que contase entre sus miembros a una mayoría de los trabajadores de la mina y del ingenio, y que sus estatutos fuesen aprobados por el gobierno. Los cuatro sindicatos reclamaron el espaldarazo oficial, no obstante que ninguno de ellos llenaba la primera condición. La gran masa obrera prefería mantenerse ajena al duelo político.

El gobierno del presidente Hertzog, atingido por una situación económica, política y social cada vez más difícil, trató de evitar por todos los medios un conflicto en Llallagua. No dio su reconocimiento a ninguno de los sindicatos. La FSTMB presionó a favor de los dos que militaban en su campo, a fin de que pudiesen enviar delegados al Quinto Congreso de Trabajadores Mineros, a reunirse en Telamayú, en junio de 1948. Se produjeron manifestaciones populares en Siglo XX y Catavi. El gerente interino Horward Keller fue invitado a asistir a la toma de posesión de sus dirigentes. Como se negara a ello, hubo intenciones de llevarlo por la fuerza, pero que no se cumplieron. El diputado y miembro del directorio de la FSTMB Mario

Torres dio posesión a los dos directorios, con asistencia de 500 trabajadores a la asamblea de Siglo XX y 600 a la de Catavi. Los dos sindicatos independientes se fusionaron en uno solo para concentrar sus fuerzas. Los tres grupos, cada uno por su lado, reclamaron las llaves de los locales que la empresa había construido, uno en Silo XX y otro en Catavi, años atrás, para la actividad sindical. La empresa se negó, aduciendo que mientras el gobierno no diese su aprobación oficial, ninguno tenía existencia legal. El problema de las llaves se debatió en la prensa nacional.

La rivalidad de los dos frentes se hizo más tensa conforme pasaron los meses. Hubo manifestaciones y contra-manifestaciones, Obreros de un sector eran hostilizados por los del otro, tanto dentro del trabajo como fuera. Se instaló una radio en Siglo XX con el nombre de "La Voz del Minero", que propaló noticias, comunicados y comentarios favorables a los sindicatos de la FSTMB y contra el gobierno. La empresa propició el establecimiento de otra radio, denominada "Radio Sucre", para contrarrestar la propaganda de aquella.

En febrero de 1949 llegó a Llallagua el Ministro del Trabajo, Fernando Loayza Beltrán, acompañado de algunos periodistas, con intenciones de interiorizarse de la situación.

No quiso aceptar el alojamiento que le ofreció la empresa y tomó una pieza en el pequeño hotel del pueblo de Llallagua. En la noche tuvo dificultades para conciliar el sueño. Varios obreros se turnaron en zapatear en el techo de calamina del hotel para hostilizarle. No dijo nada. Al día siguiente, cuando todavía estaba en cama, lo visitaron los dirigentes de la FSTMB Guillermo Lora y Mario Torres. Le avisaron que los sindicatos adictos a su organización habían decidido paro de labores en ese día, para concentrarse y dialogar con él. Pidieron que el ministro autorizase el viaje a Llallagua del líder Lechín, que se encontraba en Oruro.

Cuando Loayza Beltrán se vestía para asistir a la reunión, un numeroso grupo de trabajadores se concentró delante del hotel y comenzó a vociferar en contra suya y del gobierno. Circulaba la noticia de que Lechín había sido apresado en Oruro. Se forzó la puerta del hotel y los mineros invadieron la pieza del ministro. Dijeron que lo llevarían con ellos a Siglo XX como rehén hasta que Lechín recobrase su libertad y llegase al distrito. Lora, Torres y otros dirigentes impidieron que Loayza Beltrán fuese ultrajado de hecho en su recorrido a pie hasta Siglo XX. Gran cantidad de

obreros estaba concentrada en la plazoleta del campamento. Se pronunciaron varios discursos. Lora y Torres atacaron al gobierno. Loayza Beltrán tomó la palabra y explicó que sólo hacía 8 días que ocupaba su puesto en el gabinete. No se le podía culpar de nada. Siempre había sido amigo de los trabajadores, como lo probaba su trayectoria política y sus actividades privadas. Prometió que renunciaría a su posición en el gobierno si no se atendían las reclamaciones de los mineros y se daba libertad a Lechín. Dijo: "La actitud tomada por las autoridades de Oruro contra el compañero Lechín no es correcta y no estoy de acuerdo con ella. He enviado dos telegramas diciendo que Lechín debe constituirse aquí. Aún más, el autocarril que la empresa ha puesto a mis órdenes, lo he despachado a Oruro con dos representantes del sindicato ferroviario y otros dos del sindicato de Siglo XX para que Lechín venga. En caso de que no llegue presentaré mi renuncia como ministro. Mi renuncia la pondré en manos de ustedes para que la envíen al gobierno...".

Se dio la noticia de que Lechín había salido de Oruro. Los gritos de hostilidad contra Loayza Beltrán se trocaron en aplausos. La manifestación se disolvió hasta la llegada del líder. Cuando éste estuvo en Siglo XX se produjo otra concentración de trabajadores en la que se pronunciaron nuevos discursos de ataque al gobierno en presencia del Ministro del Trabajo.

A fines de febrero (1949) los sindicatos de la federación pidieron un aumento general de los salarios en una proporción de 30 por ciento, reajuste de un 40 por ciento en los trabajos sujetos a contrato, congelación de los precios en las pulperías y mantenimiento de los bonos de producción. El sindicato independiente no quiso quedar atrás y presentó una reclamación similar, con un menor aumento de jornales (20 por ciento), pero con mayor bono de productividad, escuelas de tecnificación, bibliotecas, carro fúnebre y otros beneficios. La "Radio Sucre", instalada en una pequeña habitación del club social de Siglo XX, propaló el texto del pliego de peticiones del sindicato independiente. Se anunció que a las 5 de la tarde de ese mismo día se volvería a dar lectura al documento. A esta hora un grupo de unos 200 mineros, alentados por los dirigentes de los sindicatos contrarios, atacaron a pedradas el local. El profesor Oscar Suárez, que se encontraba casualmente allí, fue golpeado cuando quiso huir, al ser confundido con Víctor Ruiz, director de la emisora. La hermana de éste, Enriqueta Ruiz, pidió a los atacantes

que desistieran de su criminal intención de destrozar la radio. El dirigente Antonio Gaspar se puso a su lado y calmó a sus compañeros. Fernando Loayza Beltrán perdió su puesto en el gabinete por su actuación en Llallagua. El nuevo Ministro del Trabajo, Gastón Arduz Eguía, dispuso que las peticiones de los tres sindicatos fuesen sometidas al trámite de conciliación y arbitraje establecido por ley. Los esfuerzos de conciliar los puntos de vista de la empresa y los trabajadores fracasaron. El asunto pasó a un tribunal arbitral.

El gerente de la Patiño Mines informó telegráficamente a la oficina central en La Paz: "Uno de los dirigentes del sindicato de Siglo XX, que es nuestro informante, dice que si la empresa no acepta su pliego de peticiones, la federación ordenará paro de labores por un día. Si esto no da resultado, se declarará huelga general de mineros en todo el país. Al segundo o tercer día de la huelga se asaltarán las pulperías y se atacarán las casas del gerente general, el subgerente, las oficinas y otros edificios. Esto dará comienzo a una revolución del MNR contra el gobierno, que estallará en las ciudades y los distritos mineros. Los sindicatos de la federación cuentan aquí con 300 hombres de confianza, doscientos de la mina y el ingenio y cien desocupados. Las anteriores instrucciones habrían sido impartidas por Juan Lechín personalmente".

El 11 de marzo los sindicatos de la federación, reunidos en asamblea, aprobaron la siguiente resolución: "En caso de que la empresa no quiera traspasar una proporción de sus ganancias para aumentar los salarios, los sindicatos de Siglo XX y Catavi se verán obligados a cumplir con la decisión de los trabajadores, procediendo a la toma de la mina y desalojando a la planta burocrática".

El 23 de marzo el reportero Miguel Guisbert, de "El Diario" de La Paz, destacado a Llallagua para obtener noticias sobre la situación, y el fotógrafo Guillermo Nishtaus de "La Patria" de Oruro, ingresaron a una reunión de unos 600 trabajadores. Estos, al percatarse de la presencia de dos extraños en su seno, los tomaron por espías del sindicato libre o la empresa, y comenzaron a golpearlos. Guisbert buscó amparo en la plataforma donde estaban los dirigentes. Nishtaus fue sacado a empellones del lugar con amenazas de que sería colgado en un poste de luz. Uno de los dirigentes obreros y la señora Eva Luizaga lo rescataron de manos de sus agresores.

El gobierno aumentó el número de las fuerzas militar y policial en el distrito. Se concentraron allí 350 hombres del regimiento Ingavi, 400 del Colorados y 120 carabineros. El 25 de marzo el presidente Hertzog dictó un decreto "encomendando al ejército la conservación del orden público en Catavi, Siglo XX y Llallagua". El teniente coronel Roberto Ramallo, puesto a la cabeza de aquellas unidades, emitió un auto de buen gobierno: "Los centros mineros de Catavi, Llallagua y Siglo XX se declaran jurisdicción militar en estado de emergencia, quedando prohibida toda reunión de carácter político o sindical. Desde horas 18 no podrán transitar por las calles de poblaciones y campamentos más de tres personas juntas. Los locales de expendio de bebidas alcohólicas cerrarán sus puertas a la misma hora, todos los días".

Varios empleados extranjeros y bolivianos abandonaron sus puestos y viajaron a Oruro y Cochabamba con sus familias.

El diario "El Comercio" de La Paz dijo en un titular de su primera página: "La dinamita es la ley que impera en Llallagua". Se refería a las explosiones que se escuchaban en diferentes puntos de los campamentos, de día y de noche, provocadas por elementos agitadores para mantener el estado de zozobra y como táctica de atemorización.

Los dirigentes de la FSTMB César Toranzos y Néstor Campellino, llegaron a Catavi con la noticia de que Juan Lechín Oquendo, Guillermo Lora y Mario Torres, habían sido detenidos por algunas horas en un local policial de La Paz y que el gobierno no les permitía viajar al distrito, no obstante las prerrogativas que tenían como miembros del parlamento. Los empleados de la Dirección General de Policías Rodolfo Kleuser y Gilberto Medrano, que se encontraban próximos a un lugar donde se realizaba una reunión de trabajadores, fueron agredidos.

El Ministro del Trabajo conminó al tribunal arbitral, que apresurara la dictación de su fallo. En éste se determinó un aumento de 17 bolivianos diarios en los jornales de un 20 por ciento en los trabajos sujetos a contratos, congelación de precios en las pulperías, bonos de productividad sobre 800 toneladas mensuales en vez de 900, instalación de escuelas de tecnificación y carro fúnebre.

Lechín, Lora y Torres vencieron la oposición del gobierno y lograron llegar a Llallagua. La gerencia en Catavi avisó a la oficina en La Paz: "Guillermo Lora, en

dos oportunidades, ha entrado a la mina vestido de obrero, para incitar a los trabajadores a desobedecer las órdenes de sus superiores y a matar a sus jefes si fuera necesario".

La empresa reclamó el derecho de apelación del fallo arbitral. Al conocerse esto en Llallagua una numerosa concurrencia de obreros se concentró amenazante frente a la oficina del gerente. El teniente coronel Ramallo y el teniente coronel Valdez de las fuerzas policiales, lograron convencerlos de que se disolviesen sin causar ningún atropello.

El presidente Enrique Hertzog no supo dar a su gobierno una orientación definida, ni socialista ni conservadora. Se rodeó de colaboradores de diferentes tendencias y su política fue errática, ecléctica, transaccionista. Su mayor preocupación era el eterno problema boliviano, el pauperismo fiscal. El déficit entre los egresos e ingresos del presupuesto de moneda extranjera llegaba a un millón de dólares por mes y, según sus propias palabras, "estaba llevando al país directamente a la bancarrota". Por un lado el gobierno quería obligar a las empresas mineras a entregar mayor porcentaje de divisas y, por otro, se veía en la necesidad de hacerles concesiones para que aumentasen sus reclamaciones de la clase trabajadora y reprimiendo al día siguiente otras demandas.

El MNR logró sobrevivir y complotar pese a la persecución de que era objeto, gracias a una nueva estructura orgánica. Encabezado por Luis Peñaloza o Hernán Siles Zuazo, como jefes de un comité político nacional integrado por los antiguos miembros del partido, estaba dividido en comandos regionales y éstos en células, con una militancia joven en inmediato contacto con el pueblo y muy activa en su labor subversiva. La consigna enviada por Víctor Paz Estenssoro, desde su destierro en Buenos Aires, era la de "mantener una agitación permanente, constante conspirando día tras día y creando una conciencia revolucionaria".

En las elecciones del comienzo de mayo de 1949, convocadas para la renovación parcial de los representantes en el parlamento, el MNR consiguió hacer triunfar algunos de sus candidatos en la ciudad de La Paz y otras localidades del interior. Realizó una manifestación de todas sus fuerzas en La Paz, para celebrar el acontecimiento. En los discursos pronunciados en la Plaza Murillo se atacó duramente al gobierno. Los manifestantes fueron disueltos a viva fuerza por la policía.

El presidente Enrique Hertzog, con una trayectoria política de más de 25 años, perdió el ánimo frente a la anarquía que se hacía tan visible en puntos neurálgicos con

Llallagua y que amenazaba extenderse a todo el país. Sobre el cúmulo de problemas nacionales pesaba en su espíritu el drama familiar de la enfermedad de su esposa. Algo que su salud estaba resentida y el 7 de mayo viajó al valle de los Yungas, a descansar, dejando el gobierno, con carácter interino, en manos del vicepresidente Mamerto Urriolagoitía. Este era apolítico por naturaleza. Había estado ausente del país durante 18 años, desempeñando las funciones de secretario de la Legación de Bolivia en Londres, y no tenía más experiencia en el campo político que la de haberse hecho senador en su tierra natal (Sucre) a instancias de unos amigos y haber participado en tal categoría en los últimos períodos parlamentarios.

Su exaltación a la vicepresidencia, dos años antes, no tuvo otra intención que cumplir con el tradicional formulismo de que siendo el presidente un hombre de La Paz, su compañero gubernamental debía ser del sur, y mucho mejor si no tenía ambiciones políticas personales.

EL MNR consideró que la ausencia de Hertzog y la inexperiencia de su reemplazante, le brindaban una oportunidad muy propicia para dar el golpe que venía alistando desde tiempo atrás. Se apresuró la preparación de los detalles finales. Los agentes del Ministerio de Gobierno descubrieron algunos hilos del complot. Urriolagoitía reaccionó con inesperada energía. Ordenó el inmediato destierro a Chile de 26 personas, incluyendo a Juan Lechín Oquendo, y el apresamiento de otras.

En Llallagua fueron apresados Guillermo Lora, Mario Torres, Néstor Capellino y César Toranzos. Un autocarril expreso los trasladó a La Paz. Al salir los obreros de su jornada de trabajo en la mina a la una de la tarde, Juan Céspedes y otros dirigentes sindicales les informaron del confinamiento de Lechín y el apresamiento de los otros miembros de la FSTMB. Se tomaron acuerdos inmediatos. Grupos de obreros se distribuyeron rápidamente por el sector del campamento de Siglo XX donde estaban las casas de los empleados y tomaron como rehenes a seis ingenieros norteamericanos, un empleado argentino, un danés y siete bolivianos.

La narración de lo ocurrido a continuación, se ha tomando de las declaraciones de algunos protagonistas a las autoridades policiales y a la prensa.

La señora Helen Casanova O'Connor, mexicana, esposa del ingeniero norteamericano John O'Connor, relató: "Vi por la ventana de mi casa que un grupo de obreros derribaba a golpes la puerta de la casa vecina en la que vivía el superintendente de la mina Wilbur Cook. Mi marido estaba de visita allí. La señora Cook estaba esperando familia, Corrí a ver lo que ocurría. Llegué cuando mi esposo y

Cook eran llevados presos. Tomé a mi esposo por el brazo y no me quise separar de él. Nos llevaron al local del sindicato. Fueron llegando otros empleados nacionales y extranjeros...

Los empleados norteamericanos presos eran Wilbur Cook, jefe de Siglo XX en su condición de superintendente de la mina, Floyd Erickson, Paul Green, John O'Connor (acompañado de su esposa), Joseph Besseten, Albert Krefting, Richard D. Ellet y T. R. Woods Smith. Los otros extranjeros N. Spaar, danés, y A. Heusser, argentino., Los bolivianos eran Carlos de la Reza (Jefe de Almacenes), David Vargas (Jefe de Bienestar Social), Ramón Rico Terrazas (de la Oficina de Control de Tiempo), Corsino Gutiérrez, Eugenio de los Santos, Darío Palenque Vásquez y Carlos Andrade.

Los empleados bolivianos fueron maltratados al ser conducidos por medio de la muchedumbre que rodeaba el local del sindicato. Uno de ellos tenía una profunda herida en la cabeza. La señora O'Connor la vendó con una toalla. Al tener noticia de la toma de los rehenes, las tropas de policía y de los regimientos Colorados e Ingavi se aproximaron cautelosamente hacia Siglo XX por todos los costados. Un grupo de soldados llegó hasta 300 metros del local del sindicato donde tropezó con algunos obreros. Se produjo una escaramuza. Se sucedieron varios disparos y dos mineros cayeron muertos. Sus cadáveres fueron levantados por sus compañeros y llevados a la plazoleta donde estaba la multitud. Cundió la idea de la venganza. Las dos habitaciones donde estaban los presos con los dirigentes sindicales y algunos guardianes armados, fueron invadidas por otros trabajadores que dieron de golpes a varios presos. Se estableció comunicación telefónica entre el local del sindicato y la gerencia general en Catavi. Primero hablaron Wilbur Cook con De Witt Deringer:

- Cook: "Tienen que hacer todo lo posible por libertarnos. Nuestras vidas están en grave peligro".
- Deringer: "¿Sería posible hablar con Juan Céspedes, el jefe del sindicato?".
- Céspedes: "Por cada obrero que muera morirá uno de los presos que tenemos aquí".
- Deringer: "¿Cuál es el motivo del apresamiento de los empleados?".
- Céspedes: "No se los soltará hasta que el compañero Lechín, que sabemos que ha sido deportado a Chile, regrese a Bolivia y hasta que los compañeros Lora, Torres, Toranzos y Capellino, vuelvan a Llallagua".
- Deringer: "Este es asunto fuera de mi control. La empresa no ha tenido nada que hacer con el destierro del señor Lechín, ni con el apresamiento de los otros. Es cosa del gobierno. Estoy dispuesto a ceder en cualquier cuestión que sea de mi competencia".
- Céspedes: "No me interesa saber quiénes son los autores del destierro y los apresamientos, pero sería conveniente que se atienda nuestra demanda rápidamente...".

Manos extrañas cortaron el hilo telefónico y el diálogo quedó inconcluso. La situación se paralizó sobre el borde de una cuchilla. Los 15 presos y la señora O'Connor estaban rodeados por una multitud que a su vez estaba acorralada por las tropas del ejército.

Al comprobar la inutilización de la línea telefónica, Céspedes y los otros dirigentes quisieron buscar contacto radial con el comando militar de la zona para negociar sobre los rehenes. Pero el aparato de radio estaba descompuesto. Ni en el campo militar ni en el obrero se pensó en utilizar parlamentarios. El argentino Heusser trató de reparar el transmisor. Pasaron varias horas sin que pudiera conseguirlo y sin más alternativa que la agravación del nerviosismo general.

Uno de los guardianes, que tenía su fusil apuntando al grupo de rehenes, movió casualmente su arma en dirección a la señora O'Connor. El esposo de ésta desvió el cañón a un costado. El arma se disparó e hirió a Heuser que estaba sentado delante de la radio. Heuser cayó y quedó inmóvil en el suelo. Un obrero le dio un puntapié exclamando: "Este gringo mañudo se está haciendo el muerto". Aunque Heuser no había perdido el conocimiento, pues la bala sólo le había perforado una nalga, siguió

tendido sin movimiento. Otro obrero, Justiniano Mendoza, intervino a su favor y pidió que se lo dejase en paz.

La señora O'Connor, que se había dado cuenta que merecía respeto por su condición de mujer, subió a una silla y pidió clemencia. Explicó que su esposo y ella habían llegado a la empresa apenas un mes antes y nunca habían hecho daño a nadie.

Eran las 6 de la tarde. En el mismo momento se escucharon gritos fuera: "El ejército ha matado a otro de nuestros compañeros". La tensión psíquica de la multitud, contenida milagrosamente hasta entonces, se desbordó. El local del sindicato volvió a ser invadido y los presos fueron golpeados brutalmente. Algunos intentaron defenderse. Hubo particular ensañamiento contra el Jefe de Bienestar Social, David Vargas, que murió a consecuencia de los golpes. En medio de la pelea se hicieron algunos disparos a quemarropa que causaron el fallecimiento de Albert Krefting y John O'Connor. La señora O'Connor fue separada del cadáver de su esposo. Alguien le alcanzó un vaso de agua. Dos hermanos obreros trataron de confortarla. La convencieron de que saliese con ellos y la llevaron a su modesta vivienda. Allí pasó toda la noche acompañada por la madre de los dos muchachos.

Las tropas del ejército siguieron inmóviles alrededor de Siglo XX, temerosas de que cualquier acción de su parte agravase la situación de los rehenes. Se ignoraba lo sucedido al atardecer. Durante la noche llegó en su refuerzo el regimiento Andino, movilizado desde Oruro.

Los obreros se dispersaron por el campamento. El sindicato quedó custodiado por unos pocos centinelas. La casi totalidad de los rehenes escaparon por un boquete abierto por una explosión de dinamita provocada por un obrero exaltado que quiso destrozarse el local y matar a todos sus ocupantes. Otro cartucho de dinamita con la mecha encendida cayó en el centro de la habitación. El danés Spaar, que no había conseguido huir con los demás, se tendió en el suelo. El mismo explicó después: "Estalló la bomba. Medio inconsciente y en medio de mucho polvo, vi que el señor Green se movía. (Paul Green, Regente de la Mina, había sido uno de los más golpeados y recibió un disparo que le entró por una mejilla y 'le salió por la boca destrozándole dos dientes). Me aproximé a él. Resolvimos quedarnos tendidos al

lado de los tres muertos el resto de la noche, protegidos contra el frío con papel de diarios.

El comando militar se enteró de que la mayoría de los rehenes se encontraban a salvo. Ordenó un ataque general. Los obreros se defendieron con dinamita y algunos fusiles.

Se combatió intermitentemente hasta el amanecer. A las 9 de la mañana tropas del ejército se lanzaron al asalto con dirección al local del sindicato. Green y Spaar fueron rescatados. Todo el campamento fue ocupado militarmente.

El gerente Deringer, en su informe anual, comentó los sucesos de todo este período con estas palabras: "Durante el primer semestre de 1949 se hizo muy evidente que los dirigentes sindicales partidarios de la FSTMB y del MNR, se proponían aprovechar de los obreros y de las operaciones de la empresa para poner en aprietos al gobierno y procurar su caída. Para lograr tal objetivo requerían recuperar el apoyo mayoritario de los trabajadores, que perdieron en la liquidación general del personal de 1947. Se ubicó entre los trabajadores a los agitadores más fanáticos, junto con unos 60 matones, instaurándose una campaña de agitación y terrorismo. Los obreros que negaron su apoyo fueron pegados. Los ingenieros extranjeros y los empleados bolivianos en puestos de vigilancia recibieron frecuentes amenazas. A medida que avanzaba el año la FSTMB aumentó su táctica de intimidación, en vista de que no podía aumentar el número de miembros activos en los sindicatos formados bajo su patrocinio. En ningún momento contó con más del 15 por ciento de los trabajadores. A raíz del lento proceso para obtener adherentes a su causa, cuatro o cinco de los jefes más destacados de la federación establecieron residencia permanente en Llallagua para el manejo de su acción subversiva. La eficiencia de las operaciones de la empresa se redujo al nivel más bajo de toda su historia. Las divergencias entre el gobierno y los políticos de la oposición convirtieron a la empresa en una pelota de fútbol lanzada de un lado a otro. En la mañana del 28 de mayo, acatando órdenes directas del Palacio de Gobierno, el comando militar de la región dispuso el arresto de los directivos de la FSTMB. No hubo que preocuparse por la seguridad de los altos empleados de Siglo XX, ya que el asunto no tocaba directamente a ellos, ni a la empresa. Además, hacían guarnición en Siglo XX unos 100 carabineros, que se consideraban suficientes para guardar el orden. Junto con

la noticia del arresto de los cuatro jefes de la FSTMB circuló la información de que Juan Lechín había sido deportado a Chile. El elemento fanático, secundado por los matones, entró en acción al salir los trabajadores de la mina, a la una de la tarde. Se sacó por la fuerza a varios ingenieros extranjeros y altos empleados nacionales de sus casas, deteniéndoseles como rehenes en el local del sindicato. El comando militar mandó 200 soldados a Siglo XX. Estos llegaron allí dos horas después de la toma de los rehenes. Los carabineros acuartelados en Siglo XX resultaron ineficaces. Durante este intervalo los rehenes no fueron maltratados, pero los fanáticos anunciaron que ninguno de ellos sería puesto en libertad hasta que fueran devueltos los líderes apresados, incluyendo el que había sido deportado. A la llegada de los soldados del regimiento Colorados a Siglo XX la situación se puso tirante. Las tropas se estacionaron a unos 200 metros del local del sindicato, permaneciendo en este lugar durante una hora, sin tomar ninguna actitud. Esto alentó el ataque de un grupo de obreros con granadas de fabricación casera y rifles antiguos. En el combate hubo algunas bajas en uno y otro lado. A raíz de las bajas sufridas por los trabajadores, los demás resolvieron vengarse en los rehenes y empezaron a golpearlos. Murieron dos norteamericanos y un empleado nacional. Uno de aquellos, el señor John O'Connor, recién había llegado a Siglo XX y difícilmente podía tener enemigos entre los obreros. Cuatro ingenieros extranjeros resultaron con heridas y contusiones serias. La batalla entre las tropas y los obreros prosiguió furiosamente por 15 horas, con fuego de ametralladoras, morteros y rifles. Antes del amanecer del día 29 llegó otro regimiento de refuerzo. Las tropas rescataron el local del sindicato a las 11 de la mañana. Recién a las 4 de la tarde la situación estuvo dominada y cesaron los fuegos. En la tarde de ese día tres aviones evacuaron a los altos empleados y sus familias que se pudo encontrar. Al día siguiente llegó el señor Alberto Mariaca con jueces y periodistas. El avión del señor Mariaca, en su viaje de regreso, evacuó a otros empleados y sus familiares. Se evacuó un total de 55 personas, además de los cadáveres de los dos ingenieros norteamericanos. Quedaron cuatro extranjeros heridos en el hospital, sus esposas, el maestro mecánico del ferrocarril Machacamarca - Uncía y el gerente general. Seis días más tarde los heridos se encontraban suficientemente restablecidos y fueron evacuados en un avión del ejército de los Estados Unidos enviado por la embajada. La empresa

quedó paralizada durante 25 días, por falta de empleados y por la salida de unos 1.500 obreros. De éstos unos 500 fueron sacados por las autoridades, por considerárseles peligrosos. Los demás se alejaron de la zona por su propia voluntad, en completo estado de desmoralización. Las bajas en los combates en Siglo XX se calcularon en 40 muertos y 80 heridos, especialmente en el elemento minero, incluyendo algunas mujeres y niños victimados por balas perdidas".

Atendiendo un llamado de Luis Peñaloza, que le hizo llegar seguridades sobre el triunfo de la revolución en ciernes, Víctor Paz Estenssoro dejó Buenos Aires con 11 acompañantes y viajó rumbo a Bolivia. Llegó a La Quiaca a los 3 días de los sucesos de Siglo XX. Sin saber de éstos, ni que Peñaloza estaba desterrado en Chile, Siles Zuazo oculto y todo el complot paralizado, quiso tomar posesión de Villazón. El y sus compañeros fueron rechazados a tiros por los carabineros de esta población fronteriza. Los 12 tuvieron que volver a internarse en la Argentina.

Los contratiempos no desalentaron al MNR. Los cabecillas ocultos en Bolivia siguieron trabajando en la clandestinidad. El nuevo plan buscaba "golpear todos los puntos vitales de sustentación del gobierno". Se buscó la colaboración de oficiales que fueron despedidos del ejército en la purga que siguió a la caída de Villarroel o quedaron bajo banderas, pero en situación de inferioridad con relación a sus camaradas que gozaban del favor de los comandantes. Eran elementos que ansiaban una revancha desde hacía años.

Se señaló el 26 de agosto (1949) como el día del levantamiento en todas las ciudades del país. El golpe fracasó en La Paz y Oruro. El primer objetivo en La Paz era la toma del arsenal. El oficial encargado de su custodia, que estaba comprometido en el complot, en vez de entregarlo a los revoltosos, los denunció a las autoridades. En Oruro las tropas que guarnecían la ciudad batieron a los insurrectos. Sin noticias de La Paz ni Oruro, los comandos regionales del MNR en otros distritos del país entraron en acción de acuerdo con el plan original. Tomaron el control de Cochabamba, Potosí, Sucre y Santa Cruz. El comando del ejército movilizó sus fuerzas sobre estas ciudades y en una campaña de 20 días logró aplastar todos los focos de la insurrección.

Sobre lo ocurrido en Llallagua se vuelve al informe del gerente de la Patiño Mines, De Witt Deringer: "Exactamente 90 días después de los luctuosos sucesos de fines

de mayo, y mucho antes de que las operaciones de la empresa hubiesen podido retornar a la normalidad, se declaró la revolución en la república que pronto adquirió proporciones de una guerra civil, propagándose a varias ciudades y poblaciones. En Llallagua el movimiento comenzó con el vuelo de un avión venido desde Cochabamba, que arrojó volantes dando la señal. Los revolucionarios capturaron la intendencia de policía en el pueblo de Llallagua. El coronel Luis Elío Alborta, con su ayudante y 80 soldados del Colorados y carabineros, equipados con morteros, ametralladoras y fusiles, se dirigieron inmediatamente en camiones al lugar del suceso. A la entrada del pueblo fueron sorprendidos con fuego cruzado. Cayó muerto un oficial y varios soldados. Los demás retrocedieron con su comandante. Los rebeldes se apoderaron de la mayoría de las armas y municiones, y en número de varios cientos avanzaron sobre Catavi. Los efectivos militares en Catavi, en ese momento, eran menos de cien. Encabezados por un mayor entraron en acción para impedir la aproximación de los enemigos. Estos consiguieron posesionarse en la región entre Catavi y Uncía. Durante tres horas impidieron la llegada de refuerzos desde esta segunda localidad. Se libraron feroces combates entre las tropas militares y los revolucionarios por los tres costados de Catavi, cortando toda salida. Se apeló por teléfono a la embajada de los Estados Unidos en La Paz, avisándose que si los rebeldes lograban ingresar a Catavi la vida de los empleados extranjeros y sus familias estaría en mayor peligro que en mayo. La embajada reaccionó rápidamente. Envió dos aviones para evacuar a los extranjeros. Mientras tanto, las tropas del ejército lograron desalojar a los rebeldes del camino a la pista. Cuarenta personas se trasladaron allí a esperar los aviones. Estos aterrizaron a horas 18 del domingo 29 de agosto y emprendieron vuelo de retorno a La Paz de inmediato. A horas 17 del mismo día había salido de Oruro el regimiento Ingavi, que llegó a Catavi a las 11 de la noche. El lunes 30 el pueblo de Llallagua, donde se concentraron los revolucionarios, fue sometido a fuego de artillería, morteros y ametralladoras, anulándose toda resistencia y dominándose la situación hasta la tarde del mismo día. Nunca se podrá saber el número de muertos en estas sangrientas jornadas. Un grupo de rebeldes atacó el cuartel de Siglo XX, dispersando a la tropa e incendiando el edificio y cuatro casas de reciente construcción. De los trabajadores de la empresa unos 200 se plegaron activamente

a la revolución. El resto de los rebeldes lo constituyeron desocupados del pueblo de Llallagua, dirigidos por cabecillas destacados por el comando regional del MNR. Las operaciones de la empresa se reiniciaron a los 4 días bajo la dirección del gerente, subgerente y algunos ingenieros nacionales. No se creyó prudente permitir el regreso de los empleados extranjeros hasta que hubiese terminado la guerra civil en todo el país y se hubiesen obtenido, por la embajada, formales garantías del gobierno para la protección de sus vidas. Debido a los sucesos de mayo, seguidos tan cerca por la revolución de agosto, la organización de la empresa quedó seriamente perturbada, especialmente en la mina. Pasarán muchos meses antes de que se encuentren técnicos que puedan remplazar a los ingenieros que, pese a las garantías que se pueda obtener, no han de querer volver más. Va siendo muy difícil contratar elementos capacitados, debido a la publicidad desfavorable que los acontecimientos han tenido en la prensa internacional, particularmente la de los Estados Unidos. Los hechos de mayo también desorganizaron los sindicatos de trabajadores. Hasta la fecha, diciembre de 1949, no ha habido interés en ellos mismos para reorganizarse. El efecto de los acontecimientos en la producción ha sido grave. Se han producido 2.000 toneladas menos de las programadas para este año, lo que ha costado una disminución en los ingresos de la empresa en más de un millón de dólares. Para agravar más la situación, en septiembre el precio de la libra de estaño bajó de 99 centavos a 92 y a fines de año a 71 centavos".

CAPÍTULO 24

CAMBIO DE PATRÓN

Los conflictos entre los obreros y la empresa, entre el gobierno y los obreros, entre la empresa y el gobierno, no eran los únicos problemas que afectaban a la Patiño Mines. Uno de los más graves era el empobrecimiento metalífero de la montaña de Llallagua, con el consiguiente aumento en los costos de explotación.

Desde el hallazgo de la veta Contacto en 1927, no se había vuelto a encontrar ninguna otra. Las 45 vetas descubiertas y sus miles de ramificaciones estaban en rápido proceso de agotamiento. Las muestras de roca que Simón I. Patiño llevó al laboratorio de ensayos de Huanuni, en 1900, tenían 56 y 58% de metal. Jorge Zalles, cuando visitó la mina de John B. Minchin en 1904, dijo que la ley de los minerales era de 25 a 45%. En 1917 Arturo Loaiza avisó a Patiño que la veta San Fermín encontrada por los chilenos en la "Compañía Estañífera de Llallagua" tenía 10 a 30% de estaño. Francisco Blicke en su informe de 1922 dio cuenta que la veta Victoria contenía minerales con 12% de metal. Desde la organización de la Patiño Mines los informes anuales se refirieron a la ley promedio de todas las vetas en explotación: en 1924, 8%; en 1930, 3.06%; en 1940, 2.27%; en 1951, 1.19%.

Los sondeos geofísicos efectuados por el ingeniero S. F. Kelly, en 1948, no tuvieron ningún eco alentador. La última esperanza estaba en la posibilidad de que el caso peculiar de la veta Contacto se hubiese repetido en algún otro sector. Todas las vetas, con excepción de la Contacto, fueron encontradas en el tronco volcánico, en la roca riolítica. La veta Contacto había sido hallada, al hacerse trabajos de desarrollo en la Forastera, en la masa sedimentaria que rodeaba aquel cono central. El mismo año el ingeniero D. C. Mac Laren, jefe de geólogos de la empresa, propuso un programa de minuciosa búsqueda de nuevas vetas, mediante la perforación de agujeros con brocas de diamante por todos los costados, desde los extremos de las diferentes galerías de la mina, con un total de 31.000 metros de profundidad, además de abrirse a dinamita 1.500 metros de cortes transversales.

A la muerte de Simón I. Patiño su esposa quedó como presidente de la empresa. Al año siguiente traspasó sus responsabilidades a su hijo Antenor. Antenor Patiño y el directorio de Nueva York encomendaron al ingeniero consultor norteamericano F. S.

Turneure el estudio del plan Mac Laren. Luego de varias semanas en Llallagua, Turneure informó que si no se encontraba otros filones de estaño, la vida que le quedaba a la mina sería de corta duración. Era urgente la ejecución de aquel plan. Su costo, calculado en 500.000 dólares, quedaría compensado con el descubrimiento de una sola veta mayor. "La mina no podía abandonarse hasta que se hubiesen buscado todas sus posibilidades."

El plan Mac Laren dio un resultado negativo. La montaña no estaba ocultando nada. No tenía ninguna veta más, ni en el tronco riolítico del centro, ni en la masa sedimentaria que lo rodeaba. Sin embargo, los estudios y sondeos geológicos constataron una realidad alentadora. En muchos sectores existían millones de toneladas, más de 30 millones según el primer cálculo, de roca mineralizada, con una proporción minúscula de estaño, pero de valor comercial gracias a los métodos modernos de concentración. La proporción metalífera era inferior a 1%, mas con los progresos conseguidos en la planta "Sink and Float" de Siglo XX, al usarse ferrosilicio en vez de galena, era posible ahora elevar la ley de menos 1% a más de 2%. En esta forma, el producto de la planta podía pasar al ingenio de Catavi, para una concentración mucho mayor que obtuviese la ley necesaria en las barrillas de exportación de más de 60%. La fundición Williams Harvey, de Liverpool, como siempre, aplicaría el proceso final fabricando lingotes con 99.9% de estaño a venderse en el mercado internacional.

En octubre de 1949 se comenzó la explotación con el sistema que daba nueva vida a la mina, el sistema de "block caving" (excavación por bloques), en la región de La Blanca, extrayéndose 700 toneladas diarias de roca con un promedio de 0.87% de metal. Para evitar derrumbes, las grandes concavidades creadas en la montaña se rellenaron con tierra o roca estéril metida desde la superficie o extraída de sectores abandonados del interior. El destino de la montaña de Llallagua era similar al de su famoso hermano el cerro de Potosí. Una larga agonía, con los hombres desgarrando sus entrañas con explosiones de dinamita y vaciándola de todo lo que pudiera serles de algún valor comercial.

* * *

Tan pronto como el país estuvo apaciguado después de la frustrada revolución de fines de agosto y septiembre de 1949, Mamerto Urriolagoitía pidió a Enrique Hertzog que volviese al Palacio de Gobierno. Envió a Chulumani (Yungas) a Julio Alvarado, subsecretario del Ministerio de Relaciones Exteriores, para transmitirle su ruego de que reasumiera la jefatura del Estado. "Hágale saber -le dijo- que en pocos días más yo abandonaré la presidencia y me iré a Sucre". Hertzog respondió que quería hablar con Urriolagoitía. Este viajó a Chulumani el 13 de octubre. Hertzog trató de convencerle que siguiera tres meses más a cargo del gobierno. Vencido este lapso reasumiría sus responsabilidades. Urriolagoitía declaró que sólo esperaría 72 horas más. Hertzog escribió al Congreso formulando renuncia definitiva e irrevocable. Urriolagoitía tuvo que continuar sobre el corcoveante potro gubernativo los dos años que restaban del período cuatrienal.

Los Estados Federados de Malasia y las Indias Orientales Holandesas adquirieron su independencia después de la Segunda Guerra Mundial, adoptando los nombres de Malasia e Indonesia, respectivamente. La industria estañífera que fue destrizada por los japoneses antes de abandonar sus territorios, recuperó rápidamente con la instalación de nuevas y más eficientes dragas. Desde 1948 Malasia volvió a ocupar su posición de mayor productor de estaño en el mundo, e Indonesia se acercó al nivel de Bolivia, ambos con costos de producción inferior y barrillas superiores. Tailandia, el Congo y Nigeria también incrementaron el rendimiento de sus minas. El fantasma de la superproducción comenzó a rondar los mercados.

Dentro del nuevo espíritu de convivencia mundial establecido con la Organización de las Naciones Unidas, no eran ya aceptables los carteles de productores para la defensa de sus intereses. Los convenios para la regulación del comercio de materias primas tenían que hacerse por medio de entidades integradas por productores y consumidores, con igual número de votos para cada sector. A partir de 1946 los principales productores y consumidores se reunieron en diferentes capitales de Europa para encontrar una coordinación entre sus puntos de vista contrapuestos. Tardaron 6 años en transigir y llegar al suscribir el convenio que dio origen al Consejo Internacional del Estaño.

La Bolsa de Metales de Londres reabrió sus puertas en noviembre de 1949, después de 10 años de clausura. Con la abundancia de metal, los Estados Unidos no tuvieron

interés en firmar nuevos contratos de compra de estaño con los productores bolivianos. El último contrato expiró el 31 de diciembre de 1949, con un precio de 99 centavos por libra.



Figura 24-01. Conferencia sobre el estaño. Roma, octubre de 1951. En el centro Delegación de Bolivia, Mauricio Hochschild, representante de la empresa privada; Roberto Querejazu Calvo, delegado del gobierno; Carlos Víctor Aramayo, representante de la empresa privada.

La cotización quedó librada a las fluctuaciones provocadas por la oferta y la demanda. Fue bajando a 95 centavos, 91, 79, 75, hasta llegar a 74 en febrero de 1950. La guerra de Corea, iniciada en junio de este año, ocasionó un proceso contrario. El precio subió a 89, 113, 144, hasta alcanzar 184 centavos por libra en enero de 1951. El gobierno de los Estados Unidos intervino. Restableció el monopolio estatal para las compras de estaño. El precio bajó y quedó alrededor de 103 centavos hasta fines de ese año. Dentro de Bolivia se reanudó el conflicto entre el gobierno y los empresarios sobre venta obligatoria de sus giros en moneda extranjera. La medida adoptada durante el régimen de Villarroel (decreto de 3 de abril de 1945), de venta obligatoria de un 60%, siguió vigente hasta abril de 1950. En este mes se desvalorizó la moneda. La paridad de 42 bolivianos por dólar del "cambio oficial" se elevó a 60, y la de 56 bolivianos del "cambio paralelo" a 90. Como esto significaba que los empresarios bolivianos recibirían más bolivianos por sus divisas (60 en vez de 42), se estableció que la venta obligatoria del 60% continuaría sólo con relación a un precio inferior a 90 centavos de dólar por libra de

estaño y que sería del 100% sobre esa cifra. Como continuase muy aguda la escasez de divisas en manos del gobierno, por decreto de 11 de agosto de 1950 se fijó que la entrega del 100% tendría que ser sobre el precio de 75 centavos de dólar.

Antenor Patiño, Mauricio Hochschild y Carlos Víctor Aramayo se reunieron en Lima. Consideraron que el decreto de 11 de agosto no sólo anularía toda posibilidad de obtener alguna utilidad en sus empresas, sino que les causaría graves pérdidas, no obstante el alza de los precios motivada por la guerra en Corea. Convinieron en que, no pudiendo oponerse directamente a aquella medida, no les quedaba otro recurso de defensa que limitar la producción de sus minas a un 40% y cancelar todo proyecto de nuevas exploraciones y expansión. No se harían despidos de obreros para evitar una crisis social. Sus gerentes pedirían audiencia al Presidente de la República para explicarle las razones de la posición adoptada.

Mamerto Urriolagoitia aprobó el plan de su Ministro de Hacienda, Julio Alvarado, de "iniciar procesos judiciales contra los gerentes y administradores que se mantuviesen reacios al cumplimiento del decreto, declarar zonas militares los respectivos centros mineros, contratar los servicios de ingenieros belgas y holandeses y pedir autorización al Congreso para el manejo temporal por el Estado de las empresas rebeldes". En la Cámara de Diputados se aprobó una minuta de comunicación pidiendo el enjuiciamiento criminal de los gerentes de las empresas Patiño, Hochschild y Aramayo por "su actitud conspiratoria contra los intereses económicos de la nación".

Carlos Víctor Aramayo escribió en su diario "La Razón": "Los decretos de venta de divisas al Banco Central han restado a las empresas los recursos indispensables para el aumento y aun para el mantenimiento de la producción... La aplicación del decreto de 11 de agosto causaría a las empresas una pérdida neta que se calcula entre 10 a 16 centavos de dólar por libra de estaño producida. En ningún momento se les ocurrió a las empresas resistir el decreto, sabotear la producción. Al mismo tiempo, estaba claro que las empresas tampoco podían seguir produciendo en forma despreocupada e incurriendo deliberadamente en pérdidas. El único camino que les quedaba abierto para cumplir con las disposiciones del decreto y evitar, al mismo tiempo, aquellas pérdidas, era reducir drásticamente los gastos en moneda

extranjera, *desmecanizar* parcialmente sus propiedades, volver a los sistemas primitivos de laboreo a mano y explotar únicamente los minerales de alta ley. Esto, necesariamente, tenía que traducirse en una disminución de la producción... El Ministro de Hacienda ha adoptado un sistema de negociación que consiste en plantear una proposición y esperar que sea aceptada para enseguida exigir más. Parece que con este procedimiento quisiese exasperar a las empresas y culparlas del fracaso. Por otra parte, para obligarlas a aceptar su ultimátum ya no se molesta en esgrimir argumentos, sino que profiere amenazas. Se nos dice que si no aceptamos, el gobierno mandará ocupar las minas". Finalmente, el gobierno y las empresas llegaron a una transacción. Seguiría en vigencia el decreto de Villarroel sobre venta obligatoria del 60% de divisas y retención por los empresarios del 40% restante con cargo de cuenta documentada. Los empresarios reinvertirían en Bolivia un 5% de sus utilidades, abriendo nuevas fuentes de trabajo con el establecimiento de industrias manufactureras o agrícolas. Otorgarían gratuitamente granjas en los valles a cada obrero que hubiese servido en sus minas más de ocho años.

El 6 de agosto de 1951 debía terminar la gestión presidencial de Urriolagoitía. A principios de este año convocó a elecciones para que se escogiese a su sucesor. El Partido de la Unión Republicana Socialista (PURS), que venía disfrutando del poder con Hertzog y Urriolagoitía, creyó asegurada su continuidad designando como candidato a Gabriel Gosálvez, quien, desde que se hiciera conocer públicamente al asesorar a Germán Busch, era admirado por muchos como el político de mayor envergadura moral e intelectual. El Partido Liberal presentó a Tomás Manuel Elío, para dar una oportunidad más al ilustre abogado de alcanzar el puesto que ambicionó ya en 1936. Falange Socialista Boliviana (FSB) quiso probar suerte con el general Bernardino Bilbao Rioja, el único de los jefes de la guerra con el Paraguay que salió del Chaco con su prestigio inmaculado y que desde su retiro del servicio activo del ejército era mostrado como la personificación del civismo. El periodista Guillermo Gutiérrez Vea Murguía, que en el curso de su vida había dado varias pruebas de ambición y audacia, se presentó como candidato independiente, respaldado con el apoyo financiero de Carlos Víctor Aramayo. Finalmente, el Partido de Izquierda Revolucionaria (PIR) proclamó la candidatura de su líder ausente José Antonio Arze.

El Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR), aunque todavía con la cabeza separada del tronco, se aprestó también a intervenir en la lid electoral. Debía su supervivencia a la savia que sus raíces absorbían del pueblo y que le daban una identificación popular más auténtica que antes, solidarizándose más sinceramente con su descontento. Mas, cinco años de fracasos revolucionarios (el último en mayo de 1950) y de la persecución y vapuleo policial que éstos provocaron, lo tenían maltrecho, y dudoso de su propia fuerza. Titubeó para la elección de su candidato. En la convención convocada al efecto, una corriente de opinión mayoritaria se inclinó a favor de Franz Tamayo. El patriarca de las letras bolivianas no era miembro del partido, pero le había demostrado simpatías durante el gobierno de Villarroel. Se creía que su gran prestigio intelectual atraería más votos a favor del MNR que su jefe propio. Este, debido a su larga ausencia, era desconocido para la militancia nueva del partido, que precisamente era la que había sostenido la desigual lucha de los últimos cinco años. Paz Estenssoro podía ser candidato a la vicepresidencia y si ocurría el milagro de llegarse al poder, actuar como la fuerza detrás del trono. Se reeligió a Paz como jefe del partido y se le pidió su venia respecto a la candidatura de Tamayo. La respuesta fue inmediata. La presidencia para él o nada. Desde que se fundó el MNR, diez años antes, no había permitido que nadie pusiese en duda su liderazgo exclusivo. Estaba acostumbrado a la subordinación y admiración de sus correligionarios. No aceptaba émulos ni rivales. El partido era una obra de su creación y el día que llegase al poder tendría que ser con él a la cabeza, y no otro, ni siquiera el ilustre Tamayo. Elementos de la guardia vieja del partido, que mantenían su adhesión a Paz Estenssoro y ocupaban puestos directivos, trabajaron a su favor. La convención revisó el problema. Se decidió descartar a Tamayo e ir a las elecciones con Víctor Paz Estenssoro como candidato a la presidencia y Hernán Siles Zuazo a la vicepresidencia.

La bandera batida por el MNR atrajo a su campo a todos los grupos o personas de la izquierda que no tenían candidato propio y presentían que el enfrentamiento electoral que se avecinaba podía ser decisivo para el futuro social del país. Les gustaba su orientación más radical, la nueva fisonomía que había adquirido al inyectarse con abundante sangre nueva y su revoltosa intransigencia del último quinquenio.

Juan Lechín Oquendo burló la vigilancia de las autoridades chilenas y viajó a Buenos Aires a entrevistarse con Paz. En una conferencia que duró tres horas, llegaron a un acuerdo de mutua colaboración entre las fuerzas que lideraban. Lechín ofreció el voto de los trabajadores mineros a favor de la candidatura presidencial de Paz, a cambio de la promesa de éste de incluir la nacionalización de las minas en su plataforma electoral.

El Partido de Izquierda Revolucionaria (PIR) atravesaba un período de desmoralización. Le había sido difícil contrarrestar la acusación de sus enemigos de haberse convertido en un partido anti-obrero por su colaboración a los gobiernos conservadores de Monje Gutiérrez y Hertzog; por la muerte de algunos mineros en Potosí, en enero de 1947, por fuerzas de policía que comandaba uno de sus miembros; y por la llamada "masacre blanca" en la Patiño Mines, ejecutada cuando uno de sus principales dirigentes ocupaba el puesto de Ministro del Trabajo. Los desilusionados del PIR se plegaron a las filas del MNR. También lo hizo el grupo del POR dentro de la alianza establecida en la entrevista de Paz Estenssoro y Lechín.

De esta suerte en las elecciones del domingo 6 de mayo de 1951, mientras las agrupaciones de derecha competían entre sí y dispersaban sus fuerzas detrás de sus respectivos candidatos, el MNR y sus aliados votaron por Víctor Paz Estenssoro. Paz triunfó por un amplio margen: 54.190 votos a su favor, comparables con 39.940 para Gosálvez, 6.441 para Elío y cantidades todavía menores para los otros. Hubo ausentismo de los partidarios de los candidatos de la derecha. Prefirieron dedicarse a sus habituales distracciones dominicales en vez de cumplir su deber cívico. El cohecho lo contrarrestó el MNR autorizando a sus seguidores que recibieran dinero de los agentes enemigos, pero votasen por sus candidatos.

Apenas se fueron conociendo los resultados de la justa democrática, el mismo domingo 6 de mayo elementos del gobierno y otros de derecha comenzaron a ejercer presión en el ánimo del presidente Urriolagoitía para que entregase el mando político del país al ejército e impedir así la llegada del MNR al poder. La persona de mayor influencia sobre el presidente era el avezado político Pedro Zilveti Arce, entonces Ministro de Relaciones Exteriores. Lo hemos mencionado luchando contra el MNR en defensa del gobierno de Peñaranda en los debates parlamentarios sobre la "masacre de Catavi". Desde entonces su odio contra ese partido lo había

convertido en su más decidido enemigo público, particularmente desde el gobierno de Villarroel en que fue apresado y dirigentes del MNR visitaban la cárcel para solazarse con los vejámenes y torturas que le infligían los sayones del régimen.

El mismo domingo de las elecciones, a las 17.30, el presidente Urriolagoitia llamó al palacio al Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas, general Ovidio Quiroga. Según versión de éste, publicada en un artículo de prensa, el mandatario le dijo que "la situación era gravísima, pues las masas comunistas y movimientistas, alentadas y enardecidas por su triunfo, iban a iniciar en breve el asalto al gobierno, saquear propiedades privadas y cometer otras violencias y desmanes y que para salvar al país de esos peligros era necesario que el ejército se hiciese cargo del poder". Al día siguiente, en una reunión del presidente y sus ministros con Quiroga y su Jefe de Estado Mayor, se reiteró ese planteamiento. Quiroga pidió un plazo para consultar a sus camaradas. Llamó a conferencia en el cuartel general de Miraflores a los jefes de unidades e instituciones militares de La Paz y el interior. En dos reuniones la mayoría acabó por resolver la conveniencia de reemplazar a Urriolagoitia por una junta militar. Entre una y otra reunión se había publicado en la prensa el texto de un pacto de alianza entre el MNR y el comunismo internacional (que más tarde el MNR comprobó que era apócrifo). El cónclave castrense fue de opinión de que "el ejército no podía correr el riesgo de su propia destrucción, ni incurrir en la responsabilidad histórica de permitir que el comunismo se adueñase de la república". El general Quiroga ha declarado: "Yo no tenía voto en esas reuniones de comandos, pero era uno de los convencidos de que el MNR y su jefe Víctor Paz Estenssoro jamás debían llegar al gobierno, con o sin revolución, porque, en consecuencia con sus antecedentes, se ufanarían en desencadenar una ola de persecuciones y horrores para gozar con la angustia y el tormento del país, como Nerón con el incendio de Roma, y porque tratarían de destruir por todos los medios el ejército nacional".

El 16 de mayo Quiroga comunicó al presidente la decisión de los comandantes. Urriolagoitia hizo renuncia inmediata de su cargo y ese mismo día abandonó el país en un pequeño avión militar que lo llevó a Arica.

Asumió el mando una junta militar encabezada por el general Hugo Ballivián, con el mandato de convocar a elecciones después de limpiar las organizaciones laborales y estudiantiles de los elementos de la antipatria y de renovar los registros electorales. La junta se distinguió por su desorientación política y su incapacidad administrativa. Nacieron entre algunos de sus miembros ambiciones personalistas. El general Ballivián creyó por momentos que una convención nacional podría ratificarlo como presidente constitucional para un período de cuatro años. El Ministro del Trabajo, coronel Sergio Sánchez, se dejó engañar por la acogida que recibió en algunos campamentos mineros y pensó que podía alcanzar la primera magistratura con el apoyo de los trabajadores de todo el país.

El general Antonio Seleme consideró que tenía más derecho y posibilidades que Sánchez. Gozaba de popularidad en el ejército, poseía la llave de la situación política como Ministro de Gobierno y porque las fuerzas de policía estaban bajo sus órdenes. Sólo le faltaba apoyo civil. Entró en conversaciones secretas con dirigentes de FSB y el MNR, especialmente con Juan Lechín, a quien se sentía vinculado por su sangre árabe. El general Humberto Torrez Ortiz, jefe del Estado Mayor, alentó las ambiciones políticas de Seleme y al mismo tiempo entabló contactos privados con FSB para su propia promoción.

El MNR, vuelto a su vocación subversiva al haber sido despojado de su triunfo electoral, sacó buen provecho de las rivalidades e intrigas palaciegas. Por medio de Lechín logró que el general Seleme se incorporase formalmente a sus filas, tomando el juramento reglamentario de adhesión. La confabulación Seleme - MNR - FSB decidió dar el golpe el Sábado de Gloria, 15 de abril (1952).

El presidente Ballivián no pudo menos que darse cuenta de que su Ministro de Gobierno preparaba una traición. Quiso alejarlo disimuladamente. Sugirió a todos sus ministros que renunciasen en forma colectiva, para darle oportunidad de reorganizar su gabinete. Seleme comprendió que la maniobra iba dirigida contra él. El mismo ha relatado en un libro: "Inmediatamente que salí del Palacio de Gobierno (serían las 8 de la noche del 8 de abril) me puse en contacto con el Director General de Policías. Le ordené que los dos regimientos de carabineros de su dependencia fueran puestos en actitud de alerta para recibir órdenes de suma importancia... Esa misma noche, entre las nueve y media y las diez, me dirigí a la casa del general

Torrez Ortiz. Me esperaba en compañía del general Alberto Crespo, comandante de la región militar de La Paz, y del general José Quiroga. Nos reunimos los cuatro altos jefes, que habíamos sido compañeros de curso en el Colegio Militar... Se mostraron de acuerdo respecto a las medidas a adoptarse. Textualmente el jefe del Estado Mayor me dijo: "Ahora no resta sino actuar. Todo aquello que hemos hablado, tanto entre nosotros como con los otros compañeros de curso, ha de cumplirse". Yo contaba con dos mil hombres a mis órdenes como Ministro de Gobierno, con el apoyo incondicional y efectivamente patriótico de los dos partidos de esencia más popular, así como también con el ejército que se hallaba representado por su máxima autoridad o sea el general Torrez Ortiz... Inmediatamente después me puse en contacto con el MNR. Sus principales dirigentes se hallaban reunidos... Como las líneas generales de la acción se hallaban trazadas de antemano, no hablamos mucho... Nos limitamos a discutir detalles, como ser, por ejemplo, el distintivo que habrían de llevar los miembros de FSB como los del MNR, para evitar enfrentamiento de unos contra otros en las calles... ". El golpe preparado para el 15 de abril quedó adelantado para esa madrugada, 9 de abril. La jefatura del MNR mandó emisarios a buscar a Oscar Unzaga de la Vega, líder de FSB. Unzaga preguntó cuántos ministerios tendría su partido en el nuevo gobierno a formarse. Se le respondió que la mayoría tendría que estar en manos del MNR y tres en las de FSB. Unzaga contestó que en ese caso la participación de su gente era dudosa. Poco más tarde envió a su colaborador Ambrosio García a decir al general Seleme que FSB no participaría en el golpe de Estado. También hizo avisar al general Torrez Ortiz que la finalidad de la revolución parecía ser diferente de la que ellos suponían.

Hasta el amanecer las tropas de los dos regimientos de carabineros y los militantes del MNR ocuparon los puntos claves de la ciudad. Creían que el cambio de gobierno iba a realizarse fácilmente y sin derramamiento de sangre. No esperaban la oposición del regimiento Lanza, comandado por un pariente del presidente Ballivián, que comenzó a desplazarse en la parte baja de Miraflores y a atacar a los revolucionarios ubicados en ese sector. Todavía se pensó que ese foco de resistencia sería apagado rápidamente. Una manifestación popular celebró el triunfo de la revolución en el centro de la ciudad.

Al comenzar la tarde se hizo evidente que el general Ballivián, que se había constituido en el Colegio Militar de Irpavi para defender su puesto, además del regimiento Lanza contaba a su favor con los cadetes de ese instituto castrense, con el regimiento Sucre del cuartel de San Jorge y con el batallón Pando de ingenieros. Estas unidades avanzaron desde las partes bajas de La Paz hacia el centro de Miraflores, el montículo de Orkojahuirá, la avenida Arce y Sopocachi. Por El Alto hicieron su aparición otras tropas leales al gobierno. Eran los regimientos Bolívar (traído de Viacha), Abaroa (de Guaqui) y Pérez (de Corocoro). El general Seleme supuso que venían a ayudarlo. Cuando en vez de hacerlo así entraron en combate con los revolucionarios apostados en la zona del cementerio, la Garita de Lima y Villa Victoria, no quiso creer los partes que recibía. Se puso en comunicación telefónica con el general Torrez Ortiz, que al amanecer de ese día había subido a la altipampa y dirigía esas fuerzas. Torrez Ortiz declaró a su amigo que estaba en su contra y le exigió rendición incondicional.

Se combatió sangrientamente en los dos extremos de la ciudad. El centro siguió bajo el control de los revoltosos. Elementos del MNR ocuparon el Palacio de Gobierno.

En la tarde, Seleme y Siles Zuazo convinieron en solicitar una tregua a Torrez Ortiz para tratar de llegar a una transacción. El Nuncio Apostólico, Serbio Pignedoli, decano del Cuerpo Diplomático, intervino en las negociaciones. Torrez contestó con el vuelo de un avión de guerra que arrojó volantes a la ciudad. Daba plazo hasta las 6 de la madrugada del día siguiente para la rendición de los rebeldes.

Seleme se asiló en la Embajada de Chile. Poco después hizo lo propio el Director General de Policías, teniente coronel de carabineros César Aliaga. Los dirigentes del MNR se reunieron a las 10 de la noche en Radio Illimani y luego en el local de la Universidad. Siles Zuazo informó sobre la defección del general Seleme y el fracaso de los intentos de conseguir un armisticio. La situación parecía perdida. Adrián Barrenechea, subjefe del Comité Revolucionario, opinó decididamente que él no se rendiría. Lo secundó Julio Manuel Aramayo. La actitud de ambos reanimó a Siles y las demás. Se decidió continuar la lucha.

Al amanecer del 10 de abril (Jueves Santo) las fuerzas del ejército reiniciaron su presión en ambos frentes. Los carabineros, pese a haber sido abandonados por sus

comandantes, se mantuvieron en sus puestos de combate. Ellos y los hombres del MNR resistieron denodadamente. Gente del pueblo, que hasta ese momento no había intervenido, se plegó a la insurrección. El regimiento de carabineros Zeballos, luego de horas de esfuerzos, consiguió tomar el polvorín de Caiconi, en el que se encontró abundante munición. La sangría continuó durante toda la jornada, con cientos de muertos y heridos en ambos bandos. La noche transcurrió en relativa calma, con cansancio en los combatientes y un gran desasosiego en el resto de la población.

En la mañana del viernes 11 el Nuncio Apostólico consiguió reunir en su embajada a delegados del ejército y a Hernán Siles Zuazo acompañado de algunos compañeros de su partido. Se discutieron términos de paz. A continuación Siles se trasladó en un automóvil a Laja, en el Altiplano, a entrevistar al general Torrez Ortiz, con el fin de ultimar los detalles y firmar un acta. Mientras se sucedían estos parlamentos e ignorantes de su realización, los combatientes revolucionarios, reanimados con el descanso de la noche, arremetieron furiosamente contra los soldados del ejército, que peleaban cada vez con menos ardor. Eran reclutas con pocos meses de instrucción y muchos tenían a sus familiares en el pueblo de La Paz. Los rebeldes consiguieron desalojar a las tropas militares del cerro de Laikacota, la salida a los Yungas, Miraflores, el Estado Mayor, San Jorge y Sopocachi, dispersándolas en todas direcciones. Cuando Siles Zuazo volvió de Laja la revolución estaba victoriosa. El documento firmado con el general Torrez Ortiz no tenía ya importancia.

El general Antonio Seleme salió de la embajada de Chile y se instaló en el Ministerio de Gobierno, rodeado de los jefes de los carabineros. Hernán Siles Zuazo tomó posesión del Palacio de Gobierno con numeroso acompañamiento de gente de su partido. Inició la deliberación sobre la constitución del nuevo Poder Ejecutivo. Una gran corriente de opinión se inclinaba a darle a él la presidencia titular del país. Juan Lechín Oquendo opinó que ese cargo le correspondía al general Seleme y que debía dictarse un decreto disponiendo la incautación de las minas por los trabajadores. Se discutió acaloradamente. No era tiempo de decretos hasta que el gobierno estuviese constituido. El general Seleme no podía ser el jefe del Estado puesto que había desertado en el momento más difícil de la lucha.

La puerta del salón se abrió violentamente e ingresaron 12 jefes y oficiales de carabineros encabezados por el teniente coronel César Aliaga. Venían a pedir el cumplimiento del pacto pre-revolucionario, según el cual el general Seleme debía ser el Presidente de la República. Un pesado silencio inundó el recinto. Fue interrumpido por dirigentes del MNR. El general Seleme representaba al viejo ejército de la oligarquía que había combatido contra el pueblo esos días. Ese pueblo estaba esos momentos en la Plaza Murillo y no se le podía anunciar que tendría otro presidente militar. Seleme había abandonado las filas revolucionarias en el momento de mayor peligro y no tenía derecho al fruto de la victoria. El Cuerpo de Carabineros sí tenía derecho y esto se podía reconocer confiándose al teniente coronel César Aliaga el Ministerio de Gobierno. La revolución crecería en valor moral y político si se le daba un carácter constitucionalista, de reafirmación de la victoria alcanzada por el MNR un año antes en las elecciones. La presidencia no debía ser ni para Seleme ni para Siles, sino para el candidato vencedor en los comicios de mayo de 1951. Aliaga y todos los circunstantes concordaron con esta idea. En ese momento se supo que la tradicional procesión religiosa del Viernes Santo pasaba por la Plaza Murillo. Siles, Aliaga y todos los demás abandonaron el palacio y se incorporaron a ella.

* * *

Víctor Paz Estenssoro llegó a La Paz a los seis días. Volvía después de casi seis años de exilio. Una gran multitud lo recibió en el aeropuerto y lo vitoreó en su progreso hasta el Palacio de Gobierno. Una vez más el pueblo boliviano alimentó la esperanza, renovada en cada alzamiento de su historia, de que un cambio en la persona que ocupaba la silla presidencial redundaría en algún beneficio, que el nuevo líder sería quien descubriese algún alivio para su miseria. La muchedumbre creyó que el hombre que llevaba sobre sus hombros, por lo mismo que tenía un aire serio, reservado y frío y un aspecto de profesor universitario, era un taumaturgo. Taumaturgo había sido, si, al mantenerse como jefe indiscutido del MNR, no obstante su larga ausencia y su no participación en la lucha y sacrificios de sus correligionarios durante el último sexenio. Al evitar el surgimiento de cualquier

émulo, al acallar rápidamente las críticas aisladas que se hicieron a su persona, al imponer su tenaz y férrea voluntad desde el destierro.

El MNR, que una semana antes estaba mezclado en un verdadero enredo conspiratorio con Seleme, Torrez Ortiz, FSB y los carabineros, que tenía por objetivo llegar a una junta de gobierno compartida por todos, por una mayor experiencia política y revolucionaria y el desarrollo fortuito de las circunstancias, se vio dueño exclusivo de la situación.

Empero, en las filas del MNR existían dos corrientes: una representada por la guardia vieja del partido, con inclinaciones políticas moderadas; la otra, encabezada por Juan Lechín Oquendo, izquierdista, propugnadora de cambios radicales en algunas estructuras. Siles, en su primer gesto público de incorporarse a una procesión religiosa tradicional, demostró que aquellos no querían romper con las costumbres del pasado. Igual significado tuvieron las fotografías de Paz Estenssoro y Siles Zuazo, entronizadas en todas las oficinas públicas, en las que cada uno se mostraba con la clásica elegancia burguesa del cuello alto, el chaleco blanco y frac negro.

* * *

Por necesidad y por temperamento Víctor Paz Estenssoro se movió con cautela, midiendo sus pasos, a fin de mantener bajo su control las dos tendencias.

Juan Lechín Oquendo exigió que se cumpliera el compromiso de nacionalizar las miras y ejerció presión por medio de la Confederación Obrera Boliviana (COB), que agrupaba a todas las federaciones laborales del país. Hubo amenazas de huelgas y circularon rumores de que los trabajadores mineros se adueñarían de las empresas. Paz Estenssoro trató de ganar tiempo. Si la estatización de las minas tenía que hacerse, era necesario obrar con formulismos legales para no provocar una reacción desfavorable en el exterior. De otro modo las consecuencias podían ser fatales. Bolivia y su gobierno no podían subsistir sin colaboración financiera externa. ¿A quién se vendería el estaño? Los compradores no podían ser otros que el gobierno de los Estados Unidos y la fundición Williams Harvey, subsidiaria de una de las empresas que sería despojada de sus bienes, la Patiño Mines. La cuarentena financiera que por tanto tiempo impusieron los Estados Unidos a Bolivia por la

expulsión de la Standard Oil y el vacío diplomático al que se condenó al gobierno de Gualberto Villarroel los primeros seis meses de su gestión, eran experiencias penosas que invitaban a la reflexión. El 1° de mayo (1952) Paz Estenssoro encomendó a una comisión especial, presidida por Hernán Siles, su fiel lugarteniente, "el estudio de las bases, procedimientos y condiciones para la nacionalización, mediante expropiación de las minas que forman los grupos Patiño, Hochschild y Aramayo". Colocándose dentro de lo que él mismo llamó en cierta ocasión "el imperativo categórico del político, que es ubicarse patrióticamente en el terreno de la realidad" y consecuente con la idea, que expresó posteriormente y que definía la táctica con la que manejó siempre su partido, de que "el MNR es el instrumento de ejecución de los anhelos del pueblo", Paz declaró al dar posesión a los miembros de la comisión: "Es vital la nacionalización de las minas de Patiño, Hochschild y Aramayo. Debemos llevarla a cabo porque Bolivia así lo necesita y así lo quiere. Esta es nuestra razón de ser como gobierno y fue nuestra razón de ser como partido". La verdad era que Tristán Maroff, en su folleto "La Justicia del Inca", publicado en 1924, fue el primero que lanzó la consigna de "tierras al indio, minas al Estado". El PIR, al fundarse como partido, adoptó la tesis de la nacionalización de la minería como uno de los puntos principales de su programa de acción. También lo hizo el POR con el criterio más radical expuesto en la Tesis de Pulacayo. El MNR sólo hizo mención concreta del asunto al concurrir a las elecciones de mayo de 1951. Antes Víctor Paz Estenssoro se refirió vagamente a que "las riquezas de Bolivia deben servir a los bolivianos, sobre todas las cosas", "deben beneficiar a la población", "trasladarse a favor del pueblo". Un programa inicial de acción del MNR expresó: "Exigimos subordinación de las grandes empresas que operan en el exterior al Estado, sin apelación de ninguna clase".

El 2 de julio se encomendó al Banco Minero el monopolio de compra y exportación de minerales. A principios de octubre, a los seis meses de haber iniciado sus tareas, la comisión terminó su trabajo. Se creó la Corporación Minera de Bolivia (COMIBOL) para que se hiciese cargo de las empresas que se iban a estatizar. Cinco días más tarde, las oficinas de la Patiño Mines, Mauricio Hochschild y Aramayo Mines, fueron intervenidas. Muchos ingenieros extranjeros de las tres empresas fueron invitados a seguir trabajando para el Estado boliviano. Aceptaron muy pocos. De Witt C.

Deringer, de la Patiño Mines, escribió al directorio de Nueva York: "He sido empleado de la empresa durante los últimos 19 años. Tengo muchos amigos íntimos en Bolivia. He aprendido a comprender al pueblo y a simpatizar con sus aspiraciones sociales y económicas. Es con profunda pena que redacto mi último informe como gerente general. Al terminarlo, no puedo sino expresar la sincera esperanza de que, por algún milagro, la oscuridad aparente hoy día en el país y los problemas tan enormes que enfrenta, se aclaren y puedan ser resueltos para su beneficio y satisfacción".

El 31 de octubre, Paz Estenssoro viajó a Llallagua acompañado de sus ministros e invitados especiales. Los mineros celebraron su llegada con 21 explosiones de dinamita y disparos de fusiles.

En una tribuna levantada en el "Campo de María Barzola", entre Siglo XX y Catavi, en el lugar donde cayeron los muertos y heridos de la masacre de diciembre de 1942, se dio lectura y firmó el decreto de nacionalización. Su parte dispositiva dijo: "Se nacionaliza, por causa de utilidad nacional, las minas y bienes de las empresas que forman los grupos Patiño, Hochschild y Aramayo ... La Corporación Minera de Bolivia procederá a la inmediata ocupación de las concesiones revertidas al dominio del Estado... La Corporación Minera de Bolivia determinará los valores de los bienes expropiados y las obligaciones de las empresas... De acuerdo con esta comprobación se establecerán los montos indemnizables. De los montos indemnizables se descontarán las sumas que resultaren adeudar las empresas al Estado... Mientras se verifican los saldos líquidos indemnizables, el Estado abonará a las empresas un interés anual del 3%... En las minas nacionalizadas se ejercerá control obrero con la participación de obreros, mediante delegados, en la administración local de cada una de ellas".

Los patrones Patiño, Hochschild y Aramayo quedaban substituidos por el patrón Estado.

Víctor Paz Estenssoro declaró en su discurso: "Los muchos millones de dólares que antes fugaban al exterior beneficiarán a Bolivia, permitiendo diversificar su economía, poner en actividad las enormes riquezas potenciales de su suelo, abrir grandes posibilidades para el desarrollo de la industria y el incremento del comercio, pagar la deuda exterior, abrir caminos, levantar escuelas modernas, llevar

asistencia sanitaria hasta los más lejanos rincones de la patria y realizar otro de los más grandes objetivos de la revolución nacional: la reforma agraria".

Un minero viejo comprendió que la cornucopia que el presidente volcaba sobre sus oídos y los de sus compañeros estaba llena de demagogia. Hubiera querido preguntarle: "¿Y a nosotros, señor, a nosotros los mineros, que seremos quienes con nuestro trabajo hagamos posible todo eso, que nos dará concretamente el nuevo patrón en su gran prosperidad? ¿Salarios proporcionales a nuestro esfuerzo y al significado de éste en la riqueza nacional? ¿Viviendas higiénicas y confortables? ¿Pensiones justas de vejez y enfermedad...? ¿No habrá nunca, nunca más, otra masacre?".

La montaña sonrió con tristeza al ver a los hombres en su regazo, batiendo banderas, ejecutando aires marciales y folklóricos con sus bandas de música, pronunciando discursos, lanzando estentóreos vítores. Se alegró porque las explosiones de dinamita de ese día no fueran para abrirle más cavidades o expresiones de odio entre los hombres. Se entristeció porque sabía que el regocijo era fugaz, que era sólo el fin de un episodio y el comienzo de otro. Sabía que las explosiones volverían a su interior. Que no eran suficientes los 600 kilómetros de túneles y galerías, de buzones y chimeneas, que le habían abierto ya de un costado a otro y de arriba a abajo. Sabía que el drama de ella y los hombres, de Bolivia y su estaño, recomenzaría al día siguiente, quien sabe si por otros 70 años más, hasta que ella quedase vacía e inservible. ¿Habría alguien que escribiese esta primera parte de su historia, cuando salió del anonimato de la cordillera y figuró en el mapa económico del mundo, como otros escribieron sobre el pasado de su hermano Potosí?